Pajtim Statovci

Mi gato Yugoslavia

Yugoslavia, años ochenta: Mientras el matrimonio concertado de Emine se desmorona, el país se desangra en una cruenta guerra. Décadas más tarde, su hijo Bekim es doblemente marginado en Finlandia, como inmigrante, y como homosexual. Su única compañía es una boa constríctor a la que deja deambular libremente por su apartamento, a pesar de su fobia a las serpientes. Una noche, en un bar gay, Bekim conoce a un gato que habla. Esta criatura ocurrente, veleidosa y manipuladora llevará a Bekim de vuelta a Kosovo para hacer frente a sus demonios y comprender su historia familiar —e, incluso, encontrar el amor.

Pajtim Statovci

Mi gato Yugoslavia

ePub r1.0
Titivillus 26-08-2023

Título original: *Kissani Jugoslavia*
Pajtim Statovci, 2014
Traducción: Laura Pascual

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Da bi se jasno videla i potpuno razumela slika kasabe i priroda njenog odnosa prema mostu, treba znati da u varoši postoji još jedna ćuprija, kao što postoji još jedna reka.

Para que se vea con claridad y se comprendan íntegramente el cuadro de la ciudad y la naturaleza de sus relaciones con el puente, es preciso saber que, en la ciudad, existe todavía un puente, del mismo modo que existe todavía un río.

Ivo Andrić
Na drini ćuprija
(Un puente sobre el Drina, traducción de Luis del Castillo Aragón).

I

La primera vez que vi al gato fue tan desconcertante como si estuviera viendo el cuerpo de cien hombres guapos al mismo tiempo, así que lo dibujé en grueso papel de acuarela; cuando, finalmente, el dibujo estuvo listo y seco, lo llevaba conmigo a todas partes, y ninguna de las personas con las que me cruzaba se quedaba sin contestar a la pregunta: «Su alteza, ¿me permite presentarle a mi gato?».

0:01 blackhetero-helsinki: kien kiere juerga????????
0:01 Fofisano-Sub28: Maduro dominante, alguien de la capital?
0:01 runner-jyväskylä*: …
0:02 OuluTop: ……busco chico delgado en Oulu
0:02 Kalle42_helsinki: ¿algún jovencito de Turku la semana que viene?, que la chupe bien
0:02 järvenpää: alguien cerca de Järvenpää?
0:02 visitante_Helsinki: hombre masculino en Helsinki que la quiera chupar ahora?
0:02 Rauma BTM: culo redondo necesita polla dura
0:02 tampere hombre busca jovencitos: tampere
0:02 n_oulu: hace un trío en Oulu?
0:02 tampere hombre busca jovencitos: tampere
0:02 Cam30: tienes cam?
0:03 Vaasa, btm24: HOMBRES?? EN MI CASA!
0:03 VilleHELSINKI: vers/top en forma 185/72/18/5 busca vers/ btm en forma ENCUENTRO ahora

Cuando vi el mensaje de Ville en la pantalla, dejé de leer. Una hora más tarde, Ville estaba en mi puerta: dijo hola, yo dije hola, y su mirada zigzagueó durante un momento entre los dedos de los pies y la raya del pelo. Solo entonces logró reunir el valor suficiente para entrar.

—Eres guapo —dije.

Ville gruñó y empezó a moverse con torpeza; dio un paso hacia atrás, se puso la mano derecha detrás de la espalda y se apoyó en ella. Pero yo me sabía el juego y dije que en serio, eres muy guapo, me sorprendí cuando te vi en la puerta porque esperaba otra cosa, que no me hubieras dicho más que mentiras. *Eso es lo que yo habría hecho*.

—Si quieres, me voy.

Tenía una voz tímida y humilde, que recordaba a la de un niño pequeño. Apartó la mirada y resopló de forma ligeramente demostrativa, como si quisiera convencerme de algo. «No suelo hacer estas cosas», por ejemplo. O: «Escribí en el chat en un momento de debilidad. No sé en qué estaba pensando». Como si quisiera hacerme saber que ya había pensado de antemano en todo lo que podría suceder. «Puede que tenga una enfermedad venérea, o puede ser cualquier cosa, puede hacerme daño: eso no se sabe».

—No quiero que te vayas —dije, e intenté cogerle la mano, pero él la retiró rápidamente y volvió a esconderla detrás de la espalda.

Lo entendía mejor que nadie. ¿Por qué iba a hacer algo así alguien como él? ¿Por qué no volvía por donde había venido? Era un hombre de poco más de treinta años al que parecía que las cosas le iban bien, se había peinado hacia atrás y se podía ver su hermosa cara angulosa entre el fular y el cuello del abrigo, de tal forma que podría haber conseguido a quien quisiera, podría haber entrado en cualquier parte y escoger a quien más le gustase. Se quitó los relucientes zapatos de cuero y el abrigo, que tenía pinta de no ser barato, y lo colgó en el perchero. Su ropa olía a limpio; la camisa de rayas estaba hecha de tela gruesa y suave y los vaqueros aún no se le habían arrugado a la altura de las rodillas, aunque se adaptaban a sus piernas como si fueran medias.

Se quedó de pie frente a mí por un momento, sin decir nada, hasta que el silencio empezó a molestarlo y me pasó la mano por la parte inferior de la espalda, me presionó con fuerza contra la pared y empezó a besarme bruscamente. Me agarró las muñecas con las manos y me apretó el muslo contra la ingle, como si temiera que yo fuera a decir algo. Que me encantaba, o que sé lo furioso que le hacía sentir esto y cómo los entendía a él y a su mundo: padres ingenieros, claro, no has podido decirles que te gustan los hombres, ya lo sé, claro, no es algo que se pueda decir sin más.

Me habría gustado decirle que yo también odio esto, todo esto, preguntarle cómo habíamos llegado hasta aquí y por qué las cosas tenían que ser así, qué nos había pasado; pero no era adecuado decirle eso a un hombre arrepentido, porque el odio es mucho peor que la ira. Puedes rendirte ante la ira, puedes superarla o puedes dejar que controle tu vida, pero el odio funciona de otra manera. Se mete entre las uñas y no desaparece, aunque te arranques los dedos

a bocados. Pero no le dije nada, porque entre hombres no hay preguntas, no hay malos tratos, no hay justificación.

Me arañó la espalda y los hombros con sus largas uñas, sus dientes uniformes chocaron con los míos. Su cuello desprendía un fuerte olor a loción de afeitado y en sus axilas todavía se podía sentir la humedad del desodorante. Se apretó fuertemente contra mí y me rodeó las piernas con las suyas; sus fuertes muslos me apretaban los costados y sus redondeados hombros desprendían determinación. Por un momento, pensé en lo guapo que era, en la suerte que tenía de que hubiera venido. Sus muñecas, en las que crecía un ralo vello claro; los bordes de sus manos, llenos de venas hinchadas; sus dedos rectos y uniformes y sus uñas bien cuidadas; su camisa ceñida con los botones superiores abiertos, a través de la cual podía percibir su olor; sus clavículas, que sostenían sus pectorales; la elegancia de su tórax, que se iba estrechando, y su tentadora cintura; sus pantalones apretados, pero bien entallados, que se ajustaban tanto a sus muslos que parecía que sus músculos hubieran sido tallados con una cuchilla. Cuán perfecta puede llegar a ser una persona.

Me besó el cuello en la oscuridad de la entrada y, aunque nadie nos veía, aunque nosotros mismos tampoco nos veíamos por completo, empecé a mirarlo de un modo diferente cuando deslizó su cálida y fuerte mano por debajo de mi camisa. Quería creer que había sucumbido a la tentación porque, al fin y al cabo, no somos más que animales: no podemos hacer nada al respecto, es parte de nuestra idiosincrasia. A juzgar por la fuerza con la que me agarraba y el fervor de su respiración, él también pensaba lo mismo.

Ya en el pasillo, se abrió la camisa de un tirón y mordisqueó mi camiseta, de modo que sentí el calor de su aliento a través de la tela. Lo aparté por un momento y me libré de sus manos; él chocó contra la pared y, después, me miró con sus grandes ojos azules. Entonces, lo arrastré hacia la cama; las sábanas aún olían a detergente. Miré a Ville y me forcé a aprovechar al máximo la situación. Ahora que, por fin, estaba sucediendo.

Se quitó el resto de la ropa y empezó a sonreír.

—¿Quieres?, —me preguntó.

Me guiñó un ojo y me agarró por los hombros para empujarme hacia abajo.

—¿Todo bien?, —preguntó cuando hube terminado.

—Todo bien —dije, y pensé en todas aquellas respuestas que había recibido Ville después de poner su mensaje en el chat. De entre todos ellos, me había elegido a mí, porque mi mensaje había sido el que más le había llamado la atención, el más deseable, y mis medidas estratégicas, las más seductoras. Todos lo deseaban a él, pero él solo me deseaba a mí, y yo estaba encantado con eso.

Me giró para devolverme el favor.

—¿Te gusta?, —preguntó, medio arrastrando su afilada lengua por la comisura de la boca.

—Me gusta mucho —dije, e, instintivamente, le empujé la cabeza hacia abajo.

—Eres guapo —me dijo.

—¿Qué has dicho?

—Que eres guapo —repitió.

Entonces, la habitación empezó a oler. Él y yo. Nosotros olíamos. Lo que acabábamos de hacer, nuestros pensamientos. El olor del látex se había pegado a la piel, a las sábanas, a cada superficie, a todo el aire de la habitación. Las sábanas estaban empapadas en sudor. Me di cuenta de que su desodorante había fallado cuando se puso las manos detrás de la cabeza. Su respiración también era ahora diferente. Más fuerte, con olor a cebolla y carne.

—Gracias —comentó, finalmente.

—No hay de qué.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Bien —dijo, y soltó una tos—. Me gustaría volver a verte.

—Bueno, quizá… —empecé—. ¿Quieres café?, —me apresuré a preguntar.

Me levanté de forma aún más apresurada, tiré de la manilla para abrir la ventana, apilé de una patada la ropa que había extendida por el suelo, subí a la cama la colcha que se había caído y encendí la luz.

—¿A estas horas?, —dijo.

Se incorporó casi con espanto, se cubrió las piernas con la colcha, se presionó el abdomen con la mano y entrecerró los ojos, desconcertado.

Su piel brillaba bajo la luz clara como un jamón recién asado. Se

rascó el hombro y me pidió que apagara la luz.

—Sí, a estas horas. ¿Quieres?

—No puedo —sentenció.

—Tienes que marcharte ahora mismo —dije.

—¿Qué?

—Quiero que te vayas ahora mismo.

Se quedó recogiendo su ropa mientras yo me dirigía a la cocina para poner el agua a hervir. Puse sobre la encimera una taza, en la que eché dos cucharadas de café instantáneo, dos pastillas de edulcorante y un chorrito de leche.

—¿Te puedes marchar ya?, —pregunté.

Había apagado la luz y pareció sobresaltarse con mi pregunta, con la voz que había roto el silencio o con lo rápido que yo había ido hasta la habitación.

—Ya me voy —dijo mientras se ponía un calcetín sobre su gran dedo gordo.

Volví a la cocina, eché agua en la taza, mezclé el café hasta que se disolvió y lo probé. Entonces, lo tiré por el desagüe.

1

Avancé con pasos apenas perceptibles, como si no estuviera seguro de lo que estaba buscando. Había estado allí una vez, aunque, en esa ocasión, no me había atrevido a pasar del vestíbulo. Pero allí estaban, para quien las quisiera. Se podían comprar, así, sin más. Cualquiera podía comprar una y hacer con ella lo que deseara. A nadie le pedían explicaciones sobre por qué o para qué iba a comprarla, no preguntaban si se trataba de un impulso momentáneo o si uno lo llevaba sopesando mucho tiempo.

En el mostrador, cualquiera podía mentir: «Sí, he comprado todo lo necesario; viene a un hogar agradable y afectuoso, a un terrario que mide un metro por un metro por dos metros. Tengo todo lo que necesita. Un árbol para trepar, un recipiente para el agua, lugares en los que esconderse y virutas de madera: hay de todo, incluso ratones. Llevo preparándome más tiempo del que puedo recordar».

Sentí su presencia en las plantas de los pies, que se me habían contraído de la emoción. Es una sensación inconfundible. Ese escalofrío que recorre la parte baja de la espalda hacia las piernas y se enrosca por el cuello hacia el occipucio, los músculos que se tensan hasta quedar entumecidos e insensibles, los vellos que se erizan sobre la piel como si se estuvieran preparando para atacar.

La mujer que estaba detrás del mostrador se acercó a mí rápidamente. Yo estaba de pie junto a los jerbos y me sorprendí —no, me maravillé— con las complejas siluetas de sus cuerpos, con su modo de arreglárselas con sus cortas patitas y sus largas colas.

—¿Estabas pensando en un jerbo?, —preguntó—. Es una buena mascota y muy sencilla de cuidar. No necesita mucha atención. No te dará problemas.

—No, en una serpiente —respondí.

Miré su cara y esperé otro tipo de expresión, de sorpresa o extrañeza, pero solo me pidió que la siguiera.

—Una serpiente grande.

Bajamos al sótano. Pasamos entre congeladores industriales y

estantes de comida deshidratada, espaciosas jaulas y juguetes hechos a medida, cubos de vidrio de terrarios, cucarachas, langostas, moscas de la fruta y grillos de campo. Por todas partes se percibía un olor a muerte, salpicado de los aromas templados y fríos de la madera, el heno y el metal.

Las tenían en la oscuridad del sótano, porque allí el ambiente era más húmedo y las condiciones imitaban a las de su entorno natural. La puerta no se abría y cerraba con tanta frecuencia y no estaban a la vista de todos. Muchas personas seguramente ni siquiera entrarían allí por temor a encontrarse con ellas. Solo su aspecto ya causaba pánico en la gente.

La sección de serpientes estaba dividida en dos categorías: serpientes venenosas y serpientes constrictoras. Había docenas de ellas, toda una estantería, y estaban almacenadas unas encima de otras: las más grandes y fuertes estaban en los estantes inferiores, y las más pequeñas, en los superiores. Eran de diferentes colores: las pitones arborícolas de color verde lima brillaban como luces de neón, las gruesas boas jamaicanas de rayas amarillas aparecían ante mis ojos como los pasteles más deliciosos de un festín, las pequeñas serpientes del maíz naranjas y las boas tigre de rayas marrones se habían enroscado formando nudos.

Estaban en terrarios de cristal, como despojadas de su poder, enroscadas en sus árboles trepadores; algunas se habían tumbado a lo largo del terrario, se humedecían la piel en los recipientes de agua y digerían su comida. Todas compartían una profunda melancolía. Giraban con lentitud sus ociosas cabezas, como si estuvieran aburridas o, más bien, humilladas. Era triste pensar que eso era lo único que conocían.

—Estas han sido importadas de un criador extranjero: no pueden capturarse en la naturaleza —empezó la mujer—. Así que puedes manejarlas libremente, aunque conviene recordar que a las serpientes les gusta ir a su aire.

Me imaginé el lugar en el que las habían vendido, ya que había visto vídeos de criaderos de serpientes en Internet. Parecían el cuarto trasero de un establecimiento de comida rápida. Las habitaciones estaban llenas de altas estanterías repletas de cajas negras con tapa, en las que vivían las serpientes hasta que crecían lo suficiente para poder ser vendidas. En el fondo de las cajas, había

una fina capa de virutas de madera sin polvo y una rama. Nunca habían visto la luz del día ni habían tocado la tierra, y ahora las ponían a la vista en condiciones que imitaban su entorno natural. ¿Acaso llegaban a ser conscientes de que todas las vidas no valen lo mismo?

Pedí una inmediatamente. Una boa constríctor.

Primero llegó el terrario, que tuve que montar yo mismo. Su inquilina fue entregada a domicilio en una caja provisional. «¿Dónde la ponemos?», había dicho el transportista. Que dónde la poníamos. Como si no tuviera la menor importancia, como si en la caja pudiera haber habido una estantería para montar y no una serpiente constrictora casi adulta. Pedí al hombre que dejara la caja en medio del cuarto de estar.

La serpiente estuvo mucho tiempo en silencio y sin moverse. Siseó débilmente y se movió con timidez cuando levanté un poco la tapa y dejé entrar algo de luz; entonces pude ver su ocioso y húmedo cuerpo estampado de triángulos negros y su piel marrón en un majestuoso movimiento. Cuando se apretó contra sí misma, su piel seca emitió un ruido áspero, como un altavoz estropeado.

Me la había imaginado de otra manera. Más fuerte, más ruidosa y más grande. Pero parecía temerme a mí más de lo que yo la temía a ella.

—Ahora me perteneces —dije.

Me armé de valor para abrir del todo la tapa. Cuando, finalmente, la abrí, ella empezó a moverse de forma frenética, de modo que no podía reconocer dónde empezaba y dónde terminaba. Su lengua bífida iba golpeando a un lado y a otro de su cabeza triangular, y empezó a temblar como si estuviera helada de frío. Poco después, sacó la cabeza de la caja y sus pequeños ojos negros empezaron a parpadear como afectados por un tic nervioso.

Cuando hubo depositado la cabeza lentamente en el suelo, levanté e incliné la caja para hacer que saliera más rápidamente; se desplomó en el suelo como si fuera plastilina y se quedó allí, paralizada.

Solo al cabo de un momento empezó a moverse. Se balanceaba uniformemente hacia delante, como mecida por las olas. Sus movimientos eran irreales, tímidos y lentos, a la par que determinados y vivaces. Fue tanteando las patas de la mesa y del

sofá, levantó la cabeza para mirar las plantas que estaban en la repisa de la ventana, el paisaje invernal que se abría ante la misma, las capuchas blancas de los árboles, la cúpula formada por nubes grises que cubría el cielo y los edificios de colores brillantes.

—Bienvenida —le dije sonriendo—. Sí, bienvenida a tu nueva casa.

Cuando, un momento después, se enroscó sobre sí misma debajo de la mesa, como asustada por mi voz, empecé a avergonzarme del lugar al que la había traído. ¿Y si no se encontraba a gusto aquí? ¿Y si se sentía encadenada, amenazada, triste y solitaria? ¿Acaso lo que yo podía ofrecerle era suficiente? Esta pequeña vivienda, estos fríos suelos y algunos muebles. Era un ser vivo del que ahora yo era responsable y que no hablaba una lengua que yo pudiera entender.

Entonces empecé a acercarme a ella. Comprobé muchas veces, en el reflejo de sus pequeños ojos negros, que me encontraba dentro de su campo de visión antes de sentarme lentamente en el sofá delante de ella y esperar a que viniera hacia mí.

Al cabo de un rato, se desovilló y vino hacia mis pies, me olfateó los dedos y, finalmente, se enroscó entre mis piernas. Después, levantó la cabeza hacia mi regazo, la presionó entre mis piernas, debajo de mi axila y por detrás de mi cabeza, por todas partes.

La agarré con las dos manos y me la envolví al cuello; cuando tocó mi piel desnuda con su piel escamosa y sentí la punta de su lengua sobre mi cuello, se me puso la piel de gallina. Sentí cómo avanzaba lentamente sobre mi piel desnuda, como un largo y cálido lengüetazo.

Estuvimos así por un momento: sentados en el sofá, ella con la cabeza bajo mi barbilla, su cuerpo alrededor del mío como una coraza metálica, mis brazos extendidos hacia los lados, los rítmicos, tensos y considerados movimientos de su lengua bífida contra mi piel erizada.

Pensé que estaríamos juntos eternamente, ella y yo. Nunca dejaríamos de querernos. «Nadie puede enterarse de esto jamás. La protegeré como si fuera mi propia vida», pensé. Le daré un hogar y todo lo que necesite, y ella será feliz a mi lado, porque yo sé lo que quiere. Aprenderé a conocerla tan bien que no necesitará decirme una sola palabra. La alimentaré y observaré cómo digiere su comida y la veré crecer, crecer y crecer.

Primavera de 1980
Gente en la montaña

Mi padre, un hombre muy respetado por la gente de mi pueblo, me aseguró que el amor hacia ese hombre de bella sonrisa y una barba de tres días que apenas se distinguía a contraluz —el hombre con el que me iba a casar a los diecisiete años, que caminaba por un camino de tierra desde la calle principal hacia el grupo de tres edificios humildes—, ese amor vendría más tarde, si no había llegado ya. Y yo, la mayor de siete hermanas, confiaba en mi padre.

Porque mi padre era como los padres de las películas. Un hombre querido y admirado con un bello rostro de aspecto occidental que se estrechaba hacia la barbilla, voz dominante y porte militar: un hombre kosovar de alto nivel. Un hombre en el que se podía confiar y al que se podía respetar, *burrë me respekt*, cuyo rostro siempre estaba limpio, que se cambiaba la camisa diariamente, nunca llevaba más que una barba incipiente y nunca le olían los pies, como a los hombres que descuidaban su dignidad o la habían perdido.

Era guapo y cortés. Una de sus muchas buenas costumbres era que siempre decía: «Todo va a salir bien». También lo decía cuando sabía que las cosas iban a salir mal, cuando era evidente que se acercaba un largo invierno y las verduras en conserva difícilmente durarían hasta mayo. Otra de sus costumbres era acariciarme el pelo, enderezarme los cabellos rebeldes y masajearme el cuero cabelludo con sus gruesos y largos dedos. Lo hacía con frecuencia, porque yo había empezado a sufrir dolores de cabeza causados por las tareas del hogar, igual que le sucedía a mi madre.

Mi padre nunca hablaba tanto con la boca como lo hacía con el rostro, que era expresivo y maravilloso. Una no se cansaba de un rostro así. Podías hundirte en él, mirarlo continuamente. Siempre se perdonaba a un rostro así. Mi padre solo empezaba a hablar cuando ya había decidido lo que iba a decir. Por ejemplo, decía que los pobres tienen los mejores sueños y los más imaginativos. No

merecía la pena perder el tiempo con sueños si estabas muy cerca de ellos, pues había una gran posibilidad de que se hicieran realidad y, entonces, uno se daba cuenta de que hacerlos realidad no había sido como se había imaginado. Esa decepción, ese odio, esa amargura, esa codicia que aquello producía era un destino peor que el hecho de dejar sin cumplir los sueños. «Una persona siempre tiene que desear algo que nunca podrá conseguir», decía mi padre.

Me contó que, cuando era más joven, había querido ser músico y tocar en grandes escenarios, o formarse como un respetable neurocirujano, ya que sus grandes y firmes manos habían sido creadas para trabajos que requerían precisión. Entonces estiró las manos y me guiñó el ojo. Era verdad: sus manos eran como dos esculturas, firmes y estables.

Después de casarse a los dieciocho años y de tener su primer hijo a los diecinueve, empezó a desear en lugar de soñar. Deseaba pequeñas cosas en su vida: terneros gordos, caballos musculosos y gallinas que disparasen huevos, un verano más lluvioso. Y el mar, pues, en su opinión, era lo único que todas las personas tenían que ver a lo largo de su vida. Lo único que realmente le causaba disgusto era el hecho de que Kosovo fuera un lugar tan pequeño en medio de los Balcanes, sin una mísera orilla.

Con el tiempo, aprendió lo mismo que aprendían los demás: la gente de este tipo de pueblos no se mudaba a la ciudad persiguiendo sus sueños, ni siquiera esforzándose al máximo en el trabajo o los estudios. Eso solo sucedía en las películas.

Yo me despertaba a las cinco de la mañana para cuidar a los animales de nuestra granja. Después de eso, ayudaba a mis padres en el campo. Era un terreno enorme, ya que allí cultivábamos prácticamente de todo: lechugas, repollos, sandías, pimientos, cebollas, puerros, tomates, pepinos, patatas y judías. El sembrado era tan grande y difícil de cuidar que nunca me pregunté por qué mi madre se había dado tanta prisa en tener siete hijos en doce años. Después de mis tareas, iba a la escuela, y siempre estaba en casa de vuelta antes de las dos y media. Cada día era exactamente igual al anterior.

Mi madre era la típica madre y esposa kosovar. Era eficiente, buena con su marido y estricta con sus hijos. Y mis hermanas eran las típicas niñas soñadoras kosovares. Mi hermana Hana, un año

menor que yo, era una chica sensible y tierna que siempre parecía esconder algún secreto que nadie podía averiguar nunca; Fatime, un año y medio menor que ella, era justo lo contrario.

Yo me pasaba las tardes soñando. Me sentaba sobre una gran roca en la ladera de la montaña y fantaseaba, me reclinaba sobre el roble del claro detrás de nuestro edificio y pensaba, escuchaba la radio y soñaba. Mientras escuchaba mis canciones favoritas, pensaba que podría ser cantante, quién sabe. O actriz. Pensaba que podría aprender a actuar y aparecerían imágenes mías en la televisión, se hablaría de mí en la radio y mi vida sería tan interesante que se escribiría sobre ella en las revistas; mi vestido rojo estaría en boca de todos, tendría las piernas largas, esbeltas y suaves como las de un bebé. No había nada imposible o fuera de mi alcance, siempre que eligiera bien, y fantaseaba de tal manera que me conmovía a mí misma hasta que se me saltaban las lágrimas.

Los domingos por la tarde, nos juntábamos frente a la tele para ver los programas musicales del canal Radio Televizioni i Prishtinës. En la mayoría de los programas, cantaban hombres sentados sobre colchones con las piernas cruzadas, todos vestidos con el traje nacional: *tëlina*, los pantalones con círculos negros; *xhamadani*, el chaleco bordado; *shokë*, la bufanda roja atada a la cintura, y *plis*, un sombrero de fieltro blanco sobre la cabeza. Cantaban sobre el amor, sobre héroes de guerra y sobre el honor, y acompañaban sus canciones con la *çifteli*.

También veíamos muchas películas, principalmente, películas de guerra sobre partisanos en la Segunda Guerra Mundial. Una de ellas estaba ambientada en la batalla del Sutjeska, en Bosnia, cuando los nazis habían acosado a los partisanos liderados por Tito en las tierras bajas de Sutjeska. Nos sentábamos en fila delante de la televisión y llorábamos desconsoladamente al ver cómo el dolor y la melancolía se apoderaban de la gente, y cómo nos identificábamos con los partisanos cuando su honor se tornaba, primero, en voluntad de lucha, y, después, en rabia.

Sin embargo, lo que esperaba con más emoción era que Zdravko Čolić, posiblemente el hombre más guapo sobre la faz de la tierra, empezara a cantar, o que emitieran vídeos de sus canciones. Me sabía de memoria las canciones del álbum *Ako prid–eš bliže*, aunque no entendía absolutamente nada de lo que decían. Debido a

ese sentimiento con el que cantaba «Nevjerna žena», yo estaba segura de que trataba sobre una mujer que le había roto el corazón. «Produži dalje», por su parte, era un tema con un ritmo tan rápido que la voz del cantante parecía mucho más segura de sí misma, por lo que tenía que tratarse de algo más superficial y efímero que el amor. Solo el amor hacía que la voz se quebrara de esa manera.

Cuando, finalmente, Zdravko Čolić empezaba a cantar, todos nos quedábamos en silencio y lo acompañábamos cantando mentalmente. Sentía envidia por sus bailarinas de fondo, que podían hablar con él después de las actuaciones. De los camarógrafos, que podían volver a casa y decir que habían visto a Zdravko en persona. Del presentador del programa, a quien Zdravko rodeaba con sus brazos.

Y, un día cualquiera, cuando tenía quince años, me di cuenta de que vivía en el campo, de que era una estudiante del montón y de que ni siquiera se me daba muy bien cantar, aunque quería ser la mejor cantante del mundo. Me di cuenta de que no sabía hablar de forma convincente ni escribir mis ideas de forma suficientemente clara. No sabía dibujar ni calcular, porque me resultaba complicado centrarme en actividades a largo plazo. No podía correr mucho ni sabía cortar el pelo. Solo era guapa y se me daban bien las tareas del hogar, eso me habían dicho, y, cuando escribí las cosas que se me daban bien, me estremecí al pensar que ninguna de ellas era un logro, sino que se trataba de obviedades.

Me miré en el espejo y me pregunté si era tonta. Era una pregunta muy difícil de plantear, pero hacerlo no fue ni remotamente tan complicado como lo fue comprender, más tarde, que seguramente sí lo era. Una persona tonta e insignificante. No entendía nada de política ni de la sociedad, no sabía cómo funcionaba Yugoslavia ni qué había sucedido en la Segunda Guerra Mundial, aunque había visto todas esas películas de partisanos. A duras penas sabía qué estados conformaban Yugoslavia.

Ni siquiera prestaba atención cuando en la televisión se hablaba de los desacuerdos entre albanos y serbios; el presentador del telediario bien podría haber estado hablando en chino. Además de eso, sentía que no tenía potencial para ser más inteligente, ni un maestro que me hablara de política, ni padres que desearan que su hija fuera cantante.

Hasta ese momento de mi vida, me había centrado en las cosas equivocadas: en charlar con mis amigas, en cotilleos sobre chicos, en aprender a cocinar y desempeñar tareas del hogar, en preocuparme por mi aspecto en el colegio y en las fiestas. Cuando comprendí que estaba en el colegio porque una mujer analfabeta no tenía ninguna posibilidad de contraer un buen matrimonio, la bilis me subió por la garganta y me dejó tal sabor en la boca que la comida ya no me sabía a nada. Y cuando comprendí que mi vida no sería mucho mejor aunque hubiera obtenido las mejores notas en todas las asignaturas, empecé a sentirme mal físicamente. Caí en la cuenta de que nunca había oído hablar de ninguna mujer política, de ninguna mujer profesora ni de ninguna mujer abogada; me aferré al pico de la mesa y respiré profundamente por la nariz.

Agité la cabeza y empecé a pensar qué podría desear en lugar de mis sueños. Así que deseé que mi futuro marido fuera bueno conmigo. Deseé que fuera guapo, que organizara la boda más grande y más bonita posible y que su familia me tratara igual de bien que él; cuando hube enumerado estos deseos para mí misma delante del espejo, corrí a la cocina, cogí un cuenco y vomité.

Nuestro pueblo estaba situado al pie de la montaña. La carretera que llegaba hasta allí no giraba entre las montañas, sino que se enroscaba como un laberinto a lo largo de las laderas. A un lado de la montaña había una larga y serpenteante carretera; al otro lado, nuestro lado, la carretera descendía casi en línea recta. Siempre que conducía por esa carretera, mi padre tenía la costumbre de maldecir a sus constructores.

Una vez —mientras se aferraba firmemente al estrecho volante de su Yugo Skala rojo y preguntaba por qué narices habían construido tan mal la carretera que para llegar al pueblo era necesario dar la vuelta a toda la montaña— lo desafié y respondí a su pregunta, aunque él no estaba buscando una respuesta.

—Puede que se deba a que fue construida por albanos —dije, girándome hacia él.

Mi padre se cabreó. Yo sabía que se enfadaría incluso antes de decidir responderle. Levantó la mano entre nosotros, como si me fuera a pegar, y apretó los labios. Dijo que no podía usar ese lenguaje, que no podía hablar mal de mi propia gente, porque Alá es grande y toma nota de todo lo que hago para el día del juicio

final.

Pero yo sabía a qué se debía realmente su enfado. No le importaban la carretera ni sus constructores más que a mí. Aquel día, habíamos estado en el mayor bazar de Pristina, donde mi padre solía comprar grandes cantidades de harina de trigo y de maíz, azúcar, aceite, sal y carne. Siempre intentaba hacer pensar a mi padre que no me importaban los viajes a Pristina. Cuando llegaba a casa, les decía a mis hermanas que la ciudad era un lugar peligroso, que los puestos eran tan endebles que parecía que fueran a desplomarse de un momento a otro y que casi toda la zona del bazar estaba cubierta por una gruesa tela de lona, bajo la cual la temperatura alcanzaba casi los cincuenta grados y el aire era pesado y húmedo.

Temía que, si le confesaba a mi padre lo mucho que disfrutaba mis visitas a Pristina, dejaría de pedirme que fuera con él. Y yo no tenía nada más que esperar que esas visitas, durante las cuales podía observar a todos aquellos habitantes de la ciudad, esos hombres jóvenes y guapos, esas mujeres bonitas que iban a trabajar y vestían con tanto estilo. Quería ser igual que ellas: quería su vida, su ropa y su aspecto.

Me aferré fuertemente a la mano de mi padre, que solo caminaba por la ciudad vestido de traje, y miré con curiosidad a mi alrededor, aunque tenía un miedo atroz a tropezar con la gente. Los puestos estaban llenos de cosas: zapatos de cuero negro, camisas, pantalones, vaqueros, todo tipo de especias, verdura y carne fresca… Algunos puestos tenían objetos únicamente destinados a niñas y mujeres: lápices de labios, máscara de pestañas y bonitos vestidos. El bazar tenía una mezcla de todo tipo de olores, pero, en aquel bochorno, solo se distinguían los olores a piel sintética, tabaco y sudor. Pequeñas moscas revoloteaban sobre la carne, y la superficie de las verduras estaba mojada y arrugada de tal forma que los vendedores tenían que secarlas con papel. Por todas partes se oían voces fuertes y enérgicas: discusiones, tintineo de monedas y el crujido de la madera bajo pilas de objetos pesados.

Cuando mi padre se paró a negociar con el vendedor del puesto de carne, yo me deslicé unos puestos más adelante. Pensé que me daría tiempo a ver las cosas que tenían, medias y vestidos de corte bonito con bordados en oro, ya que el regateo con el dueño de un

puesto podía durar hasta media hora. Ceder siempre significaba perder, incluso cuando el tendero salía ganando. Volvería al lado de mi padre antes de que se diera cuenta de que me había ido.

Cogí el pequeño espejo de mano que había sobre la mesa y me miré en él, me arreglé el pelo y giré la cara, hasta que me di cuenta de que el tendero, un hombre de veinte años, llevaba mirándome más tiempo de lo que era adecuado. Levanté la mirada del espejo para verlo mejor. De pronto, me guiñó un ojo.

—*Po ku je moj bukuroshe* —dijo con voz fuerte, y se lamió el labio inferior.

No entendía lo que quería decir: no se hablaba a las chicas jóvenes de aquella manera, ni era apropiado llamarlas *bukuroshe*. El hombre bajó la mirada hacia mis senos, se llevó ambas manos a las mejillas, sacudió la cabeza y gritó:

—¡Opaaa!

Me quedé paralizada. Encorvé la espalda y encogí los hombros hasta la mandíbula, de modo que quedaran ocultos esos pequeños montículos que me habían empezado a crecer durante el último año. Apreté la polvera con la mano e intenté tirar de mi camisa de manga larga hacia abajo, pero mi cuerpo no respondía. Me empezó a temblar el cuerpo, me empezó a rezumar sudor cálido en el cuero cabelludo y las rodillas me temblaban como si fuera una viejecita. Cuando el hombre volvió a lamerse el labio inferior, dejé caer el espejo al suelo. Me agaché de forma apresurada para recogerlo, al mismo tiempo que él empezaba a silbar de forma audible, mientras los hombres de los puestos de alrededor dirigían su atención hacia mí.

—¡Opa!, —gritó entre silbidos—. ¿Ya te han salido?, —continuó, y estalló en carcajadas.

En ese momento, vi a mi padre, que había dejado el regateo a medias y ahora me agarraba fuertemente por la muñeca.

—*Pthui* —escupió encima de las cosas del joven, y me sacó a rastras del bazar.

El viaje se me hizo eterno. Mi padre me dio un tirón al brazo y, por un momento, pareció que el enfado le había hecho perder el sentido. Me choqué con las piernas de la gente y les pedí disculpas. No intenté oponer resistencia, pero traté de pedirle perdón por encima del ruido, de explicarle lo mucho que lo sentía, aunque él

no me oía.

Cuando salimos del bazar, el sol abrasador lucía sobre Pristina como si fuera un foco. Intenté grabar en mi mente lo que veía a mi alrededor, ya que sabía que era la última vez que iba con mi padre a Pristina. Los grandes edificios que se erguían hasta el décimo piso, con consignas escritas en blanco sobre las fachadas. Los hombres y las mujeres que avanzaban dando zancadas con sus bolsas de la compra por delante de los niños pequeños que vendían tabaco, chicles y mecheros en las calles. Las largas colas de coches exactamente iguales, el Yugo Skala 101, que tanto les gustaba a mi padre y al resto de los yugoslavos. Las carreteras recién pavimentadas, el olor a asfalto, los pequeños kioscos de revistas y tabaco, las plantas delante de los grandes complejos de apartamentos, los jubilados sentados en las cafeterías jugando al ajedrez y al *zhol*.

Mi padre me metió en el coche de un empujón y dio la vuelta para sentarse en su sitio. Antes de poner el coche en marcha, preguntó:

—¿Sabes lo que pasa después de la muerte?

Arrancó el coche en el mismo momento en que yo abría la boca para darle la respuesta que quería.

—Perdóname, padre —dije, agachando la cabeza—. Sé lo que pasa después de la muerte.

—No vuelvas a hacer algo así —dijo.

Circulamos durante mucho tiempo en silencio. Atrás quedaron la ciudad y sus habitantes. Delante de nosotros solo se veía la larga carretera recta, con edificios de tejado rojo a ambos lados y, detrás de ellos, las montañas, que parecían estar pintadas en el paisaje. Solo cuando nos hubimos alejado lo suficiente de la ciudad, mi padre dejó de apretar los labios.

Me dio permiso para abrir la ventana. El coche se llenó de aire fresco. El frío me pareció liberador: mi sudorosa frente se secó y el calor del sol envolvió mi piel y mi rostro como una música relajante.

—No volveré a hacer algo así —juré.

Sabía que defenderme habría sido inútil, porque no habría conseguido que cambiara de parecer. Llevaba mucho tiempo hablándome de lo injusto que era para mis hermanas que siempre

fuera yo quien lo acompañara.

Si me hubiera atrevido a defenderme del mismo modo que lo haría ahora, le habría dicho que, después de la muerte, uno se encuentra con Dios. Pero un encuentro con Dios implica la ausencia o falta de Dios, porque Dios no se puede retratar, no cabe en ningún papel, ni siquiera en todo el universo. Dios es algo tan grande que su presencia significa su ausencia y su ausencia significa su presencia. Dios decide si le ofrece la mano a un muerto: esa es la respuesta correcta. Dios decide dónde pasará la eternidad un muerto, ya que todo esto, estas carreteras y estos árboles y estas montañas y este tiempo y esta tierra, no son más que una ilusión, son una prueba en la que, según mi padre, solo cabe una pregunta: «¿Has obedecido a tu dios?».

Mi padre sonrió y posó la mano sobre mi muslo. Estaba húmeda y cálida; sentí cómo la humedad de su mano atravesaba la tela de mis pantalones. El viento alborotaba el pelo alrededor de mi cabeza. Los coches que pasaban tocaban el claxon al ver a mi padre.

No sé por qué, pero pensé en el hombre del bazar. Todo en él: su rostro expresivo, la confianza de sus gestos, sus brillantes ojos marrones, sus masculinos hombros, cómo sentiría su barba incipiente contra mi piel, sus fuertes manos.

Me empezó a hormiguear el estómago de un modo que no me habría imaginado ni en mis sueños más salvajes. Cerré los ojos y me limité a pensar en él durante todo el viaje; pensé en él durante los años siguientes, ya que, después de aquello, jamás volví con mi padre a Pristina. Pensaba en el hombre del bazar todas las noches y todas las mañanas hasta que, un día, conocí a otro hombre.

Primavera de 1980
El primer encuentro

Desde lo alto de mi roca se veía todo el pueblo, sus edificios inacabados y sus campos con sus contornos de arquitectónica precisión. Detrás de ellos, las pequeñas montañas se elevaban como suaves almohadas cubiertas por bosques de color verde oscuro. Por todas partes había grupos de casas, pequeñas casitas con tejados naranjas. Era mi lugar preferido en todo el mundo, y nunca he encontrado un lugar que pueda superarlo.

Una mañana de abril, cuando el sol todavía estaba saliendo y yo ya había terminado mis tareas matutinas, un poco antes que de costumbre, trepé a la falda de la montaña y me senté sobre la roca de camino al colegio. Pasado un momento, un coche se detuvo en un camino de tierra a poca distancia de allí. No podía ver la cara del conductor. Solo veía sus manos, musculosas, robustas y sin vello.

El conductor se asomó por la ventana para mirarme más detenidamente, como si no pudiera creer lo que veía. Pestañeó, hasta que se atrevió a llamar a la chica que estaba sentada en la roca y que se apresuró a girar la cabeza en otra dirección. Como por encargo, una ráfaga de viento levantó los largos cabellos castaños de la chica, creando una imagen similar a una cámara lenta. Y detrás de los cabellos se pudo ver el más bello rostro: simétrico, perfecto y fuerte. Al hombre, claramente, le gustaba lo que veía, ya que empezó a golpear con nerviosismo las piernas bajo el volante.

—¿Qué haces?, —preguntó el hombre con inseguridad.

Acompañó su pregunta de una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura blanca y recta y sus profundos hoyuelos. La chica les echó un vistazo rápido y quedó complacida, aunque, en aquel momento, todavía no se atrevía a admitir algo así ni siquiera para sí misma.

La chica se bajó de la roca rápidamente, como si alguien hubiera descubierto su escondite más secreto, como si lo hubieran

profanado. Por un momento, la chica pensó que la roca nunca volvería a ser lo mismo para ella, ahora que alguien la había visto allí, aunque la vista del pueblo desde la roca y su atracción hacia ella no eran ningún secreto para los habitantes de la localidad.

—Nada —respondió la chica en voz baja, mientras regresaba a la carretera—. Voy camino al colegio. Que tenga un buen día —añadió humildemente.

Solo quedaban un par de kilómetros para llegar al colegio. Cuando adelantó al coche, la chica continuó caminando con decisión; la clase empezaría pronto y ella llegaría tarde si no se apresuraba. La chica no quería que el maestro le golpeara los dedos.

No le había dado tiempo a avanzar mucho cuando oyó cómo el coche giraba detrás de ella. Recordó que su padre la había prevenido contra esto. Su padre había dicho que no se podía confiar en los jóvenes kosovares, que paraban a las chicas jóvenes en la ciudad, en el trabajo, donde fuera, y las distraían y las deshonraban. *Për me ja marrë fytyrën*, había dicho; después, se había colocado un cigarro en los labios y lo había encendido con la mano izquierda mientras removía el contenido de su taza de té con la derecha.

El coche pronto alcanzaría a la chica, que se sentía demasiado nerviosa tanto para huir como para enfrentarse al hombre.

—¿Puedo llevarte al colegio?, —preguntó el hombre, lamiéndose el labio, por detrás de la chica.

—No, gracias. No queda mucho. Que tenga un buen día —repitió la chica, para darle a entender al hombre que no estaba interesada en continuar la conversación.

A pesar de ello, el hombre continuó conduciendo a su lado.

—Como quieras —dijo el hombre, seguro de sí mismo—. Puede que te resulte incómodo, pero eres la joven más guapa que he visto nunca. Me gustaría saber tu nombre.

Ella sintió cómo el calor inundaba su cuerpo y cómo se derretían sus entrañas. La tensión de la chica se disparó y, unos segundos después, se giró para mirar al hombre, que seguía sonriendo desde su coche. La chica intentó rebobinar el encuentro en su cabeza como si fuera una película, con cuidado de no romperla, ya que había llegado rápidamente a la conclusión de que se trataba de un encuentro perfecto. Le acababan de decir que era la mujer más bella del mundo. La chica pensó en lo equivocado que estaba su padre.

Continuamente sucedían milagros, y no todos los hombres eran malos.

—Emine —dijo la chica.

«No», de pronto dejó escapar un sonido, una mezcla entre un soplido y los sonidos que trataba de pronunciar, y se apresuró a llevarse la mano a la boca, como si acabara de decir algo que no habría tenido que decir bajo ningún concepto. Era como si la chica hubiera querido cortarle el cuello a su nombre y pronunciar otro nombre en su lugar: tenía fuertes dudas sobre lo que significaba revelarle tu nombre a otra persona.

—Gracias —dijo el hombre, le guiñó el ojo a la chica y giró el coche en dirección contraria.

La semana siguiente, llegó al pueblo un anciano. Fue de puerta en puerta hasta que encontró lo que buscaba: un edificio en el que vivía una joven llamada Emine. El hombre pidió hablar con el cabeza de familia y, cuando este llegó a la puerta, el anciano que acababa de llegar al pueblo le dijo que una mujer joven y un hombre joven se habían encontrado por casualidad y se habían gustado, por lo cual el padre del hombre propuso que los jóvenes contrajeran matrimonio. El padre de la joven se mostró pensativo por un momento pero, cuando el padre del joven le contó que su hijo le prometía a la joven una vida digna, comida y felicidad, trabajo suficiente y una familia en la que reinara el amor, niños guapos y una casa grande, el padre de la joven decidió entregar la mano de su hija sin pensarse más la decisión. Los hombres se miraron y acordaron volver a reunirse un par de semanas después para discutir los detalles de la boda.

Ese momento marcó un antes y un después en la vida de ambos: el padre de la chica dejó de ser el padre de la chica y la chica dejó de ser la hija de su padre. Ella pensó que todo lo que había dicho su padre sobre el amor y la felicidad significaba otra cosa, ya que, después de su encuentro, el hombre y la mujer no habían podido conocerse tranquilamente, no habían ido a tomar un café, ni al cine, antes de casarse, ni el amor había surgido cuando se miraron a los ojos por primera vez. Como mucho, atracción, pensó la chica, pero de ahí al amor había un largo camino. Y el padre de la chica sacudió la cabeza y pensó que las ideas de la chica sobre el amor y la felicidad eran poco realistas y muy infantiles, porque lo más

importante en la vida no son el amor y la felicidad, sino la paz.

Así que el padre de la chica la sacó del colegio y empezó a calcular sus bienes, y la chica empezó a preparar su ajuar con su madre y sus hermanas. La madre de la chica empezó a hablarle de la celebración de la boda, asegurándose, de vez en cuando, de que su hija la escuchaba, ya que la chica —independientemente de sus habilidades para las tareas del hogar— parecía estar tan distraída que su madre empezó a dudar de cómo le iría en la vida. ¿Es que acaso no entendía lo diferentes que eran las tradiciones y costumbres de una localidad a otra? ¿Y lo importante que era mantener satisfecho a tu marido?

Entonces, la madre abofeteó a su hija y le dijo que ni siquiera sabía lo afortunada que era, ya que, no muchas décadas antes, todavía se cometían crueldades atroces en las bodas.

—¿Qué tipo de crueldades?, —preguntó la chica.

«Aproximadamente una semana antes de la boda, se atrapaba a un gato. El gato quedaba encerrado, esperando», le contó la madre de la chica como quien no quiere la cosa, como si fuera un detalle al que no mereciera la pena prestar atención. Pero, como la madre quería que su hija estuviera preparada para todo lo posible, le contó que, la noche de bodas, era costumbre que el novio llevara a la recién casada delante del gato y lo matara con sus propias manos para demostrarle a la novia su dominio, para enseñarle que tenía que temer a su marido.

La chica se quedó consternada al oír esto. Se imaginó el tipo de sonido que emitiría el cuello del gato al romperse, el aspecto del animal cuando el novio lo desgarrara con las manos, la cantidad de sangre que saldría de él y cómo empezaría a oler la habitación cuando llevaran allí a un gato de la calle. La chica sintió un escalofrío. Sus pelos de la nuca parecían lana húmeda, y empezó a rascarse las puntas de los dedos con la uña del dedo gordo.

Finalmente, la madre recomendó a su hija que no sonriera ni se bronceara, porque no había nada más bello que una novia blanca con aspecto serio.

2

Intenté convencerme a mí mismo de que destinar mis ahorros a la serpiente, el terrario, el árbol para trepar, la alfombra térmica, el recipiente de agua y los ratones congelados era una buena decisión, aunque nuestros primeros días juntos hubieran ido bastante mal. No sabía qué le habían dado de comer en su lugar de residencia anterior, pero los ratones descongelados no habían despertado en ella ninguna reacción. Los deposité delante de su hocico de aspecto gomoso y ella parpadeó como si, en lugar de en los ratones, estuviera interesada en enroscarse por mi brazo o por mi cuerpo. Eso hacía de la mañana a la noche: me seguía y se enroscaba en mí.

Una vez superada su timidez, empezó a deslizarse por el suelo por cualquier parte como jabón mojado. Por la mañana, se había enroscado alrededor de la taza del váter; por la tarde, la encontré en la estantería de los sombreros del recibidor, y, por la noche, se había instalado en el respaldo de mi silla de trabajo como si fuera un montón de ropa. Había recibido instrucciones precisas para su cuidado: para ser feliz, una serpiente necesitaba amor, tranquilidad y límites. Pero no había amor, tranquilidad ni límites suficientes que pudieran convertir a la serpiente en aquello que estaba destinada a ser.

Había entendido que la serpiente iría a su aire y que, con el tiempo, empezaría a confiar en las personas que la cuidaban. Primero, se familiarizaría con su terrario y, solo después, se atrevería a salir a espacios mayores; de lo contrario, se angustiaría ante el tamaño de su nuevo territorio y no sería capaz de protegerlo. Sin embargo, cuando la dejé en el terrario y encendí la alfombra térmica, empezó a serpentear y girar de forma tan agresiva que el cristal del terrario estuvo a punto de romperse por su angustioso forcejeo.

Dejé que trepara a mi regazo, y ella me rodeó fuertemente, como si estuviera huyendo de algo. Cuando intenté quitármela de encima y volver a dejarla en el suelo, apretó con el doble de fuerza,

de modo que tuve que castigarla apretándole brutalmente la mandíbula. Siseaba con frecuencia, y esa era la señal para dejarla en paz.

Me mordía. Me mordisqueaba la palma de la mano, la cara, y aunque yo elevara la voz y la reprendiera severamente, aunque apretara las uñas sobre su elástica mandíbula hasta que se me pusieran blancas, ella no aprendía, sino que me volvía a morder, de modo que podía sentir en mi piel sus curvados dientes y las húmedas puntas de su lengua bífida.

Transcurridos unos días, la vida tenía que continuar. Había pasado el tiempo destinado a acostumbrarnos y conocernos, y era hora de dejarla sola en casa. Cuando caminaba hacia el tranvía, una fría mañana de noviembre, mientras el suelo encanecido por la escarcha crujía bajo mis pasos, me di cuenta de que la echaba de menos. Añoraba su timidez y su dependencia de mí. Su aspecto, el bello y simétrico estampado de su lomo. Mi serpiente era la más grande y la más fuerte y la más bonita de todas. Pronuncié estas palabras en voz alta y observé cómo mis palabras formaban vapor por delante de mí. Mi serpiente tenía la cabeza más pequeña y las mandíbulas más estrechas y las escamas más densas, la personalidad más misteriosa y la piel más resistente, una piel que mudaba más rápidamente que en otras de su especie.

Subí al tranvía, me senté delante de la ventana, suspiré profundamente y cerré los ojos. Llegué a la parada de la universidad y crucé la puerta del edificio principal. Abrí la puerta del aula y me senté en la parte delantera; hubo algún gesto de aprobación con la cabeza, y la clase empezó.

El profesor comenzó a hablar del nuevo modo de evaluación: en lugar del examen final, habría un trabajo en grupo, un artículo de unas treinta páginas sobre alguno de los temas tratados durante el curso. Sentí el estómago como si me hubiera tragado una roca del tamaño de un puño y, cuando nos dividieron en grupos de cuatro personas y nos obligaron a sentarnos con la gente de nuestro grupo, no me presenté ante los demás miembros del mío, sino que dije que estaba enfermo, que tenía fiebre y que, desgraciadamente, tenía que marcharme.

—A decir verdad —empecé—, me encuentro tan mal que tengo que irme inmediatamente.

No estaba a gusto en la universidad, aunque me había convencido a mí mismo de que estudiando conseguiría una vida mejor. Cuando acabé el instituto y empecé directamente a estudiar filosofía, pensé que conocería a las personas correctas y patatín y patatán. Cuando vi mi nombre en la lista de estudiantes aceptados, me sentí tan orgulloso y tan feliz que creí que la alegría me duraría hasta el fin de mis días. Estudiaría cultura, historia, lenguas extranjeras y lingüística. Me convertiría en una persona sabia y de mucha influencia; podría argumentar de forma fluida en alemán, inglés y sueco. Pensé que todo ello me permitiría hacer elecciones diferentes a las de mis padres, que habían venido a este país y habían tenido que empezar su vida de cero. Conseguiría trabajo y una buena vida, prosperidad y una pensión decente, la libertad de hacer todo de otra manera. Y amigos, cuyo apoyo me proporcionaría el valor para conseguirlo.

Sin embargo, cuanto más estudiaba y más solicitudes de trabajo enviaba, más rápido comprendía que a la gente como yo no le iban así las cosas. «Los extranjeros necesitan tener la piel dura si quieren hacer algo más que servir a los finlandeses —decía mi padre—. Adelante, haz lo que hacen ellos. Arruina tu vida siendo como ellos, pero algún día te darás cuenta de que, si intentas convertirte en uno de ellos, te odiarán aún más, y entonces tú también te odiarás a ti mismo. No les des ese gusto».

Y también decía: «No hagas tu trabajo demasiado bien para luego darte cuenta de que ha sido en vano. ¿Por qué es tan importante conseguir buenas notas en los exámenes? Pasar las noches en vela y aprender de memoria cosas que no sirven para nada, ¿acaso tiene algún sentido? Sentarse a las dos de la mañana bajo la luz de la linterna, con los ojos hinchados, tener dolores de cabeza y llorar de rabia, a tu edad, cuando no recuerdas palabras en una lengua extraña, nombres de plantas, pájaros y árboles, fechas, momentos decisivos, personajes destacados, ecuaciones, declinaciones, épocas, estilos, las partes del corazón, de los pulmones, de los riñones, de los intestinos. Solo te lo voy a decir una vez: nunca seas mejor que ellos».

No conocí a nadie ni tenía ningún amigo. Hacía trabajillos en tiendas y en empresas de servicios, limpiaba hospitales y repartía el correo. Ocasionalmente, en los pasillos de la universidad, mis oídos

percibían conversaciones insignificantes: la gente hablaba de ayudas para los estudios, del precio de la comida, de alquileres, de trabajos mal remunerados y salarios mínimos demasiado bajos, de viviendas para estudiantes en mal estado, de aburridos eventos de las fiestas de estudiantes.

No podía soportarlo. Todos los estudiantes eran iguales. Su vida era muy diferente de la mía y sus conversaciones eran tan superficiales que no quería pasar tiempo con ellos.

¿Acaso no entendía la gente de este país lo desesperante que es la vida para la mayoría de las personas? Que cada día mueren seres humanos. Que son flagelados con látigos de cuero y obligados a comer veneno para ratas, que sus viviendas son asaltadas, sus posesiones profanadas, robadas o quemadas, que son transportados a celdas oscuras o campos de trabajo, en los que pasan tanto tiempo que olvidan de dónde vienen.

Los trataba con hostilidad e indiferencia, menospreciaba su estilo de vida, sus elecciones y sus problemas. Ponía los ojos en blanco cuando los veía; directamente, odiaba sus conversaciones públicas y me reía de los libros que escribían. Porque ¿qué sabían ellos sobre la vida real, sobre el sufrimiento real? No sabían nada.

También me hacían ese tipo de preguntas. Cuándo terminaría la holgazanería de los inmigrantes, cuándo dejaríamos de ordeñar el estado de bienestar, cuándo dejaríamos de hacer el vago y de acosar a las mujeres. «Por supuesto que entiendo que no todos son iguales, como tú, que eres una excepción. Los inmigrantes como tú sois bienvenidos aquí. Pero la gran mayoría…».

Yo decía que, debido a ese tipo de personas, el mundo había empezado a enfermar. «No para de toser porque tiene una intoxicación por monóxido de carbono causada por la contaminación que produces. ¿Y si tuvieras que abandonar a tu familia y ser testigo de cómo tus seres queridos mueren en una explosión? O si estuvieras tan desesperado que te entregaras a Dios, aunque ni siquiera creyeras en él. Claro que lo harías; no intentes negarlo.

»No me interrumpas. Sí, ¿qué harías si tuvieras que mudarte a un país que desprecia tus creencias y nunca pudieras volver a tu casa? ¿Y si tuvieras que aprender una lengua extranjera a través de otra lengua extranjera? ¿Cuánto crees que tardarías en poder

aceptar un trabajo de cara al público? No, no respondas, pues no quiero volver a oír tu voz. No vuelvas a hablarme nunca. Esto ha sido todo».

Quería golpearlos. Agarrarlos del cuello y golpear su cabeza contra la mesa o contra la pared, empujarlos entre las puertas giratorias y bajo los neumáticos de un coche, pasarles un rallador por su repugnante cara.

Lo peor de todo era que empezaba a pensar en las mismas cosas que ellos. Pensaba en qué tipo de trabajo podría acabar haciendo, cuánto sería capaz de trabajar y qué debería hacer para poder avanzar en mi carrera. Pensaba en qué nota obtendría por mi trabajo de fin de máster; perdía el sueño pensando si sería más sensato trabajar durante algunos años antes de retomar los estudios. Y pensaba en si merecería la pena cobrar todos mis préstamos estudiantiles inmediatamente y comprar una vivienda ahora o más tarde, cuando hubiera encontrado a alguien que quisiera compartir conmigo los gastos correspondientes.

Después de aquel numerito de la fiebre, me senté en el tranvía y pensé qué podría hacer con mi vida. Siempre podría irme, empezar de cero en algún otro lugar. Podría abandonarlo todo, sin mirar atrás ni escuchar a los demás. Podría cambiarme el nombre y renovar todos los documentos oficiales. Podría operarme la nariz, ponerme implantes en las mejillas y parecer una persona completamente diferente. Entonces nadie sabría nada de mí, ya que no me parecería a nadie que hubiera hecho nada con este aspecto y este nombre, sería como si no existiera. Aunque no tuviera nada que abandonar ni nadie a quien decirle que me iba, un nuevo comienzo me ayudaría a comprender que, en realidad, no necesitaba nada, y que había muy pocas cosas sin las cuales no podría vivir.

Pensé que podría dar la vuelta al mundo. Fregaría platos en las cocinas de restaurantes españoles, recogería frutas de la pasión en soleados campos de cultivo sudafricanos, cuidaría de perros callejeros en las perreras estadounidenses y ayudaría a las personas atrapadas en zonas de catástrofe. Les pediría que me escucharan y los miraría a los ojos cuando les repitiera lo único que podía decirles: «Sobreviviremos». Los cogería del hombro y sonreiría, y ellos me sonreirían a mí con una intensidad tal que sentiría en mis entrañas lo cerca que estoy de la fuerza primitiva de la vida.

Entonces, empecé a reírme de mí mismo. Pero qué cojones quieres hacer, me pregunté. ¿Acaso pensaba en marcharme para poder sentirme diferente a los demás, solo porque me creía superior a ellos?

Una mujer joven subió al tranvía y se sentó a mi lado. Era guapa e iba bien vestida; su colonia olía a bayas recién cogidas y su abrigo demasiado corto dejaba al descubierto una franja de piel desnuda. Presionó la pierna contra la mía y pretendió mirar hacia otro lado. Me giré para mirarla. Podría haberla invitado a mi casa y, seguramente, ella habría aceptado. O podría haber reaccionado de otra manera. Podría haber dicho «qué cojones», y ella me habría mirado, y yo habría bajado la mirada hacia su pierna, que ella habría retirado con un superficial «ay, perdón».

Bajé sin decirle una sola palabra a la mujer. Cerré la puerta de entrada de mi vivienda, colgué el abrigo del perchero y caminé directamente hacia mi dormitorio. Miré un momento a mi alrededor: las paredes blancas como la nieve y el escritorio lleno de cosas, los armarios blancos que llegaban hasta el techo y la serpiente, que se había desplazado del cuarto de estar al dormitorio, había trepado al alféizar de la ventana y parecía un racimo de plátanos ennegrecidos.

La ropa me empezaba a apretar; se enroscaba alrededor de mis extremidades como una tensa tela de nailon. Me quité la ropa, me oculté bajo dos edredones, agarré a la serpiente por la cola y tiré de ella para que bajara de la ventana. Poco a poco, se deslizó hacia mi lado, sin oponer resistencia ni encogerse, y, finalmente, se colocó a mi alrededor como un halo o como un muro de protección. Estaba fresca y áspera, y su piel tenía el tacto de un aguacate maduro.

—No tengo ni idea —dije al cabo de un momento, mientras acariciaba la piel de la serpiente—. No tengo ni idea de qué puedo hacer.

Quería contarle que me sentía solo. Tan solo que, a veces, hablaba conmigo mismo en casa; otras veces, iba caminando al parque, me sentaba en un banco y me quedaba horas mirando a la gente que había ido con sus seres queridos, y me habría gustado contarle lo pequeño e insignificante que me sentía cuando empezaban a comer y a reír juntos, y cómo no podía dejar de maravillarme el hecho de que pudieran encontrar semejante ritmo

común. Me habría gustado contarle a la serpiente que la soledad de todos aquellos años había sido tan cruel que, a veces, siento que nadie sabe que existo.

Como respuesta, la serpiente giró ligeramente la cabeza y la deslizó por mi pecho, de modo que pude verme reflejado en uno de sus ojos.

Primavera de 1980
El segundo encuentro

El hombre se llamaba Bajram, y su nombre significaba «celebración». Era ancho de espaldas, tenía el cuerpo grande y fuerte y caminaba con un contoneo masculino; sus sólidos pectorales se distinguían a través de la camisa color rojo oscuro y sus majestuosas nalgas apenas le cabían en los pantalones a medida que avanzaba por el camino que llevaba a nuestra casa y observaba a su alrededor como si estuviera tratando de localizarme. La arena crujía bajo sus pasos, y el olor a tabaco que salía de su boca se quedó flotando en el aire como una gruesa nube de polvo.

Observé cómo se acercaban por una rendija de la puerta exterior. Respiré fuertemente e intenté mantenerme lo más silenciosa posible, ya que temía que me oyeran Bajram o su padre, a quien ahora vi caminando un poco encorvado detrás de él. Mi interior bullía como un cubo de agua hirviendo y me sudaban las manos.

Había aprendido a creer que una mujer no debería pensar este tipo de cosas. Estaba enferma o a punto de volverme loca: me excitaba pensar que podría tocar su piel, que podría olerlo, que él tocaría mi piel, que podría presionar mis labios contra los suyos y rodear su fuerte cuerpo con mis brazos. Suponía que, si pensar *ese* tipo de cosas —o, incluso, experimentarlas— hubiera sido natural, habría oído hablar de ellas.

Por una parte, lo deseaba; por otra, me avergonzaba del lugar al que habían venido a conocernos. La desconchada capa de pintura de nuestra modesta casa blanca demostraba que no teníamos mucho. El incompleto proyecto de construcción de la casa desvelaba que se nos había acabado el dinero. El gran campo de cultivo detrás de nuestro edificio daba a entender que, en verano, comíamos principalmente verduras cultivadas por nosotros y, en invierno, esas mismas verduras conservadas en vinagre.

Cuando se acercaron a la terraza, me escurrí hacia la cocina. Un

momento después, Bajram y su padre entraron en la casa y se dirigieron hacia el cuarto de estar mientras hablaban de mi futura vida. No lo había visto desde el día en que me preguntó mi nombre en la roca, *te guri i madhë*, y ahora venían a hablar de una boda que se celebraría el primer fin de semana de mayo, y de cuándo y cómo me llevarían a su casa, lo cual sucedería ese mismo día, ya que ahí estaba él ahora: mi marido.

Después de saludarlos, escuché su conversación desde la cocina, pero no conseguía distinguir las palabras. No se oía la voz de Bajram, que no tenía permiso para hablar a la vez que ellos. Solo tenía permiso para hablar después de su padre, y tenía que estrecharle la mano primero a mi padre y después a mí. Tenía que entrar en la casa con el pie derecho y no con el izquierdo, aceptar el tabaco, el zumo y el té que pronto se le ofrecería, aunque debía abstenerse de comer de forma demasiado voraz los frutos secos, los bastoncitos salados y los *llokum* que había sobre la mesa.

Yo sujetaba la bandeja con las manos: había colocado en ella pequeños bocados dulces y salados, tres tazas de té y dos teteras de té turco, una con hojas de té recién hecho y otra con agua hirviendo. Me había atado el pelo y me había puesto una blusa negra y una larga falda negra.

Rodeé la bandeja con los dedos y la levanté; sin embargo, cuando me di cuenta de que las tazas tintineaban unas contra otras, volví a depositar la bandeja. Me seguían temblando las manos.

Solo en ese momento me di cuenta de que viviría con él el resto de mi vida, y ese pensamiento me golpeó el costado como una bola de demolición penetrando en un edificio. Me empezaron a hervir las mejillas como si alguien las hubiera masajeado con *biber*. Me sentí estúpida, traicionada, engañada. ¿Y si nunca aprendíamos a amarnos? ¿Qué pasaría entonces?

Los pensamientos sobre mi vida común con él y sobre los niños que traería al mundo me desgarraban como un granjero furioso arrancando las malas hierbas. Empecé a temer que no sabría cómo ser para él lo que debería ser, que no podría darle hijos ni sabría, siquiera, vivir a su lado. Pensé en cómo lo saludaría por las mañanas y cómo le hablaría de mis problemas femeninos. Pero, sobre todo, tenía miedo de que él tuviera tanto miedo como yo. Si él sintiera lo mismo, pareceríamos dos obreros a los que han

encargado realizar una operación de corazón.

Me tragué mis pensamientos, agarré la bandeja y caminé hacia el vestíbulo, pero me detuve un momento al otro lado de la puerta del cuarto de estar. Sacudí la cabeza, me aclaré la garganta, abrí la puerta con el pie y entré en el salón haciendo caso omiso del temblor. Fue una alegre sorpresa darme cuenta de lo tremendamente guapo que era mi prometido. De cerca, tenía mucho mejor aspecto que de lejos. «Esto no será difícil —pensé—, sería totalmente diferente si tuviera que casarme con un hombre feo y peludo». Su rostro era liso y simétrico y parecía un modelo fotográfico: labios gruesos, nariz recta, ojos castaños como grageas, brillantes dientes blancos y cejas bien arregladas. ¿Acaso una mujer podía desear un marido con mejor aspecto?

Esa pasión, esa atracción que sentí hacia él en aquel momento, era algo sobrenatural. Pensé de qué modo iba a empezar el amor, sino en un encuentro como ese.

Mi padre estaba sentado en un sofá, y Bajram y su padre, en el otro, enfrente de mi padre.

—Eres un buen hombre para ella, Bajram: el hombre adecuado —oí que decía mi padre, y vi cómo agarraba a Bajram por el hombro—. Esta es la voluntad de Dios —continuó.

Bajram observó a su futura esposa, como correspondía hacer. Evaluó el orden en el que colocaba las tazas de té frente a ellos sobre la mesa, si le ofrecía la primera taza a su padre, después a él y después a mi padre; de qué modo servía el té, si era lo suficientemente fuerte, si dejaba de servir en el momento adecuado, justo en el punto de la última línea, o si me habían enseñado de forma descuidada. Era posible que mi madre fuera *e dështuar*, una mujer inútil, que había fracasado en su tarea de enseñar a su hija cómo había que servir a los hombres.

Cuando los invitados tomaban asiento y se acomodaban, dependiendo del momento del día, había que ofrecerles la cena, o té o café con algún bocado salado o dulce. Antes de que empezara el servicio en sí, a los invitados se les ofrecía un vaso de limonada, agua mineral o agua corriente. En caso de que a los invitados se les ofreciera la cena, antes de la comida, las mujeres más jóvenes de la familia —por lo general, las esposas de los hermanos menores— llevaban al cuarto de estar una cubeta de agua, una jarra y una

toalla. Una llevaba la toalla en la muñeca izquierda y la jarra de agua en la derecha, de modo que los invitados pudieran lavarse las manos, bajo las cuales la otra anfitriona sujetaba una gran jofaina que iba a vaciar de vez en cuando. O, si los invitados bebían té de sus tazas turcas, dichas tazas se vaciaban rápidamente debido a su pequeño tamaño, por lo que las anfitrionas tenían que estar atentas para ir continuamente a la cocina a por la tetera. El té tenía que servirse con generosidad: solo cuando el invitado decía que era suficiente, *mjaft*, había que dejar de servirlo. Dejar las teteras en el cuarto en el que se bebía el té denotaba descuido, falta de respeto y holgazanería, y escatimar a la hora de servir el té reflejaba codicia y tacañería.

Cuando el té que estaba sirviendo adquirió el tono perfecto de marrón rojizo y el agua llegó exactamente a la última raya, y cuando hube hecho todo como debía, Bajram entrecerró los ojos con confianza, sonrió y me miró de una forma aún más penetrante, como si no se hubiera dado cuenta de lo incómoda que me hacía sentir su atención.

Me dispuse a llevar las teteras de vuelta a la cocina, caminando hacia atrás. No me giré hasta llegar a la puerta, y pude notar cómo su mirada me quemaba la espalda. Cuando llegué a la cocina y solté las teteras, me había quedado sin aliento. Miré por la ventana: mis hermanas corrían y jugaban en el borde del sembrado, mi madre miraba nuestro edificio con expectación. Le había molestado que mi padre la hubiera hecho salir de casa durante la visita de Bajram y su padre.

Bebí un vaso de agua y, cuando volví al cuarto de estar con la bandeja en mis manos, un momento después, Bajram seguía sonriendo de forma seductora y mágica. Quería presionar mis dedos contra la arruga que tenía en el rabillo del ojo, acariciar sus hoyuelos, quedarme allí a solas con él, tocar su brazo, ya que no podía creer que lo que estaba viendo fuera real. ¿Acaso podía un hombre ser tan guapo cuando sonríe?

—¿Cómo está, *zotëri*? —le pregunté a su padre, quien echó en su vaso tres cucharillas de azúcar.

Yo sujetaba la bandeja contra las caderas.

—Bien —respondió.

—¿Cómo está su esposa, *nana*?

—Bien, goza de buena salud —respondió, removiendo su té.

—¿Y Bajram y las chicas?

—También están bien, sanos —dijo.

—¿Y el ganado? ¿Y qué pasa con los sembrados?

—Muy bien.

—Que Dios le bendiga.

Él me hizo a mí las mismas preguntas, tal como dictaba la etiqueta, y yo le di las mismas respuestas. Entonces, repasamos la misma serie de preguntas con Bajram, quien respondió del mismo modo que su padre y me preguntó, a su vez, exactamente las mismas preguntas, y yo respondí del mismo modo en que había respondido a su padre. Todo iba bien. Pensé que era una suerte que solo fueran dos. Saludar a todo el mundo por separado llevaba una cantidad absurda de tiempo, y estar de pie delante de todos era como representar un papel sobre el escenario cuando no te sabías todas las líneas.

Después de mis respuestas, Bajram se giró para mirar a su padre. Vi su perfil, su afilada mandíbula, su nariz recta y su cabeza redonda, y la silueta tan atractiva que conformaban, pero también me fijé en que ahora sonreía a su padre de forma diferente. Sonreía a su padre de forma humilde, incluso tímida, pero la sonrisa que me dedicaba a mí era personal: bajó un poco la mandíbula, como si no le importara en absoluto la conversación que estaba teniendo lugar a su alrededor. Estaba sentado en el sofá con las manos sobre los muslos y le brillaba la frente; puede que estuviera tan nervioso como yo.

Volví a salir de la estancia, pero me quedé detrás de la puerta para escuchar lo que decían.

—Deberéis tratar bien a mi hija en vuestro hogar —empezó mi padre.

—Por supuesto —dijo el padre de Bajram.

—Bajram —empezó mi padre, girando la mirada hacia él—. No acepto juegos de azar ni mujeres extrañas —continuó con seriedad.

—No soy ese tipo de hombre —aseguró Bajram.

—Ya habéis visto a mi hija. Chicas así no se encuentran todos los días. Además, Emine es hábil con las manos, es diligente y cuidadosa. Ha sido para mí un sueño hecho realidad, y también lo será para vosotros —dijo mi padre, con un tono aún más serio.

Mientras decía estas palabras, empezó a sonreír para sí mismo—. Un hombre decente va a trabajar y después vuelve a casa con su mujer y sus hijos. Y la mujer se hace cargo del hogar —continuó mi padre.

—En eso estamos de acuerdo —aseguró el padre de Bajram—. Bajram todavía está estudiando, en la Universidad de Pristina. Es apuesto, como puedes ver, pero, además, es decente y sensato, y, algún día, conseguirá un trabajo bien remunerado.

—Le aseguro, *zotëri*, que cuidaré bien de su hija —añadió Bajram a las palabras de su padre.

—Bien —interrumpió mi padre, satisfecho—. Pues no tengo miedo de la cárcel, ni tampoco de la muerte —dijo, y, por un momento, hubo tal silencio que supe que mi padre les estaba dirigiendo una mirada significativa.

Pensé que tenía que ser una esposa diligente y sumisa para él. Mi madre me había contado muchas historias sobre los motivos por los que las mujeres eran enviadas de vuelta a casa. Una se había tirado un pedo accidentalmente mientras servía el té, otra había dejado sin planchar las camisas de su marido, otra había lavado los pies de su marido con agua casi hirviendo porque él no había mostrado respeto hacia ella. Ser repudiada sería una gran vergüenza: la reputación de toda la familia se echaría a perder, y nadie quería a una mujer que había sido repudiada una vez por su marido.

Entonces, mi padre preguntó si se quedarían a cenar.

—Desgraciadamente, no podemos quedarnos a la cena —dijo el padre de Bajram, y se prepararon para marcharse.

Cuando nos hubimos despedido, nos hubimos dado la mano derecha unos a otros en el orden correcto —primero al hombre más anciano, después a los hombres más jóvenes que él, después a la mujer de más edad y, después, a las mujeres más jóvenes que ella—, mi padre dijo que nunca había conocido a una familia tan elegante. Alabó su oratoria, la rapidez con la que se hacían cargo de las cosas, que no hubieran hecho alarde de sus posesiones, aunque tuvieran motivos para ello, su manera firme y decidida de dar la mano.

—¿Sabías que la familia de tu marido se acaba de ofrecer a pagarlo todo? Incluso han preguntado cuánto nos habían costado

los preparativos de la boda. ¿Sabes lo que significa eso?, —preguntó, poniéndose las manos en la cintura mientras seguía su marcha desde la terraza.

—¿Qué significa, *babë*?

—Significa que eres la chica más afortunada del mundo, Emine —respondió, sonrió y me agarró del hombro—. ¿Sabías que Bajram estudia lenguas balcánicas y literatura en Pristina?

No lo dijo como una pregunta, ya que, después de pronunciar estas palabras, resopló de forma melancólica. Estuvo en silencio durante un momento, valorando lo que acababa de decir.

—En la universidad —añadió, y se puso la mano en la frente para protegerse los ojos de la luz del sol poniente.

Su voz denotaba felicidad. Sonrió. «Una pobre e insignificante niña como tú. Por suerte para ti, eres muy guapa y hábil en tus tareas; de lo contrario, una familia así no se haría cargo de ti», me imaginé que pensaba.

—¿Has oído, Emine? En la universidad —repitió, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Podrás despertar a su lado cada mañana, y pasar cada día con él.

Entonces, yo también sonreí.

Después, mi padre fue a buscar los regalos de compromiso que nos habían traído y gritó para que todos nos reuniéramos en el cuarto de estar. Había ropa para todos: a mi padre le habían traído camisas; a mi madre, bonitas blusas; a mis hermanas, zapatos y calcetines, y, finalmente, mi padre depositó en mis brazos un vestido y dos blusas y me puso un colgante de plata al cuello y un anillo de compromiso sobre la palma de mi mano.

Me coloqué el anillo en el dedo anular de la mano derecha: me encajaba perfectamente y era el anillo más bonito que había visto nunca. Estuve toqueteando el colgante durante todo el día, y, siempre que tocaba el colgante, tocaba también el anillo, me lo quitaba y me lo volvía a poner.

3

La mayor parte del tiempo me muestro indiferente ante la ausencia de mi padre. Creo que él nunca se ha molestado en conocerme y yo tampoco me he molestado en conocerlo a él. Había muy poco tiempo: pasábamos de largo como si fuéramos medio conocidos. Pienso que, si me conociera ahora, me presentaría a sus amigos como un trofeo, y yo me sentaría a su lado, con su mano rodeando mi cuello, y sonreiría por influencia de su propia sonrisa, una sonrisa tan amplia que me empezarían a doler los músculos de la cara.

A veces, me siento tan enfadado que me pregunto si una persona puede contener toda esta ira en su interior. Es como una bestia envuelta en una camisa de fuerza que desgarra la tela, rompe las correas, arroja todos los libros fuera de la estantería, destroza los muebles y la vajilla lanzándola contra la pared y, después, se obliga a tomar una ducha de agua helada. Entonces, de alguna parte, viene aún más rabia y, finalmente, hay tanta que creo que me estoy ahogando en ella. Es una rabia muy densa: dientes que quieren romperse porque los aprieto con demasiada fuerza y durante demasiado tiempo, manos que aprietan los puños con tal ansia que los dedos se me entumecen, comida que se queda atascada en la garganta y sale volando por donde ha venido.

A veces, su ausencia no me hace sentir tan mal; como mucho, es una bola de bolos depositada en mi estómago, o músculos que se debilitan por estar demasiado tiempo ociosos.

Lo peor de su ausencia son las noches, que paso en vela de principio a fin, porque tengo tanta amargura en mi interior que todo mi cuerpo está a punto de estallar.

A veces, lo echo de menos, echo de menos su voz; otras veces, ni siquiera recuerdo el aspecto que tenía. En esas ocasiones, acabo sacando las fotos de las cajas del vestíbulo y, siempre que lo hago, me prohíbo mirarlas. Solo echo un vistazo, ya que no quiero verlo. Cuando, a pesar de ello, pienso en él y sueño con su presencia, me

pongo a hacer cosas, vuelvo a meter las fotos en la caja y salgo a correr o limpio la casa o leo un libro.

A pesar de ello, consigue abrirse paso entre líneas, en frases en las que aparecen determinadas palabras y en letras que comparten su nombre y el mío, viene conmigo a correr y se mete entre mis pasos, está presente cuando ninguno de mis pies toca el suelo, y, cuando friego el mismo vaso durante tanto tiempo que se me escurre de las manos, él está ahí, en una herida que escupe sangre por el desagüe.

En su forma más simple, su ausencia se manifiesta en forma de llanto. A veces, solo son unas lágrimas: los párpados se me humedecen cuando recuerdo algo insignificante sobre él, como que quería ver todos los anuncios de televisión y no aceptaba cambiar de canal durante la publicidad. Otras veces, sin embargo, el llanto sale con total libertad. En esas ocasiones, no puedo salir de casa, y, aunque intento hacer todo lo posible por que termine, no lo hace, ya que entonces recuerdo algo importante sobre él. Como aquella noche, cuando vino a mi habitación y dijo que se estaba muriendo.

Se arrodilló, me agarró por los hombros y me dijo que me despertara. Y yo miré a mi padre, pero no vi su cara, ya que la estaba presionando contra mi pecho mientras me abrazaba aún con más fuerza, así que pregunté qué pasaba y él empezó a llorar. Entonces, pregunté cuándo, cuándo iba a morir y por qué, y su cuerpo empezó a temblar al compás de su llanto.

—Tengo cáncer de pulmón —dijo, y se sonó la nariz—. Me he enterado hoy. Me quedan unos meses de vida, un año si tengo suerte.

Lo miré con ojos cansados y, al principio, no comprendí el significado de sus palabras. No recuerdo cuánto tiempo lo estuve mirando, pero recuerdo que no le dije nada. En algún momento, se incorporó, se secó los ojos con la camisa y se dispuso a marcharse.

—Pero esto es un secreto entre los dos: no puedes contárselo a nadie —me dijo—. Tenía que compartirlo con alguien; si no, no podría soportarlo. No quiero morir solo. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿entendido?

Encendió la luz y me dijo:

—Eres el más fuerte de todos, lo sé, lo veo en ti. Y ahora te necesito. ¿Me has oído?, —continuó—. Te necesito más que nunca.

—Te he oído —dije, y me presioné las muñecas contra los ojos.

Entonces, apagó la luz y salió de la habitación.

Y yo empecé a esperar a que su corazón dejara de latir. Lo observaba, le ofrecía tabaco constantemente y le hacía bocadillos con mucha margarina y sal, y nunca le conté a nadie que se estaba acercando a su muerte, ni a mis hermanas ni a mi madre. Aunque mi padre tosía delante de nosotros de forma tan brusca como si fuera su último aliento, yo quería que disfrutara de sus últimos meses. Y esperé y esperé. Primero, esperé meses, hasta que cumplí los doce años. Entonces esperé un año más y cumplí los trece. Y entonces esperé otro año, y otro más, pero nunca sucedió. Ese día nunca llegó.

En su lugar, hay días que no parecen días en absoluto, sino copias de lo que una vez fue su presencia.

Primavera de 1980
La casa de la izquierda

La víspera del primer día de mis celebraciones de boda, jueves, 1 de mayo, me desperté bastante tranquila, teniendo en cuenta las circunstancias, en el desgastado sofá de tela marrón amarillenta del cuarto de estar, que por la noche se convertía en una cama para mi hermana Fatime y para mí. Mis padres dormían en su propio dormitorio, mis tres hermanos tenían una habitación propia y las tres chicas dormíamos en el cuarto de estar.

Nuestra casa era, sobre todo, poco práctica, ya que las casas kosovares no se diseñaban para adaptarse a las necesidades de la gente, sino al contrario. En lugar de camas, había colchones apilados en el suelo formando sofás, o sofás cama puestos en fila. No había cocina, sino una habitación en la que había leña, una cocina de leña y armarios, dentro de los cuales se metían las cosas de uso diario: cepillos, manteles, cazuelas y bandejas de horno. Había una mesa redonda baja, *sofra*, apoyada contra una de las paredes; cada vez que íbamos a comer, arrastrábamos la mesa hacia el cuarto de estar y nos sentábamos a su alrededor en el suelo.

Según mi madre, las casas kosovares tenían que estar siempre recogidas, de modo que pareciera que no vivía nadie en ellas. A la hora de la limpieza, había que respetar dos reglas generales: primero, la casa tendría que estar lista para que cualquiera pudiera entrar en cualquier momento y hacer fotos; segundo, tenía que poder oírse en ella el eco. En cierto modo, la casa era el reflejo de su anfitriona: una casa ordenada hacía que una mujer fuera completa y que una niña fuera una mujer. En una casa limpia no había ningún secreto.

Mis preferidas eran las casas americanas. Las revistas de distintos colores de las estanterías de la tienda de Mehmet, especialmente *Kosovarja*, eran como billetes de tren. Pasaba sus hojas, observando las fotos de todas aquellas casas que cambiaban

según las necesidades de sus habitantes. Soñaba con una ducha de la que saliera agua caliente, con máquinas que lavaran los cacharros y la ropa, con suelos de madera y con persianas, con otra vida. Soñaba que vivía en un país en el que las casas eran grandes y bonitas. Soñaba con una cocina en la que hubiera ollas y cucharones, una cocina en la que la vida estuviera a la vista, sin nada que esconder. Con sofás que solo fueran sofás. Soñaba con suelos que no fuera necesario cubrir de alfombras y en los que no nos sentáramos para comer. En su lugar, nos sentábamos alrededor de una mesa alta, sobre la que se servía la comida.

La casa se limpiaba diariamente, porque una casa sucia era *marrë*, y ninguna persona que se respetara a sí misma deshonraría a su familia viviendo en una casa desordenada. Las casas también tenían una reputación que mantener. Era una cuestión de honor. Un albano está listo para morir por su honor y por su reputación, porque perder la reputación es mucho peor que la muerte. Esto era algo que las demás naciones yugoslavas no siempre entendían. Una hija descubierta en un comportamiento inadecuado, o un hijo descubierto bebiendo alcohol o jugando a juegos de azar, arruinaban para siempre la reputación de la familia, que se intentaba salvar aunque hubiera que expulsar al culpable de su casa. Los albanos se negaban a sentir cualquier tipo de vergüenza. Huían de ella hasta el otro lado del mundo y, al mismo tiempo, dedicaban sus vidas a demostrar que no había nada de que avergonzarse.

Me desperté temprano, me preparé el desayuno y caminé por última vez los aproximadamente quinientos metros que nos separaban de la tienda de Mehmet, que estaba situada junto a un letrero de autobús grande y oxidado, al lado de la carretera principal del pueblo. Pensé con nerviosismo en los siguientes días, repasé los acontecimientos y recé para hacerlo todo correctamente y en el momento adecuado.

La tienda, que anteriormente había sido un almacén, vendía principalmente tabaco, especias, harina y carne congelada. Durante el verano, también se vendían verduras. Para los dulces, los bocados salados y las conservas había reservada una pequeña estantería al otro lado de la tienda. Los dulces estaban muy solicitados, aunque

eran lo que menos nos podíamos permitir. Pero ahora, por una vez, yo tenía dinero, ya que mi padre me había dado cinco dinares por la boda. «Cómprate algo dulce», me había dicho.

En los estantes de arriba, había cajas de bombones, en cuyas tapas había fotos de mujeres bonitas, y, en los estantes de abajo, cartones de zumo y botellas de limonada. Siempre que iba a Pristina, Mehmet compraba un ejemplar de todos los periódicos y revistas. Podías leerlos si comprabas algo.

Me puse bajo el brazo una bolsa de dulces, un bote de mermelada de frutas, una caja de bombones, una botella de limonada y el número más reciente de *Kosovarja*. Mi primo Mehmet, el propietario de treinta años de la casa vecina, al ser hijo único, había heredado la tienda de su padre, su casa y dos hectáreas de tierra. Me felicitó desde detrás del mostrador.

Deposité el dinero delante de él. Mientras cogía con nerviosismo la nueva *Kosovarja*, él empezó a reír ante mi despiste, ya que solo había metido el bote de mermelada en la bolsa de plástico que tenía en las manos.

Miré por la ventana de la tienda hacia mi propia casa, que se erguía a un lado del verde campo de cultivo, tímida e implorante, y mantuve la revista abierta bajo aquel paisaje. Me di cuenta de que me avergonzaba de nuestra casa. No entendía cómo Bajram había podido enamorarse de la hija de una familia pobre. ¿Qué podría ofrecerle yo?

El segundo piso de la casa, con una distribución exactamente igual al primero, todavía estaba sin terminar. Y el tercero. Mi padre no había comprado las ventanas del piso superior, las puertas ni el suelo, aunque llevara una eternidad hablando sobre la construcción de nuestra casa y el día en que la terminaría. Allí solo estaban las paredes.

Un piso para cada uno de los hijos varones, había dicho mi padre, sonriendo victorioso a mis hermanos. Traerían a sus esposas, se instalarían cada uno en su piso, tendrían niños y cuidarían de él y de mi madre: de ese modo, podrían envejecer y morir con dignidad.

Hojeé la revista y sus fotografías en blanco y negro, que mostraban hornos nuevos con temperatura ajustable según las necesidades; leí presentaciones de cuchillos tan afilados que podían

cortar la madera, y un artículo con la imagen de un hombre regando un pequeño jardín en el patio de una bonita casa, mientras su mujer y su hija se abrazaban al fondo.

Plegué la revista, se la entregué a Mehmet y metí el resto de mi compra en las bolsas de plástico. Caminé lentamente hacia mi casa. El sol se abría paso entre las grandes montañas, teñía de naranja las hojas verdes y de amarillo la tierra gris, y el bombón que había cogido de la caja se derretía en mi boca como si fuera mantequilla de cacahuete. «Tendré dulces toda mi vida», pensé, lamiéndome los labios.

4

Conocí al gato en un bar. No era un gato cualquiera, uno de esos a los que les gustan los ratones de juguete o los árboles trepadores o los plumeros, ni siquiera al principio, sino que era totalmente diferente a todos los demás gatos a los que había conocido.

Reparé en el gato en la pista de baile, en algún lugar entre dos barras de bar y detrás de algunas personas. Iba dando saltos alegremente de un lugar a otro, conversando con conocidos para mantener el equilibrio en su vida social. Nunca había visto nada tan fascinante, nada tan atractivo. Era un gato perfecto, con rayas blancas y negras. Su suave pelaje relucía bajo las débiles luces del bar como si acabaran de engrasarlo, y estaba erguido, con firmeza y gallardía, sobre sus musculosas patas traseras.

Entonces, el gato reparó en mí, empezó a sonreírme y yo empecé a sonreírle a él. Levantó la pata delantera hasta el botón superior de su camisa, lo desabrochó y comenzó a caminar hacia mí.

Poco después, el gato estaba de pie delante de mí, en todo su atractivo, y yo parecía que me había tragado una estaca. Al principio, no fui capaz de decirle una sola palabra. De fondo, sonaban grandes éxitos del pasado, con cuyas letras el gato se identificaba claramente, ya que cantaba con Tina Turner y con Cher con tanta emotividad que creí que iba a reventar con sus propios recuerdos.

> *Give me a lifetime of promises and a world of dreams*
> *Speak the language of love like you know what it means*
> *You're*
> *simply the best, better than all the rest*
> *Better than anyone, anyone*
> *I've*
> *ever met*

Y, después:

What am I supposed to do
Sit around and wait for you
Do you believe in life after love
I can feel something inside me say
I really
don't
think
you're
strong enough

El gato ladeó la cabeza e hizo tal mueca que su barbilla se extendió formando tres diferentes. Tenía una expresión tan dramática y fatídica como un cantante de ópera a punto de llegar al clímax: había arrugado los ojos hasta cerrarlos, tenía la boca completamente abierta, como si fuera a estornudar, y encorvaba las rodillas al ritmo del estribillo de «Believe». Tenía una pata sobre el corazón y la otra extendida, como si quisiera coger la mano de un amor perdido.

Después de calificar la interpretación del gato como extraordinaria, lo miré a los ojos y sonreí.

—Es maravilloso —empezó el gato—. Ya lo sé.

Las rayas blancas del gato brillaban en la oscuridad, y las parpadeantes luces estroboscópicas hacían que desapareciera por momentos, como si no existiera en absoluto. El gato era un intérprete tan maravilloso, bello y talentoso que lo cogí en el regazo sin esperar su aceptación, y me di cuenta inmediatamente de que su pelo olía muy bien y era suave como la seda, y de que tenía un cuerpo musculoso de la cabeza a los pies. Solo tocarlo fue tan mágico, tan maravilloso, que no habría querido volver a tocar nada nunca más.

Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, el gato saltó de mi regazo de vuelta al suelo, de tal modo que mis manos quedaron abrazando el aire por un instante.

Di un par de vueltas por el bar y empecé a impacientarme. Me di cuenta de que deseaba tanto al gato que ya había decidido que sería mío. Tensé el labio superior, mientras la cabeza me latía fuertemente. Afilé la mirada. Justo en ese momento, su bella y arqueada espalda apareció detrás de una esquina; su larga cola

negra se balanceaba de arriba abajo y dio un paso hacia delante, deslizándose, como si estuviera acechando a su próxima presa.

El gato se detuvo a unos pasos de mí. Me miró discretamente —de forma seductora— a los ojos por encima del hombro. Me hizo gestos con la pata para que lo siguiera, me guiñó el ojo como los demás hombres del bar y volvió a desaparecer detrás de la esquina.

Obedecí sus órdenes y me dispuse a seguirlo. Poco después, llegué detrás de él y me entraron ganas de decirle que qué gatito más maravilloso era, qué maravilloso minino. Tras cruzar el pasillo, el gato encontró una mesa libre. Era la una y media, la música sonaba fuertemente y las pistas de baile se habían llenado de gente de fiesta. El gato subió al sofá de un salto y se colocó frente a la mesa con aspecto orgulloso: tenía los ojos cerrados y su rostro altivo estaba girado hacia el techo de un modo muy aristocrático. Cuando me fui a sentar a su lado en el sofá, me hizo sitio, pero no miró hacia mí.

—¡Vaya!, —declaró someramente, rascándose la barbilla. De pronto, llevaba gafas—. ¿A quién tenemos aquí?

Mascullé algo ininteligible, entre tartamudeos y balbuceos. Finalmente, conseguí decir que nos acabábamos de conocer:

—Justo ahí, en la pista de baile: tú me abrazaste y yo te abracé a ti, ¿te acuerdas?

—Tienes un aspecto horrible —declaró el gato con soberbia—. No te conozco de nada y nunca te habría abrazado, puaj. —Hizo como que escupía en otra dirección—. Abrazar a algo como tú.

Quedé tan consternado con el tono crítico del gato que solo fui capaz de quedarme allí sentado a su lado, en silencio.

—Oye, je, je, ¡que era una broma, tonto! No nos conocemos. No hables como si nos conociéramos —me reprochó el gato—. Pero vamos a conocernos, je, je. Estoy en modo receptivo, ¿quieres que nos conozcamos o no?

En cuanto respondí afirmativamente, el gato quiso saber cosas. Cosas normales. Mi nombre y mi fecha de nacimiento. Y yo le dije mi nombre, y entonces él dijo que nunca había oído un nombre tan extraño.

—Es un nombre terrible —puntualizó—, totalmente horrible, je, je —rio el gato—. Bekim. ¡Es un nombre tan terrible que no querría oírlo una segunda vez!

Solo entonces, el gato giró la cabeza hacia mí, me miró con sus pequeños ojos de gato entrecerrados y buscó una cara, orejas, ojos, boca y cuerpo para ese nombre que consideraba tan horrible. Cruzó las piernas de forma arrogante y empezó a reírse con una mueca.

—El nombre es un presagio —dijo el gato—. ¿Lo sabías? El nombre es un presagio, je, je.

Y yo dije que claro que lo había oído, pero que no es más que un grupo de letras y que mi nombre, por cierto, significaba «bendición». Pero, antes de que me diera tiempo a continuar, el gato empezó a reírse de una forma tan estridente que ya no pude pensar nada. Se sacudía y se movía en el sitio sin intentar siquiera tranquilizarse.

—¡Pero es el peor nombre que podrías tener!, —gritó el gato a través de sus estridentes carcajadas.

—Bueno… —dije—. Puede que sea un mal nombre, pero la verdad es que estás siendo un poco descortés —intenté decirlo con un tono maduro y adulto.

—¡Ajá!, —gritó el gato, y corrigió su postura—. Qué poco sentido del humor. La verdad es que no he sido nada descortés —dijo el gato, imitando mi tono de voz, y continuó riendo como si no le hubiera dado importancia a lo incómodo que me estaba haciendo sentir.

—Ay, perdóneme, *monsieur* —empezó entonces el gato, que levantó ambas patas en el aire y, haciendo un puchero, empezó a mesarse los bigotes de ambos lados de la boca—. No sabía que no se podían hacer bromas con su nombre —continuó—. ¿O debería decir *mademoiselle*, je, je? Parece ser que este es un asunto muy serio. ¡Miau!

Tragué saliva.

—¿Quieres algo de beber?

—Claro que quiero algo de beber —respondió el gato—. ¡Qué descortés no haber preguntado hasta ahora!

Me levanté y fui a por ginebra con arándano rojo, una copa para él y otra para mí. Cuando dejé el vaso largo delante del gato, me dijo que cuánto había tardado en traer las putas bebidas.

—Había algo de cola —expliqué—. Lo siento.

—Huy, qué ojos más bonitos tienes, y qué bonito es tu pelo castaño oscuro —dijo el gato en tono conciliador.

De un saltó, se colocó por sorpresa encima de mi hombro para acariciarme el pelo. El suave y delicado tacto de sus patas hizo que se me pusiera la piel de gallina. No obstante, pasado un momento, el gato se volvió a bajar.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas?, —preguntó muy serio, presionándose el labio inferior con los dedos.

Así que empecé a hablarle un poco de todo: de mis estudios y de mi humilde trabajo como cartero, de mi vivienda y de todo tipo de cursos que había hecho en todo tipo de facultades. De mis aficiones, de mis gustos, de mi tiempo libre.

Mi relato no parecía ser lo suficientemente interesante para el gato, ya que había empezado a mirar a otros hombres y sus culos. Tenía los ojos medio cerrados y se le caía la baba por la comisura de la boca.

—Puaj —dijo como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Qué?

—Gais. No me gustan nada los gais.

Me quedé desconcertado. Uno no venía a este tipo de lugares si no le gustaban los gais. Cuando le pregunté al gato por qué no le gustaban los gais, me dijo que no tenía nada en contra de la homosexualidad, solo en contra de los gais. Antes de poder plantearle otra pregunta y declarar que, por lo general, a la gente le gustaban los gais pero no la homosexualidad, el gato explicó su respuesta.

—Claro que me gustan algunos gatos machos, ¡pero odio a las hembras!, —declaró tajantemente, y cruzó las patas sobre la mesa —. Tienes que decidir si vas a ser un hombre o una mujer — continuó.

Se subió de un brinco a la mesa, alzó el trasero y estiró las patas delanteras.

—Mira, mira eso —dijo rápidamente, fijó la mirada en los hombres de la pista de baile y agitó la cola—. Qué vomitivo. Un hombre no mueve las manos así, ni habla del mismo modo que las mujeres. Y un hombre tampoco se viste con ropa tan ajustada ni menea el trasero de esa manera… ¡Como una prostituta! ¡Puta!, — exclamó el gato, en voz tan alta que los que estaban bailando se giraron para mirarnos.

Pasó contoneándose entre las copas y volvió a subir de un salto

al sofá.

—Madre mía, y el sexo entre hombres es aún más horrendo. Es antinatural, lo mires por donde lo mires. ¡Es sencillamente espeluznante!, —continuó.

Yo dije que si no sería más fácil dejar a la gente en paz tal y como son.

—¡*Hippie*! —declaró el gato de forma enfática—. Pero ahora el mundo funciona de un modo algo diferente. Hay expectativas y actitudes; no te puedes librar de ellas.

—Sí, creo que tienes razón —afirmé.

—Bueno, no es nada extraordinario —dijo el gato, y empezó a regocijarse en su autocomplacencia: estiró las patas de forma engreída y sonrió con arrogancia.

El gato me aseguró que sus palabras sobre los gais no estaban basadas en ningún rumor, sino en sus experiencias personales, ya que una vez había conocido a dos gais. El gato estaba en el baño de un restaurante ahuecándose el pelo cuando dos homosexuales lo asediaron: según él, los dos hombres se pusieron uno a cada lado y empezaron a señalar sus bonitos lomos y su lustrosa cola como si fuera un trozo de carne, y el gato se había sentido tan cosificado que tuvo que dejar de ahuecarse el pelo y cubrir sus bonitas curvas.

Un momento después, el gato dijo que ahora yo tendría que contarle algo que me hacía ser una persona diferente y digna de conocer; de lo contrario, se iría directamente a casa. En opinión del gato, todo lo que le contaba eran meras bobadas sin sentido, tan aburridas y predecibles como la presentación de los presupuestos del estado, *puaj*, estuvo a punto de escupir de nuevo.

—Maldita sea. ¡Tú sí que sabes cómo aburrir a alguien por completo! Bueno, ahora cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie.

Entonces, sin apenas darme cuenta, empecé a hablarle al gato de mi pasado: del país del que procedía, de las situaciones en las que se veía la gente que se traslada de un país a otro y de la pequeña ciudad finlandesa en la que me había criado. El gato percibió que no solía hablar de mi pasado, ya que ahora me escuchaba con más atención, con los ojos entrecerrados y los dedos de nuevo en el borde de la barbilla, para poder oír mejor a través de la música.

Le hablé al gato de esas personas para las que mi nombre

siempre era algo que había que explicar. Cuando respondo a sus preguntas y cuento de dónde viene mi nombre, siempre se sienten decepcionados.

—Por eso me comporto de forma tan reservada. Supongo que entiendes que este nombre puede causar más mal que bien.

Le conté al gato cómo me sentía cuando la gente inspeccionaba mi comportamiento en el colegio, en el trabajo, en todas partes: cuánta comida cogía en los restaurantes de autoservicio, si me acordaba de dar las gracias a la gente que trabaja en la cocina, si sabía escribir las respuestas a un examen sin faltas de ortografía y con qué frecuencia me cambiaba de ropa.

Cuando en el colegio hablaban de la religión islámica, de dictaduras o de lenguas extranjeras, yo agachaba la cabeza, ya que podía sentir cómo todos se giraban para mirarme. Cuando me pedían que hablara en mi lengua materna, algunos decían en voz alta que era una lástima que saber ese idioma no me sirviera para nada aquí. Y, cuando llegaba tarde, oía con frecuencia que ya era hora de que aprendiera, que este no es ningún país subdesarrollado. «Te ha tocado la lotería al poder vivir en Finlandia e ir aquí al colegio, recuérdalo».

Primavera de 1980
Quiere todas las telas

Cuando llegó el jueves por la tarde, todo estaba casi listo. Yo estaba sentada en medio del cuarto de estar de nuestra casa mirando los manteles apilados en el suelo, sobre los cuales reposarían los gallos de porcelana en la vitrina en casa de Bajram, los manteles sobre los que pondría su comida, las sábanas sobre las que pondría la piel. Según la tradición, la novia y las mujeres de su familia se encargaban de preparar todo tipo de ropa blanca que sería necesaria durante los años de matrimonio. Fundas de edredón, fundas de almohada, sábanas bajeras, paños de cocina, colchas, toallas de mano y de baño, todo hecho a mano, formaban el *qeiz*. Representaban un nuevo comienzo para Bajram y toda su familia, una vida todavía intacta.

Mis hermanas me miraban con interés mientras yo estaba sentada en medio de toda aquella ropa blanca. Seguramente, estaban pensando en su propio futuro. «Entonces, ¿será así también cuando a mí me llegue el momento?». En aquel instante, sentí una extraña cercanía hacia ellas, ahora que su tarea era servirme a mí, asegurarse de que tenía todo lo que necesitaba. Se despertaban temprano para preparar la comida que ofrecerían a los invitados, para limpiar y embalar: para liberarme de todas las tareas del hogar. Durante la boda, una novia no podía hacer tareas del hogar: era como una reina a la que había que mantener satisfecha.

Ahora, el ajuar estaba listo. Fundas de edredón, fundas de almohada, sábanas bajeras, decenas de toallas, cientos de horas de trabajo. Fatime y Hana elogiaban su versatilidad y durabilidad.

—Y, después, podrás cortarlas para hacer trapos —dijo Fatime.

—Bueno, pero te van a durar mucho tiempo —corrigió Hana.

Mis hermanas y yo acariciamos las sábanas. Solo podía pensar en el momento en el que fueran puestas en una cama de verdad y cubrieran los cuadros del cubrecolchones y sus esquinas desiguales, con su olor fresco y limpio. Ese tipo de cama que solo era una cama,

como las que había visto en *Kosovarja*. Bajram se tumbaría sobre ellas, las sábanas se estirarían y cederían bajo su cuerpo, y su piel olería a mi hogar, a nuestro hogar común.

—¿Podéis dejarme sola?, —pregunté, y ellas respetaron mis deseos.

Miré la vitrina que cubría toda la pared del cuarto de estar, los tres ajados sofás cama, la mesa de madera con las patas llenas de arañazos y la superficie llena de marcas, y me sentí tan agotada como si hubiera corrido todo el camino a casa desde Pristina.

—¡Ya vienen!, —gritó Hana, precipitándose hacia la puerta.

—¿Qué?

—¡La ropa, *motër*, la ropa!, —gritó, dando palmadas—. ¡Ya están aquí!

La familia de Bajram había comprado tanta ropa y objetos para la novia que tuvieron que transportarlos en dos coches. Los hombres que conducían me resultaban desconocidos, pero, cuando nos presentamos, me enteré de que eran tíos de Bajram.

Mi padre les pidió que entrasen. Mis hermanas y los familiares cercanos que se habían reunido en nuestra casa llevaron la ropa a la habitación de los chicos. Deseé en secreto que volvieran a marcharse inmediatamente, ya que quería apresurarme a echar mano de la ropa, pero había que ofrecer algo de comer y beber a las visitas.

Pasadas unas horas, se dispusieron a marcharse. Cuando nos despedimos y ellos desaparecieron de la vista, mis hermanas, mi madre y yo corrimos hacia la ropa como una jauría de animales.

Me habría gustado examinar la ropa con tranquilidad, pero mis hermanas empezaron a hurgar entre las bolsas de plástico y a nombrar las marcas de la ropa que se encontraba en ellas, así como sus materiales y tallas.

—¡Cuánto han comprado! Hala, qué falda más bonita. Ay, ojalá recibiera yo algo así. Pues sí que han derrochado.

—Ya basta —dije, pero no me oyeron, y metieron la mano en las bolsas de plástico y en las cajas de zapatos, mientras se ponían la ropa contra su propio cuerpo—. ¡Ya basta!, —grité tan fuerte como me permitió mi garganta.

Se quedaron paralizadas y me miraron desconcertadas.

—¡Fuera de aquí!

Creo que nunca había gritado tanto como en ese momento, ya que apartaron la ropa en silencio y salieron de la habitación como si quisieran pedir perdón por su comportamiento.

Cerré la puerta tras de mí y miré los distintos vestidos y los zapatos de fiesta y de diario. Había decenas de ellos, al igual que había decenas de blusas, pañuelos, pantalones, medias y prendas de ropa interior.

Cuando pensaba en el lunes, en el momento en que todos mis amigos y familiares llegarían a casa de Bajram y admirarían, verdes de envidia, toda aquella ropa, aquellos perfumes y maquillaje, todo ese oro que mi marido me había comprado, no deseaba ser ninguna otra persona ni estar en ningún otro sitio.

5

El gato estaba visiblemente consternado por lo que había oído. Parpadeaba como si quisiera asegurarse de que me había entendido bien.

—Repugnante —dijo—. ¿Cómo puede haber gente tan corta de miras?

—La verdad es que no —comenté, y miré al gato, que parecía hervir en su interior.

Pasado un momento, el gato me preguntó si tenía más historias similares que contar. Estaba muy interesado en oírlas, pues llevaba mucho tiempo esperando este tipo de cosas. Prometí contarle más historias la próxima vez. Decidí que era mi turno de saber. Pregunté de dónde procedía y cómo era su familia, si su madre tenía el mismo tipo de rayas blancas y negras, pero el gato se negó a contarme nada. En su lugar, dijo que no había que hablar todavía porque, para empezar, había demasiados prejuicios sobre los gatos que había que corregir. Por ejemplo, el hecho de que los gatos no son independientes, sino solitarios.

Una vez cogí carrerilla, no fui capaz de dejar de hablar de mí, ya que el gato escuchaba de buen grado, asentía de forma alentadora y entusiasta, planteaba preguntas dentro de mi monólogo y alargaba las últimas vocales haciéndolas serpentear de un modo extraño.

Le conté al gato que solía evitar a la gente. Evitaba hablar con ellos, comer en restaurantes grandes, sentarme en conferencias, subir a tranvías llenos, estar en largas colas y en paradas de autobús delante de las cuales pasaban demasiados coches.

El gato estalló en carcajadas.

—¡Pero nadie puede ser así!, —se sorprendió y se escarbó los dientes con una de sus largas uñas.

—No estoy de acuerdo —respondí—. Se puede temer a cualquier cosa. A caminar por una calle con mucho viento, por miedo a que te caiga un semáforo en la cabeza y que te rebane el cuello con el borde, lo que haría que te desangrases hasta morir. A que las ruedas

de los coches que pasan estallen justo delante de ti y que los trozos de caucho te den en la cara y nunca te recuperes del golpe. En invierno y en primavera, las estalactitas de hielo por la calle pueden caerte directamente en la cabeza y rajarte el cráneo. O puedes tropezar con una piedra del suelo, resbalar en el hielo o en las escaleras, romperte la mano, la pierna o la cabeza. Y cada día, independientemente de la época del año, hay gente peligrosa, personas desconocidas e imprevisibles que pueden hacer y decir cualquier cosa en cualquier momento. Sin preguntar. Las calles no preguntan, ni el hielo.

El gato opinaba que los miedos eran infundados. No parecía comprender que podía pasar cualquier cosa cuando uno tenía miedo. Interrumpió mi contraargumento diciendo que, al fin y al cabo, habría que concentrarse en los estudios, ya que consideraba mis estudios como algo especialmente maravilloso.

—Y el finés ni siquiera es tu lengua materna —recordó con perspicacia, y se quedó esperando que yo admirase su grandiosa inteligencia y su ojo observador.

—Sí, la verdad es que tienes razón —dije.

Entonces el gato me dijo que sí, que claro que tenía razón, y que, por lo general, los inmigrantes eran estúpidos y ruidosos, y el hedor que desprendían al pasar te podía hacer perder el sentido.

—Cuando intentas enseñarles algo, no aprenden. Si les das trabajo, te roban dinero. Si les das una vivienda, la vandalizan, aunque ni siquiera pagan por ella —juzgó el gato—. Y, por el amor de Dios —continuó, en una postura reflexiva muy extraña, con una mano en la cintura, de modo que su pelo parecía un tutú, y la otra mano moviéndose ciegamente delante de él, de tal manera que el gato parecía una visión grande, peluda y torpe—, si de mí dependiera, mandaría a esos camorristas de vuelta a su país.

Empecé a revolverme, incómodo, en el sofá; retiré a un lado el pelo que me había caído sobre la frente y empecé a sonreír al gato de forma forzada.

Le expliqué que en mi casa las cosas no eran así. A nada se le daba tanto valor como a los estudios y la educación personal.

—Leíamos y estudiábamos todo el tiempo. Mis padres eran médicos: curaban a los enfermos y los rescataban de la muerte. ¿Me oyes? Médicos, que leían libros por las noches.

—Hmmm… —murmuró el gato reflexivamente, y parecía un enigmático agente secreto—. ¡Vaya genes!

El gato se sumió en sus propios pensamientos como un filósofo de la Ilustración. Tenía las mejillas redondas y caídas como Bentham, y sus greñas jeffersonianas hacían que su cabeza pareciera un horno de las reflexiones. El único problema era que nadie escuchaba lo que tenía que decir, pues qué va a saber un gato de política, de economía o de otras cuestiones sociales.

—Es una lástima que no puedas propagar tus genes —declaró entonces el gato—. Al menos, no de forma sencilla —continuó, e hizo una breve pausa—. ¡A no ser que alguien se empeñe en causar problemas a sus hijos y darles un padre como tú!

Entonces, estalló en una carcajada que lo hizo sacudirse. Golpeaba la pata contra la mesa, sacudía la cabeza y meneaba las patas traseras como si hubiera sufrido un ataque de locura.

—¡Buuum! Aquí viene el gato, jajaja.

Una vez hubo soltado sus últimas explosiones de risa, me pidió que continuara. Y yo proseguí mi relato hasta que hube cerrado todos los flecos de mi historia, hasta que ya no tenía nada que contar. Metí toda mi vida en una cantidad tan pequeña de palabras que, cuando terminé, sentí como si no hubiera dicho absolutamente nada.

El gato pareció recuperarse de mi historia notablemente más rápido que yo, ya que me empujó con sus largos y afilados dientes, a cuyos lados se había acumulado una gran cantidad de placa dental, y me alentó a contar más cosas de mí mismo y de mi familia, todavía más.

—Esto es realmente interesante —afirmó.

Así que le conté que todas mis hermanas estudiaban en la universidad: telecomunicaciones, fotografía, ciencias económicas y empresariales, tecnologías de la información, derecho, programación y psicología.

—No te pienses que somos como los demás inmigrantes, que se limitan a hacer el vago.

—Mmm… —El gato pareció convencido.

Se colocó las gafas de patilla gruesa y giró la cabeza, de modo que sus afilados colmillos quedaron a la vista, como dos anclas a ambos lados de la cubierta de un barco.

—Pareces ser un buen partido —dijo.

El gato no consideraba que le estuviera diciendo lo primero que me pasaba por la mente, ni que estuviera adaptando mi relato a lo que sabía que él quería oír. El gato quería una historia en la que la vida del protagonista hubiera empezado en condiciones imposibles y cuya crudeza le hiciera lamentarse de la situación mundial actual; sin embargo, también quería una historia que terminara de tal modo que él pudiera dar palmaditas al protagonista por su capacidad para tomar las riendas de su vida —independientemente de que el protagonista hubiera adquirido esa capacidad para poder liberarse de la compasión de otras personas—, para obtener una confirmación de sus propias ideas. «Cualquiera puede cambiar el rumbo de su vida en cualquier momento, si está lo suficientemente motivado» era la moraleja de la historia. Al gato le resultaba más sencillo creer eso que pensar en lo que significaba realmente la historia: que, por ejemplo, «cualquiera» hace referencia a una cantidad muy pequeña de personas, que el tiempo no tiene ningún tipo de rumbo y que la motivación raramente diferencia a unas personas de otras.

A continuación, el gato preguntó dónde estaban mis padres en ese momento. En lugar de responder, guardé silencio durante un instante, cogí mi bebida y eché un trago.

—Mis padres han muerto —dije finalmente, volví a dejar el vaso en la mesa y me toqué la barbilla—. Cuando vivían, todavía tenían importancia y sentido, una vida y un trabajo. Pero ahora ya no están y nadie los necesita para nada.

El gato abrió los ojos como platos. Se quedó mirándome sin decir una sola palabra durante un largo rato.

—Bueno —dijo, finalmente, cerrando los ojos—. Lo siento —añadió—. Tiene que ser difícil —continuó, e hizo una pequeña pausa hasta que exclamó significativamente—: ¡Pero!

Se le dilataron los ojos más aún y se le llenaron las mejillas de aire. Entonces se tomó un pequeño descanso, saltó del sofá al suelo, *hoplaa*, y volvió a subir, *hop*.

—Me aburro —dijo de pronto.

«Pff», exclamó el gato como extensión a su opinión, «meh», soltó también, para enfatizar lo poco interesado que estaba o lo poco que le apetecía seguir pensando. Se puso una pajita rosa entre los labios,

se mesó los largos bigotes y absorbió su bebida con las mejillas abolladas, aunque parecía estar ya aburrido del sabor.

—¿Quieres venir a dormir a mi casa?

El gato retiró la pajita con la lengua. Ahora, sus pequeños ojos gatunos brillaban, sus acicaladas patas se quedaron tensas y su pelo se hinchó de una forma tan altanera que parecía insoportablemente obeso.

—¡Por fin me has preguntado!, —exclamó el gato, rebosante de alegría.

Se quitó las gafas, buscó la funda en su bolso de bandolera, metió en ella las gafas y se lamió el labio inferior con la lengua, de modo que todo su cuerpo crujió como papel de hornear.

—No me sueltes —pidió entonces el gato—. Sin las gafas casi no veo nada delante de mí, solo a los lados, y solo veo brillantes colores pastel.

Primavera de 1980
La tierra húmeda

Era viernes, el primer día real de mis celebraciones de boda, un día que tenía que dedicar a la aflicción y a las despedidas. Iba a dejar atrás a mi familia y a mi pueblo. Sin embargo, en lugar de estar afligida, pasé toda la mañana inquieta: no era capaz de concentrarme en nada, miraba agitada a mi alrededor y estaba segura de que había olvidado algo importante.

De pie, delante de la puerta principal, observaba los bellos parterres de nuestro jardín. La lluvia agitaba las hojas de las plantas, las sacudía. Las gotas se deslizaban entre las piedras, salpicando de una a otra como saltamontes. La tierra cedió ante el agua y se convirtió, delante de mis ojos, en una apetecible cama que empezó a ronronear pidiendo más agua. Me senté en el borde de la terraza y presioné mis pies desnudos contra la tierra. Siempre me había gustado la lluvia, su olor. Hacía que todo se volviera fresco, apagaba la basura que ardía en los bordes del sembrado y fijaba el polvo de nuevo en el suelo.

Presioné ambas manos contra la tierra y me masajeé con ellas los pies. Me imaginé que estaban cubiertas de arena de playa, húmedas por el agua del mar. Cerré los ojos y la tierra cedió ante mi imaginación: ahora estaba sentada en otro lugar, en una playa en la que nunca llovía, y el mar espumeaba y me salpicaba los pies. La fría lluvia me azotaba la piel como un suspiro, como si se hubiera hecho esperar tanto tiempo que las personas ya habían perdido la esperanza.

Entonces, una fría gota cayó sobre mi cálida piel.

Había oído que, cuando ha transcurrido un tiempo después de la muerte, solo quedan del cuerpo los huesos. Al contrario de lo que había imaginado, el propio cadáver era responsable de su propia descomposición: las bacterias de los intestinos se convierten en largos gusanos que se comen al ente que, en su día, les ha dado vida. Para el organismo humano, el proceso es sencillo: no sabe

hacer otra cosa más que estar en funcionamiento hasta que una de sus partes deja de funcionar.

Había pensado en mi propia muerte con frecuencia, pero nunca tanto como aquella mañana, sentada en la terraza de mi casa. Cómo sucedería y lo deprimente que sería. Lo dura y rápidamente que sucedería, un pequeño e irreconocible destello en alguna parte, un siseo. Después del cadáver, no quedaría nada de la vida, ningún tipo de evidencia.

Unos instantes después, oí el ruido sordo de pasos que avanzaban con determinación dentro de la casa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?, —preguntó mi padre.

Estaba de pie en la puerta con aspecto triste, afligido y desconfiado. Llevaba puestos sus pantalones del pijama color marrón oscuro y una camiseta blanca sin mangas.

—Iba a recoger tomates del huerto para el desayuno, pero tropecé —dije, y le dirigí una mirada lo más amable que pude a su rígida cara.

—No puedes preparar el desayuno, hija —dijo con tono firme.

Iba a decir que no me importaba, que, en realidad, quería hacer algo para alejar mis pensamientos de los acontecimientos que tendrían lugar dos días más tarde. No esperaba que fuera a ponerme la mano en el hombro y que empezara a hablarme con ese tono con el que los adultos hablan a alguien que necesita apoyo, de igual a igual.

—Sé que te da miedo casarte —empezó, y giró la mirada, por un momento, hacia el camino que había quedado detrás de mí—. Es natural, porque todo es nuevo. El miedo es el sentimiento más natural del ser humano. Es igual para todos —continuó, e hizo una pequeña pausa, durante la cual tampoco me dio la opción de hablar —. Recuerda que Bajram también tiene miedo. Estoy seguro de que serás muy feliz a su lado. ¿Me oyes? Estoy seguro de ello.

Extendió la mano hacia la lluvia y atrapó unas gotas con el puño. Las gotas grises se deslizaron hasta el suelo.

—La tierra nos ha tratado bien, ¿no crees? Nuestro bondadoso líder partisano ha sido justo con su pueblo.

Le brillaban los ojos. Me cogió la mano y me acercó aún más a él, presionó los labios contra mi frente y me envolvió entre su pecho

y sus brazos. Los hirsutos vellos de su pecho me rascaron la mejilla, y los suaves y tranquilos pero retumbantes latidos de su corazón tamborilearon en mi oreja como el «Himno a la bandera» de Aleksander Stavre Drenova.

Cuando era pequeña, mi padre me contó una historia de los pueblos de los Balcanes y de cómo todos los ciudadanos tenían algún rasgo característico de su región que los distinguía de los demás. Los búlgaros tenían buenas habilidades comerciales, pero un pobre conocimiento de los seres humanos; los serbios eran crueles, malévolos de corazón y de alma; los macedonios eran seguros de sí mismos de un modo autodestructivo, es decir, se los podía engañar fácilmente; los bosnios mentían como bellacos, pero los albanos…, en los albanos podías confiar a ciegas. Los albanos ayudaban a las personas que estaban en apuros, mientras que los ciudadanos de las otras naciones iban detrás del dinero y las propiedades como aves carroñeras.

Mi padre continuó la historia contándome cómo un bosnio, un búlgaro y un serbio habían unido sus perspicaces cerebros para engañar a un empresario macedonio que vivía en Estados Unidos vendiéndole piezas de coche defectuosas. El malicioso serbio, el mentiroso bosnio y el codicioso búlgaro no consiguieron ponerse de acuerdo sobre qué hacer con las ganancias, y acabaron destruyéndose unos a otros.

Mi padre dijo que el dinero lleva a la envidia, la envidia lleva a las mentiras y las mentiras llevan a la vileza, y la vileza solo puede producir violencia y muerte. Cuando personas desarmadas se encuentran con personas armadas, el resultado es evidente, pero cuando personas armadas se encuentran con personas armadas, no hay ganador. Un grupo en el que hay bosnios, búlgaros y serbios está condenado al fracaso, es una ecuación imposible. Y lo explicó fiel a su estilo: no dejó en su historia un solo lazo sin atar. Su última palabra fue un punto final, el final de la historia, y tenía una respuesta totalmente irracional, pero correcta, para cualquier posible pregunta.

El macedonio de la historia perdió su fortuna y tuvo que regresar a Macedonia a través de Albania. Con toda su candidez, había contado mal su dinero, así que solo pudo llegar hasta Albania. Pero, en cuanto bajó del ferri en el que había cruzado el mar

Adriático, en el malfamado puerto de Durrës, se encontró con gente que lo ayudó a volver a casa, a salir a flote, y con su honradez, su bondad y su hospitalidad, incluso reforzaron la confianza del macedonio en sí mismo. La historia finalizó con un conocido proverbio: un albano siempre cumple su promesa.

—Es lo que siempre nos ha pasado a los albanos —dijo—. Siempre se han aprovechado de nosotros y de nuestra bondad. Algunos piensan que somos igual que los macedonios, porque somos personas demasiado buenas, demasiado nobles y dignas de confianza —dijo—. Por eso es tan fácil patearnos —añadió.

Mi padre me soltó, avanzó algunos pasos y se detuvo. Empezó a olisquear el aire fresco, como si de una camisa recién lavada se tratara: aspiró el aire como si hubiera estado languideciendo en una celda de aislamiento. Lo miré, con su camiseta sin mangas llena de pequeños agujeros en los costados y en la espalda, el cuello dado de sí y los gruesos vellos blancos que asomaban por arriba, que aún podía sentir y oler en mi mejilla y bajo los cuales su corazón palpitaba al son de los segundos del reloj.

Primavera de 1980
Las mujeres que vinieron a desearme suerte

A la tarde siguiente, llamaron a nuestra puerta. Mi madre dio la bienvenida a las visitas, las mujeres de mi pueblo y de mi familia y mis amigas, y las invitó a entrar. Pasaron al cuarto de estar, donde mi madre les hizo compañía mientras yo me quedaba esperando en la cocina. Estaba sentada junto a la cocina de leña; había abierto una de las portezuelas y observaba los trozos de madera que ardían en su interior. Primero, se tiñeron de negro, hasta que comenzaron a chisporrotear. Entonces, se agrietaron por la mitad, luego, en trozos más pequeños y, finalmente, no quedó de ellos más que un montón de pequeños trozos negros, andrajos voladores.

—¡Emine, ven aquí!, —gritó mi madre.

Fingí que no había oído su llamada.

—¿Qué estás haciendo?, —preguntó Hana.

Estaba apoyada, nerviosa, en el marco de la puerta, porque yo tampoco había aparecido en el cuarto de estar después de la segunda llamada. Oí cómo mi madre les decía a las mujeres del pueblo que los preparativos de la boda claramente me habían dejado agotada.

—Ya por la mañana, estaba tan distraída que se tropezó en el jardín, imaginad, y entró en casa llena de barro, como un chucho mojado. No entiendo cómo una chica tan torpe ha podido llamar la atención de un hombre como Bajram.

Pensé en Bajram y en nuestro matrimonio. Él procedía de un lugar conocido por su conservadurismo, sus mujeres infelices y sus hombres violentos, a los que se llamaba *llapjan*. Prefería morir antes que vivir con un hombre así. Pensé que, si eso sucedía, acabaría matándome a mí misma o a otra persona; matar a alguien es sencillo, incluso puedes matar a tu marido sin que se entere. Cogería un cuchillo enorme y se lo clavaría en el pecho en mitad de la noche. Lo estrangularía hasta la muerte, le cortaría el pene con las tijeras de podar o le rebanaría el cuello y escaparía hacia el

bosque. O, si fallaba todo lo demás, me haría eso a mí misma.

—¿Puedes irte, por favor?, —pedí cuando percibí por el rabillo del ojo que Hana no tenía intención de rendirse.

Hana cruzó la puerta, cogió un taburete de madera, se sentó a mi derecha y empezó a observar. Parecía exactamente igual que mi madre: era imposible leer su expresión.

—¿Qué es lo que quieres?

Hana me cogió las manos y las apretó. Intenté soltarme, pero mi forcejeo solo hizo que me agarrase aún más fuerte. Entonces, Hana me abrazó. A la velocidad del rayo, como si no quisiera que nadie se diera cuenta, me rodeó con sus largos brazos mientras le temblaba todo el cuerpo. Después, me soltó las muñecas, echó un rápido vistazo atrás y se acercó a mí.

—Ahora tienes que levantarte —dijo, se incorporó y se estiró la blusa de un tirón.

Yo continué mirando la madera que ardía, en cuya superficie parecía haber algo de humedad.

Hana respiraba de forma lastimera y me pidió que me recompusiera.

—Por favor, ¿por qué tienes que hacer las cosas tan difíciles? Venga, vamos.

Un momento después, me incorporé yo también y me obligué a ir hacia el cuarto de estar. Di los primeros pasos rodeada de sonrisas alentadoras, y mis hermanas me animaron como si fueran mis compañeras de equipo. Extendí la mano para dar las gracias a las visitas; me obligué a responder a sus deseos de felicidad con una sonrisa.

Esperé en la cocina con la cara tapada. Llevaba puesto el largo vestido de gala de color azul oscuro que Bajram me había comprado, cuya parte superior estaba cubierta de lentejuelas plateadas. Una de las tradiciones del sábado de bodas era la celebración del *kanagjegji*, la fiesta de las mujeres, durante la cual la novia lloraba delante de las mujeres de su pueblo, de su familia y de sus amigas. La novia tenía que ocultar la cara tras un velo rojo, inclinarse por turnos delante de cada mujer, abrazarla y llorar. Cuanto más cercana era una persona, más ruido tenía que hacer la novia. Esta era la forma que tenía la novia de despedirse de las

mujeres de su familia y de sus amigas. Después de eso, la novia pasaría tiempo con sus invitadas, las mujeres se pintarían las uñas unas a otras y mirarían la ropa que había comprado la familia del marido; y, por supuesto, hablarían del marido, de la familia del marido y de las posesiones de la familia.

Un gran grupo de mujeres se reunió en el cuarto de estar mientras los niños llevaban sillas al patio para los hombres; en el patio, los hombres fumaban, hablaban de política, de economía y de agricultura, y comían los aperitivos que les habían preparado: bastoncitos salados, cacahuetes salados, caramelos de chocolate, café, té y *llokum*.

Mi madre me había explicado que si, por algún motivo, no conseguía llorar, tenía que fingir. Caminaba por la habitación quitando el polvo de las repisas de las ventanas y levantaba los ceniceros para limpiar debajo de ellos, cuando dijo:

—Solo tienes que fingir. Miente con todo tu cuerpo y con toda tu alma, hasta la punta de los dedos. Aunque estoy segura de que te entrarán ganas de llorar de verdad. Al fin y al cabo, la situación se presta a ello —continuó.

Volvió a depositar el último cenicero en la repisa de la ventana, hizo una bola con el trapo que tenía en la mano y lo arrojó a la estufa para poder empezar su actuación. Agarró el borde de la estufa y, de pronto, empezó a retorcerse y gimotear.

—Así. También puedes mascullar, aullar o lloriquear, siempre que sea de forma irregular, como un sollozo. No te olvides de respirar de vez en cuando. Si tensas el brazo, la mano te empezará a temblar, y eso resultará lo suficientemente convincente.

Ahora había decenas de mujeres, jóvenes y viejas, sentadas en los sofás, en el suelo, en cualquier parte, y todas me miraban fijamente, como si en la habitación hubiera aparecido un ser del más allá. Desde el patio llegaban las voces de los hombres. Solo quedaban unos metros de espacio en el suelo para moverse. Las mujeres no apartaban la vista de mí y afilaron los oídos para oír el momento en el que yo empezase a llorar.

Caminé hacia delante, encorvada, y Hana me sujetó el bajo por detrás y me fue guiando al lado de cada una, ya que el velo era grueso y no podía ver bien a través de él. Una gota de sudor me caía por la frente, los latidos del corazón me retumbaban en los

oídos, a ambos lados de la garganta, por todo el cuerpo. Entonces, empezamos el recorrido.

Cuando agarré la mano de la viuda solitaria que vivía en la casa vecina, que siempre había manifestado una alegría sincera por la felicidad de los demás, y la abracé, pensé que pronto no necesitaría seguir fingiendo, que el auténtico llanto estaba a punto de llegar. A más tardar, cuando hubiera percibido suficientes pares de ojos húmedos, cuando hubiera recibido suficientes abrazos alentadores, cuando hubiera estrechado suficientes manos, o cuando mis amigas y mis hermanas cantaran durante el tiempo suficiente canciones plañideras acompañadas de la pandereta, *defi*, y que dirían:

Nunca volverás a ver a tu familia.
¿Por qué quieres abandonarnos?
¿Por qué dejas todo esto atrás
para ir con tu marido?
A partir de mañana, pertenecerás a otra familia.

Pero yo solo quería que acabaran esos himnos. Quería retirar la mano y limpiármela en el bajo de la falda, ya que la palma de la mano me había empezado rápidamente a apestar a la suciedad de las manos de las invitadas, a sudor incrustado, a grasa vieja; penetró a través del velo y el tiempo pasó tan rápidamente que todo acabó cuando no había hecho más que empezar.

Cuando di por finalizada la vuelta, tuve que esperar a que Hana me diera permiso para ir a sentarme al taburete que habían puesto en medio del cuarto de estar y descubrirme la cara, dejar al descubierto mis hinchados ojos rojos, que, antes de la vuelta, me había frotado con cebolla.

Cuando mostré la cara, se oyó en la habitación un largo suspiro, como si fuera la representación de un coro.

6

La mañana después de conocernos, el gato seguía a mi lado cuando me desperté. La noche anterior, cuando llegamos a casa y nos fuimos a dormir, estaba seguro de que, una vez cerrara los ojos y me quedara dormido, no volvería a verlo nunca más. Él recogería su ropa en silencio por la mañana y saldría sigilosamente; cerraría la puerta con tal suavidad que apenas sonaría. No querría que me despertara, porque creería que le pediría algo que él no podía darme.

Miré su grácil cabeza, que parecía una escultura apoyada sobre mi almohada cuadriculada. Sus gruesos bigotes se extendían por la habitación como lápices afilados y su respiración se estrellaba contra el aire de la habitación en una fina llovizna. El gato se había colocado la pata debajo de la mejilla. Se había acurrucado bajo dos colchas para entrar en calor, ya que odiaba el frío y tiritaba a la más mínima helada. Además, ya había dicho anteriormente que mi casa era terriblemente fría; al parecer, lo percibió en cuanto puso un pie en ella. Había pasado un buen rato buscando un lugar cálido en el que colocarse. Consideraba una falta tremenda de tacto —es más, era despreciable— que se hubiera pasado por alto esta obviedad.

Entonces, se despertó. Estiró las extremidades y los músculos con toda tranquilidad, dio un largo bostezo y, finalmente, se incorporó como si quisiera mostrar su bonita silueta.

—Levántate —ordenó el gato—. Levántate ya —continuó, al ver que no lo hacía inmediatamente—. ¡Quiero despertarme, comer, bañarme, ir a dar un paseo y hacer cosas!

El olor del gato se había pegado a mis sábanas, y seguiría encontrando pelos suyos en ellas durante semanas. Lo había visto todo: mi casa, mi secreto, que mis armarios estaban llenos de distintos tipos de detergente, que mis paredes, mis suelos, mis ventanas y mis azulejos relucían y no había polvo en ninguna parte. Y ahora estaba tumbado a mi lado, exigiéndome que me levantara,

tarareaba la canción que sonaba en la radio y se lamía el pelo como si quisiera arrancarse una pulga. Como no me levanté inmediatamente, al gato se le quitaron las ganas de esperar, así que saltó hacia la ventana, agarró la cortina y la retiró hacia un lado a modo de protesta.

—¡Te lo mereces! ¡Ja, ja, ja! No seas vago —añadió—. La pereza es algo repugnante.

Quería ser bueno con el gato y satisfacer sus necesidades, por lo que metí las piernas en mis pantalones negros del pijama y los pies en mis botines marrones de cuero, deslicé un jersey gris de lana sobre mi camiseta rosa de manga larga, cogí el abrigo del perchero y salí de la vivienda, ya que el gato, nada más despertarse, había arrugado el morro ante las gachas que le había ofrecido y se había negado a tomarlas.

—Ni de coña voy a comer unas putas gachas —había dicho el gato; entonces, había exigido una toalla limpia y había desaparecido en el cuarto de baño.

Salí al penetrante frío de febrero y me saqué del bolsillo un paquete de tabaco, en el que tan solo quedaban tres cigarros después de la noche anterior. Me puse hábilmente un cigarro entre los dedos secos y, con la otra mano, saqué las cerillas del bolsillo. Encendí el cigarro y di la primera calada, espirando un fascinante humo: al cabo de un segundo, ya me sentía más ligero.

Por supuesto, delante del gato no era apropiado fumar: era demasiado sensato para fumar él mismo y demasiado inteligente para aceptar una costumbre tan repugnante. En su opinión, el tabaco olía mal y era insano, de un modo casi cómico.

Fui andando hacia la tienda de la esquina con el cigarro en la mano. La cabeza me llevaba doliendo toda la mañana; al fin y al cabo, había estado bebiendo en la discoteca la noche anterior con el gato y habíamos tenido que gritarnos para oírnos por encima de la música.

En el primer cruce, en medio del suelo cubierto de hielo y de los edificios rodeados de nieve, me detuve como si me hubieran amenazado a punta de pistola. El corazón me dio tal brinco que sentí cómo me caía por la pernera del pantalón, y los poros de mi piel empezaron a rezumar sudor cálido.

Llegué a la puerta principal de mi casa, me sequé el sudor de la

frente con la mano y resoplé fuertemente, aspirando y espirando para regular la respiración. Metí la llave en la cerradura y la giré con lentitud, para que el gato no se diera cuenta de mi llegada y no se molestase. Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude y eché un vistazo al interior de mi propia casa como si fuera un ladrón. Por suerte para mí, pronto me di cuenta de que el gato seguía en el cuarto de baño, y de que seguía cantando la misma canción, «Grenade», de Bruno Mars, que no sabía pronunciar correctamente en inglés, aunque él se había autodenominado un ciudadano del mundo.

Corrí al cuarto de estar y miré, alarmado, a mi alrededor. Comprobé el radiador, todas las esquinas, cómodas y cavidades en las que la serpiente podría haberse enroscado, ya que, cuando tenían miedo, iban zigzagueando a esconderse. No estaba en ninguno de los lugares habituales. Entonces la vi asomando por debajo del sofá. Me dejé caer de rodillas delante del sofá y miré debajo: la serpiente estaba estirada detrás, tenía la piel granulada y había empezado a tornarse gris. Mudaría la piel en cualquier momento. Tenía los ojos cerrados, pero estaba en la misma postura de siempre.

La agarré por la cola y empecé a tirar de ella hacia atrás con las dos manos, pero llevaba tanto tiempo en el mismo sitio que se había quedado pegada al suelo de plástico. La sacudí y volví a intentarlo pero, por supuesto, ella empezó a forcejear y se soltó como una anguila resbaladiza. Era tan grande y tan fuerte que ella misma decidía dónde quería estar. Comprendí que no me resultaría tan sencillo moverla. Dormía donde y cuando le apetecía.

Cuando oí que el gato cerraba el grifo de la ducha, dejé caer al suelo la cola de la serpiente, me senté, coloqué los pies delante de ella y la empujé lo más fuerte y profundamente que pude debajo del sofá. Aunque su irritado siseo me hizo temer por mis pies, lo más importante era que el gato no la descubriera.

Me apresuré hacia la puerta principal, al pasillo y de vuelta a la calle y a la tienda, ya que había pensado sorprender al gato comprándole distintas cosas de comer mientras se preparaba. No me había dado tiempo a poner mi casa en orden, cambiar las sábanas por unas limpias, organizar las cosas y rociar ambientador por toda la casa, como me habría gustado.

Cuando volví, el gato había salido, por fin, del cuarto de baño, donde aprendí que le gustaba pasar periodos de tiempo relativamente largos. Antes de salir por la mañana, se lamía las patas y se limpiaba con saliva el pelo y los bigotes.

Me había instalado en mi sofá negro de imitación de cuero en el cuarto de estar y me mordía las uñas con nerviosismo, porque no se me ocurría cómo explicarle al gato la existencia del terrario vacío, si es que preguntaba por él. O qué diría si la serpiente, de pronto, decidiera aparecer culebreando. Sin embargo, el gato no le prestó la más mínima atención. En su lugar, me ordenó que me pusiera en pie, diciendo:

—Pero mira que eres vago y gordo, ahí tirado como un trozo de carne.

Dejé de morderme las uñas y decidí no responder. Fui a por un trapo a la cocina, recogí los trozos de uña mordidos del suelo y limpié el borde del sofá, un lugar en el que el gato podría querer sentarse.

El gato me miró por un momento mientras se cepillaba el pelo y, después, saltó a la mesita del salón, al lado de las latas de comida para gatos que le había dejado.

—¿Qué es esto?, —preguntó con escepticismo.

—Fui a comprar —dije, como si no me hubiera resultado ninguna molestia, como si todo se hubiera organizado solo mientras él estaba con la toalla a la cintura—. Pensé que querrías comer algo más. Las gachas fueron una mala idea: te pido disculpas.

El gato examinó las latas durante un momento, las olisqueó y las palpó y miró la publicidad que tenían en las etiquetas. Pronto se dio cuenta de que eran todas diferentes y manifestó abiertamente su entusiasmo mientras las leía. Empezó a girar alrededor de las latas con toda seriedad. Después de observar cómo giraba y olisqueaba las latas, llegué a la conclusión de que ir a la tienda había sido la mejor idea que había tenido en mucho tiempo.

—Vaya mierda —dijo el gato, dejando lugar para su siguiente comentario—: ¡Al menos yo, esto no pienso metérmelo en la boca!

—¿Qué te gustaría comer?

Miré al gato y el gato me miró a mí, primero con curiosidad, después de forma más intensa.

—Tienen todo tipo de aditivos, E-nosequé y E-nosecuánto. Tengo

una reputación que mantener y no pienso comerme esta mierda —exclamó de forma agresiva—. ¿Tienes carne?, —preguntó el gato—. ¿Carne fresca?

—Soy vegetariano —respondí.

—Por supuesto que eres vegetariano. Madre mía, qué vergüenza das —dijo el gato, poniendo los ojos en blanco.

Entonces tiró una lata de gelatina de hígado de pollo a modo de protesta, la señaló con la pata y se giró hacia mí.

—¡Ábrela!

Abrí la lata y vacié su contenido en un plato con una cuchara; puse la comida sobre la mesita del salón y le deseé buen provecho al gato, aunque el olor a hígado de pollo me daba náuseas. No me respondió, pero parecía muy satisfecho mientras saboreaba la comida.

Cogí un yogur de la nevera para hacerle compañía mientras comía y pensé que, quizá, debería dejar la dieta vegetariana y empezar a comer carne. Cuando hubo devorado su comida, el gato se fijó astutamente en que llevaba un rato sin moverme.

—¡Qué cojones! ¡Dame ese yogur! —El gato empezó a gruñir, cogió el vaso y empezó a llevarse cucharadas de yogur a la boca—. Eres un mentiroso. Cago en diez —masculló entre cucharadas—. No pongas esa cara. Eres feo. Más feo que un pie, si he de ser sincero. Esa expresión te sienta muy mal. Cámbiala ahora mismo —continuó, y volvió a esconder el hocico en el estrecho vaso para lamer sus paredes.

El gato quiso quedarse a pasar la mañana.

—Aquí recibe uno un servicio bastante bueno.

Alabó mi hospitalidad después de llenarse tanto la panza de comida que se hundió en el sofá mientras se masajeaba el hinchado estómago. Por iniciativa propia, había metido la ropa del gato en la lavadora y había planchado su camisa, sacado brillo a sus zapatos y aireado su abrigo de lana. Tanto me gustaba ya el gato.

Después de su siesta, me pidió que le recomendara un libro que me hiciera feliz, pues consideraba que los libros eran mi punto fuerte. Fui a coger *El gato y el ratón*, de Guntër Grass, para él, porque pensé que le gustaría: al fin y al cabo, parecía que disfrutaba mucho con todo tipo de bromas, juegos y disparates.

Con el libro en la mano, el gato se plantó de un salto en la ancha repisa de la ventana; saltó de forma ligera, como un ala delta. Se estiró sobre la espalda, puso las patas en cruz, abrió el libro y se reclinó contra la ventana. Suspiró con aburrimiento y miró un poco a su alrededor: la estantería de libros al otro lado de la habitación, la alfombra de color verde claro, cuyos flecos había tenido que estirar después de que el gato los arañara.

—Tráeme las gafas —ordenó el gato—. Rápido.

Saqué la funda de las gafas del bolsillo lateral del bolso bandolera del gato y se la entregué. Él me observó como si fuera un asesino.

Intenté echar un vistazo debajo del sofá a intervalos regulares; para mi alivio, la serpiente siempre estaba en la misma posición.

—Vaya libro más malo, es sencillamente atroz —gruñó el gato después de leer el primer capítulo, plegó las gafas y se las metió en el bolsillo interior—. Estoy harto de este disparate —añadió, y abrió la boca para dar un bostezo—. Totalmente harto.

Antes de marcharse, el gato dejó su tarjeta de visita sobre la mesa del pasillo y me pidió que lo llamase la semana siguiente.

—Podemos hacer algo divertido, aunque sea ir a comer a algún sitio.

Cuando el gato cerró la puerta al marcharse, me sentí aliviado.

Cogí la tarjeta de visita que me había dado y empecé a manosearla como si fuera un fajo de billetes de quinientos euros. Quería llamarlo inmediatamente; no quería esperar a la semana siguiente; faltaban muchos días. Me daría tiempo a pensar demasiado en nuestro encuentro, en todas las cosas que le había contado al gato, y eso me quitaría el valor para coger el teléfono e invitarlo a ninguna parte. ¿Qué diría el gato cuando descubriera la serpiente? ¿O cuando descubriera la verdad?

La cabeza me bullía como si la hubiera metido en agua hirviendo.

Me abaniqué con la tarjeta y salí corriendo de casa, hacia la tienda, y fui directamente hacia el estante de los lácteos. Puse en la cesta un vaso de yogur, fui a la caja a pagar y volví a casa. Cogí una cuchara del cajón, me senté en el suelo y empecé a comer.

La serpiente también vino a probarlo, aunque no tenía ni idea de cómo comer yogur: solo consiguió esparcirlo por todas partes y

causar un desastre.

Cuando terminé, agarré a la serpiente con todas mis fuerzas. Ella me rodeó la cintura como una cuerda trenzada y forcejeó; me dispuse a caminar hacia el terrario y ella empezó a mordisquearme los dedos, sin dejar de intentar librarse de mí.

La dejé caer sobre el suelo del terrario y observé lo difícil que le resultaba, los horribles ruidos y sonidos que emitía, cómo golpeaba el cristal del terrario, cómo parecía estar atrapada en su propio cuerpo, como un niño enrabietado delante del estante de las golosinas. Eso hizo que se me rompiera el corazón.

Primavera de 1980
La cutícula

No conseguí conciliar el sueño en toda la noche. Cuando llegó la luz de la mañana, comprendí que el suelo de nuestra casa estaba lleno de suciedad, pisadas y basura. Allí seguían los paquetes de tabaco West que habían caído de las mesas, montones indeterminados de ceniza y envoltorios de patatas fritas y paquetes de galletas. Como de costumbre, me levanté temprano por la mañana y salí al porche sin hacer ruido, golpeteando el suelo de cemento con los pies.

Me senté, apreté las rodillas contra el pecho y empecé a mordisquearme las uñas con nerviosismo. Observé el silencioso paisaje y las sillas que atiborraban el patio. Todavía hacía frío: el fin de la primavera escupía sus últimos vientos y, a lo lejos, en las laderas de la montaña, se mecían los árboles recién florecidos, que parecían estar borrosos. Se me puso la piel de gallina. Me arranqué una cutícula, lo que hizo que me empezara a sangrar la uña inmediatamente.

Desvié la mirada de mi dedo sangrante y la dirigí otra vez hacia el patio mientras presionaba la herida goteante contra otro dedo. Entre los manzanos, pendía una larga cuerda en la que mi madre había colgado trapos viejos, vaqueros desgastados y camisas desgarradas; las sillas blancas estaban esparcidas por el patio como un banco de peces en desbandada y el césped estaba lleno de colillas que parecían trozos de plástico de las sillas blancas. Las montañas se erguían a derecha e izquierda, en toda su anchura y altura, y el conjunto hacía que pareciera como si el mundo empezara y terminara en el porche en el que estaba sentada. A pesar de ello, nadie había oído hablar de nosotros. Ninguno de nosotros era nadie, ninguno de nosotros hablaba idiomas, y cada uno tenía menos que el otro. El mundo parecía un lugar increíblemente pequeño.

Mi madre abrió la puerta y se reclinó sobre el borde.

—Es el día más feliz de tu vida —empezó.

Había levantado las cejas de un modo excepcional y la parte inferior de su cara dibujaba una amplia sonrisa. Continuó diciendo que había mucho que hacer, puede que demasiado: «Comida, bebida, traje, peinado, maquillaje, limpieza, comida, bebida, traje, peinado, maquillaje, limpieza…», repetía, caminando de un lado a otro del porche. Finalmente, me agarró la mano para tratar de levantarme.

—Comida, bebida, traje, peinado, maquillaje, limpieza, no te sientes, niña, ve a prepararte.

—Enseguida voy, *nana*.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora! *Nxito!*

Volvió a entrar en la casa dando grandes zancadas.

Cuando intenté levantarme para entrar, sentí que me mareaba. Avancé varios pasos dando traspiés por la terraza, apoyé la cabeza en uno de los pilares y cerré los ojos. A mi alrededor, además del sonido de la naturaleza, se podía oír a mi madre haciendo chocar los platos y recogiendo basura. Respiré profundamente y entré en casa.

Cuando dieron las diez, ya teníamos todo preparado: yo había ido a la peluquería, habíamos recogido la basura, aspirado los suelos hasta el último rincón, planchado y doblado la colada, fregado todos los platos, tirado las botellas de plástico, las latas de conserva y los papeles a una gran bolsa de basura negra y habíamos empezado a quemarlo todo al borde del sembrado.

Alrededor de mediodía, me encontraba sentada en medio de nuestro cuarto de estar con mi vestido blanco de novia, cuya parte de arriba tenía motivos bordados en hilo dorado. Tenía un escote redondo y mangas de gasa muy ajustadas, una caída estupenda, faldón de capas, y la cola era de encaje traslúcido y resplandeciente. El vestido era tremendamente bonito y, aunque me engullía de tal forma que parecía que yo estuviera hecha a medida para el vestido en lugar del vestido para mí, me sentía la mujer más impresionante del mundo.

El reloj dio la una, y yo llevaba más oro que ninguna otra mujer que conociera. Tenía anillos en cada uno de mis dedos, llevaba grandes y vistosos pendientes de oro y tantos collares que casi me hacían encorvar bajo su peso. El sol brillaba en diagonal entre las

nubes, aunque el pronóstico había prometido un cielo despejado. Toda mi familia se había reunido para esperar a las visitas y el punto culminante de la tarde, cuando vendrían a buscarme para llevarme a casa de Bajram —según la costumbre— en una comitiva de decenas de coches, cuyos conductores irían tocando la bocina durante todo el camino en honor al día de nuestra boda.

Me lo había imaginado todo de un modo diferente. Había imaginado que sería angustioso, que no podría caminar de la conmoción y que la sensación de ahogo ni siquiera me dejaría hablar. Había creído que apenas podría respirar, que de mi boda quedaría un recuerdo que no querría traer a la mente, que empaparía el vestido de sudor hasta que se pudiera escurrir como una toalla recién lavada. Sin embargo, cualquiera que me viera aquel día no pudo por menos que maravillarse con mi seria expresión resplandeciente, con mi piel blanca como la nieve y con lo guapa que estaba.

—Dame el velo —le pedí a mi hermana.

Solo faltaba una pieza para que mi reflejo en el espejo de cuerpo entero fuera perfecto. Me puse el velo sobre la cabeza y busqué la posición adecuada, hasta que el velo quedó enganchado grácilmente al pelo que me caía por los hombros. Me miré en el espejo. Bajo las dos capas del velo, era difícil distinguir los contornos de la cara o los labios pintados de rojo brillante. Desde ahí abajo, era difícil distinguir a las personas que habían venido a observar el momento en el que vendrían a recogerme.

—¿Estás lista?, —preguntó Hana con aprensión. Su voz clara se quebró en medio de la pregunta.

Miré a mi hermana a los ojos durante un momento y, a modo de respuesta, le sonreí durante el tiempo suficiente hasta que logró recomponerse y volver a formular la pregunta.

—Por supuesto —dije—. Ahora soy feliz.

Levanté el velo sobre mi cabeza para besarla en la frente y lo volví a bajar.

7

Cuando mi padre llegó a este país, no tenía absolutamente nada. Tenía mujer y cinco hijos, todas sus posesiones cabían en una cartera y su cabeza estaba llena de odio, temor y planes que, si seguía servilmente, volverían a convertirlo en aquel hombre que había abandonado Kosovo.

De ese modo, mi padre había planificado nuestras vidas antes de que comenzaran siquiera. Sus tres hijas serían buenas esposas, sumisas y respetables, y sus dos hijos, trabajadores robustos que regresarían a Kosovo en cuanto volviera a ser un lugar seguro, se casarían con mujeres kosovares y construirían grandes casas, una al lado de otra. El plan parpadeaba por su mente como pequeñas estrellas fugaces ardiendo en el cielo, ya que no había nada en su sueño que no fuera realista.

Aprendí a hablar y a leer en una lengua que él no entendía. A vivir entre personas cuya cultura él despreciaba. A opinar sobre temas de los que él no tenía ni idea. A evitarlos a él y todo lo relacionado con él y con su vida. Olvidé las palabras más comunes de mi lengua materna y empecé a hablar finés con mis hermanos; aunque recibimos duros castigos por ello, continuamos haciéndolo, porque ninguno de nosotros quería que él nos entendiera.

Insistió en que fuera a la escuela de formación profesional y estudiara técnica del automóvil, electricidad o informática, construcción o técnicas de impresión. Cuando le dije que quería hacer otra cosa, se apresuró a interrumpirme y me dijo que haría exactamente lo que él me dijera.

—Siempre he sido justo contigo —dijo, y me pidió que le llevara el tabaco que estaba en el bolsillo de su abrigo—. No me lleves la contraria, pues eso tendrá graves consecuencias; ya lo sabes. Te golpearé tan fuerte que tu cara nunca volverá a ser la misma.

Hirviendo de rabia, fui a coger el paquete de tabaco del bolsillo de su abrigo. Llevaba evitándolo desde que empecé a conocer su pensamiento, puesto que él consideraba nuestro deseo de vivir la

vida como nosotros queríamos un signo de egoísmo que había que castigar.

Rechacé sus sugerencias, agité con fuerza la cabeza y le entregué el tabaco; mi padre apretó los labios como una goma estirada hasta el límite. Sentí cómo empezaba a hervirle la sangre.

Así que dije que vale: iría a la escuela de formación profesional, si así lo quería.

—Siempre has sido justo conmigo, así que no tiene sentido contradecir tus decisiones. —Al decir esto, me sentí como si estuviera ardiendo en llamas.

Lo engañé durante todo el tiempo que pude: junto con mis libros del instituto, encargué libros básicos sobre ingeniería eléctrica y, además de estudiar mis propias asignaturas, me familiaricé lo suficiente con las bases de la ingeniería eléctrica y de automatización para poder señalarle el problema y cómo arreglarlo en cada lámpara, televisión, ordenador y teléfono móvil que se estropeaba. Todo lo demás fue relativamente fácil, ya que a mi padre no le podía interesar menos cómo y dónde pasábamos el día. Mientras pareciera que hacíamos lo que él quería que hiciéramos, él estaba satisfecho.

Unos meses más tarde, me marché de casa. Metí un papel bajo su montaña de facturas y lo manipulé para que lo firmara.

—La escuela está demasiado lejos y tardaría mucho en terminar. Podría ser electricista si pudiera vivir en la residencia de la escuela. Tienes que firmar esta autorización, y así podré trabajar y darte mensualmente una parte de mi sueldo.

Mis hermanas mayores ya se habían ido a vivir a otros municipios y habían dejado de tener trato alguno con él. A pesar de ello, él mentía y decía que seguían en contacto.

—Hoy vi a tu hermana. Te odia, eso me ha dicho. A la cara. ¿Qué opinas al respecto?

Metí en el coche de mi amigo la última caja de mudanza y, desviándome de mi plan original, volví a subir al último piso de nuestro edificio para poder destrozar los sueños de mi padre y ver cómo se desmoronaba. Quería venganza, quería hacerle tanto daño que se revolviera en su tumba por toda la eternidad, de puro resentimiento. Quería decirle algo tan terrible que mis palabras le desgarraran la piel hasta hacerla sangrar.

—Te he engañado —empecé—. Llevo todo este tiempo engañándote y haciéndote creer mis mentiras.

Ahora me escuchaba con gran atención, me observaba fijamente y se echaba constantemente hacia atrás, como si se estuviera preparando.

—No hay ninguna escuela de formación profesional. El dinero de esos dos libros me lo gasté en tabaco, ropa, lo malgasté en tatuajes, *piercings* y alcohol. ¿Qué te parece? Dímelo. Necesito saber cómo te sientes.

Mi padre no respondió, pero, antes de que me diera tiempo a retroceder, se acercó a mí en dos grandes zancadas y levantó la mano hacia atrás para conseguir la mayor fuerza posible.

Caí al suelo y me agarré la barbilla: en cierto modo, sentía que estaba suelta, dislocada, cálida, y olía a su fuerte loción de afeitado. Me levanté e intenté huir de él, correr a esconderme al balcón y deslizar una pierna por encima de la barandilla para bajar por la cañería, donde fuera, como fuera, pero mi padre me agarró. Se echó a reír ante mi indecisión. ¿Por qué me había parado a pensar en la mejor forma de bajar desde el tercer piso?

—No pareces ser muy listo, ¿no?

Después de arrastrarme de nuevo hacia dentro, cerró la puerta del balcón. «Así ha sido siempre —pensé—. No va a cambiar nunca». Cerró las persianas. Entonces se aproximó a mí, me presionó el cuello con el brazo y se quedó resollando frente a mí.

Pasé la mayor parte de mi infancia y de mi juventud deseando que mi padre muriera. Rezaba por ello. Cuando veía cómo plantaba su plato vacío debajo de la nariz de mi madre sin decir una palabra para que mi madre comprendiera que quería más comida; cómo lanzaba sus apestosos calcetines al regazo de mi madre; cómo hacía comentarios desagradables, y la forma crítica y testaruda en la que trataba a todo el mundo a su alrededor, sabía que nunca le traería alegrías a nadie.

«No se te ocurra traer finlandeses a mi casa».

«No se te ocurra decirle a nadie que no tenemos dinero».

«No se te ocurra llamarme mentiroso».

Quería que sufriera de la forma más dolorosa y durante el mayor tiempo posible. Que se ahogara bajo el agua, que se quedara sin

aire dentro de un cofre de madera, que se retorciera como un pez fuera del agua, que exhalara su último aliento en un ataúd que apestara a su propio olor rancio a tabaco. Que se le doblaran los huesos hacia dentro, que se abriera en dos como una sandía contra un bloque de cemento, que se desplomase como una casa hecha de naipes. Que lo encontraran congelado bajo una montaña de nieve, desnudo y sin papeles, y nadie averiguara nunca quién era o qué le había pasado, porque nadie aparecería preguntando por él.

—¡Estás loco!, —gritó, sacudió la cabeza y, finalmente, me tiró al suelo.

Respiré de forma siseante, como si tuviera un papel de seda delante de la boca.

—¡Estás loco! ¿Me oyes?, —continuó, dando un puñetazo a la pared.

Me había caído delante de él, mis rodillas habían golpeado el suelo del cuarto de estar como dos barras de hierro y del rabillo del ojo me colgaba un hilillo de sangre que me llegaba hasta la barbilla. Estaba a punto de irse cuando decidió dar otro paso hacia delante y mirarme una vez más.

Entonces, bajó la mano sobre mi cabeza y me acarició brevemente el pelo, de tal forma que creí que iba a empezar a pedir perdón, pero me tiró de la cabeza hacia atrás con tal fuerza que sentí que algo se rompía en mi cuello, y solo pude ver sus dientes amarillos y su cara roja mientras escupía.

—Vete de aquí, *o quen*, perro, *o gomar*, burro.

Esa fue la última vez que lo vi. Después de aquello, nos liberamos el uno del otro: yo volví al coche de mi amigo, sonreí y le dije que, por fin, iba todo bien. Nunca volví a ver a mi padre, ya que poco después se marchó a Kosovo para no volver jamás.

Cuando era niño, el primer sentimiento que reconocí fue la vergüenza. Cuando íbamos en el coche y mis padres pedían indicaciones en aquel finés tan pobre, yo me encogía en el asiento trasero para intentar hacerme tan pequeño que nadie me viera; me sentía terriblemente avergonzado. Cuando preguntaban en la tienda por el contenido de carne de cerdo de los alimentos, los vendedores los miraban fijamente como si fueran criminales y no entendían una palabra. Yo me escondía bajo el mostrador y esperaba a que

hubieran avanzado un poco. Solo entonces los seguía, para que nadie pudiera relacionarlos conmigo por error.

Cuando los obligaban a ir a las reuniones de padres, rezaba para que estuvieran callados y no hablaran con nadie. Cuando tenían que ir a la oficina de la Seguridad Social, volvía a rezar para que no me pidieran que hiciera de intérprete.

Durante mucho tiempo creí que, simplemente, no entendían cómo los veían los demás, por qué los miraban fijamente y por qué hablar en voz alta en una lengua extranjera provocaba tales reacciones, largas miradas y sacudidas de cabeza. Solo más tarde comprendí que únicamente se comportaban como si no entendieran nada porque así la vida les resultaba mucho más sencilla.

Mis hermanos y yo podíamos ir y venir a nuestro aire, sin hora de vuelta a casa. Solo teníamos dos normas: no podíamos hacer mucho ruido ni contradecir a nuestros padres.

De vez en cuando, aunque no con mucha frecuencia, mi padre nos hablaba de Dios, como si, incidentalmente, tomara conciencia de él y hubiera pasado mucho tiempo sin pensar en qué diría Dios de sus elecciones. En esos casos, se sentaba detrás de nosotros y vigilaba que rezáramos, aunque él mismo no lo hiciera. Nos enseñó que todo, el universo, los seres humanos, los animales y todos sus movimientos, acciones y palabras, estaba escrito en los libros de Dios. Dibujaba con el dedo el globo terrestre en el aire y decía:

—Él está en todas partes; Él, nuestro salvador; Él, quien tendrá piedad de nosotros y nos dará el perdón. En este mismo momento, Él está sentado con su lápiz en la mano, escribiendo el futuro de todo el universo, el tuyo, el tuyo y el tuyo también.

Contuvo la respiración como si estuviera conmovido por sus propias palabras.

—Hay que temer a Dios, pues tiene una goma de borrar que no dudará en usar. Aunque haya escrito para ti un futuro brillante, siempre puede eliminarlo. Tus propiedades, tu salud, tu familia y tus amigos. Entonces, solo podrás causar dolor a los que te rodean, pues no quedará nadie que quiera concederte el perdón.

Primavera de 1980
La primera revelación

Eran las cuatro y media cuando oí el sonido de mi boda, el trompeteo incesante de las bocinas de los coches. Todo el mundo podía saber y oír que una novia estaba a punto de ser recogida en alguna parte. Un momento después, un Zastava blanco giró hacia el patio. Pronto había cinco coches y, poco después, todo el patio estaba lleno de vehículos ruidosos.

Del coche blanco salió un hombre que se arregló el nudo de la corbata, giró lentamente la cabeza hacia la casa, se quitó las gafas de sol y miró a su alrededor; entonces la puerta del coche se cerró de un portazo.

Cuando la gente comprendió que ese hombre era Bajram, el tiempo se paralizó. Durante unos segundos, los relojes no avanzaron, nadie se movió, ni siquiera sopló el viento. Era como si el mundo se hubiera detenido para tomar una foto. Nosotros éramos una pizarra vacía y Bajram era un trapo húmedo plantado en la mitad; caminaba lentamente hacia la casa, como las gotas que se deslizan por la superficie de la pizarra.

—¿Por qué está aquí? ¿Qué narices está haciendo aquí?, —le pregunté a mi madre.

No le correspondía al novio, sino a los hombres de su familia, ir a buscar a la novia. Sin embargo, allí estaba. Saludó de forma superficial a mi padre, que estaba instalado en una silla, y caminó hacia él.

—No lo sé —respondió mi madre cuando una llorosa Fatime le susurró algo al oído—. No tengo ni idea —repitió, y en su rostro se dibujó una expresión significativa, como si acabara de enterarse de la muerte de alguien.

Nunca se había oído de ninguna chica a la que su marido hubiera ido a buscar con la comitiva nupcial. El novio tenía que quedarse en casa esperando a que le llevaran a la novia. «¿Por qué

no tiene miedo de lo que digan de él?, —se preguntó la chica con incredulidad, mientras apretaba el dobladillo de su traje de novia—, ¿y por qué va causando semejante caos a su alrededor?».

Bajram le dio la mano al padre de la chica e intercambió unas palabras de cortesía con él. Cuando obtuvo permiso para hacerlo, se sentó a su lado. El padre de la chica y Bajram tenían un aspecto serio. Pasado un momento, Bajram se sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió con la mano izquierda, mientras protegía el mechero del viento con la derecha. Tenía la cabeza inclinada, como si le hubiera dado un tirón en el cuello.

—Hoy hace sol —dijo entonces Bajram, dio una calada a su cigarro y expulsó el humo—. Quería venir a toda costa, *zotëri*. No era capaz de quedarme en casa. No en un día como este.

—Lo entiendo —dijo el padre de la chica, aunque no sabía si sentirse halagado u ofendido por la insolencia de Bajram.

El padre de la chica se preguntó cómo se había atrevido el hombre a iniciar una conversación con él de forma tan desenfadada, como si estuviera tratando cualquier cuestión rutinaria. Miró la pierna del hombre, que estaba estirada de tal forma que invadía su espacio personal. El padre de la chica pensó si el hombre estaría loco o solo quería dar una determinada imagen de sí mismo: que era un hombre que se toma a sí mismo a la ligera y no se toma las cosas demasiado en serio. O quizá es que al hombre, en un momento de impulso, se le había metido en la cabeza venir con la comitiva; al fin y al cabo, en un día como este cualquiera podía perder la capacidad de raciocinio o, incluso, la razón.

El padre de la chica encendió un cigarro para mostrar comprensión y se aclaró la voz. Mientras los miraba por la ventana, la chica pensó que los coches que se habían detenido en el camino eran como mosquitos rodeando una fuente de sangre. Los hombres que habían salido de ellos fumaban y caminaban hacia la comida que había sobre la mesa.

—¿Han tenido buenas celebraciones aquí? —Bajram estiró aún más la pierna hacia delante y se metió una mano en el bolsillo—. Las nuestras sí lo han sido.

—Sí, claro —dijo el padre de la chica.

Se aclaró de nuevo la voz y cambió de postura, como si estuviera hablando con Bajram también con el cuerpo.

—En casa, mis abuelos y mi madre esperan impacientes la llegada de Emine. Su excelente familia es conocida de mis padres. No tienen motivo para dudar de mi criterio, pues su apellido tiene una reputación inquebrantable. Soy un hombre muy afortunado. Y le aseguro que Emine es igualmente afortunada. Está en buenas manos. Soy un buen hombre; puede estar seguro de ello —dijo Bajram sin pararse a tomar aire, y volvió a llenarse los pulmones de tabaco.

Alrededor de las mesas, se empezó a reunir gente, principalmente, los hombres de la familia de Bajram, a quienes las hermanas de la chica ofrecían zumo, café y té. Pero la conversación transcurría en voz baja y con expectación; no era, ni por asomo, tan vivaz como la chica se había imaginado.

Aproximadamente una hora más tarde, Bajram se levantó de forma repentina. Eso hizo que todos dejaran de hablar. «La seguridad de este hombre es como una ola del tamaño de un edificio», pensó el padre de la chica. El padre de la chica se levantó detrás de Bajram, se sacudió la sucia pernera del pantalón y le tendió la mano al hombre.

—Gracias. Tus palabras son música para mis oídos. Tus padres te han educado bien. Emine está dentro; podemos ir a buscarla. Espero que os vaya bien y que disfrutéis de la vida: de vuestra mutua compañía, de vuestros hijos, de vuestra riqueza.

—*Zotëri* —empezó Bajram—. ¿Podría ir personalmente a buscarla?

El padre de la chica lo miró, desconcertado. Entonces miró a su alrededor y se dio cuenta de que nadie hablaba: todos estaban sentados en silencio, habían apagado sus cigarros y los observaban a ellos. Finalmente, empezó a sonreír.

Yo estaba sentada en el dormitorio de mis padres, esperando. Oí sus pasos a medida que entraba, su golpeteo contra el cemento y el crujido de las puertas. Volví a arreglarme el dobladillo del vestido en el último momento y escondí la cara entre las capas del velo.

Bajram apareció en la habitación solo y dirigió la mirada inmediatamente hacia mí, pretendiendo no haber reparado en mis hermanas, que nos miraban ora a mí, ora a Bajram, como si buscaran respuesta a la pregunta de qué debían sentir en una

situación como esa. Todos nos habíamos preparado para el momento en el que mi padre y mi hermano pequeño me llevaran hacia el coche conducido por un familiar de Bajram; en su lugar, Bajram estaba apoyado de forma desenfadada contra el marco de la puerta, con las gafas de sol negras colgando de los dedos y observando mi vestido.

Llevaba puesto un traje oscuro que le sentaba como anillo al dedo; su espeso pelo moreno ondeaba de forma atractiva gracias a los productos de cuidado capilar y al gel brillante. Se había puesto una camisa blanca y una corbata negra que, junto con la chaqueta negra del traje y el cinturón de cuero negro, le daban un aspecto estiloso y refinado.

Bajram empezó a sonreír. Sus mejillas se curvaron en una amplia y bella sonrisa. Tenía los dientes muy blancos, como si los hubiera pulido hacía unas semanas; daban la impresión de ser diamantes brillantes. Viendo sus dientes, era difícil creer que Bajram fumara como un carretero al mismo ritmo que mi padre.

Finalmente, Bajram estiró la mano. Una franja de luz del sol brilló tras él como un arcoíris.

—¿Nos vamos?, —preguntó, dejó de apoyarse en la puerta y dio un par de pasos hacia delante.

Su brazo escultural me apuntaba como una escopeta. Su piel parecía firme y dura como la piedra. Pensé que ese sería el brazo en el que podría apoyarme y construir un hogar eterno y duradero, el brazo que rodearía nuestra casa común, a nuestros hijos y nuestra vida feliz. Estiré mi brazo ligeramente, como si fuera otra escopeta, apreté su piel suave, sus dedos suaves como el satén, y lo dejé todo sin echar la vista atrás.

Cruzamos el pasillo y salimos a la terraza. Él esperó a que yo abrazase a mis llorosas hermanas mientras ellas me deseaban suerte; bajamos de la terraza al patio, donde las mesas habían sido devastadas por la gente y donde mis padres lloraban y me cogían entre sus brazos.

Finalmente, llegamos a su coche blanco. Los conductores de los demás coches tiraron los cigarros al suelo, los apagaron de un pisotón y entraron en sus vehículos. La gasolina humeaba por todas partes; se formó una nube de gas por encima del patio y los hilillos de humo de tabaco reptaron hacia ella como sanguijuelas.

El coche de Bajram estaba decorado con lazos y flores. Yo habría tenido que sentarme en el asiento trasero con sus familiares, agarrar el soporte para la cabeza del asiento delantero y agacharme hasta que el edificio de mis padres hubiera desaparecido de la vista. Si la novia se sentaba cómodamente a la vista de su familia y la gente del pueblo, eso significaba que dejar la casa de su familia no le producía ningún dolor. Y eso significaba que la novia era despreocupada y perezosa.

En su lugar, Bajram me pedía que me sentara en el asiento del copiloto, a la vista de todos. Estaba de pie, delante de él, rígida como una estatua, y no me atrevía a mirar atrás. Me sentía a punto de morir. «¿En serio?, —quería preguntarle—. ¿Que me siente, de verdad? ¿Qué van a pensar los demás si solo estamos nosotros dos en el coche?».

Bajram empezó a reír y repitió su sugerencia, estirando la mano hacia el asiento delantero.

—No te preocupes por los demás —dijo, como si me hubiera leído los pensamientos.

Así que lo obedecí, porque ¿qué otra cosa podía hacer, sino obedecer a mi marido? Empecé a instalarme en el coche. Bajram me sujetó la puerta, dobló los pliegues de mi vestido dentro del coche y me preguntó si estaba cómoda. No le respondí, porque no lo estaba. Intenté echarme hacia delante, me agarré al salpicadero con la mano derecha y clavé las uñas de la mano izquierda en el respaldo del asiento.

—Bueno —dijo Bajram, volvió a reír, cerró la puerta de un portazo y se dirigió hacia el otro lado del coche.

Bajram me guiñó un ojo y puso el coche en marcha. Los conductores volvieron a la carretera y, por último, fuimos nosotros. Nos quedamos a la cola del convoy de diez coches, el cielo gris por delante, a los lados las ventanas cerradas y detrás el asfalto, que temblaba bajo el paso de los vehículos, y la casa a medio terminar hasta que, finalmente, esta desapareció de la vista. Cuando hubimos avanzado un poco más, volvieron a tronar los cláxones. El tiempo era relativamente caluroso, teniendo en cuenta la época del año: mayo en su máximo esplendor.

Mi respiración bajo el velo era como vapor caliente. Sentía cómo las gotas de sudor arrastraban el maquillaje por mi cara y cómo este

se pegaba al velo. Metí la mano por debajo del velo para recibir más oxígeno, pero en el coche hacía un calor horrible, silencioso y vacío, como una lanzadera enviada al espacio.

Solo cuando el paisaje empezó a tornarse cada vez menos familiar, me di cuenta de que Bajram y yo no habíamos pronunciado palabra alguna en casi quince minutos. Desvié la mirada del paisaje, en el que las montañas a lo lejos se iban convirtiendo en bosque, y la dirigí hacia él. A través de mi velo, podía distinguir los contornos de sus musculosos muslos, su principio y su final. El traje de Bajram le sentaba como tiene que sentarle un traje a un hombre. Era gallardo como el tronco de un árbol del pistacho; incluso se sentaba con buen porte al volante.

Quería poner la mano sobre la mano que tenía descansando sobre el muslo, ya que había tensado el pulgar y estirado los demás dedos como si estuviera haciendo sitio para que pusiera mi mano, pero no me atreví a cogerle la suya. Descrucé las manos y las coloqué sobre mis piernas. Bajram reparó en mi gesto y se quitó las gafas de sol. Empezó a sonreír.

—¿Puedes meterlas en la guantera?, —preguntó, extendiendo las gafas con la mano derecha.

Cogí las gafas sin decir una palabra. Yo también le sonreí, y deseé que Bajram no se diera cuenta de que un movimiento suyo tan pequeño ya hacía que todo mi cuerpo quedase paralizado. Estaba más cerca de mí de lo que había estado nunca; por primera vez, estábamos los dos solos. Entonces, cogí sus gafas y las metí en la guantera.

Pero la mano de Bajram no regresó al volante, sino que se quedó reposando encima de mi muslo como si hubiera encontrado su hogar, y sentí tal calor en la pierna que parecía estar a punto de derretirse. «Tengo dos opciones», pensé. Podría dejar que su mano se quedara allí o podría cogérsela. Podría decidir empezar a amarlo a partir de ese momento o podría esperar a que esto sucediera más tarde. De entre estas opciones, elegí la segunda: puse mi mano sobre la suya.

Durante unos minutos, fui la mujer más feliz del mundo.

«Miradme ahora», quería gritar. Quería subir minaretes y rascacielos y hablarle a todo el mundo de nosotros, de cómo nuestros dedos se entrelazaban y se apretaban de tal forma que no

éramos capaces de reconocer a qué mano pertenecía cada uno. Su mano era suave y me agarraba de forma delicada y cálida, y su cara era bella y angulosa.

Pero me pegaba, aunque caminara con la espalda tan recta, aunque me hubiese prometido una vida feliz.

Un momento antes, Bajram había quitado su mano de debajo de la mía y la había puesto encima. Entonces, me cogió la mano, cerró por un momento los ojos y la colocó entre sus piernas.

Yo la retiré, alarmada. Estaba conmocionada por su indecencia y por el miedo que yo sentía, ya que el coche casi se deslizó hacia los vehículos que venían de frente. Volvió a cogerme la mano y a hacer lo mismo. Y yo volví a retirarla. Cuando Bajram abrió los ojos por segunda vez, yo ya no reconocía su cara. Tenía los ojos abiertos de una forma nauseabunda, el labio superior curvado hacia la nariz, las cejas hacia la línea del pelo, y me miraba con enfado, después con desprecio y, finalmente, solo con furia. «No es necesario hacer eso —quería decirle—. Esperar tanto tiempo y tomar un atajo en el último momento».

La nuca de Bajram empezó a temblar, apretó los dientes y pinchos afilados le crecieron en la punta de la barbilla. Bajram me cogió la mano con resolución una tercera vez, la llevó hacia su entrepierna y empezó a masajearse con ella. Me apretó la mano con más fuerza que antes y la presionó contra su entrepierna como signo de que tenía que quedarse allí. Entonces, movió la mano y empezó a tantear entre mis piernas bajo las capas de tela. No podía creer que un hombre tan guapo pudiera ser tan desagradable.

—No hagas eso —dije con toda la calma que fui capaz.

La mano de Bajram encontró mis enaguas bajo la falda. Cogió el elástico con dos dedos como si fueran pinzas y, finalmente, encontró las bragas. Empezó a masajearme. Entonces, retiró las bragas con el dedo corazón y me masajeó con el índice.

—¡No hagas eso!, —grité. Agarré la mano de Bajram, la apreté tan fuertemente como pude y le dirigí una mirada furiosa—: Me estás haciendo daño.

Él retiró los dedos y me abofeteó de tal forma que la cabeza casi me dio media vuelta. En lugar de su cara, vi las bajas montañas desnudas. Sentía en las mejillas los latidos de mi corazón y el olor

de sus dedos. Entonces, se llevó el dedo a la boca de forma burlona y se echó a reír.

8

Al día siguiente, el gato me envió un mensaje. Me dijo que se había quedado sin casa y que necesitaba un lugar en el que pasar la noche. Estaba escribiéndole una respuesta, pidiéndole que viniera a vivir conmigo, cuando el teléfono volvió a sonar.

«Me mudo a tu casa». Eso es lo que decía.

«Por supuesto. ¡Bienvenido!», respondí.

Inmediatamente después, volví a escribir para decirle que tenía una boa como mascota.

«Espero que no te moleste».

«¡Por supuesto que no!», respondió el gato.

A la semana siguiente, llevó sus cosas.

Nuestra vida en común empezó de forma prometedora, aunque yo nunca había vivido con nadie, aparte de la serpiente. Repartíamos todos los gastos a partes iguales. El gato llegó a acostumbrarse a la presencia de la serpiente, incluso la acariciaba, y yo pensé que quizá nuestro amor sería como el de las películas: un amor fuerte y poderoso en el que no se hacían preguntas y no se perdía el tiempo.

Caminábamos de la mano por el parque, leíamos juntos el periódico matutino, nos contábamos cosas que solo le cuentas a tu amado. El gato me preguntó por mis relaciones anteriores, y yo le conté que había estado tanto con hombres como con mujeres, pero ninguna de esas relaciones había llegado nunca a ninguna parte, y afirmé estar muy satisfecho de estar ahora con un gato.

Le hablé al gato de mis deseos y de mis miedos, y el gato me habló de sus sueños y de su familia.

—Es una historia bastante normal. Soy un gato bastante normal, procedente de un hogar normal, y todo en mí es normal: amigos normales, trabajo normal, patatín, patatán. No te quejes.

Nunca le pregunté al gato por qué no tenía casa, pues presentía que no quería hablar de su situación económica ni social. Me lo contaría todo cuando estuviera preparado para ello.

Nos bañábamos juntos y, mientras tanto, yo le leía al gato fragmentos de mis libros favoritos. Hacíamos largas rutas de senderismo e íbamos a balnearios, probamos los bolos, el montañismo y el *squash*. Y, cada noche, volvíamos a nuestro hogar común. Los dos estábamos seguros de que esta vez era diferente, de que era el destino, de que habíamos llegado a la vida del otro, finalmente, para hacer que dicha vida mereciera la pena.

Al gato le encantaban las películas. Si por él fuera, no habría hecho más que ver películas. Me arrastraba al cine varias veces por semana y se enfadaba conmigo y con los demás espectadores si alguien hablaba en voz demasiado alta. Una vez, se subió al respaldo del asiento para gritar a dos hombres de piel oscura que estaban hablando entre sí varias filas más adelante.

—¡En Finlandia se está en silencio en el cine! ¡Así que cerrad el pico!

Después, el gato metió la pata en su caja de palomitas y empezó a lanzarlas hacia los hombres, aunque todavía no habían terminado los anuncios.

El gato conocía a fondo las películas y las épocas, los actores y los guionistas, los directores y las galas. Leía sobre las películas en Internet y hacía listas: películas que tenía que ver a toda costa, películas de las que no estaba seguro y, finalmente, películas que no le habían despertado ningún interés.

Se aprendía el contenido de todas esas listas por si alguien le preguntaba por ellas. Esto era más que una afición para él, ya que, tras varias semanas viviendo juntos, me contó que soñaba en secreto con cambiar de profesión: ya no quería seguir siendo un gato, sino que aspiraba a ser director de cine.

—Eres exactamente igual que yo —dije sonriendo, y le puse una taza de té delante sobre la mesa a la que se había sentado para examinar sus listas—. Eso es lo que hago yo también. Hay que estar al día, alerta todo el tiempo. En cualquier momento, alguien te puede preguntar algo, quizá sobre esa película, y entonces sabes la respuesta correcta.

El gato soltó un bufido amargo y declaró que se trataba de algo *ligeramente* diferente a mis estúpidos libros, que nadie en su sano juicio podía entender.

—No me hables así —empecé—. Es irrespetuoso y no me gusta.

El gato lanzó las gafas sobre la mesa, cogió la taza de té y se giró para mirarme. Cruzó las patas traseras, se estiró y colocó una de las patas delanteras en el respaldo de la silla, como si alguien hubiera dispuesto a su alrededor imágenes de París de los años veinte.

—Míralo de otro modo —dijo el gato con arrogancia—: Irrespetuoso es el hecho de que aún no haya conocido a tus hermanos —continuó, apretando los dientes.

—Están muy ocupados; te lo he dicho cientos de veces.

—No me cuentes historias —empezó el gato con obstinación—. La verdad es que el único acto irrespetuoso en esta conversación será esto —el gato estiró la pata en la que tenía la taza de café y la dejó caer. El impacto hizo que la taza se rompiera, lo que asustó a la serpiente. Era sensible al ruido y a los golpes, y el gato lo sabía.

—¡Limpia eso!, —dijo, indómito, con los ojos brillantes de furia.

La serpiente empezó a golpear el suelo y las paredes y a sisear y, poco después, su pequeña cabeza apareció por debajo del sofá, seguida de todo su cuerpo. Había café por todas partes: en el suelo, en la alfombra, en las paredes y en las patas de la silla. El gato resopló con gran descontento y siguió examinando sus listas. La serpiente se había acercado tanto a la mesa y al gato que la tuve que agarrar con las dos manos y levantarla sobre mis hombros, sin hacer caso del gato.

—¡Lo sabía!, —gritó el gato.

—Venga. Podría cortarse. Incluso podría morir.

—Me da igual que se muera —dijo el gato con enfado—. Que se muera semejante criatura desagradable. La verdad es que ni siquiera entiendo por qué la has traído a tu casa.

Llevé a la serpiente al dormitorio, la dejé sobre la repisa de la ventana y volví a la cocina, donde el gato ya había organizado su lista en tres montones diferentes. Estaban llenos de rayas, flechas, cantidades de dinero y anotaciones al margen: se trataba de sus expectativas, posturas y opiniones. Cogí una pequeña bolsa del armario de la cocina y empecé a recoger los trozos más grandes.

—¿Sabes? He estado pensando —dije mientras llevaba los trozos a la basura.

—Bueno, pues cuéntame a mí también eso que has estado *pensando* —dijo el gato.

—He pensado en cambiar de profesión —dije. Cogí un rollo de

papel de cocina y un trapo del fregadero y empecé a limpiar el desaguisado que había preparado el gato—. En dejar la universidad. Cuando vuelva a empezar el plazo de solicitudes, puedo intentar conseguir plaza en la misma escuela que tú —dije desde el suelo—. Así podríamos estar juntos todo el tiempo. Había pensado que puedo ser director de cine. Creo que se me daría bien.

El gato estuvo un rato en silencio. Me dio tiempo a secar el suelo y a sacar el aspirador del armario antes de que empezara a comunicarse de nuevo. Se echó a reír con todas sus ganas. Reía de forma tan exagerada que parecía que no le llegaba suficiente oxígeno al cerebro.

—¿Tú? ¿Tú, que no sabes nada de cine?, —acertó a preguntar el gato entre carcajadas.

Encendí el aspirador. Mientras aspiraba, le dije al gato, entre dientes, que bien podría aprender y saber de cine lo mismo que él.

Entonces llegó la primavera, luminosa y soleada. Nuestra primera primavera juntos, en la que el sol era fresco y su luz alargaba las tardes. La nieve caía de los tejados y desaparecía por las alcantarillas, y el aire olía a tierra húmeda. Los árboles se llenaron de hojas de color verde claro que relucían como la seda.

Sorprendentemente, el gato no quiso venir a ver todo esto: el césped deshelado, aún con tonos verde intenso, y las polvorientas carreteras de asfalto, que se habían secado por completo, aunque todo lo demás aún estaba húmedo. La primavera hacía sentir mal al gato, con toda esa luz y ese sol; no se levantaba hasta el final de la tarde. Los pocos días en los que accedía a salir, protegía su abrigo de invierno como si fuera el tesoro más preciado y se negaba a dejar sus gruesos guantes, su bufanda y sus botas militares. Se enterraba bajo la ropa y se cubría la cabeza con una capucha apretada, aunque la temperatura sobrepasara los veinte grados.

Había vivido creyendo que el gato odiaba el frío y que, por eso, no le gustaba salir en invierno; al parecer, simplemente, no quería que nadie lo viera. No le gustaba la forma en la que hablaban de nosotros. Al principio, el gato dio a entender que no le importaba el resto de la gente; sin embargo, con el tiempo, empezó a oír rumores y a leer en los labios de otras personas palabras que se tomaba como algo personal. Por mucho que intentara negarse a creer aquellas historias, empezó a verse a sí mismo en las palabras de los

demás.

—La diversidad es una carga —dijo el gato, desmoralizado—. La gente solo nos mira y se hace preguntas. ¡Nos miran y se hacen preguntas! Primero, intentas ser como los demás; como no lo consigues, empiezas a hacer las bromas más estúpidas para tapar tu diversidad con risas; cuando las bromas dejan de ser graciosas, empiezan las mentiras. Y, cuando eso deja de funcionar, es hora de hacer las maletas y huir.

También engordó durante ese tiempo. Cuando se subía a la repisa de la ventana a observar a la gente, se quedaba colgando por un momento de las patas delanteras, mientras las traseras se balanceaban en el aire como salientes, agitándose de forma inestable. Solo entonces, conseguía hacer fuerza para terminar de subir, resoplaba, *puff, oi*, y maldecía para sí mismo. No se había convertido en un gato gordo y feliz, sino en un gato gordo y amargado, y empezó a considerarse a sí mismo feo.

—No me mires; me he vuelto muy desagradable para la vista.

Aunque yo le aseguraba que seguía siendo muy guapo, el gato no dejaba de insultarse a sí mismo y, sobre todo, de culparme a mí por ello. Me culpaba a mí de haber engordado, de su pelaje grasiento y de la tripa que le había crecido, de sus descuidadas uñas, que ya no llegaba a arreglarse él mismo. El gato opinaba que lo estaba cebando.

—Soy un gato, y no puedo hacer nada contra mi naturaleza simple. Como cuando hay comida disponible. Bebo cuando hay bebida.

El gato esperó ansiosamente, durante todo el final de la primavera, los resultados de la escuela superior en la que había solicitado plaza. Merodeaba nervioso por la vivienda, como si, de ese modo, el tiempo fuera a transcurrir más rápidamente. Yo esperaba los mismos resultados, aunque le había ocultado al gato que había solicitado plaza porque no había mostrado ninguna fe en mí.

—No te puedes despertar un día y decidir que quieres ser médico. Esas cosas requieren tiempo y meditación.

«Claro que puedes —quería decirle—. Claro que se puede hacer eso. Puedes abrir un libro y leer tanto que llegue un momento en el que ya no puedas sujetar la cabeza». El gato creía que el tiempo te

hacía inteligente y maduro, que el tiempo en sí mismo, vivir de un día para otro, te daba experiencia en la vida, te hacía más sabio. «No funciona así —me habría gustado decirle— en absoluto». En lugar de eso, guardé silencio y lo apoyé durante todas las fases del proceso.

—Puedes hacerlo. Eres un gato listo. ¿A quién van a aceptar, si no es a ti?

Empezamos a llevar una vida rutinaria, hasta que llegó el día en que nos conocíamos tan bien que se nos acabaron las preguntas. El gato aprendió a no hablarme hasta que hubiera transcurrido media hora desde que entraba por la puerta, me dejaba leer tranquilamente y bajaba el volumen de la televisión cuando me iba a dormir antes que él; por mi parte, yo aprendí a dejarle la ropa preparada para que se vistiera a la mañana siguiente, ya que el gato era terrible por las mañanas y a mí, en cambio, me encantaban.

Entonces, un día cualquiera de verano, el gato llegó a la conclusión de que esa vida no era para él.

—Todos los días lo mismo —dijo—. Tengo que dejarte. Quiero dejarte. No quiero seguir viviendo así. Un gato en un mundo como este, en una relación como esta.

En ese momento, me vino a la mente un viejo proverbio kosovar que afirma que una persona se echa a perder cuando le pasan demasiadas cosas buenas. Las cosas buenas pueden obtenerse y pueden suceder de muchas maneras. Si uno tiene más propiedades de las que necesita, si está acostumbrado a un trato demasiado bueno y se le da demasiado bien hacer algo, empieza a pensar que solo merece lo mejor. Se niega a tratar con otras personas que no sean como él. Se acostumbra a la buena comida y a la buena bebida y se pregunta cómo ha podido beber alguna vez limonada con azúcar o fumar el tabaco más barato. Y, durante todo este tiempo, piensa que la compasión de los demás no es más que envidia.

—¿De verdad habías creído que tú y yo estaríamos siempre juntos? ¿Cómo has podido pensar algo así? Supongo que entiendes que tú eres de una manera y yo de otra, y que, juntos, no vamos a ninguna parte. Deberían multar semejante estupidez.

El gato quería marcharse inmediatamente, pero, cuando le dije que merecía la pena reconsiderarlo, se detuvo a contemplar sus opciones.

—Puedes vivir conmigo, aunque no estemos juntos. A mí no me supone ningún problema —dije.

Entonces, el gato levantó la cabeza del sofá, la giró hacia un lado y sonrió, y sus párpados se curvaron como en los mangas japoneses.

—De acuerdo —dijo el gato—. Pero no pienso pagar ni un céntimo de alquiler.

—Me parece bien —dije.

Primavera de 1980
La segunda revelación

El coche giró para entrar en el patio, con sus sombras creadas por los altos muros de cemento recién pintados. A ambos lados de la entrada había pequeños arbustos de ciprés, a cuyo alrededor flores de distintos colores servían de decoración, como si hubieran sido disparadas sin ton ni son hacia las raíces de los arbustos.

La casa de la familia de Bajram se erguía en solitario en medio de un gran terreno; no se veían otros edificios en las proximidades. Aquel majestuoso edificio era exactamente como yo me había imaginado. El patio estaba lleno de hombres, mujeres y niños, con sus mejores galas, que nos estaban esperando. Muchas mujeres llevaban *dimije* que recordaban a sus vestidos de boda y que se compraban cuando una se casaba.

El coche se detuvo en medio de un trozo de césped bien cuidado. Al otro lado del patio había un edificio de tres pisos con tejado naranja que parecía enorme. Solo estaba a unos treinta kilómetros de mi pueblo y, a pesar de eso, me sentía como si hubiera viajado al otro lado del mundo. La casa estaba pintada de blanco. Los pisos superiores tenían balcones tan largos como el propio edificio, y las tierras propiedad de la familia se extendían hasta quedar fuera del alcance de la vista.

Oí cómo la gente suspiraba melancólicamente fuera del coche. También hablaban entre sí, pero no lograba distinguir las palabras. Bajram se deslizó fuera del coche y dio la vuelta para abrirme la puerta.

Bajé lentamente del vehículo, agarrada a la mano que me tendía Bajram, y tiré del vestido detrás de mí. Cuando me incorporé, me sentí como si fuera la única persona en el mundo. Todos se hicieron a un lado, formando un camino para que cruzáramos el patio y me llevaran hasta la casa.

Las mujeres cantaban y agitaban panderetas mientras los

hombres golpeaban sus tambores, *tupan*, que les colgaban del hombro, y yo puse ambos brazos a los lados, coloqué ambas manos sobre el estómago, una encima de otra, e intenté concentrarme en mirar hacia abajo. Bajram me cogió de un hombro y su hermana vino a agarrarme del otro. Se dispusieron a llevarme lentamente hacia la terraza.

Cuando llegamos a la puerta principal, era el momento de humedecer el marco superior. La hermana de Bajram llevaba en la mano un pequeño plato con agua azucarada.

«Cuando llegues a la puerta, mete la mano en el agua y unta con ella el marco superior», me había explicado mi madre.

Antiguamente, en Kosovo se creía que eso endulzaría la vida en común entre el hombre y la mujer. Mojé un dedo en el agua azucarada y acaricié el marco superior de la puerta bajo las miradas de todos aquellos extraños. Entonces, Bajram abrió la puerta. Dentro esperaba mi futuro dormitorio, el dormitorio que compartiría con él.

Cuando entré en el recibidor, me di cuenta de que la distribución de la casa era exactamente igual que la nuestra y que la de todas las demás casas kosovares. La alfombra de la entrada estaba exactamente en medio del pasillo; los gallos de porcelana que se encontraban detrás de las puertas de cristal en la vitrina del cuarto de estar nunca se habían movido de sitio; en la encimera de la cocina no había arañazos, y no había una sola miga de pan que alterase la simetría de los azulejos del suelo.

Bajram extendió con decisión la mano y me condujo hacia la puerta del dormitorio. Para mi sorpresa —seguro que él lo había exigido así—, fue él quien me enseñó nuestro dormitorio común, en lugar de su madre. Después de untar la puerta, por lo general, el hombre esperaba de espaldas en la entrada principal hasta que la novia aparecía a su lado. Eché un rápido vistazo a Bajram antes de decidirme a dar el siguiente paso. Tenía aspecto arrogante, como si disfrutase de la situación y de acaparar toda la atención.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, lo primero en lo que me fijé fueron las cortinas rojas, que hacían que la habitación pareciera oscura, cargada, casi amenazante contra la luz del sol. De forma excepcional, la vista desde la ventana daba al jardín. En el suelo había una alfombra roja, específicamente elegida para combinar

con la colcha roja. El armario era de madera oscura, al igual que la cama y las mesillas a ambos lados de esta. El tocador pertenecía a la misma serie. Era una habitación típica de catálogo: los muebles habían sido comprados todos de una vez, ya preparados en el escaparate de alguna tienda.

Por todas partes podía apreciarse que se había invertido mucho dinero en la boda: tanto el exterior como el interior del edificio olían a pintura fresca, el aroma a madera y barniz de los muebles aún tardaría mucho tiempo en desaparecer y los armarios de la cocina olían y parecían nuevos y sin estrenar.

Entonces, Bajram preguntó si me gustaba la habitación, las cosas que me había comprado, el interminable color rojo y el paisaje que se veía por la ventana, con sus perales ya crecidos, el campo que se extendía detrás, el camino de tierra entre ellos y la hilera de montañas al fondo. Me dijo que quería saberlo inmediatamente.

—Dime qué te parece todo. Te he comprado una gran cantidad de cosas. Todo esto es para ti —dijo, acariciando las cortinas.

Miré a Bajram, asentí y me senté sobre la cama.

—Venga, contesta —me dijo Bajram un momento después.

—Está muy bien.

Le pregunté a Bajram dónde estaba toda la ropa que habían llevado de mi casa, ya que había metido una caja de dulces en una de las bolsas. Bajram llamó a su madre, quien mandó entrar a las sirvientas para que fueran a recoger las cosas que habían llevado al piso superior.

Después de coger la pequeña bolsa de caramelos, volvimos a salir.

Las visitas se habían puesto en fila, unos metros más allá de la puerta, para esperar la gran revelación, el momento en el que se levantaría el velo de la novia y esta mostraría su cara a todos los invitados de la boda.

Casi sin darme cuenta, cogí a Bajram de la mano. Me había comprado joyas para el resto de mi vida y había elegido para mí una habitación roja y pendientes de aro dorados.

Entonces el padre de Bajram puso frente a mí a un niño muy guapo: su nieto. Me di cuenta de que el niño me sonreía tímidamente, como incómodo por el hecho de que todo el mundo lo estuviera mirando. Quería devolverle la sonrisa, pero tenía que

mostrarme seria todo el tiempo. Me agaché para ponerme al nivel del chico, le cogí la mano y le puse en ella los dulces que había cogido: era lo mínimo que le podía dar al niño, pues lo que iba a hacer él a continuación me daría suerte para dar a luz niños varones.

—Gracias —dijo el niño.

El padre de Bajram levantó al niño, y este me colocó cuidadosamente la primera capa del velo detrás de la cabeza. Con ese gesto, los ojos más afilados ya podían distinguir los contornos de mi cara. Muchos habían empezado a contener la respiración y entornaban los ojos para poder ver mejor. Cerré los ojos. Mis uñas lacadas de rojo se deslizaron lentamente hacia mi pecho. El niño cogió la segunda capa de mi velo y la levantó, aún más lentamente que la anterior.

Ahora se veía todo: el cuello, la barbilla, los labios, la nariz, los ojos, la frente y el pelo.

La gente guardó silencio por un momento. Entonces, las mujeres empezaron a aplaudir, y los hombres, a silbar. Pasado un momento, me pasé ambos pulgares por debajo de los collares y los levanté para que los vieran; después, levanté ambas muñecas al aire. El oro brillaba como el sol perpendicular. «Todo este oro me lo ha comprado mi marido».

En ese momento, la gente empezó a alborotar, cantar y tocar aún más fuerte. Bajram y yo nos quedamos de pie en el sitio durante aproximadamente media hora. La gente nos miraba, nos hacía fotos, y los familiares de Bajram empezaron a traerme regalos: me llenaron los dedos, las muñecas y el cuello de más joyas y me pusieron dinero en el velo. Durante todo este tiempo, yo apretaba los dientes, intentando aislarme de todo el ruido que me rodeaba y evitando mirar a nadie a los ojos.

Después de eso, empezaron los *temen*: los hombres golpeaban sus tambores mientras las mujeres hacían sonar las panderetas. Las mujeres me cantaban canciones cuyas letras había que escuchar detenidamente, ya que contenían tareas que la novia tenía que llevar a cabo.

Si te gusta tu suegra,
ve a abrazarla.

Si te gusta tu suegro,
bésale la mano.
Si te gusta tu oro,
vuelve a mostrarlo.

«Soy la mujer perfecta para él —pensé mientras llevaba a cabo mis tareas de forma impecable—. Todo lo que quiere, su mujer se lo dará». Los silbidos de hombres desconocidos y las palmadas entusiastas de mujeres y niños revelaban que a la gente le gustaba lo que veía: la novia era guapa, tenía una piel perfecta, cabellos gruesos, labios rellenos y tanto oro a la vista que resultaba casi cegador. Me sentí más guapa que nunca. Me sentí como si hubiera salido con un micrófono a un gran escenario, como si la gente que estaba delante de mí fueran mis admiradores, esperando a que empezara a cantar, como si sus palmadas fueran los *flashes* de las cámaras.

Entonces, lo oí.

En alguna parte, maulló un gato.

9

Unas semanas más tarde, me encontré durmiendo en el suelo del recibidor. El gato decía que la serpiente apestaba, y yo apestaba porque tocaba a la serpiente, por lo que el gato exigió dormir en mi cama, sin mí.

—De lo contrario, me marcharé —amenazó.

En ese momento me di cuenta de que podía dormir perfectamente en el recibidor de la vivienda.

Pedí hacer horas extra y turnos extra por la noche y los fines de semana, ya que el gato no solo quería espacio, sino también un nuevo ordenador para poder editar los cortos que grababa, una caja de arena más grande para hacer sus necesidades y comida ecológica cara.

Y comía tanto que se convirtió en un gigante. Cuando subía de un salto a mi cama, donde antes dormíamos juntos sin ningún problema, las colchas y las almohadas volaban hasta el techo y los muelles de la cama casi tocaban el suelo, que temblaba cuando avanzaba con sus enormes patas, que parecían zarpas de oso.

Cuando yo volvía del trabajo, el gato estaba sentado en medio de mi cama comiendo pistachos —me tocaba a mí recoger las cáscaras que había escupido a su alrededor— o rascándose el pelaje con tal frenesí que todos los rincones se llenaban de polvo y pelos. Dejaba migas en el fondo de las bolsas de patatas fritas o galletas y las migas se esparcían por la cama o por el suelo cuando cambiaba de postura o iba al baño. También se tiraba pedos apestosos y groseros eructos.

Al gato no le gustaba que tuviera los libros organizados por grupos lingüísticos en orden alfabético, ni que guardara la colonia y el desodorante en filas con precisión milimétrica. Quería preguntarle si realmente era tan difícil volver a poner las cosas en su sitio.

Si hubiera sabido que el gato me iba a salir tan caro, me lo habría pensado dos veces.

En junio, el gato recibió un sobre fino de la universidad. Yo recibí uno grueso. Deseé que hubiera sido al contrario o, al menos, haber podido ceder mi propia plaza para que el gato fuera en mi lugar.

—No te lo mereces —empezó el gato—. Solo haces el tonto por ahí. Coges cosas, robas, mientes. Seguro que también has copiado. ¿Por qué, si no, ibas a ocultarme esto?

Al principio me imaginé que solo estaba tratando de superar su mal trago, ese sentimiento amargo de estar equivocado, pero continuó:

—Solo te han aceptado porque eres inmigrante. Tienen cuotas para vosotros, aunque no lo admitan. Un poco de color, algo supuestamente exótico, algo diferente. Qué triste. Eres tan patético que no te quiero volver a ver. No puedo estar con alguien que ni siquiera se da cuenta de que está siendo utilizado.

—No decidas así las cosas —rogué.

—Pues eso acabo de hacer —dijo el gato, finalmente—. Porque, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Odio a los inmigrantes —dijo—. ¿Es que no te das cuenta de todo lo que te han dado aquí?, —gruñó—. ¿De todas las oportunidades que te han ofrecido?

Empezamos a discutir en voz alta. Apoyé la cabeza entre las manos y me senté sobre la mesa, enfrente del gato. Él estaba tumbado de lado en el sofá y me miraba agriamente.

Le respondí con firmeza que a mí me habían dado tanto como a cualquier otra persona. Las mismas oportunidades. Entonces, él estalló en carcajadas.

—Vaya, vaya, vaya —bufó como con lástima—. Creí que no odiaba a todos los inmigrantes, pero la verdad es que sí. Y creía que no te odiaba a ti, pero es a ti a quien más odio de todos —gruñó el gato.

De forma repentina, se subió al sofá de un salto y, de ahí, saltó hacia la mesa. Arrojó todas las cosas que estaban sobre la mesa, me agarró del cuello y apretó tan fuerte que la sangre dejó de circular por mi cuerpo. Hizo una mueca, y entonces fue cuando le vi por primera vez todos los dientes. Cuatro de ellos eran afilados como carámbanos de hielo.

—Me has mentido, ¿verdad?, —preguntó el gato, apretando aún más.

Le puse la mano encima de la pata e intenté abrirle los dedos, pero tenía unas patas tan fuertes y duras que parecían de metal.

—Pues he buscado los nombres de tus padres y de tus hermanos en Internet. Y ¿sabes qué? ¡No existen personas con esos nombres! ¡No existen! Así que llamé al registro civil, joder, y me hice pasar por un maldito investigador onomástico.

El gato me agarró la barbilla con una mano y apretó.

—¿Qué?, —dijo de forma amenazante—. ¿Qué tienes que decir?, —preguntó, aunque sabía que me resultaba imposible hablar, ya que se me estaba poniendo la cara colorada, sentía cómo las venas se hinchaban en mi frente y la sangre huía de mi cuerpo mientras aumentaba la presión en mi cabeza.

Como no respondí a las amenazas del gato, este puso las patas traseras en el borde de la mesa y empujó.

—Puto marica.

Mi silla se ladeó, y yo con ella. Lentamente, detrás de la rabiosa cara del gato empezaron a verse el techo y las cortinas y, finalmente, toda la habitación empezó a dar vueltas. Caí al suelo como un montón de floreros frágiles, me golpeé el hombro con el borde del sofá y el respaldo de madera de la silla se partió en dos.

El gato deslizó la pata trasera debajo de un cuchillo de pan que había sobre la mesa, se alzó sobre las patas traseras y levantó una de ellas de tal forma que el cuchillo salió volando hacia arriba, hasta casi llegar al techo. Mientras el cuchillo caía de nuevo, el gato lo agarró con una pata delantera y empezó a blandirlo hábilmente en el aire a su alrededor. No dejaba de mirarme; ni siquiera necesitaba mirar el cuchillo, que agitaba con la mano como la varita de un mago. Sus ojos parecían triángulos de picos afilados y sus músculos en tensión habían hecho que se hinchara toda la parte superior de su cuerpo.

Entonces se preparó: levantó el cuchillo con la pata a cámara lenta, como en una película, y dio varias vueltas sobre sí mismo como si fueran piruetas de un patinador artístico. El cuchillo seguía al gato como un fino y brillante rayo de luz, y él se movía tan rápido que su vientre estirado seguía al resto de su cuerpo como un globo de agua a medio llenar. Parecía un samurái.

Finalmente, aterrizó encima de mí, puso las patas debajo de mis axilas y todo el suelo tembló. Hasta las ventanas temblaron. En un momento, me agarró la barbilla y me arañó la piel con sus garras. Me había puesto la otra pata en el cuello y pude sentir la afilada hoja del cuchillo, lo delicadamente que cortaría mi cuello, como si fuera una hoja nueva de papel de impresión.

—Te voy a cortar el cuello —amenazó el gato, con una exagerada mueca de odio—. Dime la verdad o te corto el cuello, joder, hasta que te desangres —dejó salir las palabras entre sus apretados labios y presionó el cuchillo un poco más, para que me diera cuenta de que la carótida pronto cedería a la presión.

Entonces la serpiente apareció desde detrás del sofá, y el gato giró la atenta mirada hacia ella, *¿eh?*, y erizó las orejas. Le bufó a la serpiente y aflojó un poco las manos. La serpiente le devolvió el bufido y se acercó; estaba a unos pasos de nosotros. Giró sobre sí misma como un montón de pequeños discos, y yo intenté estirar el brazo hacia ella para acercarla más, para colocarla alrededor del cuello del gato y pedirle que apretara con todas sus fuerzas, pero no lograba alcanzarla.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba intentando, el gato levantó furtivamente la pata que tenía sobre mi barbilla y me golpeó con ella con tal fuerza que el aire sonó como si hubiera hecho restallar un látigo. Entonces me clavó su enorme pata en medio de la cara y yo me desmayé.

Cuando recobré la conciencia, un momento más tarde, el gato y la serpiente se habían colocado uno frente al otro. La silla caída, mi cuerpo, la pared de la habitación y el sofá formaban un campo de batalla en el que se estaban midiendo el uno a la otra. La serpiente estaba hecha un ovillo y siseaba, y el gato se había elevado sobre las patas traseras y se había estirado todo lo que podía para parecer más grande: su peludo estómago colgaba tanto que casi tocaba el suelo. Y el gato bufaba, así que emitían casi el mismo sonido.

El gato, con las uñas completamente extendidas, empezó a golpear y arañar el aire y a blandir el cuchillo. Pasaba el peso de un lado a otro como un boxeador y estiraba la otra pata como si quisiera alentar a la serpiente a acercarse a él.

—¡Hiaaa!, —gritó entonces, para dar fuerza a una patada circular con la pata trasera. La pata golpeó directamente la flexible

cabeza de la serpiente.

La cabeza de la serpiente trazó un bello arco hacia atrás, como un anzuelo lanzado al agua, pero se recuperó rápidamente del golpe y se volvió a enroscar. Atacó varias veces, intentando morder al gato, pero el gato era demasiado rápido y astuto para ella. Subió de un salto al sofá, del sofá a la repisa de la ventana, y trepó por las cortinas, se agarró a la lámpara del techo y saltó encima del frigorífico, desde donde lanzó el cuchillo en dirección a la serpiente, aunque falló.

Entonces el gato cometió el error de saltar desde lo alto del frigorífico hasta la mesa atravesando la habitación. Fue un error, ya que, a mitad de su grácil vuelo por el aire, la serpiente se estiró todo lo que pudo hasta enderezarse por completo, y los simétricos motivos de su piel la hicieron parecer, por un momento, una regla. La serpiente hundió la boca en el peludo costado del gato.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía, la serpiente había rodeado tres veces al gato. El gato estaba completamente enterrado dentro de la serpiente y su cabeza salía a presión por una esquina como si estuviera hundiéndose en arenas movedizas. El gato tenía exactamente el mismo aspecto que yo un rato antes; se hinchó y le cambió el color de la cabeza. Los estrechos iris de sus ojos pronto empezaron a llenarse de venas rojas mientras emitía el sonido más estridente del mundo. «Mmmm», gemía el gato.

El gato intentaba abrir la boca y estirar las orejas, mover las cejas y doblar los bigotes, pero sus movimientos solo hacían que la serpiente apretara aún más.

Vi cómo le caía una lágrima por el rabillo del ojo, y después otra. «Sálvame», imploraba el gato con sus lágrimas. Podía oír sus pensamientos, y empecé a considerar si el gato merecía vivir o morir.

Agarré a ciegas el batiburrillo formado por el gato y la serpiente y tiré de él entre mis piernas. Inmediatamente, la serpiente empezó a sisear. La cogí de la barbilla y apreté, pero ella no aflojaba su agarre. Entonces le arañé la piel con las uñas, pero eso tampoco obtuvo ningún resultado.

Los ojos del gato empezaron a cerrarse. Podía ver cómo su corazón pronto dejaría de latir, sentía cómo se ralentizaban sus

órganos, cómo la sangre dejaba de circular por su cabeza y sus extremidades.

Me levanté, caminé hacia el grifo, dejé que cayera el agua helada y cogí un vaso alto del fregadero. Esperé un poco sin mirar hacia atrás, deseando que el gato pudiera aguantar un momento. Cuando el agua estuvo suficientemente fría, llené el vaso y le arrojé el agua a la serpiente en la cabeza. Ella giró la cabeza y siseó, y el gato cogió aire como si hubiera estado varios minutos bajo el agua. La serpiente seguía rodeando al gato, pero ya no apretaba tanto como antes.

Le eché varios vasos de agua en la cabeza; solo entonces se estiró, soltó al gato y se metió serpenteando debajo del sofá, dejando a sus pies al malogrado gato y un largo rastro de agua.

El pelo del gato brillaba de sudor. Parecía que acabara de nacer, ya que sus miembros habían quedado pegados al cuerpo, como si estuvieran rotos y dislocados. Respiró ligeramente durante un momento, como si no fuera consciente del mundo a su alrededor, de que todavía seguía vivo. Me agaché para sentarme a su lado y le acaricié la pequeña cabeza.

—¿Estás bien?

El gato levantó la cabeza, desconcertado, levantó una ceja, «uj», salió de su boca.

Pasaron varios minutos antes de que fuera capaz de reaccionar. Había olvidado mi pregunta; seguramente, ni siquiera la había oído, y mucho menos se había dado cuenta de que estaba acariciándolo y masajeando su cuerpo convaleciente. Pasado un momento, empezó a estirar las extremidades para colocarlas en su posición correcta y a respirar de forma más profunda.

—Lo siento —dije.

El gato esperó un momento y, entonces, abrió los ojos como platos: nunca habían sido tan redondos como en ese momento.

—¿Qué coño ha sido eso?, —dijo el gato, casi en un susurro.

—Lo siento —repetí.

El gato empezó a hacer fuerza para levantarse. Seguía sin entender lo que le decía. Cuando logró ponerse en pie, se tambaleó como si estuviera borracho, se apoyó en las paredes y en las sillas y se agarró los costados, ya que tenía las costillas rotas. Mientras salía de la habitación, tosía y escupía sangre en el suelo. Lo seguí.

—No me hables —dijo con tono penetrante, y empezó a resoplar —. No me dirijas la puta palabra —añadió.

Cuando consiguió estabilizar la respiración, continuó:

—Nadie te va a querer nunca —dijo.

Y yo solo veía su lomo peludo; ni siquiera podía verle la cara.

Entonces, el gato se rodeó con su jersey y se apretó el codo sangrante.

—Nadie —repitió, presionando la barbilla contra el hombro, dándome un destello de sus ojos, que habían recobrado su color blanco, de su fascinante perfil, y metió las patas en los zapatos a tientas—. Vas a morir solo, solitario e infeliz —dijo mientras abría la puerta—. Y te mereces todo lo que te pase. Moro de mierda.

Primavera de 1980
La noche de bodas

Estaba a punto de llegar ese momento que tan irreal y absurdo me había parecido hacía apenas una semana: Bajram y yo íbamos a acostarnos juntos por primera vez.

Un rato antes, habíamos comido con su familia y, después, las mujeres que habían preparado la comida —las hermanas y tías de Bajram— nos cantaron desde fuera del dormitorio. «Si crees que la novia es guapa, sal y danos dulces», decía la letra. Bajram, que estaba sentado en la cama, abrió la caja de dulces, se levantó y fue hacia la puerta.

Cuando las mujeres se alejaron de allí, llegó la hora. Bajram había dicho que tenía que ir primero al baño.

Poco después, se abrió la puerta. Bajram apareció en la habitación oscura con un pequeño recipiente de porcelana en las manos, sobre el cual brillaban las judías blancas como pequeñas estrellas. Entonces, las lanzó al aire de forma sorprendentemente sutil, de modo que, a pesar de la fuerza del movimiento, solo se elevaron un poco. Cayeron en distintas direcciones y se esparcieron por toda la habitación: por la cama, por el suelo y detrás de los muebles, y chocaron unas con otras, con los muebles y contra las paredes, tintineando como canicas.

Yo tenía que recoger las judías del suelo y volver a ponerlas en el recipiente de porcelana que me tendía Bajram. El hombre tenía que mirar, observar a la mujer y todo el espectáculo, comprobar y verificar las formas del cuerpo de su nueva amada. Era la forma de familiarizarse con el cuerpo de la mujer.

Me levanté de la cama y dejé que el camisón de seda que llevaba se deslizara hasta el suelo. Estiré la mano, en la que Bajram me colocó el recipiente de porcelana; solo entonces reparé en las bonitas letras talladas en él:

«B y E».

Me arrodillé en el suelo y empecé a recoger las judías y a ponerlas

en el plato, una a una.

Me coloqué el vaso en la mano izquierda y eché un vistazo debajo de la cama y detrás de las cómodas, de modo que se me separasen las nalgas. Apoyé los muslos contra el suelo, doblados en dos, y elevé mis encallecidas plantas de los pies cerca de la mirada pensativa de Bajram.

Creí que no sería capaz de bajar hasta el suelo, debido a la timidez y a la vergüenza que sentía, que no sería capaz de recoger las judías con naturalidad. Pero fui capaz, ya que la hora había llegado de forma tan natural como llega la cosecha cada mes de septiembre.

Cuando el recipiente estuvo lleno y me puse en pie, fijé la mirada en Bajram, que estaba de pie, desnudo, al otro lado de la cama, y cuyo pene enhiesto parecía tan grande que daba miedo. Tenía los brazos musculosos, los contornos del cuerpo bien definidos, los hombros anchos; todo en él era simétrico. Tenía un bonito vientre plano y una espalda arqueada que se convertía en dos montículos tan redondos que parecían estar separados el uno del otro. La parte baja de su espalda y su rabadilla estaban cubiertos por una capa de fino vello que amenazaba con espesar y conquistar cualquier área de su cuerpo.

Quería tocarlo ya, apoyar mi cabeza en su pecho y acariciarle el vello, escuchar los movimientos de su corazón.

Debajo de la cama quedaba una judía. Extendí la mano para cogerla, apoyándome sobre la rodilla derecha. Cuando la última judía chocó con el recipiente, solo se oía la respiración pesada y concupiscente de Bajram. Giré la mirada. Bajram había empezado a tocarse: se acariciaba el pecho con la mano izquierda y se agitaba la entrepierna con la derecha. Saltó a la cama, me agarró de la mano y tiró de mí para que me acercara a él.

Todavía recuerdo con exactitud lo que pasó. Todo. Recuerdo cómo Bajram me penetró a la fuerza y me reventó el himen. Recuerdo el olor viciado y desagradable de su entrepierna, el dolor que me atravesaba la parte baja del vientre, tan fuerte que sentía que me habían rajado con un cuchillo; recuerdo gritar de dolor, la mano de Bajram delante de mi boca y sus interjecciones de silencio. Recuerdo el olor de su aliento: a tabaco, ajo, tabaco, puerro, tabaco y carne de ternera pasada.

Recuerdo su pesado cuerpo encima de mí, las pequeñas burbujas de saliva en la comisura de sus labios y los mechones de cabello sudoroso sobre su frente. Pero puede que lo que recuerde con más claridad sea la expresión de extremo placer en su cara: cómo no era capaz de centrar la mirada, cómo abría los labios y los gemidos constantes que salían de ellos, el temblor de sus músculos cansados por el movimiento de sus caderas.

Cuando Bajram terminó, se limpió la entrepierna con la esquina de la colcha y salió de la habitación con aspecto rutinario y despreocupado. Bajó de la cama de un salto y murmuró unas palabras para sí mismo, como si nada hubiera pasado, como si se hubiera levantado de la cama de aquella manera cientos de veces.

Yo me quedé sentada en la cama y pensé en la gran decepción que acababa de experimentar: varios minutos de olores desagradables, posturas extrañas e inesperadas, sorpresas incómodas. Me sentía tranquila y presa del pánico al mismo tiempo. Pensé que ya no tenía nada que esperar, pues así sería siempre a partir de ese momento.

Entonces, miré debajo de la colcha. Cuando me di cuenta de que no había más que unas gotas de sangre en las sábanas, me saqué una cuchilla de afeitar de la axila. Por indicación de mi madre, la había guardado en el sujetador y me la había escondido en la axila antes de desvestirme. Hice con ella una pequeña incisión en mi axila, saqué algo de sangre y la coloqué sobre mí y sobre las sábanas sin dejar huellas dactilares. Me chupé los dedos para limpiarlos, escondí la cuchilla bajo el colchón y me presioné el brazo contra el costado.

Cuando Bajram regresó, se inclinó hacia la cama sin decir una palabra, me quitó la colcha de encima y miró entre mis piernas. Sonrió satisfecho y se colocó la colcha entre las piernas. Su comportamiento era tan seguro de sí mismo y tan despreocupado que supe que siempre haría lo mismo, que siempre seguiría el mismo ritual para venir a la cama.

Posteriormente, abrió el cajón de su mesilla de noche y cogió un paquete de tabaco, un paquete rojo de West, sacó un cigarro, se lo colocó cuidadosamente entre los labios, lo encendió y dio una calada que llenó de humo la habitación.

A la mañana siguiente, colgaron de la cuerda de tender la

sábana blanca con la gran mancha roja en el centro.

Los familiares que habían dormido en la casa la miraron, y la sábana terminó de convencer a todos de la virginidad de la novia. La sábana ondeaba al viento sobre los ondulantes prados. La miré desde la ventana de la cocina y me sentí aliviada de que la hemorragia se me hubiera detenido tan rápidamente la noche anterior. Por la mañana, solo tenía una fina capa de sangre en la axila y en el brazo.

En ese instante, un gato negro cruzó el patio, saltó encima de la tapia y caminó hacia la esquina. Se sentó con aspecto distinguido, ya que las montañas se elevaban por detrás de él a modo de capa, la tapia lo rodeaba como si fuera parte de la armadura del pecho y los árboles eran bordados decorativos sobre la superficie de la armadura. La larga cola negra del gato pendía curvada como una víbora; el gato se quedó sentado sin moverse, mirando a la casa, que parecía devolverle la mirada.

Me pregunté por qué toda la mañana había sido tan extraña y silenciosa. Cuando les ofrecí café y una bandeja con rebanadas de pan a los hombres de la familia, ellos pusieron dinero en la bandeja, pero después volvieron a sus casas. La madre de Bajram no había mostrado ningún tipo de interés esa mañana cuando le mencioné el programa de la tarde y de la noche y le dije lo mucho que esperaba recibir a mi familia.

Cuando Bajram se marchó con su padre en coche a alguna parte, le pedí a su madre que me dijera la verdad.

—¿Es verdad que hoy no va a venir nadie aquí?

Un momento después, la madre de Bajram me pidió que fuera al cuarto de estar, me ordenó que me sentara y encendió la televisión.

—El fallecimiento ayer de Josip Broz Tito marca el fin de una era.

—Bajram no quería contártelo —empezó la madre de Bajram, y se limpió el rabillo del ojo con un pañuelo—. Temía estropearte el día si te lo contaba. Por eso quiso ir ayer a buscarte en persona.

Cuando entendí que era la última persona en recibir la noticia, supe que mi boda había terminado. Ese día tenía que haber sido el día de puertas abiertas, en el que cualquiera podía ir a la nueva casa de la novia a admirar la ropa y los objetos que le había

comprado su marido, que estarían esparcidos por el dormitorio de los recién casados. Esta vez, los vestidos de fiesta no cubrirían la cama y las paredes, los suelos no se llenarían de zapatos de todo tipo, el oro no se extendería por el tocador, las joyas no se colgarían de los tiradores de los cajones ni se colocarían los anillos en una bonita fila, de modo que el espejo del tocador hiciera parecer que había dos ejemplares de cada.

Volví a la cocina, me puse las manos en el pecho, apreté los puños y, cuando me di cuenta de que el gato de la tapia había desaparecido, pasé los dedos por la superficie de la ventana y rompí a llorar.

II

When you touch me, I die
just a little inside
I wonder if this could be love

LADY
GAGA,
«VENUS».

10

Cuando íbamos a Kosovo, cada verano, viajábamos casi tres mil kilómetros en autobús, ya que mi padre se negaba a ir en avión o en tren. Decía que se movían tan rápido que no soportarían el trayecto, que sus estructuras metálicas cederían y se desintegrarían en piezas minúsculas y la gente saldría despedida de ellas como si fueran cohetes.

Cogíamos en Helsinki el ferri hacia Estonia, y desde Tallin viajábamos en autobús a Berlín. En Berlín, cambiábamos de autobús para ir a Viena, y en Viena volvíamos a cambiar y cogíamos el autobús que nos llevaba a Pristina.

De aquellos viajes, recuerdo el tiempo que pasábamos sentados, el sofocante calor y las siluetas de las ciudades. Recuerdo, por ejemplo, lo primitiva que parecía Tallin en comparación con Helsinki, lo repulsiva y descolorida que se erguía Varsovia a orillas del Vístula, y cómo me angustiaba la profusión de consonantes del polaco, idioma cuyas palabras sonaban todas fuertes y violentas. Cuando le conté esto a mi padre, él dijo que el polaco era justamente así porque los polacos son duros y violentos y apoyan a rusos y serbios. «Gracias a Dios, solo quedan trescientos kilómetros de este maldito país».

Cuando habíamos atravesado Polonia y sus interminables filas de camiones, llegábamos a Alemania, con sus carreteras nuevas de cuatro carriles, que olían a asfalto fresco y por las que se conducía tan rápido que ir en autobús daba aún más miedo que las letras polacas.

Recuerdo lo modesta que empezaba el área de Berlín. No llamaba la atención, sino que transcurría lentamente, como los músculos de alguien que sale a correr. Y recuerdo las prisas en Berlín, el escaso tiempo que teníamos para cambiar al autobús de Viena. Siempre era igual: ni siquiera teníamos tiempo de ir al baño, y mucho menos de estirar las piernas, y la rabadilla me empezaba doler en el mismo momento en que el autobús se ponía en

movimiento.

Pero no importaba, porque pronto llegaríamos a Viena, mi ciudad favorita. Sus altos edificios tenían bonitas formas: torres puntiagudas y construcciones arqueadas una tras otra. Estaban fabricadas de cristal brillante, y las personas que caminaban entre ellas parecían satisfechas, contentas y hermosas y, lo más importante, felices. Sobre todo, esperaba las horas que pasábamos en la terminal de autobuses de Viena, aunque nunca me daban permiso para explorar por mí mismo los alrededores.

Me fascinaba todo lo que había: los modernos bancos en los que nos sentábamos, los diseños de las bolsas de la compra que llevaba la gente, la forma tan ligera que tenían de expulsar el humo de sus pulmones, como si nunca lo hubieran tenido dentro, los coches con sus deslumbrantes chapas y los neumáticos que parecían ir hacia atrás, aunque, obviamente, se movieran hacia delante.

Apoyé la frente contra la ventana del autobús de Pristina y soñé que, algún día, podría volver a esta ciudad y visitarla, podría ir a todos aquellos edificios a los que nunca nos habíamos acercado y que quedaban atrás después de unos diez minutos al volante. Pronto aparecerían ante la vista las montañas, que eran diferentes a las montañas de los Balcanes. Eran más verdes y más empinadas, pero, a pesar de ello, más suaves. En sus laderas se habían construido edificios con aspecto acogedor, estaban conectadas con caminos y pueblos y no suponían una amenaza para nadie, sino que se limitaban a existir.

Del final del viaje, lo único que recuerdo son el calor y el malestar. Los autobuses eran más viejos y hacían mucho ruido, no siempre tenían baño, daban vueltas por las carreteras llenas de baches de los Balcanes y la tapicería de los asientos era de velur y olía a rancio.

Cuando llegábamos a Eslovenia, mi padre decía que allí había muerto mucha gente. Cuando llegábamos a Croacia, mi padre decía lo mismo: que allí había muerto mucha gente. Y cuando llegábamos a Bosnia, mi padre decía que allí era donde había muerto más gente. Mientras atravesábamos Serbia, mi padre decía que allí también había muerto gente, y eso estaba muy bien. Había muerto gente en todas partes: habían muerto en Macedonia, decía mi padre, y en Albania, y en Bulgaria, y en Grecia.

En toda la península había muerto tanta gente que creí que mi padre quería rendir homenaje a todas las víctimas de la muerte mencionando la palabra «muerte» el mayor número de veces posible.

Cuando llegábamos a nuestro destino, mis padres sonreían. Era una sonrisa diferente a la de mis hermanos y la mía, ya que nuestra sonrisa era de alivio por no tener que pasar tres días sentados en un autobús, mientras que la de nuestros padres era la sonrisa de una persona que no ha sonreído en mucho tiempo.

Nos alojábamos en casa de los padres de mi madre, en el campo, cerca de Pristina, donde nunca hacíamos absolutamente nada. Nos despertábamos por la mañana, tomábamos el desayuno y la cena y nos íbamos a dormir. Recuerdo que el tiempo transcurría lentamente, que mi padre pasaba muy poco tiempo con nosotros y que cada día terminaba con mi madre discutiendo con sus padres.

«Habíais prometido volver», decían.

Y mi madre respondía que eso no era posible. Lo decía como de pasada, ya que no discutía con ellos al mismo ritmo que ellos discutían con ella. Mi madre respondía a sus preguntas de forma lenta y tranquila, y ellos hacían las preguntas de forma impetuosa y con enfado. Finalmente, le decían a mi madre que había dado la espalda a su país natal. La discusión llegaba a su punto álgido cuando nos llamaban a mis hermanos y a mí y nos preguntaban en qué país preferíamos vivir, aquí o en Finlandia, qué país era mejor, y nosotros nos mirábamos unos a otros, de pie, en fila, y respondíamos por turnos que preferíamos vivir en Finlandia, con diferencia, pero no explicábamos por qué.

«Ya ves —decía mi abuelo—. A esto precisamente me refiero».

Una vez, me desperté en medio de la noche y me disponía a ir al baño cuando me choqué con mi abuelo en el pasillo. Él fue al baño primero y yo esperé mi turno fuera. Cuando salí, no había regresado a su habitación, sino que se había sentado en el sofá del cuarto de estar y había dejado la puerta abierta. Apenas me dio tiempo a ver su silueta por el rabillo del ojo cuando me sobresaltó llamándome por mi nombre.

—Bekim. Ven aquí —susurró.

Y yo fui, me senté sobre sus piernas, como él me indicó, y le

pregunté qué quería. Él respiró profundamente y empezó a hablar. Dijo que estaba preocupado por nosotros, por el tipo de personas en que nos convertiríamos. Yo no sabía qué responder, ya que la habitación estaba completamente a oscuras. Él me preguntó si me daba cuenta de que estaba olvidando las palabras en mi lengua materna y por qué no me gustaban los mismos juegos que a mis primos. Eso quería saber. También me preguntó por qué era tan callado, por qué pasaba el día con los animales de la granja, por qué no respondía cuando me preguntaban si me gustaba la comida o si había dormido bien, por qué prefería leer libros por la noche antes que sentarme con ellos a ver la televisión.

—Y me preocupa —dijo— que un buen día ya no seas albano en absoluto, sino alguna otra cosa. Porque ese día irás al infierno.

Tiró de mí para que me acercara más a él y me abrazó. Pude percibir el hedor a sudor rancio que desprendía su axila, el olor a ajo de su aliento y sus fuertes dedos rodeándome la cintura. Entonces dijo que mi madre había propuesto que podía quedarme a vivir con ellos, si así lo quería.

—Podrías ayudarme con los animales e ir al colegio en albano —dijo, apretándome las muñecas.

Intenté liberarme, pero él me apretó aún más fuerte.

—Piénsalo —susurró finalmente, bajándome de su regazo.

No pude dormir en toda la noche. Cuando oí que mi madre se despertaba, fui hacia ella y le pregunté por qué había propuesto algo así: yo no quería vivir allí, y ella lo sabía.

Mi madre frunció el ceño, dio un bufido y desvió la mirada por un momento; entonces se giró a mirar hacia mi abuelo, al otro lado de la habitación, con una mirada que no supe descifrar.

1980-1993
La alquimia del país

Obedecía a Bajram y a sus padres y nunca les llevaba la contraria, aunque gran parte del trabajo de la casa y el campo recaía sobre mis hombros. Pasé mucho tiempo sin estar segura de mi situación en casa de Bajram, especialmente porque tardé un tiempo en quedarme embarazada. Su padre hablaba poco, pero su madre hablaba bastante. «Tendríamos que hacer algo con ella —susurraba la madre a Bajram, asegurándose de que la oyera—. Quizá habría que llevarla al médico. Estoy preocupada. No hay nada que desee más en esta vida que verte tener un hijo».

Bajram tenía tres hermanas mayores, que habían sido casadas con hombres de regiones vecinas y que visitaban nuestra casa varias veces al mes. No había nadie más en la casa, solo sus padres y nosotros.

Finalmente, tuvimos nuestro primer hijo, un varón. Bajram y sus padres no habrían podido ser más felices: pasaban todo su tiempo libre con el niño y no paraban de comprarle ropa en el bazar.

Mientras cuidaba a mi hijo, me di cuenta de que no era igual que las demás madres. Las demás mujeres del pueblo hablaban de sus hijos constantemente: a qué edad habían aprendido a andar, cuánto tiempo habían tomado leche materna y qué tipo de ropa infantil vendían en los bazares. Las palabras de las demás mujeres me habían preparado para el hecho de que tener un hijo me cambiaría la vida. Afirmaban que no me preocuparía por nada más que por mi hijo y su bienestar. Todo lo que tuviéramos estaría destinado al niño; nosotros nos apañaríamos aunque fuera a pan y agua.

Cuando me recuperé de la enorme vacuidad que me produjo el nacimiento de mi primer hijo, los otros cuatro llegaron rápidamente. Tuvimos dos hijas seguidas: la primera se parecía a su padre, y Bajram moría de impaciencia hasta que volvió a nacer otro niño y, después, la tercera niña. Bajram estaba entusiasmado: dos

niños, y los dos eran exactamente iguales a él.

Quería a mis hijos con todo mi corazón, por supuesto que quería a mis propios hijos; sin embargo, aunque mi amor por ellos me hacía ver el mundo de un modo totalmente diferente, no los quería más que a mí misma. Una persona no puede amar a otras del mismo modo en que se ama a sí misma. No hay nada más triste que una madre que habla de sus hijos sin parar tratando de demostrar que eso es posible.

Si hubiera podido elegir, nunca habría tenido hijos. Era doloroso y desagradable, y la carga de trabajo se incrementaba con cada hijo. En realidad, una cosa que Bajram y yo teníamos en común era la decepción que ambos sentíamos por lo limitada que eran la vida familiar y la paternidad.

Yo era la mujer de sus sueños. Cuidaba, lavaba, vestía y alimentaba a sus hijos; cepillaba y sacaba brillo a los zapatos de sus invitados cuando venían de visita. Me encargaba de que en la palangana del cuarto de baño siempre hubiera agua para enjuagarse y lo volvía a comprobar cada vez que alguna de sus visitas salía del baño. Sacaba cada noche la ropa del día anterior, le planchaba los calcetines y las camisas y lavaba su ropa interior con agua casi hirviendo para que no oliera a su entrepierna.

Me quedaba embarazada con toda tranquilidad y la barriga solo me entorpecía el trabajo en los últimos meses del embarazo. Nunca chismorreaba con las demás mujeres y crie a mis hijos para que fueran tranquilos y no montaran escándalos. Sabían que solo podían hablar cuando se les daba permiso para ello.

Cuando el cáncer se llevó a la madre de Bajram, que se había encargado de la economía familiar y había delegado las tareas domésticas durante tres décadas, asumí su papel y todo su trabajo sin protestar. En el pueblo, mi reputación como esposa, mujer y madre era inmejorable: nadie hacía tantas tareas domésticas, nadie preparaba una pasta tan fina para hacer *pite* y ninguna colada olía tan fresca como la mía. Y ningún niño obedecía a su madre de forma tan responsable como los míos.

Durante todos esos años, Bajram nunca me dio las gracias, aunque tuvo innumerables ocasiones para hacerlo. Ni siquiera por el hecho de que su toalla favorita siempre estuviera limpia y lista para su uso, ni por no tener que ir nunca a trabajar sin haber

desayunado, ni porque sus zapatos siempre parecieran nuevos, ni porque nuestros hijos nunca lo despertaran por la noche, ni porque nunca mencioné sus ronquidos ni lo dejé en una situación en la que me pudiera necesitar, ya que siempre estaba presente en su vida. Nada me dolía más que el hecho de que no me diera las gracias, ni siquiera asumir todo ese trabajo, sacudir las alfombras, fregar suelos y paredes, quitar el polvo o cocinar.

¿Es que no comprendía todo el tiempo que llevan estas cosas?, me preguntaba. Cuando me quedaba dormida a su lado en menos de un minuto, ¿entendía acaso que me dolía cada parte del cuerpo? Y cuando hacía el amor con él, a pesar de mi cansancio, ¿acaso pensaba que nadie puede amar más a su marido que una esposa que lo está esperando en casa?

Bajram trabajaba durante largas jornadas en el Ministerio de Educación; cuando volvía a casa, tenía que ofrecerle la cena inmediatamente y, después, necesitaba dos horas para relajarse. Durante ese tiempo, nadie podía hablar con él. Los niños estaban encerrados en sus habitaciones.

A pesar de eso, nunca estaba satisfecho y sufría cada vez más ataques de ira. Se comportaba de forma violenta sin motivo aparente; abofeteaba a nuestras hijas si se interponían en su camino. Quería que el mundo funcionara según sus deseos. Vivía sus días mentalmente y se frustraba cuando la realidad no se correspondía con lo que él había imaginado.

El padre de Bajram murió de forma repentina de una hemorragia cerebral. Era un hombre que siempre hacía mucho trabajo físico y nunca se quejaba de cansancio. Una mañana, cuando se dirigía de la casa al sembrado, cayó de bruces, así, sin más. Pasaron varias horas antes de que alguien lo viera tumbado sobre el césped demasiado crecido.

—La muerte se lo ha tragado como si fuera un caramelo —dijo Bajram—. Ahora entiendo que todo puede terminar en cualquier momento. ¿Qué sentido tiene todo esto?

Le organizamos a su padre un entierro digno; después, Bajram propuso que nos mudásemos a Pristina. Así, él estaría más cerca del trabajo y los niños podrían ir a un colegio mejor.

—No habría que hacerse cargo de todo, así que también sería más fácil para ti.

Bajram se sentía desnudo. Se había quedado solo en la granja y, con menos de treinta años, había tenido que asumir una responsabilidad poco frecuente para alguien de su edad. Se fue a buscar una vivienda en Pristina y encontró rápidamente un apartamento en un sexto piso.

La vida de la ciudad supuso un gran impacto para nosotros. Desde joven, había querido vivir en la ciudad y visitar tiendas de ropa y joyas, pero los edificios eran ruidosos y había gente por todas partes. No era capaz de concentrarme en nada. Había tiendas en cada esquina, kioscos y estancos; los restaurantes despedían olor a grasa quemada.

Todo era caro, especialmente la comida. En el campo, diez dinares duraban varias semanas; ahora, apenas eran suficientes para unos días. La ciudad rebosaba de tentaciones, juegos de azar y drogas. De ladrones que vaciaban los bolsillos y los bolsos de la gente que caminaba por la calle. Había que tener cuidado todo el tiempo: los niños no podían salir por la noche, ya que las calles estaban llenas de coches negros con las ventanas tintadas. En ellos desaparecían a diario mujeres jóvenes y niños que, después, eran vendidos para fines tan desagradables que no se podría creer que la mente humana pudiera llegar a imaginar tales cosas.

Sabíamos que había disturbios entre albanos y serbios en la ciudad, pero no comprendíamos lo grave que era la situación antes de mudarnos allí. Todos los días moría alguien, la propiedad de alguien era destruida, edificios, coches. La portada del *Rilindja* mostraba actos de violencia cada vez más crueles: alguien era asesinado de camino al trabajo, alguien en medio de la noche, coches que acababan metidos en lagos cercanos y familias que se enemistaban entre sí. Los niños serbios no jugaban con los niños albanos, los serbios no comían en restaurantes que fueran propiedad de albanos y los albanos no aceptaban vender sus cajetillas de tabaco a los serbios.

—La muerte de Tito ha supuesto el final de todo —dijo Bajram —. Los serbios no se van a rendir. Quieren ver cómo nos arrodillamos y les limpiamos los zapatos.

Uno de los motivos por los que Bajram había insistido en ir a la ciudad era porque tendría la opción de seguir todo este caos de cerca.

La situación cada vez era más tensa. Milošević, el presidente del partido, destinaba cada vez más recursos a proyectos de construcción. Millones y millones de dinares.

Todos empezaron a echar de menos a Tito porque, si Tito hubiera seguido en el poder, las exigencias de los serbios nunca habrían sido escuchadas. El pueblo yugoslavo llevaba años temiendo ese momento: que muriera este hombre procedente de una humilde familia de campesinos que había ascendido al poder para gobernarnos. ¿Quién gobernaría Yugoslavia cuando Tito ya no estuviera?

Tan solo unos años después de su muerte, Pristina se había convertido en un lugar peligroso para vivir. Milošević daba discursos en los que prometía proteger a los serbios residentes en la provincia que temieran —sin motivo— por su situación. «Nadie volverá a golpearos», había dicho Milošević. Seguíamos con consternación el fervor que causaban sus discursos: nadie había golpeado a los serbios, nadie los había tocado.

De pronto las calles se llenaron de tanques y soldados y, cuando se empezó a retirar a los albanos de sus puestos de trabajo en hospitales y en el cuerpo de policía, y cuando en las escuelas ya no se podía estudiar en albano, la situación se volvió desesperada y en la ciudad no había espacio ni para respirar. El encargado de mantenimiento de nuestro edificio no limpiaba los pisos en los que vivían albanos. Los jefes de Bajram fueron sustituidos por serbios y, finalmente, Bajram también perdió su trabajo. Las autoridades locales concedieron exenciones de impuestos a las empresas que eran propiedad de serbios, mientras que se aumentaron los impuestos a los albanos. Los albanos estudiaban en secreto en sótanos y en viviendas privadas y los profesores que eran descubiertos dando clase eran atacados; se lanzaban granadas de gas a las viviendas de los civiles y se apaleaba por la calle a personas inocentes.

El aire se volvió espeso y húmedo, lleno de olor a quemado, ya que era el aire que respiraban, por turnos, los desesperados y los locos. Temía despertarme en medio de la noche y que nuestro edificio estuviera en llamas. O que me arrebataran a mis hijos y se los llevaran a alguna parte y nunca nos volviéramos a ver. ¿Cómo era posible sentir tal odio que te hacía perder la conciencia sobre el

bien y el mal?

Cuando estalló la guerra en Bosnia, oímos las barbaridades que se cometían contra los bosnios: eran sacados de sus casas a la fuerza, sus edificios eran bombardeados, se torturaba y violaba a las mujeres embarazadas y las llevaban a campos de concentración. Entonces me pregunté qué estaba pasando en este mundo, en qué momento las personas se habían convertido en bestias que se atacaban unas a otras y hundían la cabeza del prójimo en el agua. La gente estaba muerta por dentro, las venas que salían de su corazón eran hilos de moho y su alma estaba negra y pegajosa de suciedad. ¿Acaso merecían vivir las personas que hacían esas cosas?

Cuando oía las calles temblar bajo el peso de los tanques, me imaginaba lo que sentiría si mi vida terminara del mismo modo que la de tantos bosnios. Me quedaría mirando mientras se destrozaban los edificios: la Biblioteka Popullore dhe Universitare e Kosovës y Xhamia e Llapit se desmoronarían como castillos de arena; la ciudad ya no sería una ciudad, sino nieve pisoteada llena de pólvora; moriría gente en explosiones e incendios, y entre los muertos estarían mis amigos y familiares, incluso yo misma.

No podía dejar de pensar en estas cosas, aunque me hicieran temblar de miedo. El terror me hacía sudar de tal manera que tenía que cambiarme de ropa varias veces al día y no me atrevía a salir a la calle. A veces me despertaba en mitad de la noche y comprobaba, angustiada, que mis hijos siguieran con vida; les ponía el dedo delante de la nariz para asegurarme de que respiraban.

Mientras miraba las ametralladoras de los soldados serbios, comprendí que un soldado podía decidir cambiar, en cuestión de segundos, la vida de cualquiera de las personas con las que se cruzaba, y que ese tanque podía hacer explotar un edificio hasta los cimientos si al soldado que lo conducía se le metía en la cabeza hacerlo.

La muerte era la ropa de la gente, y toda la ciudad estaba envuelta en sábanas empapadas de ceniza. La muerte escupía mortero y lo bañaba todo de una niebla fantasmagórica. Estaba tan próxima que toda la vida cambió su esencia: ya no se trataba de un viaje único, sino de un pequeño corte, un pinchazo de alfiler en la punta del dedo, una puñalada en un callejón oscuro, sin que nada de ello resultara extraordinario.

Un día de junio de 1993, cuando volvíamos de casa de mis padres, nos dimos cuenta de que habían entrado a robar en nuestra vivienda. La puerta había sido abierta de un golpe. Se habían llevado mis joyas, los muebles estaban rotos y los electrodomésticos habían sido reducidos a pedazos. Dentro de la pantalla de televisión, había una piedra enorme, y el cable había sido cortado con tijeras. Habían arrancado la puerta del frigorífico, cuyos cables también habían sido cortados con tijeras. Las ventanas estaban hechas astillas. El horno no funcionaba, ya que habían sacado el conducto de su sitio. En el cuarto de baño no había agua caliente, pues habían arrancado la caldera y la habían partido en dos. Se habían llevado las fotografías: solo por causar más fastidio se habían llevado hasta las fotos, todas las fotos de nuestra boda y de nuestros hijos.

No quedaba nada, ni siquiera un lugar donde dormir. Bajram observó por un momento el caos, los trozos de cristal y la ropa desgarrada, lo poco que nos quedaba, y dijo:

—Tenemos que irnos de aquí. Si no nos vamos, moriremos.

Entonces, nos enteramos de que los daños causados por el robo no serían compensados de ninguna manera. Según los testigos oculares serbios, nuestra puerta principal estaba abierta y un grupo de jóvenes albanos se había aprovechado de la situación: esta explicación fue suficiente para la policía serbia. Bajram deambulaba nerviosamente por la casa, respirando fuertemente. Parecía pensativo, como si todavía no estuviera completamente seguro de su decisión, y se masajeaba el descuidado cabello.

Nos llevó a mí y a los niños a casa de sus padres. Al día siguiente, cogió las maletas, las lanzó al recibidor y dijo que iba a ver si quedaba algo en nuestra vivienda de Pristina. Llevaba algunos miles de dinares en efectivo, que nos servirían para un nuevo comienzo.

Habíamos oído muchas historias de albanos que se habían mudado a Alemania, a Suiza y a Austria, a los Países Bajos, pero Bajram quería ir más lejos, a un lugar en el que no hubiera ningún serbio. Rodeó tres países en el mapa que había comprado: había rodeado Australia y Estados Unidos, porque sabía que estaban lejos, pero Finlandia la rodeó porque le gustaba el nombre del país y porque había oído hablar de la prosperidad de los países nórdicos.

Cuando comprendió la gran cantidad de formularios y solicitudes que habría implicado la mudanza a Australia o Estados Unidos y lo caro que habría resultado, se aferró a su última opción y se hizo con una caja de libros sobre los países nórdicos.

—Dicen que allí hay buenos colegios y trabajo bien remunerado —empezó—. Viviremos allí un tiempo —declaró Bajram, cerrando el libro de un golpe.

—Muy bien —respondí—. Nos vamos y después volvemos.

—Será lo mejor para todos —dijo, e hizo una breve pausa.

Entonces dijo: «Gracias».

1993
Sobre el cielo de los Balcanes

Bajram nunca había montado en avión. Se metió en la boca cinco chicles, me agarró la mano y apretó, mientras los motores de reacción que tenía justo debajo empezaron a aspirar aire para poder soportar el peso del avión y de sus pasajeros. Le sudaban las manos y lo embargaba un sentimiento desagradable.

También era mi primer viaje en avión, pero yo tenía que ser una esposa para él y una madre para mis hijos, tan asustados como nosotros y a quienes les dolían los oídos. El avión era un tubo largo y estrecho del que nadie podía salir. Cuando el aparato adquirió la velocidad necesaria y se elevó en el aire, cada vez más arriba, Bajram se presionó las manos contra las orejas. Temía que el suelo desapareciera bajo sus pies y que la muerte lo engullera, lo cual duraría una eternidad, porque caer desde tan alto llevaría varias horas.

Bajram se giró hacia mí para mirar por la ventana. Sus ojos parecían más grandes que antes y me agarraba con tal fuera que me resultaba casi insoportable. Finalmente, cerró los ojos y empezó a rezar.

—Si el hombre hubiera sido creado para volar así, tendríamos alas —dijo.

Un mes antes, habíamos viajado en autobús a Sofía, Bulgaria, donde tuvimos que pasar varias semanas. La ciudad era sofocante y enorme, con una cantidad interminable de gente que desaparecía dentro de los coloridos edificios como si fuera un hormiguero. Nos alojamos en un hotel barato y los niños y yo no íbamos más allá del patio del hotel ni más lejos que a la tienda de la esquina, ya que pasábamos los días esperando a que Bajram pusiera en orden nuestros asuntos.

Cuando Bajram intentó comprar billetes de avión para ir a Helsinki, los trabajadores de las agencias de viajes no accedieron a vendérselos. Cuando Bajram les dijo que íbamos a Finlandia a

visitar a unos familiares, no lo creyeron, sino que le pidieron los nombres y direcciones de dichos familiares. Tampoco lo creyeron cuando dijo que había encontrado trabajo en Finlandia, ni cuando dijo que era diplomático, y tampoco quedaron muy impresionados cuando Bajram intentó sobornarlos. Sabían que éramos albanos. Toda la ciudad estaba llena de gente como nosotros, y todos querían volar a alguna parte desde Sofía.

Cuando se nos empezó a acabar el dinero, le pedí a Bajram que fuera sincero.

—Por favor, diles la verdad. Diles que tienes cinco niños agotados y una mujer agotada, y di que tienes miedo de no salir de esta con vida. Diles que eres una persona igual que ellos, que eres padre y esposo, y que tienes los mismos sentimientos hacia tu familia que ellos tienen hacia la suya.

Al día siguiente, Bajram llegó corriendo al hotel. Cuando entró en nuestra habitación, resoplaba pesadamente y echaba miradas paranoicas detrás de él. Entonces, cerró la puerta, se sacó siete billetes de avión del bolsillo del pecho de su abrigo, me los puso en la mano y me besó la frente.

—Eres un genio —dijo, acariciándome el pelo con una sonrisa.

Cuando volvió a marcharse, me senté y sonreí más ampliamente que nunca; no sabía si sonreía porque pronto nos iríamos o porque Bajram me había llamado genio.

La gente a nuestro alrededor parecía adinerada e importante y todos hablaban lenguas extranjeras. No me atrevía a levantarme del asiento, ni siquiera para ir al baño. Por su parte, Bajram no oyó ni vio nada hasta la mitad del viaje, cuando el avión empezó a sacudirse violentamente de un lado a otro y a bambolearse como un barco inestable. Parecía que estábamos en un tren que había descarrilado. Por los altavoces se empezó a oír un discurso que no entendíamos y en los compartimentos negros que había en los armarios del techo se encendió una luz amarilla. Bajram estaba seguro de que íbamos a morir, aunque los demás pasajeros no parecían asustados. Bajram abrió los ojos, giró su mirada de pánico hacia mí y me puso también la otra mano sobre el muslo.

Nuestra hija mayor se levantó en la fila de asientos de delante. Miró primero a su padre y, luego, a mí. Bajram se había puesto la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa?, —preguntó con voz temblorosa.

—No lo sé. Siéntate —ordené.

Ella obedeció. Se sentó al lado de su hermano y le cogió la mano. Diez minutos después, el avión dejó de temblar. La luz amarilla se apagó y la gente siguió impávida: hojeaban sus revistas mientras daban sorbos a las bebidas que les habían traído las azafatas.

—No les hables así —ordenó Bajram.

Había abierto los ojos y se aferraba con los dedos al reposabrazos.

Cuando llegamos, nos llevaron a un centro de acogida, un lugar que parecía un hospital de personas perdidas. He olvidado casi todo sobre ese viaje, aunque podría pensarse que nadie podría olvidar un viaje así: la sorpresa sobre lo diferentes que parecían las luces y los edificios, la forma diferente que tenía la gente de caminar por la calle y cómo iban vestidos, a qué olía el aire. Lo terrible que era darse cuenta de que todos los edificios eran bajos y no altos y que tenían aspecto barato. Y que había tanto bosque y tanta agua.

Pronto estuvimos sentados en el pasillo desierto del cuarto piso de un gran edificio de paredes grises. Esperábamos a Bajram. Su voz llegaba desde la habitación situada en el otro extremo. El empleado del centro de acogida hablaba inglés, pero Bajram solo conocía algunas palabras en ese idioma. Yo había supuesto que esperaríamos a la llegada del intérprete, o eso habíamos entendido que decía el oficial que nos había llevado hasta allí, pero Bajram gesticulaba impacientemente con las manos y levantaba la voz a la trabajadora rubia, que parecía estar repitiéndole las mismas palabras a Bajram una y otra vez.

El finés sonaba como una lengua descolorida y sin emoción. Las palabras parecían romperse como huesos frágiles en mal estado.

Nos quedamos en el centro de acogida. Habíamos imaginado que recibiríamos nuestra propia vivienda, con su cocina y su cuarto de baño. En uno de los extremos de nuestra habitación había tres literas en fila pintadas de rojo; en el otro extremo, armarios para la ropa. Las camas eran metálicas y estaban mal construidas, y sonaban de forma estridente cada vez que te movías. Bajram y yo estábamos a punto de enloquecer. Finalmente, decidimos quitar los

colchones de todas las camas y los colocamos sobre el frío suelo para poder dormir en paz.

Bajram me había dicho que en Finlandia la gente vivía en grandes casas unifamiliares, en las que había piscinas, suelos laminados y cocinas grandes, que las casas estaban a una distancia de al menos cincuenta metros unas de otras y que en Finlandia las personas respetaban la privacidad ajena cuando hacían esto, no como en Kosovo, donde los edificios se construían en fila, cada uno más alto que el anterior. «Imagínate, *grua*, es un mundo totalmente opuesto».

Una mañana, levanté los pies del frío suelo de cemento y los puse sobre el sillón, miré por la ventana la ciudad lluviosa y pensé que había sido muy desvergonzado al mentirme de esa manera.

Estaba furiosa. No pude pensar en otra cosa durante muchas noches, muchas semanas, muchos meses y, cada vez que lo veía, cada vez que hablaba, cuando lo olía y cuando se encendía un cigarro, cuando roncaba o hacía rechinar los dientes, cada vez lo odiaba más, cada vez me odiaba más a mí misma. Quería matarlo.

No se veían por ninguna parte esas casas finlandesas con sus piscinas, sus pisos superiores reformados y sus habitaciones luminosas. Todo lo que habíamos tenido, todas nuestras posesiones, las habíamos cambiado por esto, estos suelos de plástico y estas camas viejas.

En el mismo piso vivíamos ocho familias; había ocho apartamentos y una cocina común. En los cuartos de baño había tazas de váter elevadas con manchas de aspecto dudoso. Una de las cosas que más me chocó es que los finlandeses no se lavaban los bajos después de hacer sus necesidades, sino que recurrían a un trozo de papel. ¡Papel! Por eso en los cuartos de baño no había jarras ni botellas de plástico llenas de agua. Era lo más asqueroso que había visto nunca. ¿Cómo podían caminar después de haber hecho sus necesidades?

En el apartamento de enfrente vivía una familia somalí de ocho personas; armaban jaleo día y noche y su idioma era muy extraño. Cuando mis hijos jugaban con sus hijos de piel oscura, sentía como si algo estuviera mal, como si algo se hubiera puesto patas arriba. Nos habíamos convertido en ese tipo de personas: nos hacíamos amigos de los oprimidos, los que no gustaban a nadie. Éramos

marginados como gitanos, otros que habían llegado desde muy lejos a un país en el que la gente era tan blanca que bien podrían estar hechos de nieve. Yo consideraba que nosotros éramos blancos, pero, a sus ojos, no somos blancos de la misma manera.

Pasaba la mayor parte del tiempo sentada en nuestro apartamento, pensando. Sentía que los finlandeses nos miraban como si fuéramos animales atrapados en una jaula. Me avergonzaba incluso salir a pasear, porque sabía que me reconocían solo por la manera en la que me movía. Me avergonzaba viajar en transporte público, sentarme en un parque, mirar a la gente a los ojos e ir a tiendas que no fueran de comida.

Habría podido morir de vergüenza aquella vez en la que compré en la tienda cinco panes franceses de oferta y cinco latas de tomate triturado y no puse el separador en la cinta para el siguiente cliente, ya que la cajera empezó a hablarme en finés con un tono iracundo mientras levantaba el separador en el aire para mostrarme cómo tenía que ponerlo detrás de mi compra, porque ahora había intentado cobrarme también por la compra del siguiente cliente. No entendí una sola palabra. Le entregué un billete a la mujer, salí de allí sin esperar el cambio y nunca volví a esa tienda.

Me maravillaba el orden de los finlandeses. Pensar que en las tiendas de comida se separaba la compra de cada persona, que incluso tenían su propio canal para mantener una fila ordenada. En Kosovo no había separadores. Pensé que sería lo primero de lo que hablaría cuando volviera.

Pero cuando volví a nuestro apartamento y me di cuenta de cómo me saludaban los trabajadores del centro de acogida y la lástima con la que me sonreían, quise darles un puñetazo en la cara; cuando nos hablaban como si fuéramos niños, diciéndonos que la comida no se comía con los dedos, quería darles un sartenazo en la coronilla.

Puede que comiéramos con los dedos, pero no encontrabas a nuestros hombres tirados en los bancos del parque o en las paradas de autobús por la mañana. Los finlandeses bebían tanto alcohol que no recordaban lo que habían hecho ni dónde habían estado. Cuando oí que muchos lo perdían todo —la familia, la salud y el trabajo— debido al alcohol, primero sacudí la cabeza y luego reí a carcajadas, ya que nunca había oído nada tan absurdo.

—Nunca había visto gente como esta —dijo Bajram—. Se quedan mirando, como árboles o estatuas —rio sarcástico—. Ya lo verás.

Tampoco aceptaba comprender cuando intenté explicarle que seguramente miraban porque no nos querían aquí, en su país.

—Mira a tu alrededor, tonta —respondió Bajram, estirando ambos brazos—. Tienen más de lo necesario. ¿Por qué no nos iban a querer aquí? ¿Qué podrían necesitar que no tengan ya?

1994
El pueblo

Después de pasar casi un año en el centro de acogida, nos instalamos en una pequeña ciudad finlandesa que se quedaba completamente en silencio a las ocho de la tarde. Los demás inmigrantes fueron emplazados en el mismo distrito.

Los inmigrantes pasaban tiempo en compañía unos de otros y no les importaba que en los bloques de pisos hubiera toque de queda a partir de las diez de la noche, ni que la sauna de la comunidad solo pudiera usarse durante el turno propio, ni que no estuviera permitido dejar la colada durante la noche en la habitación de secado, o que en el aparcamiento no pudiera elegirse cualquier plaza que estuviera vacía. Les parecían detalles estúpidos y, cuando se dieron cuenta de lo mucho que su comportamiento irritaba a los finlandeses, se echaron a reír.

Los demás inmigrantes de la zona empezaron a trabajar en fábricas locales, pero Bajram no quiso aceptar semejante ocupación. No lo consideraba adecuado, ya que poseía un título universitario y había tenido buenos puestos de trabajo.

—Aquí nadie con formación universitaria aceptaría jamás semejante puesto —dijo.

Bajram aprendió finés mejor que yo, mejor que ningún otro inmigrante, e hizo amigos finlandeses a los que les contaba todo sobre su mundo y su cultura y a los que, incluso, invitó una vez a venir a nuestra casa.

Nos presentó a los niños y a mí ante esos hombres de mediana edad como si fuéramos pertenencias. Ellos sonreían sentados a la mesa y echaban miradas a su alrededor.

—Este es un buen chico, y esta chica sabe cocinar bien —explicó Bajram.

Les hice la cena: pimientos rellenos de carne picada y *mazë*; horneé para ellos pan y les ofrecí té, y ellos comieron y se golpearon el estómago de un modo que hasta yo pude comprender.

Pero Bajram no había quedado satisfecho. Agarró el plato vacío y lo dirigió hacia mí sin decir nada. Yo acababa de meterme comida en la boca y tenía los dedos cubiertos de *mazë*, en el que había pringado trozos de pan. Bajram lo vio.

Agarré su plato, alarmada, intentando tragar y limpiarme los dedos disimuladamente bajo la mesa y su plato, pero era demasiada comida y mis dedos brillaban a pesar de mis intentos.

Coloqué dos pimientos en el plato de Bajram, aunque el plato de los pimientos estaba más cerca de él que de mí, y se lo puse delante. Intenté seguir comiendo, pero me di cuenta enseguida de que no se movía. Esperé que lo dejara pasar. Cuando levanté la mirada, bufó como un bisonte, puso el dedo índice en el borde del plato y golpeteó la superficie con la uña. «No hagas eso», rogué mentalmente.

Su impávida mirada me resultaba tan fulminante que me levanté, cogí un trapo limpio de la caja y extendí la mano hacia el otro lado de la mesa para limpiar la pequeña mancha de *mazë*, casi imperceptible, del borde del plato; después de eso, finalmente, Bajram empezó a comer.

Los hombres a su alrededor me miraron con lástima. Le lancé una mirada a Bajram —que estaba concentrado engullendo el *mazë* — para asegurarme de que podía girarme a mirarlos del modo en el que me habría gustado mirarlo a él. Los cuatro bajaron la mirada, agarraron sus cubiertos y empezaron a tragar cucharadas de cremoso *mazë* como si fuera sopa.

Bajram pasaba todas las tardes y fines de semana con ellos. Visitaban lugares conocidos, viajaban en coche por toda Finlandia y participaban en eventos deportivos y musicales.

Bajram se perdió los cumpleaños y los primeros días de colegio de sus hijos, así como el momento en el que aprendieron a montar en bicicleta. Había pensado que, ahora que no tenía nada más que hacer, que sus hijos lo necesitarían más que nunca, empezaría a interesarse por ese tipo de cosas; pero cuando Bajram conoció a otros albanos que se habían mudado a Finlandia, con los cuales podía, finalmente, hablar albano, empezamos a verlo cada vez menos.

Siempre que se iba, dejaba dinero sobre la mesa de la cocina. Aprendí rápidamente a determinar cuándo volvería en función de la

cantidad que había dejado. Él calculaba que cien marcos serían suficientes para una semana. Me sentía aliviada siempre que Bajram se iba. Cogía el dinero de la mesa y empezaba a hacer mentalmente los cálculos para los siguientes días. Cada vez que lo hacía, retiraba una pequeña cantidad.

Nuestros hijos mayores empezaron a ir al colegio. Cuando descubrimos que, en Finlandia, los niños tienen derecho a la educación preescolar, incluso antes de llegar a la edad escolar, me sentí tan contenta que no podía creerlo. Tenía miedo de que enviaran a los niños de vuelta a casa y dijeran que no había motivos para que mis hijos fueran a la guardería.

Como las mujeres finlandesas trabajaban, no tenían tiempo para estar con sus hijos, así que se los daban a otros para que los cuidaran. Cuando oí que los niños se iban de casa a la temprana edad de dieciocho años, me quedé horrorizada. ¿Qué tipo de persona eres a los dieciocho años? ¿Qué sabía una persona de dieciocho años sobre la vida? Absolutamente nada.

Siempre enviaba a mis hijos al colegio y a la guardería temprano y los recogía bastante tarde. Pasaba todo el tiempo posible durmiendo. Nunca era suficiente, ya que pasar el tiempo se convirtió en una adicción. Pasar el tiempo hasta que mi marido regresara a casa y volviera a marcharse.

11

Cuando llegué a Pristina, después de una ausencia de ocho años, las imágenes de la ciudad que habían permanecido en mi mente habían cambiado por completo. El polvo caía del cielo como una lluvia lenta y salía de las alcantarillas como una neblina que se mezclaba con la gasolina y el sudor que flotaban en el aire.

Una larga fila de taxis esperaba ante la puerta de la terminal a los kosovares que se habían mudado al extranjero y que volaban a su país de origen en verano.

El taxista sujetaba un cigarro, casi consumido hasta el filtro, entre sus gruesos dedos morenos castigados por el sol, y ni siquiera se inmutó cuando respondí a sus intentos de iniciar una conversación ordenándole que siguiera conduciendo. Miraba a su alrededor y se secaba regularmente el sudor de la frente con la manga amarilleada de su camisa.

Me giré a mirar por la ventana el paisaje cuando los escaparates, tiendas y cafeterías del aeropuerto se convirtieron en una atractiva imagen de árboles y pequeñas montañas que parecían sombreros puestos en fila. Un persistente calor intenso hacía vibrar el paisaje: era como una sábana ondeante.

Cuanto más nos acercábamos al centro de la ciudad, más se llenaban las calles de grandes carteles publicitarios naranjas, amarillos, verdes, rojos y azules, todos gritando para llamar la atención. Las calles estaban llenas, el calor era incesante y el olor a sudor llenaba cada rincón; por todas partes había edificios de ladrillo naranja, casi todos inacabados, con simples agujeros negros en lugar de puertas y ventanas. Solo algunas calles tenían acera. Había basura por todas partes, entre los edificios y en los bordes de las calles; las entradas de las tiendas rebosaban de objetos que los tenderos intentaban vender desesperadamente: fruta, electrodomésticos y juguetes, entre los cuales trataban de abrirse paso los coches.

Llegué a mi habitación de hotel y dejé mi equipaje sobre la

mesa. El Hotel Grand estaba situado en la esquina del bulevar Bill Klinton de Pristina, en el extremo norte de una calle llamada Xhorxh Bush, ligeramente hacia el sur de la estatua de Skanderbeg. La calle peatonal Sheshi estaba llena de gente, tiendas de ropa, cafeterías en donde sonaba música tan alta que la gente la tapaba hablando a un volumen aún más elevado.

Caminé sin rumbo por las calles, con las manos en los bolsillos, hasta que me senté en una cafetería en cuya terraza se hablaba de literatura y política, de educación e igualdad. Había esperado ver a gente lamiéndose las heridas y encerrándose en casa con sus miedos, pero, rápidamente, comprendí cómo se habían quedado atrás aquellos que se habían ido de Kosovo, *shqipëtarët e diasporës*. Las actitudes y valores de la gente se habían quedado en la época en la que nos fuimos del país, y a ellos se aferraban en pequeñas comunidades familiares, en estrechos bloques de pisos europeos en áreas con mala reputación, en las que el país de origen solo estaba presente por medio de la televisión y la radio.

Un guapo camarero me trajo un café *macchiato* de cincuenta céntimos, y yo guardé silencio para escuchar a los demás. En ese momento, me di cuenta de que no sabía hablar con propiedad, que mi albano era entrecortado, lento, inseguro. No conocía todas las palabras, ya que la lengua también había cambiado. A pesar de eso, todos los olores y sabores, el suave aroma del café, el espeso y acartonado humo del tabaco y el vapor que se extendía de los puestos que vendían mazorcas de maíz, todos me resultaban conocidos.

Tenía miedo de que alguien se acercara a hablar conmigo, porque entonces sería descubierto. Sabía lo vergonzoso que resultaba ser un albano que ha olvidado su lengua materna. Hice girar la taza entre los dedos, removí con un palo de plástico rojo la espuma de dos colores hasta formar una mezcla de un solo color y pedí cafés de diferente tipo que me limité a probar y postres que ni siquiera toqué.

Me sentía culpable por mi cansancio y por el hecho de pensar cosas erróneas, de que volver a esta ciudad después de tantos años no me pareciera nada especial. Tenía que pensar que había vuelto a casa, que había vuelto a casa a morir. Tendría que hacer planes, escribir en una lista *Muzeu i Kosovës, Muzeu Etnologjik, Varrezat*

e Dëshmorëve y *Galeria e Arteve*, asistir a exposiciones de fotografía en las que se mostraran imágenes de fosas comunes, ir a cementerios y hablar con la gente que había sobrevivido y contaba la historia de su vida para la posteridad.

Quizá habría tenido que pensar en todas aquellas personas fallecidas, en las que habían matado a otros o en las que habían muerto. El cansancio no era nada en comparación con tener que vivir durante meses en un bosque invernal, con que los dedos de los pies y las manos se congelaran hasta desprenderse. Con el hecho de que los niños nacían muertos y eran enterrados en la nieve fría.

Oí el afligido maullido del gato por primera vez cuando volvía de la cafetería al hotel. El maullido venía del servicio de lavado de coches que había al otro lado del hotel. Por supuesto, tuve que entrar y preguntarle al propietario de dónde salía ese sonido. Después de recuperarse del momento de desconcierto causado por una persona desconocida que iniciaba una conversación preguntando por un gato, me explicó que, detrás del edificio, hacía un par de días había aparecido un gato que no había forma de que dejara de maullar.

El hombre se limpió las manos en la camiseta sucia sin mangas y en los vaqueros azules llenos de manchas y preguntó, a través del silbido de la limpiadora a presión, por qué quería saberlo; al fin y al cabo, era simplemente un gato, *vetëm një macë*. En mi estado de agitación, no oí su pregunta, sino que pregunté de qué tipo de gato se trataba. Y él dijo que nunca había ido detrás del edificio a ver qué tipo de gato era, puesto que solo era un gato.

Me dieron ganas de decirle que cerrara la boca, gordo estúpido, pero, antes de que me diera tiempo a hacerlo, ya me había escurrido ágilmente detrás del edificio como una ardilla. Se trataba de un edificio viejo de tres pisos, al estilo tradicional. Los propietarios del servicio de lavado de coches vivían en la parte superior del negocio, en una de las calles más transitadas de Pristina.

Cuando llegué al patio trasero, vi una escalera de madera apoyada contra la pared y una tapia alta construida a un metro del edificio que separaba las dos parcelas. La tapia se erguía de forma tan perezosa que parecía que iba a derrumbarse sobre el edificio en

cualquier momento.

Detrás del edificio, había un gran desorden de botellas de plástico, restos de comida y trozos de papel. Encima de toda esta basura, un gatito naranja y blanco buscaba algo de comer.

El gato tenía patas delgadas y un cuerpo delicado, y su pelaje naranja tenía manchas blancas irregulares. Parecía estar en muy mal estado, como si hubiera recibido un baño de barro y después hubiera pasado por la centrifugadora.

Cuando di un paso hacia el gato, él dejó de escarbar con las patas en busca de comida y se giró para mirarme acusadoramente a los ojos, como si mi paso hubiera puesto su vida en peligro.

Mientras yo daba el segundo paso, el gato se preparó para retroceder. Levantó las posaderas, puso las patas en tensión y sacó las uñas.

Entonces, empecé a arrullarlo. Me agaché para quedar a su altura y estiré hacia él la mano cerrada en un puño. El gato miró, primero con curiosidad y, al cabo de un momento, dio un paso hacia el puño, hacia esa persona que le sonreía y le hablaba: era algo que, seguramente, nunca antes había visto.

Pasó casi una hora antes de que empezara a confiar en mí. De vez en cuando, daba pasos cautelosos en mi dirección y, a medio camino, si oía una sola respiración irregular, volvía de un salto al montón de basura.

Dejé que me mirase y me olfatease con total tranquilidad, y solo lo toqué después de que él me tocara a mí. Acaricié su pequeña coronilla y su cola, su estómago y su espalda; pronto, el gato saltó a mi regazo.

Decidí llevármelo a la habitación de hotel. Pensé que no tenía casa. Era una lástima que nadie se hubiera preocupado antes por un gato tan bonito. Bajo ningún concepto podía dejarlo a merced de gente para la que una criatura tan adorable era «solo un gato».

Con el gato en mis brazos, regresé caminando a la parte delantera del edificio y me giré rápidamente para mirar si alguien nos había visto. Estuve a punto de chocar con la gran barriga del propietario del servicio de lavado de coches, quien empezó a vociferar que qué demonios me creía que estaba haciendo con un gato callejero.

—¡*Macë e rrugës*! —repitió el hombre, sacudió la cabeza, y echó

a reír—. ¡*O budallë*!

Un cigarro baboseado le colgaba de la comisura de la boca. Le dirigí una mirada asesina y escondí al gato bajo mi camisa. Pensé que, si los demás mostraban el mismo desprecio hacia el gato que él, sería mejor esconderlo.

Cuando llegué a la habitación del hotel, puse al gato en la bañera y me quité la camisa, que había empezado a desprender un olor agrio. Tenía manchas húmedas, grasa del pelo del gato.

Para mi sorpresa, resultó ser uno de los gatos más buenos con los que me había encontrado. Era un verdadero encanto. Cuando lo deposité en la bañera, el gato me miró con sus brillantes ojos claros y no pareció darle importancia al agua que corría por su cuerpo. En su lugar, empezó a menear el trasero. Lo habría entendido perfectamente si se hubiera comportado de otra manera: si me hubiera arañado o mordido, habría interpretado su comportamiento como una reacción lógica al hecho de que le habían tirado piedras, le habían dado patadas, lo habían perseguido o vapuleado simplemente por ser un gato.

Como tenía el pelo tan enmarañado, lo mimé con champú con olor a frutas.

—Serás un gato limpio, limpio y feliz, y podrás comer todo lo que quieras —dije mientras hundía los dedos en su áspera pelambrera.

Mientras le ahuecaba el pelo, empezaron a aparecer los arañazos y moratones, las heridas y cicatrices, una tras otra. Por supuesto, el gato había tenido malas experiencias, había peleado con otros gatos y llevaba tanto tiempo pasando hambre que su tamaño se había reducido a la mitad. Qué desalmado y repugnante, aunque también agobiante, resultaba el hecho de que el propio gato no hubiera hecho ningún aspaviento por sus magulladuras, sino que se limitó a agachar la cabeza, cerró los ojos y se retrajo hacia el borde de la bañera, como si se avergonzase de ellas.

Sequé al gato cuidadosamente y volví a cogerlo en mis brazos. Le dije que, a partir de entonces, su vida sería diferente. Tendría una buena vida y yo cuidaría de él.

—Ya nunca tendrás que vivir en la calle ni sufrir, te lo prometo.

Entonces, pedí comida para el gato al servicio de habitaciones y comió con gran apetito. Ensalada, tomate, pepino, patatas fritas y

carne de ternera, salsa cremosa y pan de ajo recién hecho: todo lo que había cogido de la bandeja del carrito de la comida y le había servido en el plato.

—Bueno —dije.

Sonreí. Lo miré y observé desde el otro lado de la mesa para ver si me devolvía la sonrisa, pero él seguía comiendo. Comía con voracidad. Cuando terminó la comida, lamió el plato hasta dejarlo limpio y maulló pidiendo más.

—No puedes comer todo de una vez —lo reprendí paternalmente.

Me levanté y me tumbé en la cama. El gato saltó de la mesa, corrió al otro lado de la habitación y se plantó de un salto sobre la cama. Se colocó en mi estómago y caminó un poco por encima de mí, hasta que encontró una postura tan cómoda que empezó a resoplar a mi lado con satisfacción, relajado, como si estuviera de vacaciones.

Cuando los dos estábamos a punto de caer dormidos y el gato se estiró completamente y se apoyó contra mi costado, le puse la mano en la cabeza casi por costumbre. El gato se sacudió como si se hubiera sobresaltado en sueños, y yo empecé a acariciarlo: primero la cabeza y el cuello; después, las suaves patas delanteras de uñas largas y los muslos, la tripa y la espalda; finalmente, la cola y las patas traseras. Él ronroneó a mi lado de tal forma que supe que estaba rebosante de felicidad.

1994
Las serpientes

Una noche, Bekim, mi hijo menor, empezó a tener pesadillas interminables. Vino gritando a mi habitación y agarraba un rodillo de amasar con tal fuerza que los dedos se le habían vuelto blancos. En sus mejillas había aparecido un brillo rojo como la sangre. Lo agarré por los hombros y le pregunté qué le pasaba.

Empezó a hablarme de sus pesadillas, de una serpiente que colgaba de la bombilla del techo de su habitación y que era tan larga y tan fuerte que solo necesitó enrollarse una vez alrededor de la lámpara y dejar caer el resto del cuerpo para atraparlo.

—Shh —le dije—. No existe tal cosa —le aseguré, y lo envié de vuelta a su habitación, aunque tenía las manos entre las piernas, que estaban agarrotadas.

Pero volvió a gritar, y esta vez como si fuera a morir. Corrí a su lado y encendí la luz, lo cogí entre mis brazos y le dije que no había tal serpiente en toda la habitación, ni en la cama, ni bajo la colcha. Él dijo que la serpiente se escondía cuando oía pasos.

Yo no lo entendía. Los sueños de los que hablaba eran aterradores. En ellos había serpientes de cascabel con capuchas que les cubrían la cabeza, enormes serpientes constrictoras que destrozaban grandes edificios y pequeñas serpientes negras con ojos rojos que sabían hablar y amenazar. Todas se entrelazaban unas con otras de forma tan firme que sus pieles chirriaban como goma mojada. «Abre la boca y te mato. Abre la boca, si te atreves». Ese era el tipo de cosas que le decían.

—Shh —volví a decir, con un escalofrío.

Pasé casi toda la noche sentada a su lado. Durmió tranquilamente contra la pared, con las piernas cruzadas y sin dejar de sobresaltarse con sus pesadillas. Mientras dormía, pasaba una mano por la pared, palpando su superficie rugosa, mientras que, con la otra mano, se presionaba la cara.

Un par de noches después, intenté que durmiera, pero él no

hacía más que gritar. Apretaba los dientes y no paraba de patalear. Era como si hubiera algo delante de él.

—¿Qué te pasa?, —le grité.

Finalmente, sus gritos me sacaron tanto de mis casillas que lo golpeé. Lo golpeé para que me respondiera. O, al menos, para que se callara, para que los demás, sus hermanos y yo, pudiéramos dormir. Pero eso tampoco hizo que parase; ni siquiera sintió nada.

La puerta se abrió y se cerró. Bajram fue del pasillo al dormitorio, se sentó sobre la cama, se quitó los zapatos, los calcetines y el resto de la ropa, los lanzó a una esquina de la habitación, se tumbó y bufó de cansancio.

—¿Está enfermo?, —preguntó Bajram.

Le dije que el niño tenía pesadillas. Pesadillas violentas sobre serpientes.

—Ya se le pasará —declaró desdeñosamente.

—¿Y si no se le pasa?

La desesperación de mi voz hizo que se levantara de la posición que acababa de adoptar para dormir.

—Cállate la boca; claro que se le pasará.

Bajram fue al lado del niño y le puso la mano en la frente roja y sudorosa.

—Shh —lo consoló Bajram, pero el llanto no terminaba—. No existen esas serpientes —continuó—. Si vienen, las mataré. Las mataré a todas con mis propias manos. Las despedazaré.

Quería prohibirle que continuara. La confianza que reflejaba su voz me hizo desear que no tocara al niño. Quería golpearlo con una silla en la cabeza, gritarle al oído que no se podía consolar a un niño pequeño de aquella manera, que se trataba de pesadillas y no de un helado que se había caído al suelo.

—Shhh, shhh, tranquilo —continuó, como si hubiera encontrado una solución.

El niño chillaba y pataleaba. Tenía la cara tensa y, por un momento, pareció como si hubiera dejado de respirar por completo. Lo sacudí, pero solo conseguí que sus episodios de llanto se volvieran más irregulares.

Bajram se levantó airadamente y se dirigió al otro lado de la cama, se arrodilló delante del niño y lo agarró del brazo con fuerza.

—¿Qué es lo que quieres?, —gritó Bajram mientras lo sacudía.

Lo sacudía cada vez más fuerte, apretando cada vez más. Empecé a sentir lástima por él. Bajram gritaba al niño y yo gritaba a Bajram, y nuestro egoísmo nos impedía comprender por qué estábamos armando tal escándalo por una pesadilla. ¿Por qué no podía, simplemente, dormirse de nuevo, una vez había entendido que el sueño no era real?

Bajram lo agarró con más fuerza y le puso las manos bajo los brazos. Tiró de él con tanta fuerza y durante tanto tiempo que, finalmente, el niño dejó de llorar, porque estaba a punto de perder el conocimiento.

—No vuelvas a hacer eso —le ordené cuando volvimos a nuestro dormitorio.

—¿Acaso decides tú cómo tengo que educar a mis hijos?, —gritó, y me golpeó en el pecho con tanto ímpetu que pareció que alguien hubiera lanzado una bola de bolos en la habitación. Y continuó—: Una vez más. Hazlo una vez más, y será lo último que hagas.

Mientras estaba tumbada al lado de Bajram y oía sus pesados ronquidos, sentí el sudor burbujeando en mi frente, los cabellos pegados a la nuca, mi fría y débil respiración. ¿Cómo podía dormirse tan rápidamente en un momento como este?

Llevamos al niño al médico. Durante las sesiones de terapia, Bajram se quedaba sentado en la cafetería del hospital. Le daba vergüenza hablar de estas cosas ante la presencia de un intérprete desconocido. Bajram no soportaba que alguno de sus compatriotas lo viera en una situación que no era capaz de resolver por sí mismo.

El hospital olía a metal y a etanol. El niño conversaba con dos psicólogos en una habitación completamente iluminada y casi sin amueblar. Al principio de la terapia, hablaron de animales, en general. La mujer creó dos listas: en la primera, escribió los animales que le gustaban al niño, y en la segunda, los que no le gustaban.

Más tarde, la psicóloga me enseñó las dos listas. En la primera estaban el perro, el pájaro, el pez, el delfín y el mono; en la segunda, el tiburón, el cocodrilo, el león, el tigre y el gato. La mujer dijo que a los niños les gustaban los animales relacionados con recuerdos positivos y seguros.

—Y evitan a los animales relacionados con imágenes negativas

—enfatizó—. Aquellos animales que consideran amenazantes y peligrosos.

Puso el dedo encima de la otra lista.

—¿Sabríais decirme por qué ha situado al gato en la segunda lista y no en la primera?

No respondí, ya que no entendía el objetivo de la pregunta. No habíamos venido aquí a hablar de gatos, sino de las pesadillas del niño. La siguiente vez, le plantearon la misma pregunta al niño.

—No lo sé —respondió él.

Le dije a la mujer que a mí tampoco me gustan los gatos. Soy como mi hijo: me parecen animales imprevisibles y silenciosos. Dije que no comprendía por qué los finlandeses se los llevaban a sus casas, ya que, en Kosovo, los gatos eran animales sucios. Pregunté por qué se planteaban tantas preguntas sobre gatos y ninguna sobre serpientes.

La semana siguiente, la mujer me enseñó una imagen de un árbol en el que había dos ramas gruesas: una representaba nuestra incursión en la mente del niño, y la otra, nuestra salida después de haber llegado al núcleo del asunto. La idea de la terapia era sacar a las serpientes, poco a poco. Durante este proceso, nuestro lastre, la serpiente, quedaría por el camino.

La mujer no le mencionó la serpiente al chico hasta un par de meses después de haber empezado la terapia, aunque sus síntomas no se habían mitigado. Tuvimos que oír sus gritos durante muchas noches, y todos nos compadecíamos de él de tal forma que le dedicábamos todo nuestro tiempo libre. Le comprábamos lo que quería, mirábamos todos sus programas preferidos y, en las noches tranquilas, rezábamos para que pudiera deshacerse, por fin, de sus pesadillas.

Dibujaban animales de la segunda lista, hablaban sobre ellos y sobre su papel en la naturaleza, miraban fotografías de esos animales y, más tarde, también vídeos. La mujer le contaba cosas normales sobre los animales: cómo se comportaban en la naturaleza, qué comían y dónde y cómo pasaban el invierno.

Cada vez que hablaban de un nuevo animal, la mujer preguntaba al niño si las imágenes le resultaban amenazantes o si podría hacer algo tan valiente como acariciar al animal de la foto, si tuviera la oportunidad. Poco a poco, los animales dejaron de

resultarle amenazantes y, solo entonces, la mujer empezó a hablarle de las serpientes.

Según la mujer, cualquier cosa podía provocar ese tipo de pesadillas. «La mente humana es frágil como el papel y puede quebrarse en cualquier momento». El detonante puede ser una película de miedo o una historia de terror, un fenómeno o un acontecimiento que perturba la mente de una persona.

Estaba segura de que no se trataba de un miedo específico a las serpientes, sino de las cosas con las que el niño asociaba a la serpiente y las imágenes o recuerdos que eso le causaba.

Finalmente, le propuse a Bajram que podíamos mudarnos a algún otro lugar, pues aún no nos habíamos instalado en Finlandia por completo.

—Le vendría bien algo de luz; aquí hay una oscuridad constante —dije.

Pero, entonces, Bajram encontró trabajo en Finlandia.

Bajram empezó a enseñar lenguas balcánicas en diferentes municipios, que a principios de los años noventa se habían empezado a llenar de inmigrantes de diferentes partes del mundo, especialmente de Yugoslavia.

Aunque se marchaba temprano por la mañana y no volvía a casa hasta por la noche, daba la impresión de que estuviera siempre presente. No podíamos tener nuestro espacio, pues él había reservado el baño. O estaba en el cuarto de estar viendo la televisión, o roncando en la cama, o quería comer.

Los niños empezaron a crecer y a exigir cosas diferentes: nos pedían objetos, ropa, juguetes, maquillaje, compresas y más espacio, ya que en su habitación solo cabía su cama. En los armarios no había espacio suficiente para sus cosas.

Le dije a Bajram que un piso tan pequeño no había sido diseñado para una familia tan grande, y cuando él dijo que no nos podíamos permitir otra cosa, le propuse que nosotros podíamos dormir en el cuarto de estar y dejar que las chicas y los chicos tuvieran sus propios dormitorios. Como respuesta, gruñó y dijo que, cuando yo fuera la que pagara por todo aquello, podría tomar las decisiones.

Se levantó de la cama y fue a la habitación de los niños.

—¿Quiénes os creéis que sois?, —preguntó Bajram, y le dio una

patada con el borde del talón a nuestra hija, que estaba sentada en el suelo, cosa que la hizo gatear hacia el otro lado de la habitación.

Nunca olvidaré la expresión de mi hija en ese momento: bajó el labio inferior hacia la barbilla, se rascó el costado y giró la mirada hacia la televisión, como si quisiera ocultar su terror.

—Yo no os he criado de esta manera. ¿Acaso sois capaces de permitir que vuestra madre y yo durmamos en el cuarto de estar?

Observé cómo los niños empezaron, gradualmente, a evitarlo. Pronto, yo era la única que sabía cuándo se les rompían los zapatos o cuándo necesitaban un nuevo cepillo de dientes. Una vez le pregunté a mi hija por qué no le preguntaba a su padre si podía comprarle unas manoplas nuevas para sustituir a las que había perdido; mi hija pareció desconcertada. Inclinó la cabeza, frunció el ceño y dijo que prefería quedarse sin manoplas antes que pedirle nada a su padre.

Me juré a mí misma que, cuando Bajram volviera a casa por la noche, le preguntaría qué sentía al ser el tipo de persona que sus propios hijos temen; pero cuando Bajram volvió a casa, abrió la puerta de un golpe, la cerró de un portazo y se quitó los zapatos de una sacudida, de tal modo que golpearon la pared como si fueran piedras.

Sus talones golpearon el suelo de plástico como un martillo, y abrió la nevera con tanta fuerza que los cartones de leche casi saltaron de la puerta al suelo. Plantó un vaso sobre la encimera con tanta fuerza que estuvo a punto de reventar, echó en él la leche que quedaba y se la bebió. Cuando el apartamento se vio inundado con las ásperas vibraciones que causaban sus tragos, me levanté y le pregunté si quería comer algo o prefería descansar primero.

12

Cuando me preguntan mi nombre, a veces respondo diciendo la verdad. Con la misma frecuencia, respondo que me llamo Michael o Jon, Albert o Henri, porque así me evito la siguiente pregunta de rigor: de dónde soy.

Siempre me planteo por qué el que pregunta quiere saber eso. ¿Pregunta porque está sinceramente interesado en mi país de origen o para poder juzgarme en función de mi respuesta? Hay una gran diferencia entre decirle a la gente que eres sueco, alemán o inglés o decirle que eres turco o iraní. Solo en casos contados, el país de origen de una persona resulta indiferente.

Cuando invito a gente a mi casa, suelen aceptar, ya que están muy interesados en el hecho de que viva con una serpiente. Se quitan los zapatos, entran en el piso y ven el terrario, en el que no hay ninguna serpiente. «¡Oh!».

Cuando les digo que, seguramente, esté debajo del sofá, se detienen en la puerta del cuarto de estar y preguntan cómo me he decidido por semejante mascota; antes de responder, siempre tengo que corregirlos: «No es una serpiente cualquiera, sino una boa constríctor».

En algunas ocasiones, he contado la verdad y he dicho que no lo sé, puesto que, en realidad, me dan miedo las serpientes. Sin embargo, suelo responder que la he comprado porque sé mucho de serpientes, porque son animales tranquilos, convenientemente independientes y fáciles de cuidar. Una serpiente es un buen animal para un soltero como yo.

Cuando me dispongo a sacarla de debajo del sofá, las visitas también quieren ir al baño; cuando vuelven, quieren marcharse, retroceden y empiezan a vestirse. La verdad es que es demasiado grande y aterradora cuando está completamente enroscada alrededor de mi cuerpo; su piel no es tan mucosa como se habían imaginado, sino que es seca, como un plástico suave, como silicona

brillante.

«Es gigantesca, eh —suspiran mientras abren la puerta—. ¿No te da miedo? ¿Y si se mete en la taza del váter y desaparece por el desagüe?», preguntan, antes de cerrar la puerta tras de sí, y yo me quedo pensando por qué preguntan algo así de la serpiente. La verdad es que bien podría aprender a humedecerse la piel en la taza del váter y volver a salir después. O aprender a hacer sus necesidades allí, como todos los demás. Mientras le acaricio la áspera coronilla, pienso si realmente la gente espera lo peor de ella solo porque es una serpiente.

1995
El imán

Bajram había oído hablar de un imán turco que vivía en Helsinki y que tenía el poder de ahuyentar a los malos espíritus. Tres días después, el imán llamó a nuestra puerta. Tenía una congregación de más de cien personas en Helsinki.

Cuando el imán entrara en nuestra casa, no podría haber allí ni una sola cruz. Si habíamos dejado los mandos a distancia cruzados, deberíamos colocarlos de forma paralela; de lo contrario, el exorcismo no funcionaría. Extendimos en una fila, en el suelo, todos los bastoncillos de algodón que teníamos en el armario del cuarto de baño, sacamos las cosas de todos los armarios y las extendimos del mismo modo encima de muebles, suelos y camas. Lo peor fue la ropa de los armarios, pues las mangas podían haberse doblado en forma de cruz incluso por casualidad. También sacamos los cubiertos y cuchillos que había en los armarios y en los cajones de la cocina. Finalmente, apretujamos toda la ropa, los cubiertos y la comida en bolsas de basura negra y las llevamos al coche.

—Solo Dios puede ayudarlo —empezó Bajram—. Dios juzgará a todos los musulmanes muertos y torturará a todos los que mienten y a aquellos que no rezan. A todos los infieles —resaltó—. A todos los que tienen relaciones sexuales extramatrimoniales y consumen alcohol.

La lista de personas juzgadas y cosas prohibidas era tan larga que no existía un solo musulmán que, en algún momento de su vida, no hubiera cometido ninguno de esos pecados. El propio Bajram lo decía a veces.

El imán no se había puesto su ropa religiosa, como yo me había imaginado. Llevaba un traje de color gris oscuro hecho a medida. En sus dedos lucían dos gruesos anillos de oro, en el cuello tenía una joya de oro del tamaño adecuado y, en la muñeca, un reloj de acero. Llevaba abiertos los dos botones superiores de la camisa, por donde asomaba su abundante y canoso vello pectoral, y las pesadas

joyas lo presionaban contra su piel sudorosa. El imán dio la mano a Bajram vigorosamente, me miró de forma fugaz a los ojos y le preguntó a Bajram en finés por el niño.

Bajram le mostró el camino y el imán se quitó los zapatos de piel de serpiente y se dispuso a seguirlo. Los calcetines, del mismo color que el traje, estaban húmedos en la punta de los dedos.

El imán entró con Bajram en la habitación de los niños. El niño estaba tumbado en la cama, mirando con ojos vidriosos la lámpara del techo, como si su luz no lo deslumbrara en absoluto. El chico había desarrollado algún tipo de afición por la luz y había empezado a pedir que dejáramos algunas luces encendidas por la noche. Tenía lágrimas secas en las mejillas. Bajram se sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió con delicadeza las mejillas; después le acarició suavemente la frente.

El imán se sentó en la cama a su lado y dijo que estaba listo para empezar. El chico parpadeó por primera vez desde que entramos en la habitación. Alarmado, se giró para mirar al hombre desconocido y, después, a mí.

—Está todo bien —dije, y me dirigí al otro lado de la cama para acariciarlo.

—Ha venido para hacer que te sientas mejor —añadió Bajram.

El imán miró dudoso a su alrededor.

—¿Qué pasa?, —le preguntó entonces al niño.

La pregunta hizo que el niño se moviera. Le dio la espalda al imán y dijo que estaba asustado. Volví a tranquilizarlo, acariciando sus gruesos cabellos, que se le habían pegado a la frente.

—Solo estaré aquí un momento —añadió el imán, y acarició la cabeza del chico como si acabara de aprender de mí cuál era la forma adecuada de tranquilizar a un niño.

Le dijo a Bajram que la habitación tenía que estar completamente a oscuras durante el procedimiento, pues los malos espíritus no se muestran si hay luz. Tampoco podría haber nadie más en la habitación, aparte de él y el niño.

—Entendido —respondió Bajram.

—¿Por qué?

La pregunta salió de mi boca como si alguien me la hubiera extraído, como si se hubiera envuelto en una fina bolsa de plástico llena de aire y la hubieran hecho explotar.

Primero, el imán me miró a mí; después, giró la mirada hacia Bajram y dijo que, cuando un mal espíritu abandona el cuerpo, intenta encontrar inmediatamente un nuevo cuerpo, sin el cual moriría.

—Yo lo atraparé en cuanto salga… —Hizo una pequeña pausa —. Y lo destruiré. Soy inmune a ellos.

Bajram sonrió satisfecho.

—Gracias —le dijo, con el mismo alivio en su voz que tenía siempre que estaba a punto de solucionar algo a lo que llevaba mucho tiempo dando vueltas.

Yo no confiaba en el imán, ni el imán en mí. No quería dejar al niño solo con él, pero Bajram me obligó a salir y dejó al niño en la habitación oscura con este señor desconocido que podría hacerle cualquier cosa. El imán le dirigió a Bajram una mirada de autosuficiencia, le guiñó un ojo y cerró la puerta tras de sí.

El niño estuvo gritando durante varios minutos. Algunas veces, parecía que lo estuvieran golpeando, y otras, era como si estuviera fuera de sí debido al miedo. Nuestros hijos preguntaban qué sucedía, cuándo se pondría bien.

—Muy pronto estará mejor —dijo Bajram—. No debería tardar mucho.

Estábamos todos juntos en el sofá. Bajram estaba sentado en el brazo de este y yo a su lado; junto a mí, en fila, los otros cuatro niños, de mayor a menor. No recordaba que nos hubiéramos sentado así nunca. Me di cuenta de que no teníamos fotos de esas en las que estábamos sentados en fila o hacíamos cosas juntos, ya que nunca hacíamos nada digno de ser fotografiado. Lentamente, empecé a sentir algo fuerte, algo que me bullía en el estómago. Era una sensación agradable, el simple hecho de estar sentada junto a ellos. Ahora estábamos juntos, sentados en el sofá. Todos queríamos lo mismo, y todos podíamos percibir ese sentimiento en los demás.

Por mucho que me hubiera gustado quedarme allí, regocijarme en el pensamiento de tiempos mejores, abrí la boca.

—No creo en esto y no creo que vaya a mejorar. No quiero mentiros.

Bajram me miró como me miraba siempre que debería haberme quedado callada. Bajram tenía reservada una mirada para esos momentos, y la utilizó entonces: sus labios se endurecieron, medio

abiertos, dejando ver tanto los dientes superiores como los inferiores, como si fuera un castor; el bigote se le había levantado hasta la nariz, estirando toda la piel de su cara, y se giró para mirarme. Yo supe inmediatamente lo que pasaría a continuación, cuando el imán se hubiera marchado.

Pasados unos minutos, el imán abrió la puerta, caminó enérgicamente hacia el recibidor y se agachó para coger sus zapatos de piel de cocodrilo. El niño se levantó de la cama, asustado, y fue a encender la luz. Se deslizó rápidamente por el suelo para volver a la cama, como si solo pudiera pisar en determinados lugares.

Una vez se hubo metido en la cama, suspirando de alivio, se cubrió con la colcha y se quedó mirando fijamente la luz del techo en la misma postura que antes de la llegada del imán. Bajram le preguntó al imán qué había sucedido en la habitación.

—Todo está bien. Cuando se despierte por la mañana, será normal —anunció el imán, y abrió la puerta principal para marcharse.

—¿En serio?

La desolación de la pregunta de Bajram abrazó las paredes de la habitación como gruesas cortinas de seda.

—Sí. Los malos espíritus se han marchado —dijo el imán—. Han sido destruidos —explicó, señaló el techo con las manos y dijo que no había que preocuparse—. Dios es grande y Dios es bueno.

Entonces, Bajram le extendió la mano al imán, le cogió la mano y tiró de él como si fuera a darle un abrazo.

Tras una visita de media hora, el imán se fue de nuestra casa con una lluvia de agradecimientos. Se metió el fajo de billetes que le tendió Bajram en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta del traje, cerca del corazón. Se puso el abrigo, metió los pies en los zapatos y dijo:

—Dios nos bendice y nos da todo lo que necesitamos. Nos da todas las preguntas y todas las respuestas.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me giré para mirar al niño, que llevaba varios meses durmiendo entre nosotros. Bajram ya se había levantado y se había ido a la ducha. Desde el cuarto de baño llegaba el chapoteo del agua a medida que las gotas golpeaban contra los azulejos del suelo.

—Buenos días.

Estiré el brazo hacia el niño y lo acerqué a mí.

—No hables —dijo, y me puso la mano en los ojos para cerrármelos.

Entonces, él también cerró los ojos con fuerza y murmuró algo para sí mismo. Se le torcieron las pestañas y se le estremecieron las mejillas; respiraba violentamente, una respiración congelada, como si tuviera la boca llena de hielo.

13

Cuando salí del cuarto de baño por la mañana, el gato ya se había despertado. Maullaba contento, con el estómago todavía hinchado por la cena de la noche anterior.

Le pregunté si quería ir conmigo de viaje. El gato me miró asombrado por un momento, saltó de la cama hacia el suelo, caminó entre mis piernas y se restregó contra la pernera de mi pantalón. Sí, vendría conmigo a cualquier parte.

Cerré la puerta de la habitación del hotel y volví a envolver al gato dentro de mi camisa, para que nadie lo viera. Entré con el gato en un taxi que estaba esperando a la puerta del hotel. Elegí un Volkswagen naranja para agradar a mi gato naranja y blanco.

Cuando me lo saqué de la camisa, me di cuenta enseguida de lo mucho que le había gustado mi elección, ya que, en cuanto el coche se puso en marcha, levantó las patas traseras hacia la ventana y miró satisfecho el paisaje que se abría ante él, y que, en cuestión de minutos, hizo desaparecer la selva de la ciudad para dar paso al tranquilo grupo de montañas. Pronto quedaron atrás también las montañas, y el asfalto caliente se hundía bajo los neumáticos como lava negra.

El pueblo estaba en la ladera de una montaña. El camino de tierra que llevaba hacia él subía por un lado, rodeando la montaña, y volvía a bajar por la escarpada pendiente del otro lado.

—Pare —le dije al taxista cuando llegamos a la tienda del pueblo.

—¿Aquí? ¿Es uno de estos edificios?

El taxista señaló unos edificios de ladrillo rojo que estaban un poco más lejos, delante de los cuales había una ordenada fila de perales. Al otro lado de la calle, seguía la tienda de Mehmet, que llevaba allí desde que yo podía recordar.

—Aquí me quedo —dije.

Pagué y bajé del taxi.

Observé el pueblo como si no estuviera allí en absoluto, como si todo a mi alrededor no fuera más que un sueño, un espejismo borrado por el viento. Suspiré y respiré el aire polvoriento y pesado: no podía creer que hubiera llegado hasta aquí, que estuviera pisando esa tierra después de todos esos años, ni lo familiar que me resultaba el sonido de la tierra cuando ponía los pies en su superficie. Era un sonido suave, el mismo sonido que tienen las olas y las hojas que acarician el suelo. Pensé que la mente siempre olvida este tipo de cosas, pero el cuerpo nunca olvida.

Me quedé con mi gato frente a la tienda del pueblo, mirando el camino de tierra que continuaba entre las montañas y detrás de ellas. Solo unos cientos de metros más adelante, la carretera se bifurcaba: de la carretera principal salía un estrecho camino de tierra que llevaba hasta unas viviendas humildes.

Me dirigí a la tienda para comprar el desayuno para el gato y para mí. Cogí galletas, agua, zumo y chicles de la estantería y, para el gato, algunos pedazos de carne de vaca deshidratada. Dejé mis compras sobre el mostrador y la ociosidad de las manos del hombre que estaba detrás me hizo levantar la mirada hacia su cara. Reconocí enseguida su amplia sonrisa y sus dientes en mal estado. Nada había cambiado.

—¿Eres tú de verdad?, —preguntó Mehmet.

Las arrugas de su cara se intensificaron cuando ensanchó su sonrisa.

—Claro que sí —murmuré, y le eché una mirada furtiva.

—*O Zot i madhë*, ¿qué tal te va?, —preguntó Mehmet con incredulidad—. Hacía una eternidad que no te veía —continuó.

Mehmet se limpió la cara con la mano temblorosa. Se frotó los ojos húmedos y no sabía dónde poner la mano. Le temblaba la voz mientras intentaba decir varias cosas a la vez.

Yo respondí de forma escueta, deseando que dejara de hacerme preguntas.

Quería saber qué tal les iba a mi madre y a mis hermanas. Y yo le dije la verdad, pues no tenía nada que ocultar. Cuando le dije que no merecía la pena hacerme ese tipo de preguntas, ya que hacía un tiempo que no había visto a mi madre y ni siquiera nos hablábamos, se aclaró la garganta y se secó la sien.

—Pero… vale —dijo desde detrás del mostrador, como si se

viera obligado a plantear la siguiente pregunta, con una expresión rígida en su cara, como si estuviera paralizado—: ¿Es un gato eso que tienes envuelto en la camisa?, —preguntó, señalando al gato con el dedo torcido, para mantener las distancias.

—Lo es, pero no puedes tocarlo —dije, y me apresuré a meter mis compras en una bolsa de plástico blanca, de modo que Mehmet pudiera entender que yo no quería continuar la conversación.

—¿Vas a ver a tu abuelo y a tus primos?

—No lo sé.

—Deberías ir. Seguro que se entusiasman con tu visita, especialmente tu abuelo. Habla de ti a menudo y piensa mucho en ti.

Cuando salí de la tienda, Mehmet sacudió la cabeza como si hubiera visto un fantasma. Pude leer en sus labios cómo repetía para sí mismo un par de veces esas conocidas palabras que usamos para llamar a Dios, *o zot o zot*, mientras sacudimos la cabeza, que está llena de emociones. Se utiliza como respuesta para todas aquellas cosas para las que no hay o no nos salen las palabras.

Caminé hacia las casas, hasta que mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que todo mi pecho comenzó a moverse al son. Me empezaron a sudar la nuca y las manos, se me hizo un nudo en la garganta y me empezó a hormiguear como si estuviera llena de arena.

Como sin darme cuenta, había metido la mano dentro de la camisa y mis dedos cogieron al gato por el cuello. Cuando lo solté, el gato dejó escapar un doloroso maullido. Lo levanté con las dos manos por encima de mi cabeza, de modo que el sol iluminase sus rayas naranjas; él me miró y pareció sonreír, con la cola y las patas colgando como calcetines en la cuerda de tender, y me disculpé.

—Perdón —dije, y volví a bajarlo para darle un beso en medio de su pequeña cabeza.

Empecé a sentirme mal. El calor era insoportable. Entonces, cambiamos de rumbo, el gato y yo, hacia la ladera de la montaña.

A medio camino, varias decenas de metros más allá del camino de tierra, había una gran piedra desde la que se veía todo el pueblo, todas sus casas y las carreteras que llevaban al pueblo y fuera de él. La roca de la que siempre hablaba mi madre y que tanto le gustaba. Cuando íbamos a Kosovo, se subía a ella casi cada noche y miraba

el mundo que había dejado miles de kilómetros atrás. «No hay nada que supere este paisaje —decía—. Me encanta». El sol rojizo brillaba en su cara y ella se ponía la mano en la frente y se quedaba allí de pie, orgullosa como una cabra y alta como la montaña que tenía detrás. Me desvié del camino hacia la roca, me subí a ella y me instalé allí con el gato, en su punto más espectacular y más alto. Senté al gato a mi lado y él se relajó. Saqué las galletas y la carne de vaca de la bolsa de plástico y las coloqué delante de nosotros. Mientras observaba al gato comer, saqué un cigarro del bolsillo, me lo puse entre los labios y lo encendí. Al gato no pareció molestarle el humo.

El humo rodeó la montaña, a mí, al gato y a la piedra; el mundo parecía más pequeño que una uña y todo el pueblo se extendía ante nosotros como una ampolla explotada que goteaba un líquido inoloro de casas y coches y personas.

1995
Opciones

Si le hubiéramos dado a beber veneno o si hubiéramos puesto medicamentos fuertes en su comida, si lo hubiéramos enterrado en el bosque en mitad de la noche y le hubiéramos contado a la policía y al resto de la gente que había desaparecido o que lo habían secuestrado en el patio de casa, ahora todo habría pasado. En Kosovo desaparecían personas todo el tiempo: chicas jóvenes eran secuestradas en bares y niños pequeños eran arrebatados de los brazos de su madre. La muerte del chico habría sido una opción entre muchas, una opción que merecía la pena, ya que estaba segura de que nunca podría vivir una vida digna. Él dejaría de sufrir y nosotros dejaríamos de ser parte de su sufrimiento.

Con él, vivíamos en una niebla, nos hundíamos en ella, en el más profundo abismo marítimo en donde nunca había estado nadie. La presión del agua chillaba por encima de nosotros como hierro helado; no se veían ni la superficie ni al niño. Era todo negro. Eso era él, eso era la desesperanza que provocaba: era como ir de un destino a otro, sordomudo y ciego.

No parecía que nadie pudiera ayudarlo, y menos nosotros, aunque el niño era de nuestra propia carne y sangre. Pensé en si habríamos tenido que hacer más. ¿Era responsabilidad de los padres hacer por sus hijos lo que consideraran razonable y después limitarse a esperar, o hacer todo lo posible en todo momento? Porque nosotros podríamos haberle dado más. Podría haber pasado más tiempo con él, y Bajram también. Él habría podido pasar más tiempo en casa, comprarle algo al niño, hablar con él.

No sabía por qué había empezado siquiera a pensar que tenía que ir a un lugar mejor. Igual de repentinamente, empecé a centrarme en algo por completo insignificante e inútil, como contar: contaba cuántas veces tragaba en una hora o cuántos pasos de distancia había de un sitio a otro. ¿Era desesperación o locura, o quizá ambas, el hecho de que ocupara mi mente con semejantes

pensamientos? Entonces, empecé a mirar el reloj y a controlar la rapidez con la que limpiaba el cuarto de baño, planchaba las camisas de Bajram o pasaba la aspiradora.

Cuando le hablé de ello a Bajram, mientras me preparaba para la cena, él se quedó en silencio por un momento y no respondió nada. Entonces, cogió con la mano derecha el rodillo de amasar, que estaba lleno de harina, y arrojó el cigarro al fregadero de la cocina, como si no pudiera sujetarlo, mientras me golpeaba la espalda con el rodillo.

—¿Es que te has vuelto loca, *oj budallaqe*, mujer estúpida e insensata?, —dijo, y arrojó el rodillo de nuevo hacia la mesa.

Después del ruido sordo, se oyeron unos rápidos pasos. El niño vino a la cocina. Habíamos tenido que sacarlo de la guardería, porque no comía ni aunque trataran de obligarlo. Apretó los dientes con tanta fuerza que se le rajaron.

—No la toques —dijo el niño con voz tensa—. Si la tocas, te mataré.

El niño sonaba al mismo tiempo temeroso y valiente. Me retiré la mano de la cadera para que viera que no me había hecho daño y lo llevé de vuelta a la habitación. Bajram fue a castigarlo.

—¿Con quién te crees que estás hablando?, —dijo, y empezó a azotarlo con el cinturón.

Bajram tenía razón al golpearme. ¿Acaso quería lo mejor para el niño y lo que habría sido correcto a los ojos de Dios, o solo quería que terminase esta oscuridad? Ya no era capaz ni de pronunciar su nombre ni de responder a Bajram cuando volvía del trabajo y preguntaba qué tal le había ido el día al muchacho. No podía dejar de pensar en él y esos pensamientos llenaban todas las conversaciones. Merecía ser golpeada, ya que ninguna persona en su sano juicio pensaría seriamente ese tipo de cosas, ni medio en serio, ni siquiera en broma. Y tampoco expresaría sus sentimientos en voz alta, aunque lo estuviera planeando.

A la mañana siguiente, el chico se levantó tras una larga noche de sueño. Había dormido profundamente, sin una sola pesadilla. Cuando vino a la cocina, sus mejillas habían recobrado el color; se sentó a la mesa al lado de su padre y sonrió.

—Buenos días —dijo, mirando a su padre.

Después de eso, no volvió a hablarnos de sus pesadillas, de las

serpientes ni de su vida.

Bajram dijo que su mejora había sido un milagro, y yo también lo creí, pues nadie podía superar algo así en una sola noche, ni siquiera un niño. Empecé a sospechar si no habría estado tomándonos el pelo todo este tiempo y fingiendo tener pesadillas para llamar la atención.

—No seas tonta —dijo Bajram—. Los niños son niños: primero creen una cosa y luego otra.

Solo cuando dijo eso, comprendí lo despreocupado que Bajram se mostraba hacia su futuro. Estaba seguro de que sus hijos cuidarían de él cuando crecieran y él se hiciera mayor, a pesar de que nuestros hijos todavía eran pequeños cuando nos mudamos a «este país dejado de la mano de Dios», como él lo llamaba.

Sabía que los disturbios en Kosovo no hacían más que aumentar, por lo que era improbable que volviéramos en un futuro cercano. Sabía que, en ese tiempo, los niños se volverían más como ellos y menos como nosotros. Sabía que sucedería lo que siempre sucede: empezarían a menospreciar a las personas diferentes a ellos. Era inevitable; siempre ocurre así. Al fin y al cabo, a Bajram tampoco le gustaban las personas que no eran albanas.

Cuando se tranquilizó la situación con el chico, empecé a pensar cómo se sentiría Bajram con su vida. ¿Estaba siendo egoísta por no preguntarle qué tal le iba en el trabajo? ¿O cuánto dinero quedaba en su cartera cuando le pedía algo? ¿Qué se sentía cuando un hombre fracasaba en su tarea más importante? Ni siquiera me había planteado lo que siente un hombre cuando no puede permitirse comprarle ropa a sus hijos, o cuando ve la mesa del comedor en la que no hay más que una olla de sopa. ¿Qué sentía al darle de comer a sus hijos *piteä* sin más acompañamiento que cebolla y puerro?

Me di cuenta de que nos resultaba difícil crear una relación con nuestros hijos, nos costaba comprenderlos. A ellos no les gustaba hablar de su vida, y la verdad es que nosotros tampoco preguntábamos qué tal les iba en el colegio. Nos comportábamos como idiotas: podían ir y venir a su antojo; no tenían ningún tipo de límite.

Nuestro hijo mayor empezó a pasar las noches en casa de sus amigos. De vez en cuando, preguntaba, como una formalidad, si

podía pasar algo de tiempo fuera. Yo decía que por supuesto. Bajram decía lo mismo. Dejamos que los criaran sus profesores; confiamos en un sistema que estaba considerado el mejor del mundo.

Bajram apenas hablaba con ellos y, cuando lo hacía, los sermoneaba sobre la situación de Kosovo y la religión islámica. Sobre profetas y guerras, sobre las batallas de Kosovo Polje, sobre el Imperio otomano, sobre Skanderbeg y sobre Enver Hoxha. Sobre personas que ya habían huido de la situación en Kosovo pero que, ahora, querían volver y unirse al frente del Ejército de Liberación de Kosovo.

—Son héroes —dijo Bajram—; solo Dios sabe si volverán con sus familias.

Supongo que Bajram esperaba que comprendieran que él podía ser uno de esos hombres que dejaban a sus hijos y a su mujer para luchar por su libertad. Pero ellos no le pedían nada. Pensé que Bajram se enfadaría y empezaría a culparme a mí de haberlos malcriado. En su lugar, me dijo:

—El hecho de que crean que no nos necesitan es una buena señal. La mejor señal.

Mi hijo menor empezó el colegio y aprendió a leer y a escribir en finés en cuestión de semanas. Según su profesor, no entendía inmediatamente todas las palabras en finés, pero sabía preguntar por ellas y preguntaba mucho.

Su profesor me enseñó fotos en las que había tres tenedores y cuatro coches, o seis casas y cinco manzanas, que el alumno tenía que contar y dibujar en su propio papel después de haber visto la imagen una sola vez. Las imágenes que dibujaba mi hijo eran asombrosamente precisas: dibujaba las sombras de los objetos y recordaba detalles en los que el profesor ni siquiera había reparado.

Al parecer, quería quedarse en el colegio y se negaba a volver a casa. Por la tarde, miraba el reloj con nerviosismo, recogía sus cosas con extrema lentitud y se quedaba deambulando por los pasillos del colegio durante un largo rato.

El profesor preguntó qué tal nos iba en casa.

—Bien —respondí yo—. Bien.

Creí que la conversación terminaría en el silencio que siguió a mi respuesta.

Miré un poco a mi alrededor, buscando un punto en el que concentrarme, objetos a los que aferrarme y las palabras correctas, antes de atreverme a girarme de nuevo hacia él. Entonces, le pedí al intérprete que le contara que lo entendía y que informaría al colegio inmediatamente si teníamos problemas.

Me di cuenta de que el profesor seguía esperando una respuesta de mí. ¿Qué habría podido decir? ¿Que me resultaba difícil adaptarme aquí y que a mi marido le resultaba difícil procesar los acontecimientos de Kosovo, que la situación era complicada para toda la familia? ¿De qué habría servido? Aunque hubiera dicho que en mi país de origen estaba estallando una guerra, que podía sentirlo, que sentía claramente cómo me debilitaba y que a veces olvidaba escupir la pasta de dientes después de cepillarme. ¿Qué habría podido hacer él?

Recorrí todo el camino hacia casa de la mano de mi hijo. No quería soltarlo, ya que pensaba en todo lo que podría llegar a ser. Médico, abogado, director de una gran empresa, banquero. Lo que quisiera. Qué sentimiento más maravilloso el de recibir alabanzas, el de ser su madre en un momento como ese. Mi hijo sería más grande que yo y sabría cosas que yo nunca podría aprender. Pensé que, quizá, ese sentimiento fuera el motivo por el que la gente quería tener hijos.

Lo apreté más fuerte, pues sentía que me ahogaba en el gris de la interminable acera.

A la mañana siguiente, me senté en la cocina enfrente de Bajram. En general, lo dejaba comer en paz, y los niños y yo siempre comíamos cuando él había terminado. Bajram parecía contento con su taza de café. En su expresión se veía lo perfectamente que estaba hecho el café; el sol otoñal que calentaba su muñeca puso una leve y modesta sonrisa en su cara. El chico llevaba mucho tiempo sin mostrar ningún tipo de síntoma: finalmente, podíamos dormir y vivir en paz.

La vida de Bajram había mejorado, y aquella mañana parecía tan abierto y receptivo que empecé a hablar con él. Le hablé de la cena que estaba planeando, de la antigua vajilla, del futuro viaje a Kosovo y a quiénes iríamos a visitar a sus casas. Le conté que, el día anterior, me habían dicho en el colegio que a los niños les iba muy bien y que estudiaban música, matemáticas, literatura y religiones

del mundo.

—Podrían estar en camino hacia algo digno, algo diferente a esto —dije.

Miré los armarios de la cocina y el techo y giré la mirada hacia el patio, donde soplaba un impetuoso y penetrante viento otoñal.

—¿Qué? ¿Qué has dicho de religiones?, —me interrumpió con enfado, y dejó la taza de café en la mesa de un golpe.

—Sí, que en el colegio los niños aprenden sobre todas las religiones —dije con precaución, respirando lo más tranquilamente que pude.

Bajram dio un puñetazo a la mesa, lo que hizo que se derramara el café. Se levantó de la silla y vino delante de mí. No me atrevía a mirarlo, ya que podía sentir su cara perfectamente. Estaba hirviendo, como un fogón encendido al máximo.

—¿Por qué has enviado a mis hijos a un colegio religioso?, —preguntó Bajram, y me hizo poner en pie de un tirón.

—No he hecho nada de eso —aseguré—. Por motivos de educación, en los colegios finlandeses se enseñan todas las religiones, Bajram —dije, intentando con todas mis fuerzas calmarlo, escapar de la conversación—. Es parte de la educación básica —añadí—. Parte del plan de estudios —continué, e intenté soltarme de su brazo.

Bajram me miró por un momento con la misma expresión en la cara, esa expresión sanguinaria que solo se ve en la cara de una persona que está a punto de buscar la última y añorada venganza. Me agarró los hombros con las dos manos, me rodeó el cuello con el brazo derecho y empezó a apretar.

Al día siguiente, Bajram fue al colegio de los niños y les prohibió a los profesores que les enseñaran religiones a sus hijos. Según él, los profesores habían intentado mentirle entre balbuceos y le habían dicho que se trataba de enseñanza voluntaria ético-filosófica en la que se animaba a los estudiantes a reflexionar sobre el mundo y sus fenómenos, incluyendo la religión. Al principio, Bajram se había reído de ellos, llevándose el dedo a la frente y sacudiendo la cabeza como si le doliera; pero, después, les había preguntado por qué diantres nadie le había dicho nada al respecto. «Es como si intentarais robarme a mis hijos», había dicho.

Cuando volvió a casa, me contó cómo los había puesto en su

sitio. Yo no entendía cómo podía imaginarse en serio que podía cambiar la visión de la vida de la gente hablando de religión islámica. En cierto modo, me maravillaban su determinación y su seguridad en sí mismo. Bajram creía a ciegas en su propio mundo y confiaba en que su fe lo salvaría de todos los pecados posibles, por los que ya temía una retribución divina. No era un mal modo de vivir.

Al mes siguiente, Bajram fue despedido. Estaba genuinamente sorprendido, a pesar de que sabía que sus empleadores habían averiguado que se había desviado del plan de estudios. Les había hablado a sus alumnos del islam y había declarado que la educación ético-filosófica era una mentira.

Le habían dado dos opciones: podía despedirse él mismo o ser despedido. Cuando entendió la diferencia entre uno y otro y las posibles consecuencias, eligió la primera opción. Después, estuvo alicaído durante un largo tiempo, ya que le encantaba su trabajo y le habría gustado desempeñarlo a jornada completa, no solo por las tardes y por las noches.

Su certificado laboral llegó por correo. Bajram lo observó durante un tiempo y lo metió en el cajón de la cómoda. Entonces volvió a sacarlo, lo leyó durante un momento y volvió a meterlo otra vez. Repitió este proceso tantas veces que, un día, cuando se fue a dar un paseo, saqué el papel y lo leí.

«El contrato finaliza a petición del propio trabajador debido a discrepancias relacionadas con la interpretación de los objetivos de igualdad del centro».

Eso decía.

14

Desde la alta colina de la montaña, todo parecía más pequeño. Los árboles no tenían sombra y los campos eran espejos que engullían los caminos en la claridad que reflejaban. Las casas eran cortas pinceladas sin contornos claros.

De pronto, mi gato empezó a bufar. Había ido hacia el borde de la roca, enseñando los dientes afilados, mientras bufaba a algo que se movía abajo, en la hierba. El gato estaba inclinado hacia delante: casi parecía que se iba a caer del borde de la roca. Se le había erizado el pelo, sus afilados hombros se elevaban de forma sospechosa y la boca se le ensanchó de forma desproporcionada.

Desde el césped, se distinguían claramente unas negras figuras arqueadas que dibujaban una larga línea, las brillantes figuras de aspecto grasiento que, por algún motivo, desquiciaban al gato. En un extremo de la raya, las líneas formaban una cabeza elevada con ojos negros y una boca estirada y lista para atacar con sus afilados colmillos venenosos.

La serpiente era corpulenta y medía aproximadamente un metro. Se trataba, sin lugar a duda, de una víbora cornuda, la especie de víbora más venenosa. Su cuerpo gris plateado tenía estrechas figuras negras con forma de rombo. El centro de su cuerpo era mucho más grueso que su cabeza y tenía las amplias mandíbulas completamente abiertas. A juzgar por el bulto de su cuerpo, había comido hacía poco; puede que hubiera devorado un pájaro o algún invertebrado, otro reptil o algún tipo de roedor.

Levanté a mi gato del borde de la roca, aunque la vista debajo de nosotros era casi paralizante. La serpiente se retiró y se enrolló aún más fuertemente sobre sí misma. Vista desde arriba, parecía una peonza girando lentamente en su sitio. Sus negras escamas brillaban como frentes sudorosas.

El gato y yo retrocedimos hacia el otro lado de la roca. Aún así, la víbora podía sentirnos, y nosotros podíamos oír su siseo.

Yo seguía teniendo la bolsa de plástico que me había dado

Mehmet y toda la información necesaria sobre las serpientes. Sabía que las serpientes no oyen, sino que forman su comprensión del mundo utilizando los sentidos del olfato y el tacto. No necesitan orejas, por eso no las tienen. Sienten enseguida los temblores de la tierra, pero, como entre nosotros había una roca que pesaba decenas de miles de kilos, golpear el suelo con los pies no habría solucionado el problema.

El gato caminó pesadamente alrededor de la roca y no quería quedarse quieto. Puede que quisiera ir hacia el otro lado de la roca, desde donde podría bajar, saltar al suelo y correr a esconderse, pero no se atrevía. Quizá pensara que eso es lo que la serpiente esperaba que hiciera. Atacaría al gato, le clavaría los dientes en el cuello y paralizaría su sistema nervioso central. Entonces, se giraría para comérselo y el gato se desharía en el estómago de la víbora durante semanas. El gato no podía sufrir un peor destino que ser engullido por la serpiente.

Dejé en la bolsa, a modo de tentación, el otro trozo de carne de vaca deshidratada y volví al lado de la piedra en el que estaba la serpiente. El gato vino a mi lado y volvió a bufar, aunque le había ordenado que esperase y que no se moviera.

—¿Te has vuelto loco? ¡Vuelve!

La serpiente estaba en modo agresivo. El gato y yo la habíamos molestado con nuestra irreflexión. Al parecer, había estado durmiendo a la sombra de la roca y mi cotorreo con el gato la había despertado de su sueño. Pero no podía recriminarle la curiosidad al gato; no era culpa suya.

Dejé que la bolsa de plástico colgara de mi mano por un momento. Miré a la serpiente, observé cómo su delgada boca se abría aún más que antes y cómo sus dientes se hacían más grandes y grotescos, cómo temblaba todo su cuerpo; la escamosa piel parecía humedecerse y el siseo se volvía más angustioso.

En ese momento, dejé caer la bolsa.

Cayó lentamente, como una pluma. Cuando la bolsa estaba a aproximadamente un metro de la serpiente, esta se estiró hacia ella mostrando los venenosos colmillos, serpenteó en el aire y, finalmente, se dejó caer de nuevo, golpeando el suelo como una piedra que cae al césped. Me eché hacia atrás y suspiré de alivio, ya que la serpiente también era mucho más larga y pesada de lo que el

gato y yo habíamos especulado desde arriba.

Oímos como la serpiente luchaba con la bolsa. Cuando, pasado un momento, volví a mirar por encima del borde, me di cuenta de que la víbora se retorcía dentro de la bolsa como si estuviera a punto de asfixiarse. Se agitaba, forcejeaba y se retorcía; el plástico confundía sus sentidos del tacto y del olfato y el siseo a través de la bolsa era similar al sonido de un gato. Pronto quedó tan agotada que sus movimientos se volvieron más lentos y rígidos.

Cogí al gato en brazos y los dos observamos juntos a la serpiente: lo lentamente que se movía ahora, como una persona mayor a punto de desmayarse, y su forma lastimera de resollar. Sonaba como la desesperación de un hombre enterrado vivo.

Finalmente, después de forcejear un poco más dentro de la bolsa, la víbora se rindió. Ya no le quedaba energía alguna para moverse. Cuando llevaba un tiempo sin oxígeno, se desmayó. Sus músculos se relajaron y se contrajeron lentamente como un neumático de bicicleta que se vacía con un ruido sibilante.

El forcejeo de la serpiente había hecho que la bolsa se tensara a su alrededor, de modo que sus dos extremos estaban dentro de ella y solo una pequeña parte de su costado negro grisáceo asomaba por una esquina.

El gato y yo descendimos lentamente desde la roca. Arranqué una gruesa rama de un árbol y fui hacia el otro lado de la roca, al lado de la serpiente. Pasé por encima de los montones de ramitas y los largos tallos de hierba, haciendo ruido premeditadamente, golpeé el suelo con los pies y quebré algunas ramitas para comprobar los sentidos de la serpiente.

El siseo hacía tiempo que se había detenido y la serpiente yacía inmóvil dentro de la bolsa de plástico. El gato olisqueó a la serpiente como si el olor no fuera de su agrado. Empecé a darle toquecitos a la víbora con el palo y, al ver que no reaccionaba ni a los golpes más fuertes, me agaché para ponerme a su altura y coloqué un dedo sobre su superficie. Sus tupidas escamas eran fuertes y rugosas como una alambrada.

Entonces, agarré a la víbora con las manos. Empujé su pesado pero flácido cuerpo hasta meterlo por completo dentro de la bolsa de plástico e hice girar la parte superior de la bolsa de tal modo que la serpiente se quedó dentro como si fuera un globo del que no

tenía modo de salir.

Por último, comencé a descender la ladera de la montaña decididamente, con el gato naranja y blanco en el hombro y la serpiente negra grisácea envuelta en la bolsa de plástico colgándome del brazo derecho.

1996-1999
Mi Yugoslavia

Era obvio que no teníamos ningún modo de conseguir dinero suficiente para el viaje a Kosovo del verano siguiente. Cuando Bajram se dio cuenta de esto, se derrumbó por completo; se sentó en el sofá con el dinero que había reunido en las manos y lo contó una y otra vez. Dijo que al verano siguiente sería demasiado tarde para ir a Kosovo. Era posible que ya no quedara nada para entonces.

Volvió a dejar el dinero sobre la mesa, derrotado. Se movía con lentitud. Se tumbó en el sofá y giró la cabeza hacia el respaldo. En ese momento, vi a Bajram llorar por primera vez en todo nuestro matrimonio.

Primero empezó a sollozar, y lo hizo en silencio, como si estuviera aspirando para desbloquear sus fosas nasales. Luego empezó a gimotear como un perro apaleado.

Poco después, lo vi llorar por segunda vez.

Estaba con Bajram viendo las noticias y dijeron que el UÇK había reconocido su culpabilidad en el asesinato de policías serbios. El UÇK había emitido una declaración según la cual los ataques se debían a la supremacía serbia, a la persecución sufrida por los albanos y al nuevo rumbo que había tomado la política social, que de ningún modo era aceptable para los albanos. Debería retomarse la política lingüística y educativa anterior: Kosovo tenía que poder tomar sus propias decisiones.

La cámara pasó a mostrar una imagen de un hombre que luchaba en las filas del UÇK, que llevaba orgullosamente su rifle al hombro, con la barbilla levantada, apretando los dientes y con una expresión despiadada e inquebrantable en el rostro. El hombre de la imagen me causaba miedo, aunque los respetaba a él y los valores que estaba dispuesto a defender hasta la muerte.

—Es un hombre valiente —declaró Bajram conmovido, casi en un susurro, y se cubrió la cara con la mano, que había cerrado en

un enorme puño.

Tito gobernó Yugoslavia casi treinta años. Durante ese tiempo, florecimos, éramos prácticamente independientes. Conseguimos nuestra propia universidad, un canal de radio y de televisión, aunque los albanos ni siquiera fuéramos considerados un pueblo. Pero a Tito le gustábamos, y recibimos riquezas de otras partes de Yugoslavia, ya que él sabía que las necesitábamos más que nadie. Había conseguido mantener a raya las diferencias de opinión y los conflictos en Yugoslavia favoreciendo tanto a ricos como a pobres, tanto a musulmanes como a cristianos. Así, había conseguido ganarse el respeto de todos.

Entonces, aquellos que tenían suficiente dijeron que eso era injusto. Los ricos tienen derecho a conservar las riquezas que han reunido. Y, después de Tito, no había nadie que se opusiera a esta afirmación con la suficiente convicción.

Bajram sabía que la guerra estaba a la vuelta de la esquina, y lo peor era que no podría ir a Kosovo ni antes de que empezara ni durante la contienda.

Así que empecé a sentir lástima por Bajram por primera vez. Su melancolía y su ira también nos afectaban a los demás; las paredes estornudaban ante su desesperación y una profunda rabia hacía que sudara constantemente. Muchas veces pensé en acercarme a él, acariciarle el pelo y consolarlo diciendo que todo iba a salir bien, porque estas cosas siempre lo hacían, siempre salían bien.

Pero ¿acaso era adecuado consolar a alguien cuya patria estaba en guerra y cuya familia al completo estaba en peligro? ¿Acaso las personas en esa misma situación podían consolarse unas a otras? Era como si me hubieran tapiado la boca: no era capaz de decirle nada a Bajram sin que mis palabras sonaran estúpidas.

En lugar de eso, me concentré en mantener nuestra casa limpia. Limpiaba las ventanas tres veces por semana, cambiaba las sábanas cada noche, traía cepillos y detergentes de la tienda y pasaba la aspiradora absolutamente todos los días.

Bajram pasó los siguientes años como pegado a la televisión, esperando noticias. No se le podía interrumpir mientras estaba concentrado en el telediario.

Podía dejarlo a la mesa removiendo el café con una cucharilla, volver una hora más tarde, después de haber hecho mis recados, y

darme cuenta de que ni siquiera había tocado el café. «Es imposible disfrutar de nada», suspiraba constantemente. Entonces dijo que había empezado a pensar en la muerte. Después de cada nueva batalla con víctimas mortales, decía imaginarse cómo habían muerto esas personas.

Cuando estalló la guerra, la televisión fue nuestra única fuente de información durante mucho tiempo. Las líneas de teléfono estaban cortadas y no conseguíamos contactar con nadie. Esperábamos ver a nuestros familiares en las noticias, reconocer a nuestros seres queridos cuando se mostraban imágenes de manifestaciones en televisión.

Bajram se enteró, por un conocido suyo que había huido a Grecia, de que su hermana había muerto. Los serbios habían hecho arder hasta las cenizas el pueblo en el que vivía. Bajram lloró la muerte de su hermana y de sus sobrinos. Llevaban un mes muertos cuando recibió la noticia de que estaban vivos. Bajram no podía creerlo. Cuando su hermana, finalmente, lo llamó para contarle que habían huido al bosque y habían sobrevivido, él se dejó caer lentamente desde el sofá hacia el suelo, se masajeó el pecho con los ojos cerrados y me pidió que llamara a una ambulancia. Aquella tarde, Bajram tuvo un ataque al corazón.

Esos fueron los años más rápidos de mi vida. Los olvidé inmediatamente, pues me resultaba imposible estar al día. Veíamos en las noticias imágenes de edificios en llamas y personas muertas, mujeres y niños. Nadie debería ver esas imágenes en las que los cuerpos no eran cuerpos, ya que les faltaban partes y su piel no era color carne, sino una amalgama de rojo brillante y rojo oscuro, y en las que las carreteras no eran carreteras sino fosas comunes. ¿Cómo era posible que una persona se viera en semejante situación? Masacres, matanzas, explosiones, fraudes electorales, víctimas mortales, incendios: escuchar noticias al respecto se convirtió en nuestra rutina diaria.

A veces sentíamos que lo que veíamos en televisión no podía ser verdad. Era un espejismo, un reflejo irreal de sucesos irreales. Pero todo estaba sucediendo en la realidad, la vida de todas aquellas personas terminaba y yo me sentía como una cobarde porque nos habíamos negado a morir en la guerra. Pensé que todos moriríamos en algún momento y que no quedaría nada de ninguno de nosotros.

¿No sería más digno morir allí que huir de ello? ¿No era mejor morir en la guerra que morir de viejo?

Cuando en las noticias contaron lo que había sucedido el 15 de enero de 1999 en RaČak, empezamos a cuestionar la existencia de Dios. ¿Qué les había hecho a los serbios esa mujer a la que habían disparado? ¿Qué habían hecho ese niño o esos hombres desesperados que se dieron cuenta de que su pueblo estaba rodeado por tropas serbias? ¿Dónde estaba Dios cuando los soldados empezaron a disparar indiscriminadamente a personas inocentes? ¿Y dónde estaba cuando les dijeron a unos hombres que acababan de ser capturados que huyeran, para dispararles a medio camino mientras corrían colina arriba? Cuando, después de este incidente, se mostraban imágenes de un niño llorando que se había quedado huérfano, ¿qué hacía Dios con ese niño?

Dios no hacía nada con ese niño porque Dios no existía. Existía una guerra, y esa guerra era una fila de tornados que despojaban a la tierra de sus raíces; eran oleadas de ataques, uno tras otro, que tragaban edificios, pueblos, ciudades, y la masa de agua los convertía primero en un amasijo para después escupirlos.

15

Corrí más rápidamente que nunca, pasé de largo por delante de la tienda de Mehmet, las casas de ladrillo rojo, sus paredes pintadas de blanco, las carreteras sin asfaltar, todo el pueblo.

Llegué a la roca y me apoyé en ella. A pesar del sofocante calor, su superficie era fría, repulsiva y árida, y yo sentía que no había cantidad de oxígeno suficiente para mi necesidad de respirar. Me masajeé el pecho, sentí el movimiento repetitivo y me sequé las gotas de sudor de la frente. Respiré profundamente, cerré los ojos y los volví a abrir, y mi ligera cabeza pareció mecerse al compás de las pesadas corrientes de aire.

Tenía las dos manos apoyadas en las rodillas y mi gato naranja y blanco no aparecía por ninguna parte, aunque un momento antes lo había tenido colgando del cuello. Tampoco estaba la serpiente. No había víbora cornuda ni gato, y yo estiré las piernas y la espalda y miré a mi alrededor, buscando a mi gato y a mi serpiente, ya que no podía perderlos, pero no los vi por ninguna parte.

Mi gato y mi serpiente.

Los perdí.

16

Pasé una semana más en Pristina. La ventana del hotel tenía vistas a la calle principal de la ciudad. La gente venía a esta ciudad del mismo modo que se va siempre a las ciudades: con el pecho y la cabeza llenos de sueños que podían hacerse realidad en cualquier momento. Un buen día, cuando estás sentado en una cafetería o paseando por la calle, estás en el lugar preciso en el momento preciso, y entonces suena una campana y ya nada vuelve a ser igual. Una persona desconocida camina delante de mí y se da cuenta de que tengo cara de modelo, la inteligencia de un doctor en psicología, destreza con las manos o habilidades lingüísticas, los mayores músculos de los hombros del mundo o las manos más suaves: tengo algo en lo que nadie había reparado antes.

Y este desconocido, pienso mientras fumo en la ventana de la habitación de hotel, me quiere incondicionalmente como un perro a su amo, y me compra un billete de avión hacia enormes escenarios llenos de focos frente a un multitudinario público, me aloja en un hotel de cinco estrellas, pero yo mantengo la distancia a propósito porque quiero seguir siendo un mito para él; disfruto de lo embriagado que está con mi singularidad, y me despierto por la mañana entre costosas sábanas, miro por la ventana y dudo, por un momento, si es posible que todo esto sea para mí, pero, entonces, me doy cuenta de que por supuesto que sí. Finalmente. Para mí.

Mi padre solía decir que en el mundo no hay maldad en el sentido en el que nos la solemos imaginar. Mientras seguía por televisión la guerra que se estaba desatando en Kosovo, decía que a la maldad habría que darle otro nombre, y ese nombre era holgazanería.

«Porque nadie nace siendo malo en este mundo —explicaba—. No existe ninguna desviación que provoque que las personas hagan cosas malas y que pudiera explicar el estallido de una guerra, la desigualdad, la pobreza y el hambre. Una persona no es capaz de hacer daño a otra sin sentir culpabilidad, ni es capaz de venderse

por dinero. Tampoco puede despojar a otra persona de su vida en lugar de la suya. Solo hay holgazanería: aparece desde el fondo y llena de mierda las bocas y los cerebros de la gente. Se ha convertido en un parásito cuyos huéspedes, sin excepción, están sumidos en la desesperación, y el ciclo continúa. Ese es el problema de este mundo».

Pensaba en sus palabras mientras observaba a la gente de la ciudad y estaba tan de acuerdo con él que hasta empecé a echarlo un poco de menos. A veces, sentía que nadie más sabía hablar de las cosas y de las personas de un modo tan acertado como él.

Encendí el ordenador y Ardi me envió un mensaje diciendo «Hola, sexi», que tintineó en mi perfil, en el que había una foto que mostraba la parte superior de mi cuerpo desnudo, con la intención de obtener el número máximo de visitas, de ser lo más deseado posible.

Ardi mordió el anzuelo, piropeó mi foto, me preguntó dónde estaba en ese momento. «¿En Pristina?».

«En Pristina», escribí, y entré en el perfil de Ardi con un solo clic. Miré sus fotos de perfil. En una de ellas, Ardi estaba echado al sol en una tumbona en la ciudad costera de Saranda, en Albania. Los oscuros vellos de las piernas le colgaban como un abrigo ondeante a pesar de la claridad del sol, aunque la luz de un color blanco deslumbrante todavía quería llevarse parte de sus piernas. Ardi estaba apoyado sobre un codo, haciendo esfuerzos por tensar los músculos abdominales para la foto, y tenía los brazos torpemente alejados uno de otro, como si intentara engañar a los espectadores.

En otra foto, Ardi estaba sentado en una silla y no llevaba pantalones. Tenía el trasero aplastado contra la superficie de la silla; por debajo, se vislumbraban los vaqueros que se acababa de bajar, y en el hueco de los pantalones, los pies con calcetines de tenis blancos con tres rayas.

«¿Quieres quedar?, —preguntó—. Podemos ir a tomar un café. A la cafetería esa que está junto al Grand Hotel. ¿La conoces?».

«La conozco —respondí—. Nos vemos allí en media hora».

En la cafetería de la terraza del Grand Hotel, Ardi se comportaba de forma tan natural como podía serlo un hombre kosovar de

treinta y un años. Las mesas estaban llenas de gente, y alrededor de ellas había altos arbustos entre los cuales se erguían las puertas que daban a la ajetreada calle. El propio Grand Hotel se erguía ante el sol de la tarde, vertiendo su sombra sobre nosotros como si fuera una manta fresca.

Ardi no alargaba sus palabras estirando las vocales de forma femenina, ni pronunciaba las consonantes vagamente, ni sacudía la cabeza cuando hablaba, como habría aprendido a hacer en Occidente observando a otros como él. Al contrario, parecía y sonaba como un hombre del que se podría creer que era cualquier cosa.

Llevaba unos pantalones cortos vaqueros ajustados de color azul claro que le llegaban hasta las rodillas, chancletas que ya tenían la forma de su pie y una fina camiseta a rayas azules, a través de la cual se distinguían las gotas de sudor que había segregado su piel morena.

Nadie reparaba siquiera en nosotros. Nadie se preguntaba por qué estábamos los dos sentados en una cafetería bebiendo *macchiatos* de cincuenta céntimos, por qué hablábamos como si fuéramos los mejores amigos del mundo y nos mirábamos del modo en que se miran un hombre y una mujer que se desean.

Ardi fumaba como un carretero, hablaba con desenvoltura de coches, de su trabajo como albañil y de su sueño de viajar a Occidente. No le preocupaba lo que yo pensara de sus sueños, ni si me resultaban creíbles y dignos de perseguir.

Se apoyaba en el respaldo de la silla que tenía al lado. Al mismo tiempo, dejaba ver sus sudorosas axilas, a las que se había pegado la fina tela de algodón. Habló durante un rato, de vez en cuando movía las manos para enfatizar sus palabras. Contó más cosas de sí mismo y, de pronto, interrumpió su propio discurso.

—Cuéntame tú algo —ordenó.

—¿Como qué?

—¿A qué te dedicas?, —preguntó Ardi—. Siempre hay algo que contar —añadió—. ¿En qué trabajas allí? ¿Estás estudiando? Comparte tus sueños conmigo.

—Son preguntas difíciles —dije.

Terminé el café y me volví a quedar mirando a Ardi: su desenvuelta sociabilidad y su sincera curiosidad me resultaban

fascinantes. No podía dejar de mirarlo, pero tenía que decir algo. Empecé a reír y adopté la misma postura que él. Apoyé ágilmente el brazo en el banco de al lado, tensé el bíceps haciendo que doblara su tamaño y me quedé esperando su mirada, que se dirigiría hacia mi bíceps con una sola condición: Ardi lo miraría solo si realmente quería hacerlo. En caso contrario, yo tendría que salir corriendo, rápidamente.

Pero su mirada se fijó en mi bíceps como un visor en su presa.

—¿Quieres ir arriba?, —pregunté, apagando mi último cigarro —. Necesito más tabaco.

—Vamos —dijo Ardi inmediatamente, pero se quedó pensando —. ¿No tienes miedo?

—No —respondí—. ¿Por qué iba a tener miedo?

—Bueno… —Se quedó pensando, saboreando sus palabras, considerando cómo decirlo o si decirlo o no—. Esto es bastante peligroso. Puede pasar cualquier cosa.

—No tengo miedo —dije mirando a Ardi, quien empezaba a parecer nervioso.

—Eres valiente —dijo Ardi, recomponiéndose mientras caminábamos por entre las mesas rebosantes de conversación—. Ojalá yo también fuera así —dijo por encima del hombro.

Le puse la mano en la parte baja de la espalda y, cuando hubimos caminado uno al lado del otro por el vestíbulo y pasamos la recepción del hotel hacia los ascensores, por donde no se veía a nadie, le levanté la húmeda camiseta, puse un dedo sobre su piel y, con la otra mano, le masajeé su suave y musculosa muñeca y lo besé.

Quería hacer el amor durante mucho tiempo, empezar en cuanto se cerrase la puerta: nunca tenía suficiente.

Ardi jadeaba a mi lado mientras se tocaba el musculoso estómago, hasta que se levantó de la cama, se limpió la parte baja de la espalda y la ingle con el borde de la colcha y giró hacia el cuarto de baño. Cerró la puerta con tanto cuidado que el sonido me recordó, inevitablemente, a las puertas de los finlandeses, eternamente abiertas, a su aparente naturalidad innata. Los finlandeses dejaban la puerta abierta cuando iban a hacer sus cosas, se lavaban sus partes en el lavabo y meaban en medio de la taza de modo que hasta el vecino podía oír el repiqueteo.

De pronto, Ardi abrió la puerta.

—Aquí hay pelos por todas partes —declaró asombrado desde el marco de la puerta.

—Lo sé —respondí.

Pensé en levantarme de la cama e inventarme una excusa; pensé en echarlo de casa, pero no conseguí pronunciar una sola palabra.

—¿Por qué?, —preguntó Ardi, pues para él no había pregunta inapropiada ni demasiado molesta.

—Porque he lavado ahí al gato —respondí desde la cama.

Tiré un poco más de la colcha y me quedé esperando su reacción.

—¿El gato?

—Sí.

—Eres muy extraño —dijo, y volvió a cerrar la puerta del cuarto de baño.

Dejó correr el agua. Oí desde la cama el crujido de sus vértebras cuando pasaba el borde de la bañera. Empecé a vestirme.

—Tengo que irme —dijo cuando salió, y estuvo a punto de tropezarse con sus sandalias, que estaban delante de la puerta del cuarto de baño.

Ardi se había enrollado la toalla blanca alrededor de la cintura y se había secado el pelo de forma tan descuidada que le goteaba el agua por el estómago. Sus negros vellos de las piernas se pegaban unos a otros por la humedad: parecía como si alguien le hubiera pintarrajeado las piernas con un rotulador grueso.

—Vete, entonces —dije—. Yo también tengo que irme ahora.

—Tengo que recoger a los niños —dijo al cabo de un momento.

Cuando me giré a mirarlo, Ardi ya se había vestido, había cogido sus zapatos del suelo, se había secado el corto cabello y había encontrado sus vaqueros cortos y su camiseta. En su dedo anular derecho brillaba ahora un anillo de oro.

—Estás casado —declaré inquisitivamente, y me quedé observando su mano, que ahora tenía sobre la cremallera de los vaqueros.

—Claro que estoy casado —dijo con un tono superficial—. Tengo treinta y un años. Tengo dos hijas —dijo, ajustándose el cinturón.

Tiró varias veces hacia afuera de su húmeda camiseta para

airearse, la estiró hacia abajo y se giró para mirarme.

—Gracias —dijo.

Me levanté de la cama y fui hacia su lado. Mientras me dirigía hacia él, observé todo: el endurecido borde de la colcha, el vapor que salía del cuarto de baño, la maleta negra abierta al otro lado de la habitación, llena de ropa pulcramente doblada.

—Gracias a ti —dije, cerré los ojos e intenté besarlo, pero él me puso la mejilla.

Entonces intenté abrazarlo. Volví a cerrar los ojos: quería sentir su suave mejilla, pero no verla, quería sentir su incomodidad y su odio hacia sí mismo y hacia mí.

—¡Oye!, —exclamó, sobresaltado.

Me empujó con fuerza hacia atrás y se quedó en el pasillo en posición amenazante: se protegía el pecho con los puños apretados, y tenía una pierna más alejada por si acaso necesitara lanzarse sobre mí.

—¿Tienes?, —preguntó.

—¿Qué?

—Dinero. ¿Tienes algo de dinero?

—Claro que tengo dinero —dije, y me dirigí hacia la maleta.

Saqué del bolsillo lateral un pequeño monedero, en el que había metido todo mi presupuesto para el viaje. Conté el dinero por un momento y pensé en cuánto darle. ¿Cuánto podría darle de esta cantidad que había ahorrado?

—¿Tienes mucho dinero?, —preguntó.

Quería responderle que lo único que tenía era dinero, pero entonces cerré el monedero, me giré hacia él, le cogí la muñeca y le puse el monedero en la mano.

Él lo abrió inmediatamente, sacó el fajo de billetes y empezó a contarlo, estupefacto.

—¿Todo esto me vas a dar?

—Sí, cógelo.

—Esto no es real. Gracias —dijo—. Gracias —repitió, me abrazó y me besó en la mejilla.

La puerta se cerró. Yo me arrojé sobre la cama y me quedé allí tumbado, imaginándome que tenía hijos, una niña de cinco años que me estaba esperando en casa. Me estaría esperando mientras yo me reunía con personas desconocidas en hoteles. Me imaginé que

tenía ese tipo de vida: habitaciones de hotel, callejones oscuros, navegadores de internet cuyo historial tendría que acordarme siempre de borrar. Paranoias y sospechas, miedo a que alguien me enviase un mensaje y fuera perfecto, un hombre con espeso cabello rubio y un cuerpo largo y fibroso, y quisiera encontrarse conmigo en pleno apogeo veraniego.

Me hablaría de la vida con la que soñaba y que quería compartir conmigo. De un pequeño chalé al lado del mar. En el patio habría un pequeño jardín con árboles y sitio para los perros. Siempre brillaría el sol, pero no sería un sol cualquiera, un sol pesado, sino un sol ligero que no te hace sudar y que te acaricia la piel. «Podríamos escaparnos a un lugar así, tú y yo, y viviríamos así hasta el fin de nuestros días», me diría, y diría que iba a salir ya, espero verte en la estatua de Skënderbeu, llevo una camisa blanca, vaqueros azules y zapatos rojos, dime tú también lo que llevas puesto para que podamos reconocernos y escaparnos juntos.

Y yo desearía tan fuertemente eso que él me prometería que le contaría lo que llevaría puesto cuando nos viéramos junto a la estatua: una camisa negra sin mangas, vaqueros blancos y zapatos azules, allí nos vemos, claro que nos vemos allí, casi me he enamorado de ti, me oyes, enamorado.

Y pensaría en todo lo que podríamos llegar a ser, nosotros dos, y en lo felices que seríamos.

Pero llegaría a la estatua y allí no estaría él, sino otra persona, un gran grupo de otras personas. Llevarían bates de béisbol y todo. Me agarrarían por la fuerza y me obligarían a meterme en el maletero de un coche. Me llevarían en medio del desierto, me arrojarían al suelo, apagarían sus cigarros sobre mi piel, me escupirían, orinarían y defecarían encima de mí, y, entonces, cogerían sus bates y me los meterían primero en el cuerpo y después en la boca, y me obligarían a decir «es verdad, lo que hago está mal y es desagradable y merezco morir, por favor, hacedlo ya».

Lo miré por la ventana de la habitación del hotel. Observé cómo caminaba por la calle peatonal de Pristina, cómo atravesaba la pequeña plaza, se colocaba las patillas de las gafas de sol y volvía a su otra vida. Yo sacudí primero los hombros, después las rodillas y, por último, la barbilla. Me picaba todo. Me senté un momento en la cama, ya que sentía como si alguien me hubiera pasado un rallador

de queso por la piel.

1999
Salvación

La OTAN inició los ataques aéreos a Belgrado el 24 de marzo de 1999. En junio de ese año terminó la guerra y, en julio, Bajram atracó una tienda con un amigo.

—Ha sido perfecto —exclamó Bajram, estirando las manos.

Entonces, contó de principio a fin lo que había pasado.

Un amigo de Bajram que vivía en Helsinki había visitado varias tiendas y había interrogado despreocupadamente a un guardia de seguridad sobre su trabajo y su vida diaria, pues, al parecer, estaba interesado en iniciarse en la profesión.

Al principio, el guardia había descrito su profesión solo de forma superficial, pero pronto se llevó al amigo de Bajram a un lado. Cuando este compartió sus duras experiencias como imaginario guardia de seguridad en Kosovo, el guardia estuvo dispuesto a hablar de hermano a hermano. Explicó que, en Finlandia, la profesión sufría debido a la falta de recursos. El amigo de Bajram, por su parte, le contó cómo era el trabajo de guardia de seguridad en Kosovo. «Una vez, en Pristina, un grupo de hombres atracó una tienda. En un caso así, el guardia, como mucho, podría atrapar a un ladrón».

«Ojalá fuera así», había dicho el guardia. Dijo que tenía que vigilar áreas muy grandes, en las que podía haber varias tiendas, y hacerse cargo de la seguridad de todas ellas al mismo tiempo. Si se producían dos atracos a la vez en dos tiendas diferentes, no podría hacer nada en una de ellas. «La situación es la misma en todo el país, especialmente en los municipios pequeños».

Una semana más tarde, Bajram y su amigo se hicieron con pistolas de aire comprimido de cincuenta marcos que tenían el mismo aspecto y el mismo peso que armas de verdad. Hicieron agujeros para los ojos y la boca en sendos gorros grises como si se hubieran inspirado en una película barata. La imagen delante del espejo, con los gorros en la cabeza y las pistolas de juguete en el

bolsillo del chaleco, resultaba más graciosa que amenazante. Realmente habían decidido hacer algo tan absurdo. Intenté decirles que, si los pillaban, acabarían en la cárcel.

—No veréis a vuestros hijos en años, ni podréis ir a Kosovo. Os pudriréis en una estrecha celda durante tanto tiempo que empezaréis a rezar por la muerte.

Bajram y su amigo se miraron por un momento. Creí que aún considerarían echarse atrás. Pero cerraron la puerta tras de sí, riendo.

Bajram y su amigo fueron en coche a otra ciudad. Aparcaron en un complejo de apartamentos que estaba separado del resto de la ciudad por varios kilómetros de bosque. Caminaron entre los árboles durante horas, planeando el trayecto de huida, hasta que estuvieron seguros de su plan. Comprobaron cuándo el guardia de la tienda se iba en coche del patio trasero, y aún esperaron durante quince minutos para asegurarse de que el coche hubiera tenido tiempo de llegar a su siguiente destino.

Entonces se precipitaron dentro de la tienda y ordenaron a todo el mundo que levantara las manos. Las personas que estaban haciendo cola en la caja dejaron caer sus compras al suelo y los miraron atemorizados, tan atemorizados como los kosovares miran a los soldados serbios, tan atemorizados como los soldados serbios miran a los soldados estadounidenses.

El cajero vació la caja y le tendió a Bajram un fajo de billetes. En ese momento, Bajram reparó en un cliente que observaba entre las estanterías y tenía el teléfono móvil en la oreja.

Entonces, Bajram y su amigo corrieron de vuelta al bosque, tan rápido como les permitieron sus piernas. En algún momento, Bajram creyó oír el silbido de una sirena, igual que en las películas, cuando el policía que resuelve un asesinato o su perro han encontrado alguna pista y han ido a perseguir al sospechoso.

Consiguieron llegar al coche en menos de media hora y lograron volver sin que nadie los viera. Cuando Bajram llegó a casa con su botín, estaba temblando, atemorizado y con delirios de persecución.

—Yo no he oído ninguna sirena —dijo su amigo con calma—. ¿Podemos contar el dinero?, —continuó—. Tengo que pasar la noche en casa.

Bajram se tranquilizó, soltó la cortina que tenía sujeta con el

dedo y dejó de mirar por la ventana. Sin embargo, seguía estando seguro de que la policía aparecería en cualquier momento en el aparcamiento y vendría a buscarlo. Respiró profundamente y me pidió que preparase café.

En la caja había veinticuatro mil doscientos marcos. Doce mil cien marcos para cada uno. El amigo de Bajram cogió su parte y se fue en el mismo coche en el que se habían desplazado todo el tiempo. Una vez el coche desapareció de la vista, el único atisbo de culpabilidad que quedaba era un gran fajo de billetes. Bajram lo escondió en un maletín que tenía en el armario superior de la cocina, donde guardaba nuestros ahorros, su título universitario, los certificados de nacimiento de los niños y una bandera de Albania.

—No te preocupes: pronto iremos a Kosovo —dijo con una expresión enigmática en la cara.

Yo miré a Bajram, que bebía café con mano firme, y me maravillé con su capacidad para pasar tan rápidamente de un estado emocional a otro totalmente opuesto.

A la semana siguiente, estábamos viendo el programa *Policías* en televisión, y cuando la pantalla mostró la secuencia que había grabado la cámara de seguridad de él y su amigo con las armas extendidas, Bajram se levantó de un salto y subió el volumen de la televisión:

—La policía busca a los dos hombres de origen ruso que se ven en la imagen. Por el momento, no hay información suficiente sobre los sospechosos. Si tienen algún tipo de información o pista, pónganse en contacto con el número de la policía que aparece en pantalla.

Entonces Bajram se echó a reír.

17

Lo conocí en el avión. Se llamaba Sami. Coloqué mi equipaje de mano en el compartimento de arriba y me dejé caer sobre mi asiento. Cuando me di cuenta de que no tenía sitio suficiente para las piernas, empecé a atenuar mi amenazante pánico comprobando dónde estaban las salidas de emergencia, cuántos pasos me separaban de ellas y de qué humor estaba el personal de vuelo que nos acompañaba.

Me daban miedo los aviones: temía que los motores empezaran a arder de pronto y que el depósito metálico de cientos de miles de kilos empezara a dirigirse ágilmente hacia la tierra. El aire sería suave como música de guitarra, el avión giraría por el cielo como una ballena y nadie lo oiría. Dentro del avión, se produciría un pánico sin precedente: algunos morirían del susto y el avión se estrellaría sobre la faz de la tierra como una mera cápsula, ya que las alas se habrían desprendido durante el viaje, y explotaría como una bomba atómica. Ardientes piezas metálicas volarían por el lugar del accidente con cadáveres quemados y pequeñas manos pegados a ellos. Algún superviviente gritaría algo, pero sus gritos y todo lo demás serían apagados por las estruendosas llamas.

Saqué la lámina de instrucciones del bolsillo del asiento delantero y empecé a abanicarme con ella. Sami ya se había colocado en el asiento de al lado y estaba leyendo *The Times*. No le presté atención; ni siquiera vi su cara detrás del periódico. Solo brillaba una pequeña calva en su cabeza.

Me puse el cinturón de seguridad cuando el capitán encendió la señal luminosa. Poco después, el avión se puso en movimiento, alcanzó rápidamente la velocidad requerida y se elevó en el aire. Sami seguía leyendo el periódico y yo agarraba fuertemente los reposabrazos, ya que tenía una sensación en el estómago como si el avión estuviera cayendo, hasta que subimos por encima de las nubes, donde el mundo se abría como una cama blanda. Las nubes que habían quedado bajo el avión parecían un edredón. Cuando la

señal luminosa se apagó, me levanté, saqué un libro de mi equipaje de mano y empecé a leer.

En algún momento, él dejó el periódico a un lado y se giró para mirarme. Aunque estaba concentrado en el libro, sentí cómo examinaba cada uno de mis movimientos por encima del periódico que había puesto en su regazo, ya que ni siquiera estaba intentando ser discreto.

Solo cuando dejó el periódico a un lado, me di cuenta de que llevaba puesto un traje y tenía las piernas cruzadas. Una de ellas sobrepasaba la línea imaginaria que había entre nosotros y estaba en mi lado. Entre el zapato negro y la pernera del pantalón había un trozo de piel morena y un calcetín sorprendentemente rojo. Estallé en carcajadas. Medio riendo, medio en serio, miraba su pierna y el calcetín rojo que llevaba puesto.

Él sacudió su brillante zapato delante de mí.

—*I was out of black socks* —empezó en inglés—. *So I had to wear these* —continuó con un fuerte acento finlandés.

Solo entonces me atreví a mirarlo a la cara. La pequeña calva de su cabeza se convertía gradualmente en pelo corto; su cuerpo proporcionado estaba henchido con sus exuberantes músculos; su cara modesta y atractiva permanecía, en cierto modo, distante. Tenía unos maravillosos ojos verdes, grandes y curiosos. Miró su teléfono móvil, que estaba en finés, y volvió a metérselo en el bolsillo.

— *very funny*

That's

—dije—. *I must say that they look pretty good on you*.

Entonces, él también empezó a reír. Cuando le pregunté si, casualmente, hablaba finés, se le iluminaron los ojos.

—¡Sí, sí que lo hablo!, —respondió sospechosamente entusiasmado.

Corrigió su postura: quitó el pie con el calcetín rojo de mi espacio, se levantó de los reposabrazos y se puso el pulgar derecho bajo la barbilla. Dejó que la mano izquierda reposara relajadamente sobre el muslo.

Cuando me di cuenta de que estaba a punto de hacerme una pregunta, empecé a desear: «Por favor, no me preguntes por mi país de origen, por mi nombre o por mi lengua materna. Pregúntame

qué quiero hacer o qué he hecho, mis deseos o mis miedos, y yo te los contaré».

—¿Cuántos años tienes?

Lo miré. La vena que tenía en medio de la frente, sus grandes labios y sus pequeñas orejas desiguales, su cabeza redonda que brillaba como una bola de bolos. Era lo más bello que había visto nunca.

Le dije mi edad y él sonrió despectivamente.

—Interesante —dijo entonces, y se subió aún más el calcetín rojo—. ¿Qué estás leyendo?

2000-2004
Los años y el tabaco

Cuando terminó la guerra, la poca simpatía que habíamos obtenido de la gente desapareció como si la hubieran empujado desde el tejado de un edificio. «Bueno, ya tenéis lo que queríais. ¿Cuándo volvéis a casa?». Cuando la guerra estaba en pleno apogeo, nuestra presencia todavía tenía razón de ser, ya que éramos refugiados que habíamos obtenido, finalmente, el permiso de residencia permanente en lugar del provisional.

Aparecían bolsas de basura delante de nuestra puerta. El más leve ruido en las horas de silencio hacía que los vecinos de abajo subieran a gritar desde el pasillo resonante: «Joder, si no sabéis comportaros como personas, volved por donde habéis venido». En las tiendas, los jóvenes empezaban a imitar nuestra forma de hablar, se ponían las manos bajo las axilas y hacían gestos de mono. «Uh, uh, uh, uh, callad la boca, putos simios».

Nos quedamos aislados entre dos mundos diferentes que, sin embargo, habían empezado a parecerse entre sí. Ya no pertenecíamos a ninguno de los dos. Éramos vagabundos, marginados de la sociedad, personas sin patria, sin identidad ni nacionalidad.

En Kosovo se preguntaban por qué ya no podíamos comer pan blanco y por qué queríamos untar nuestras rebanadas de pan cortadas —no arrancadas— con margarina, por qué no podíamos soportar el olor a basura quemada y por qué, de pronto, nos asfixiábamos en los días demasiado calurosos del verano. No entendían por qué no queríamos lavar la ropa y los cacharros a mano, sino en máquinas, por qué comprábamos el pan ya hecho en lugar de hacerlo nosotros. Cuando cogíamos un tenedor, decían que el *pite* había que comerlo con la mano, que esto no era ningún restaurante. «¿Acaso os creéis que sois mejores que nosotros?».

En Finlandia, éramos parias. No teníamos trabajo ni planes a largo plazo y no sabíamos cuánto tiempo podríamos quedarnos allí.

Hasta que llegó el momento en el que dejamos de hablar del tema por completo. Todos sabíamos que nunca podríamos volver a vivir como lo habíamos hecho hasta entonces.

La situación empeoraba todo el tiempo. No nos atrevíamos a hablar nuestra lengua materna en las tiendas ni podíamos utilizar el cuarto de lavadoras de la comunidad, ya que siempre borraban el número de nuestra vivienda del cuaderno de reservas y en su lugar escribían: «¡Qué asco! Los moros que laven su ropa EN OTRO SITIO». Nuestros hijos volvían del colegio llenos de moratones. Les escupían y se reían de ellos porque no tenían patines ni esquís para los días de deportes invernales, porque no tenían zapatillas de gimnasia ni cortavientos, porque no teníamos nada que llevar al mercadillo del colegio. Bajram y yo no aparecíamos por el colegio de nuestros hijos, ya que ellos no querían que los vieran con nosotros.

Me sentía como si hubiéramos retrocedido diez años, y empezamos a avergonzarnos de nuestra nacionalidad. Bajram le decía a la gente que era de Bulgaria o de Rusia: de cualquier parte que la gente no asociara a las mismas imágenes con las que asociaban Kosovo, ya que eran todas negativas. Allí había disturbios y gente insatisfecha que no sabía comportarse como personas. Yo sentía que los periódicos finlandeses denigraban a nuestro país.

Quedamos atrapados entre las verdades y las mentiras. Ya no sabíamos qué era verdad y qué no y nuestros hijos empezaron a hablar en finés con nosotros en lugares públicos, aunque sabían que, si lo hicieran en casa, Bajram los castigaría.

Bajram empezó a tener atroces sueños violentos en los que era perseguido, apaleado y torturado, y nos los contaba a los niños y a mí.

—Anoche soñé que me habían encadenado a la mesa; estaba en algún hospital y me daban descargas eléctricas. Y la noche anterior me desperté dos veces. La segunda vez, me desperté de verdad, pero la primera me desperté en una habitación en la que no había puerta y que estaba llena de agua. Casi me ahogo.

Sus sueños podían continuar por la mañana, cuando ya estaba despierto.

Pensaba en las llamadas telefónicas que había recibido durante la guerra. Decía que pasaba todo el tiempo que estaba despierto pensando en esas llamadas y en todas las personas que habían

muerto en Kosovo; se torturaba a sí mismo. Por supuesto que yo lo entendía, era imposible dejar de pensar en esas personas.

Bajram empezó a hacerse con objetos robados y a vendérselos a los tenderos finlandeses.

—Es culpa suya —dijo.

Los finlandeses formaban una unidad que se había convertido en su mayor enemigo.

—Quieren que nos comportemos como ellos, pero, al mismo tiempo, hacen que nos resulte imposible.

Era cierto, ya que Bajram llevaba muchos años sin conseguir trabajo. Hizo prácticas no remuneradas en colegios, tiendas y museos, pero, cuando terminaba su período de prácticas, siempre le mostraban la puerta. Algunos, incluso, le decían directamente que no querían contratar a un inmigrante.

—No queremos problemas aquí. ¿Por qué íbamos a contratarte, habiendo finlandeses que hablan finés?

Bajram estaba furioso.

—¿Cómo de bien tenemos que saber este maldito idioma?

Finalmente, llegó a la conclusión de que los finlandeses le debían una cantidad de dinero que nunca podrían devolverle. Los finlandeses lo habían cambiado, le habían arrebatado su honor, y él nunca volvería a ser el mismo hombre.

Bajram empezó a ir con su amigo a la frontera con Rusia, que se había convertido en un conocido lugar de negocios tanto para extranjeros como para finlandeses que quisieran ganar un dinero extra.

El trabajo de Bajram consistía en transportar objetos, ordenadores, teléfonos móviles, ropa y pequeños electrodomésticos desde Helsinki hasta la frontera con Rusia. A cambio, recibía una cantidad de dinero negro y una pequeña parte de la carga transportada.

Bajram contaba historias, cada cual más extraña, sobre cómo se llevaban los objetos de contrabando al otro lado de la frontera, sobre lo estúpidos e inocentes que eran los guardias fronterizos finlandeses y lo fácilmente que se rendían ante la barrera lingüística. Y yo me reía, primero de Bajram y luego con Bajram, cuando él ilustraba sus historias con las manos: con la mano derecha se representaba a sí mismo, y con la izquierda, al finlandés.

La mano derecha era tan rápida, natural y segura que la izquierda no era capaz de seguirla.

—Así son —decía—. Derrotistas. La situación los hace codiciosos, *grua*, no creerías lo cerdas y codiciosas que se vuelven las personas que creen ser honestas.

Yo deseaba que Bajram dejase ese trabajo, pero, cuando comenzó a comprarnos a mí y a los niños regalos caros, empezamos a celebrar los cumpleaños y él dejó de apartar dinero para los ahorros, me di cuenta de que estaba enganchado.

Sin embargo, cuanto más dinero ganaba Bajram, más infeliz era.

18

Tres semanas después de nuestra primera cita, lo invité a venir a mi casa. Esa noche se enamoró de mí, y yo de él: los dos nos enamoramos, ardimos como llamas procedentes del núcleo azul del fuego.

Le encantaba mi serpiente. Jugaba con ella y proponía nombres apropiados para ella.

—Otoño —propuso—: tiene los colores del otoño, si te acercas lo suficiente. O Chispa. Porque emite un sonido chispeante.

Para él, la serpiente no era ninguna mascota extraña, sino única y original. La cogía con valentía en brazos, la acariciaba y la arrullaba. «Creo que esto te gusta. Buena chica».

En su opinión, la serpiente tenía la piel dura, pero por dentro era blanda y suave; le encantaba que se enrollase en su cuello como una joya gigante, le encantaba cómo apretaba su cuello sin ahogarlo. «Claro que lo sabe —decía—. Lo siente». Opinaba que, a la serpiente, en realidad, le gustaban la cercanía y la calidez humana, aunque daba a entender que rechazaba todo lo que no fuera vivir por sí misma.

Le había preparado café, así que le tendí una taza. La primera taza de café en mi casa fue perfecta y el café era tan delicioso que interrumpió su primer trago por el enternecedor deseo de informarme de lo bueno que estaba.

—Me alegra que te guste —dije. Me senté, satisfecho, a su lado y deposité la cabeza sobre su hombro suave.

Detrás de la ventana, el verano estaba llegando a su fin. Los rayos de luz pasaban como por un colador a la habitación a través de las persianas semiabiertas como una valla de madera. Estuvimos apoyados el uno en el otro durante un corto tiempo y, a media taza de café, lo dijo.

—Creo que te quiero. No sé si puedo decirlo tan pronto, pero, aun así, lo digo. Lo siento; no tenía que haber dicho nada.

Esperó un momento, y en la base de mi oreja sentí cómo tragaba justo antes de besarme el pelo; entonces, sentí los latidos de mi propio corazón en el cuello. Ahora que había dicho esas palabras, ahora que las había recibido por primera vez, ya nunca me las podría arrebatar.

Me giré para besarlo, con más fuerza, más ímpetu y más ansia, como si no tuviera suficiente, como si nunca pudiera volver a sentir lo mismo.

Me levanté y estiré la mano hacia él. Él dejó el café sobre la mesa y me agarró la mano, se levantó y me rodeó con el brazo, me besó el cuello y me olfateó el pelo. Lo arrastré hasta el dormitorio y sonreí. Me giré para que él también lo viera.

—Me hace muy feliz lo que acabas de decir.

Estuvimos mucho tiempo tumbados en la cama sin decir una palabra, mientras él respiraba uniformemente, hasta que levanté la cabeza de su pecho. Me concentré en mirarlo, sin respirar.

—¿Qué pasa?, —preguntó cauteloso.

Quería contarle que estaba aterrorizado. «¿Y si esto termina? Si alguna vez cambias de opinión, aunque ahora hayas dicho esto, será horrible. ¿No lo habías pensado? ¿Acaso no es horrible que, en cuanto sucede algo bueno, uno empieza a temer el momento en el que se quedará sin ello?».

No respondí. Él lanzó una mirada rápida al otro lado de la ventana, donde el día había empezado a oscurecer y se estaba tornando rojizo. O si yo dejase de quererlo a él, o si él ya nunca pudiera volver a decírmelo, o si se enamorase de otra persona, o si consiguiera trabajo al otro lado del mundo… Todo podía suceder. Incluso podía morirse.

Él dejó de esperar una respuesta y se giró a mi lado, se cubrió parcialmente el estómago y la pierna derecha con la colcha. Entonces, exhaló aire pesadamente y rodó hasta mi lado, se apoyó sobre el brazo derecho y pasó el izquierdo por mi estomago.

—No pienses demasiado. Ese es tu problema.

Movió la mano por mi estómago: las yemas de sus dedos eran cálidas y suaves y su piel olía a almendras laminadas.

Entonces, yo también lo dije, ya que habría sido una auténtica locura no decírselo a un hombre como él.

2004-2007
Los migrantes

Uno tras otro, nuestros hijos nos abandonaron. Se fueron a estudiar y a trabajar a otros municipios. O eso nos dijeron, aunque parece ser que solo eran excusas. Nunca había pensado que un hijo podía dar la espalda a sus padres de esa manera. Un hijo puede estar enfadado durante un tiempo, pero no rechazaría a sus padres de pronto. Esa posibilidad ni siquiera la había contemplado, ya que, en lo más profundo de su ser, un hijo siempre ama a sus padres y los padres a su hijo: de algún modo, siempre están unidos.

Pero no nos llamaban nunca para preguntar cómo estábamos ni para contarnos cómo les iba a ellos, así que aceptamos la realidad de que, a partir de entonces, estábamos los dos solos. Se despidieron de nosotros de forma superficial, aunque les habíamos dado comida y ropa y un hogar durante todos estos años.

—Hasta luego.

Bajram se tomó muy a pecho que sus hijos ya no quisieran saber nada más de él. Dormía mal y ya no se preocupaba por el dinero. Intentó llamarlos varias veces, pero ellos nunca respondían a sus llamadas. Le enviaban mensajes que no contenían más que unas pocas palabras. «Todo va bien».

Conducía por las ciudades a las que habían dicho que se iban a mudar, pero no conseguía encontrarlos. Hacía guardia en plazas y parques. Decía que quería hacerlos entrar en razón, pero algo en ellos nos alejaba cada vez más y algo en nosotros los alejaba a ellos, como si fuéramos dos polos idénticos de un imán.

Cuando nos quedamos los dos solos, Bajram y yo apenas hablábamos; durante muchos años, nuestras conversaciones estuvieron vacías de contenido. Bajram empezó a beber cantidades ingentes de alcohol y a adelgazar.

Ahora, toda nuestra existencia dependía de nuestros hijos, que habían decidido que no querían saber nada más de nosotros. Su marcha era como estacas clavadas en nuestro estómago. Me

preocupaban tanto y estaba tan enfadada con ellos que soñaba que los abofeteaba, les gritaba, les arrancaba la ropa y los obligaba a contarme lo que pensaban realmente.

Pasado un tiempo, Bajram empezó a hablar de volver a Kosovo. Dijo que quería irse de Finlandia, pero retiró sus palabras, como si decirlas hiciera que se volviera un hombre más pequeño e insignificante.

Entonces, empezó a hablar de lo que diría la gente si volviera allí y, especialmente, en lo que dirían si volviera sin sus hijos. Cuando me preguntó qué opinaba del tema, temí que me obligara a volver con él, pero me dijo que también podía volver solo.

Bajram estaba intranquilo y nervioso, y hasta lloraba. Había que ir siempre de puntillas, ya que se irritaba fácilmente y no andaba bien del corazón. Yo temía que le diera otro infarto.

Hice las maletas en mitad de la noche y me marché. Abrí el cajón superior de la vieja cómoda, que siempre crujía al abrirla, y cogí los billetes que había ido ahorrando durante todos esos años. Bajram murmuró algo, se giró sobre un costado, pensó que la maleta que había a su lado era su esposa, con la que había pasado, como por accidente, este tipo de vida.

Todos se habían marchado y las paredes estaban vacías. No había ni una sola fotografía en ellas.

Levanté la maleta de la cama, abrí la puerta del dormitorio, fui hacia el pasillo y me puse el abrigo. Abrí la puerta de casa lo más silenciosamente que pude. La apretada bisagra de la puerta crujió como si se hubiera doblado violentamente. Había un silencio sepulcral: yo estaba en silencio, Bajram dormía en silencio, y parecía como si nadie hubiese dicho nunca una sola palabra.

Pensé en despedirme de él. Me despediría de estos últimos veinticinco años, lo miraría a la cara por última vez, las profundas arrugas que recorrían su cara, su incipiente barba y la calva de su cabeza. Le besaría la frente, lo agarraría de los fuertes hombros, pondría la cabeza en su pecho… Ni siquiera lo toqué.

Abrí la puerta que daba a la escalera. El frío viento cortante aullaba ruidosamente y penetraba en mi piel como pequeñas agujas. Mientras caminaba hacia delante, sentí como si Bajram se hubiera levantado, hubiera caminado hasta la ventana y me mirara alejarme por el patio del edificio y el aparcamiento, donde los copos de nieve

recién caídos parecían trocitos de papel.

Unas semanas más tarde, Bajram se marchó de Finlandia, volvió a nuestro antiguo piso en Pristina y empezó a trabajar como taxista. Se dedicó a ello durante unos años y, poco después, murió.

III

Hasta que consigues la vida que querías.

19

Durante los meses siguientes, fui con él a restaurantes, al cine y al teatro, a cruceros y a museos: siempre estábamos haciendo algo nuevo. Me llevó a montar a caballo y a hacer escalada, saltamos desnudos al mar y nos reímos de la gente que se arrastraba a su casa cuando nosotros salíamos a correr los fines de semana por la mañana. Yo lo quería y él me quería, y nos lo decíamos cada día.

Él me daba tiempo para pensar y tiempo para contar cosas de las que no quería hablar, y no le importaban mis noches en vela, en las que no lo dejaba dormir por puro despecho. No le importaba que fumara ni que me quedara despierto hasta tarde por las noches y me despertara temprano por la mañana, ni que bebiera café todo el tiempo: estas cosas eran para él insignificantes, ya que, a cambio, recibía más amor del que podía soportar.

Yo no tenía tiempo para mis estudios, pero él decía que ya lo tendría, que los estudios podían esperar. Y yo lo besaba en el cuello y le decía que por supuesto, los estudios me pueden esperar, claro que pueden esperar, y envolvía su cuello con mis brazos. «Ahora sabes más de mí de lo que nadie ha sabido nunca».

Cuando él estaba trabajando, lo echaba tan terriblemente de menos que no podía quedarme quieto. Limpiaba, ordenaba, fregaba, organizaba y apilaba cosas: hacía lo que fuera para que el tiempo pasara más rápidamente. Cuando nos encontrábamos por las tardes, siempre me parecía que se hubiera vuelto más guapo: la camisa pegada a su piel desvelaba demasiado sobre los contornos de la parte superior de su cuerpo, su cinturón de cuero separaba la camisa blanca de gran calidad de sus pantalones fabricados con tela costosa que hacían que sus piernas fueran criminalmente sugerentes.

Llevaba un traje hecho a medida, corbata y zapatos de cuero, y yo solo quería pedirle que se detuviera para observarlo de la cabeza a los pies y maravillarme por mi imagen en el espejo a su lado. Quería sentir envidia de mí mismo. De este momento. De haber

conseguido un hombre como él, un director de banco solo para mí, con quien firmaría cualquier tipo de contrato.

En esas tardes llenas de añoranza, me torturaba a mí mismo imaginando que él estaba sentado con otro en nuestra querida cafetería. Le cogía la mano por encima de la mesa, retiraba la sal y la pimienta a un lado para dejar sitio a sus manos y a su amor, bebía a sorbos un café aún mejor que el que yo le preparaba y se enamoraba de un modo aún más ardiente. Me imaginaba al otro a su lado, pensaba que ese otro sería mejor para él. Puede que el otro tuviera las mismas características que lo habían hecho enamorarse de mí, pero no tuviera todo aquello que le hacía pensárselo dos veces.

Las palabras «te» y «quiero» se convirtieron rápidamente en mis favoritas, y no quería hacer otra cosa que repetirlas una y otra vez. Te quiero. Son las dos, quedan tres horas y el viaje a casa, y entonces estará aquí y podré volver a decírselo.

Él y yo nos estábamos convirtiendo en *nosotros* sin darnos cuenta. Pronto se acostumbró a preguntar si *íbamos* a ir el fin de semana a la fiesta de cumpleaños de su hermana, como si no pudiéramos existir por separado, como si él no fuera a ir a la fiesta si yo no accediera a ir. Pero yo dije que sí; siempre decía que sí, claro que *vamos* juntos a la fiesta de tu hermana. Claro que voy contigo. Ni siquiera necesitas preguntarlo: puedes, simplemente, informar de que vamos a algún sitio el fin de semana. No tengo nada en contra de ello.

Debido a mi edad, habría podido ser su hijo. De un día para otro, empezó a pensar en ello. Solía preguntar si su edad me molestaba, y yo tenía que repetirle que no me molestaba en absoluto, que esto no iba de números.

Las cosas fueron así durante mucho tiempo. Las cosas iban bien.

Tan bien, que empecé a sospechar de él, aunque no me había dado ni un solo motivo para hacerlo. Empecé por pequeñas cosas: me enfadaba por sus constantes quejas sobre lo cansado que estaba. Le pregunté por qué bostezaba constantemente. Lo miré fijamente por el rabillo del ojo mientras pretendía leer un libro en el sofá, cuando su fuerte mano se interpuso entre el libro y yo para acariciarme el pecho.

—No me toques —dije, apretando los dientes mientras me imaginaba su cuello entre ellos.

—Muy bien —dijo, retiró la mano y empezó a buscar su camisa de rayas blancas y negras.

—No soporto tus quejas; para ya —dije.

—Tengo derecho a estar cansado —se defendió.

—Puedes dormir mañana. Y el fin de semana, cuando sea —dije.

—Ay, había olvidado que no te puedo decir cuándo estoy cansado, pues alguien, en alguna parte, está muriendo de hambre, así son las cosas —murmuró—. No se puede estar siempre pensando en lo que va bien y mal en el mundo.

Entonces cogió un montón de papeles impresos de mi escritorio. Siempre se había preguntado por qué imprimía ese tipo de artículos. Por ejemplo, artículos sobre la prisión de Gitarama en Ruanda, donde los presos pasaban tanta hambre que se comían unos a otros. Las celdas estaban tan repletas que los presos tenían que estar siempre de pie. Pasaban cada día y cada hora de pie en una gran jaula con un duro y frío suelo de cemento y llena de excrementos. Las piernas se les enmohecían, se les gangrenaban y, finalmente, se les caían.

Artículos sobre los *slums* de la India, que se extendían más allá de la vista, de chabolas construidas con basura. Sobre Dharavi, que es el *slum* más grande de todos y en él viven aproximadamente un millón de personas. Un millón de personas en un área de un kilómetro cuadrado y medio sin red de alcantarillado. Los niños juegan en medio de los desechos y enferman, pero nadie quiere hacerse cargo de ellos. Las compañías de seguros exigen formularios, y los hospitales, certificados de nacimiento que no existen. La gente no existe.

Artículos sobre personas que son vendidas para la prostitución, los trabajos forzados, el tráfico de órganos y de drogas. Esperan en casetas oscuras a sus clientes, que pueden hacerles lo que quieran. Son atadas y drogadas hasta quedar inconscientes. O están tumbadas sobre la mesa de operaciones, los bisturíes se clavan en su fina piel y los traficantes de órganos se llevan sus riñones y no queda de ellas más que desechos clínicos. Cada año, millones de personas sufren este tipo de destino.

Arrojó los papeles al suelo y les dio una patada.

—¿Por qué te torturas con esta mierda?

—Vete de aquí.

Fue nuestra primera pelea; me llamó infantil y se marchó a su casa.

¿Acaso no entendía que era su responsabilidad pensar en esos presos y en esos niños? En cómo se sentiría si fuera secuestrado de pronto y no supiera si volvería a ver la luz del sol. Qué sentiría si se despertara en una celda oscura y fría y gritara y gritara hasta que no saliera sonido alguno de su garganta, y solo estuviera rodeado por una pared húmeda y helada. Cómo sería el momento en el que comprendiera que iba a morir pronto, pero todavía no; cómo sería saber que lo único que podía hacer era limitarse a esperar.

Por supuesto que tendría que pensar en ello; todo el mundo debería hacerlo. Y no decir que estaba cansado, eso nunca. Era absurdo decir que tengo derecho a sentir pena y angustia y cansancio incluso por pequeñas cosas, y aún más absurdo justificarse diciendo que la pena y la angustia y el cansancio son iguales para todo el mundo.

Volvió a mi casa en su nuevo Volvo y me besó en la puerta. Su barba incipiente me arañó la cara, y yo dejé de besarlo por un momento y se lo volví a decir:

—Te quiero. De verdad. Lo siento. Puedes decir lo que quieras.

—No, tienes razón. No me pidas perdón. Yo sí que lo siento. No volveré a decir esas cosas.

Así que lo amé aún más, más que a mí mismo, y él me amó a mí más que a sí mismo. Pensé que éramos perfectos el uno para el otro, que envejeceríamos juntos y que estaría con él el día de su muerte, llamaría a sus familiares para informarles de que había fallecido y organizaría su funeral.

Hasta que, un día, me di cuenta de que lo único que hacía era sentarme a esperar a que él volviera y abriera la puerta del pasillo.

Salía de la ducha sin secarse los pies e iba dejando huellas por el suelo y por las alfombras. Donde quiera que fuese, dejaba todo hecho un desastre. No fregaba la sartén después de usarla, sino que la dejaba sobre el fogón; nunca limpiaba los azulejos del baño; no echaba la ropa sucia al cesto, sino que la dejaba en el suelo, y no sabía cuánto polvo generaba, puesto que era yo quien lo limpiaba. Yo recogía su ropa y fregaba sus platos y lavaba los azulejos del

suelo, y me imaginaba su cara mientras frotaba con el cepillo, lavaba su ropa con la temperatura errónea y hacía su comida en una sartén sucia.

Empezó a hacer comentarios sobre mi obsesión por la limpieza, sobre el hecho de que cambiaba las sábanas varias veces por semana, y pronto yo también empecé a buscar cosas por las que poder criticarlo. Se convirtió en una competición. Yo lo observaba detenidamente y seguía todos sus movimientos de forma casi maniática solo para pillarlo haciendo algo mal: cuándo cometería un error, cuándo podría meter el dedo en la llaga y criticarlo por algo que yo jamás haría.

Entonces, mi amor dejó de ser suficiente para él y su amor dejó de ser suficiente para mí, aunque yo tenía amor de sobra para él y él tenía amor de sobra para mí. Empezó a decir que yo era una persona enferma a la que ningún profesional podía ayudar.

—No sé si te has dado cuenta, pero eres un poco arrogante —dije.

—¿Yo soy arrogante?, —se echó a reír—. Puede que sea arrogante, pero tú estás aquí y no eres capaz de ir más allá de la tienda. Estás aquí esperándome todos los días, y eso es patético. Haz algo con tu vida, levántate.

—Primero, nadie te obliga a estar aquí. Y, segundo, no paro de hacer cosas. Lavo tu ropa, plancho tus corbatas, tus calcetines y tu ropa interior, te hago la comida y limpio todo lo que ensucias. Tú nunca tienes que hacer nada.

Arrugó la frente. Entrecerró el ojo izquierdo. Vi en su cara que estaba apretando los dientes. Se apretó la toalla que llevaba atada a la cintura y pareció pensar detenidamente sus siguientes palabras.

—Eres libre de marcharte —dije todo lo insensiblemente que pude, y salté con despreocupación al sofá para demostrarle lo poco que me importaba la conversación.

Me saqué el teléfono del bolsillo y empecé a escribir letras aleatorias en la pantalla.

—Por cierto, te he puesto los cuernos.

—¿Qué?

—Sí, te he engañado con otro. Ahora mismo le estoy escribiendo un mensaje. Eres demasiado viejo para mí. ¿Acaso creías de verdad que seguiría contigo cuando tú estuvieras jubilado y yo siguiera

siendo joven? Piensa un poco.

Sus manos seguían agarrando el nudo de la toalla. No era capaz de mirarlo, pero sentía su silencioso llanto a través del cargado ambiente de la habitación. Me levanté para abrir la ventana, pero volví a dejarme caer inmediatamente en el sofá. Su cuerpo se debilitó, derrotado. Se rascó la cabeza, suspiró profundamente, como si el aire entre nosotros se hubiera vuelto tan denso que ninguno de los dos tenía espacio para decir nada, y se fue al dormitorio a buscar su ropa. Por el ruido que hacía, supuse que se estaba vistiendo apresuradamente. Pasados unos instantes, dijo «adiós» en la puerta y se marchó.

Después de que se fuera, dejé de hacer cosas, dejé de ver a gente y el mundo exterior. Esta fase duró varios meses. El verano se convirtió en otoño: la gente apresurada avanzaba con paso rápido por la oscuridad y la lluvia, levantaban o bajaban sus paraguas, les sacudían el agua y seguían su camino. Miré esta imagen por la ventana y me sentí cansado; pensé cómo podían no cansarse del mismo modo.

Empecé a desear haber vivido ya mi vida, puesto que, sencillamente, no soportaba seguir existiendo. Deseaba ser un hombre anciano con la voz ronca, alguien que ya hubiera visto el mundo, hubiera amado, odiado y perdido, hubiera tenido hijos y nietos y aplaudido en sus fiestas de graduación y en sus bodas.

Cuando esta situación se hubo prolongado demasiado, me dije a mí mismo que las cosas no tenían por qué ser así. Saqué las gafas de sol del mueble del pasillo, me las puse, salí a la calle y me apunté a nuevos cursos y al gimnasio. Me repetía a mí mismo que así eran las cosas, que la actitud todo lo puede, la actitud todo lo puede, y me dije a mí mismo que hacía un buen día, un día soleado en el que la nieve brillaba como polvo de diamante. Y bajé del autobús, porque quería caminar el resto del viaje, y no porque el autobús estuviera lleno y me tocara ir de pie en el pasillo. Y mi voz no tembló cuando hice los trámites por teléfono, ni encogí los hombros mientras caminaba a través de los bancos del parque llenos de gente.

Así que le dije al vendedor de la tienda, con una sonrisa, que esa noche iba a prepararle una cena sorpresa a mi pareja con berenjenas y calabacín y, cuando llegué a casa, tiré las berenjenas y los calabacines a la basura y me eché a llorar. Me dejé caer sobre la

cama, agotado. A la mañana siguiente me volví a levantar, miré por la ventana y dije en voz alta:

—Hoy.

Hoy es un día maravilloso.

2007-2008
Una nueva vida

Cuando me marché, pasé varias semanas en una casa de acogida. Después, obtuve una vivienda: un pequeño piso de una habitación cerca del centro.

Al principio, me resultaba difícil estar sola. No tenía que hacer la colada más que una vez a la semana. No se me acumulaban los platos sucios. En mi cama no dormía nadie más que yo. Nunca había vivido sola, aunque lo había deseado muchas veces, y ahora me sentía vulnerable y desnuda. No tenía nada que hacer ni tenía que estar en ningún sitio a una hora determinada.

Tenía demasiado tiempo para pensar. ¿Habría alguien podido imaginar que algún día estaría así? Sin hijos y sin marido. ¿Acaso sería mejor estar con alguien? ¿Sería mejor pasar la vida con alguien, con quien fuera, antes que pasarla sola?

Pensé en si mis hijos se habían vuelto demasiado finlandeses, si nosotros nos habíamos vuelto demasiado finlandeses. Mientras aprendían a reconocer los nombres de las plantas y los pájaros, las capitales del mundo y todas las religiones, pensé en si aprenderían también que nosotros habríamos merecido aprender esas cosas, hacer algo más, estudiar algún oficio, asistir a cursos y obtener títulos. ¿Se darían cuenta de la envidia que sentíamos Bajram y yo? Envidia porque ellos tenían la posibilidad de hacer algo provechoso con su vida, algo respetable. Envidia porque aprendían todo tan rápidamente.

Pensé en por qué Bajram firmaba de tan buen grado aquellos formularios, por qué ponía cruces en las casillas. ¿Cómo podría haber pensado que primero trabajarían, pagarían impuestos y, después, volverían con él para hacer realidad el sueño de su padre en lugar de los suyos propios?

Esos pensamientos me atormentaron durante mucho tiempo. A veces, prorrumpía en llanto en medio de la calle mientras caminaba de la tienda a casa. O me desplomaba en el suelo mientras estaba en

la ducha. Me agarraba el estómago; me dolía todo el cuerpo. Cuando, llevada por la costumbre, preparaba demasiada comida y me sentaba a la pequeña mesa, miraba de forma alterna la fuente y el sitio vacío enfrente de mí, hasta que me levantaba, volvía a poner la fuente en el horno y retiraba la silla de mi vista.

Las llamadas telefónicas a mis hermanos y a mis padres se hicieron cada vez menos frecuentes. Estaba empezando a borrarlos de mi mente. Les escribí mensajes a mis hijos pidiéndoles que me visitaran, pero ellos no estaban interesados en venir. Cuando mi hijo menor vino a mi casa, no preguntó nada sobre mí. Únicamente preguntó por su padre, aunque yo estaba aquí y su padre no.

20

Llamó totalmente por sorpresa y me pidió venir a verme. En su vida, medio año era muy poco tiempo. Había transcurrido tan rápidamente que apenas se había dado cuenta. «Podemos hacer cosas juntos, vernos e ir a comer».

—Hola —dijo desde la puerta—. Me alegro de verte.

Lo saludé y lo invité a que pasara.

—¿Qué tal te va?, —preguntó.

Se quitó las zapatillas amarillas en el pasillo y entró al salón para sacudir las piernas, que estaban embutidas en mallas de correr. Sus músculos de los muslos parecían grandes bolas de carne separadas del resto de su cuerpo.

No sabía qué responder. ¿Le decía la verdad o le respondía de tal modo que yo también pudiera preguntarle lo mismo?

—Me va bien —dije, y lo miré.

Se había quitado el húmedo gorro gris de la cabeza y había puesto la pierna izquierda en el sofá para estirar la parte posterior del muslo.

—¿Y a ti?

—A mí también me va bien —respondió.

—¿Quieres algo de comer?, —pregunté, porque sabía lo hambriento que estaba siempre cuando volvía a casa después de hacer deporte.

—¿Has preparado comida?, —preguntó.

—No, pero justo estaba pensando hacer algo para mí —dije.

Inmediatamente, sentí que la situación era inadecuada. Pensé que debería haber tenido algo preparado: la salsa de carne picada lleva mucho tiempo, él odia la comida rápida, no prueba los congelados y la comida precocinada es una de esas cosas que no entiende. Apartaría la comida que le diera y exigiría algo mejor.

—No tienes que cocinar para mí. Puedo comer cualquier cosa. Una fruta, por ejemplo —dijo, y se sentó en el suelo.

Abrí la nevera, desesperado. Si hubiéramos seguido juntos, él no

habría sido tan amable: me habría ofendido de un modo en que solo puede hacerlo un amante.

—Puedes coger una manzana —dije cuando vi una al fondo del frutero que estaba sobre la mesa de la cocina.

—Está bien —dijo.

Cogió la manzana, me dio las gracias y se fue al fregadero a lavarla. Cogió un cuchillo del cajón superior y empezó a comer la manzana cortando pedazos y llevándose cada uno de los trozos a la boca entre el cuchillo y el pulgar.

Se apoyó sobre la pared que tenía detrás, levantó y dobló la rodilla contra ella para estirar un poco más los muslos y masticó su manzana; hasta que se cansó de la postura, puso la manzana y el cuchillo sobre la mesa, los dejó allí, como siempre hacía, y se agachó para mirar debajo del sofá.

—Es extraño… —empezó con un titubeo—. Está ahí, detrás del sofá, sin más —continuó—. Apenas se movería si no la sacaras de ahí de vez en cuando. ¿Cómo hace para no aburrirse nunca?

—Siempre está ahí —dije—. Ya lo sabes. Es muy buena y sensible.

—Sí, pero ¿por qué no la pones en el terrario ese que compraste? Ahí se va a secar —declaró, y volvió a coger la manzana y el cuchillo.

—No le gusta —dije.

Me puse a pensar qué podría decir o hacer para que no volviera a empezar a hablar de lo que, en su opinión, debería hacer con mi serpiente, dónde debería llevarla por narices o dónde debería guardarla, cómo vivía todo el tiempo a una temperatura tan baja.

—He decorado la casa —me obligué a decir, y me dirigí al dormitorio.

Le enseñé la nueva decoración de mi dormitorio: el espejo de marco negro apoyado contra la pared, las nuevas sábanas y cortinas negras, que no dejaban pasar nada de luz a la habitación a través de las ventanas que daban a la calle.

—Genial —dijo con tono cansado.

—Gracias —dije, y lo observé sentarse en el borde de la cama y empezar a rebotar como si tuviera demasiada energía.

Quería ir a su lado, abrazarlo por detrás, rodearlo con mis brazos, olerlo. Me había quedado de pie en la puerta y me sentía

como si me hubieran pegado el hombro al marco con pegamento.

Entonces se levantó y se giró hacia mí, puso la mano en la cremallera de su chaqueta deportiva y la abrió por completo.

—¿Sabes? Te mentí cuando te dije que te había engañado.

—Ya lo sé —respondió, y se levantó para dirigirse hacia mí.

—Bien —acerté a decir antes de que llegara a mi lado y me pusiera la mano en la cintura.

—Bien —repitió él.

Nos miramos durante un largo rato, él y yo, sin decir una sola palabra. Yo le toqué el pecho desnudo y él me acarició la parte baja de la espalda y dijo, del mismo modo en que lo había dicho la primera vez:

—Te quiero.

Eso dijo.

—Quiero estar contigo. Le he dado muchas vueltas y siento haberme ido y haberte dejado.

También me dijo que me echaba de menos, cómo se sentía realmente al cogerme de la mano, lo bien que dormía a mi lado y lo diferente que era su vida sin mí. Yo le puse la mano en la mejilla y él la retiró. No le dije nada durante un rato, hasta que admití que sí, yo también lo echaba de menos a él, y dejé que me levantara en el aire, hiciera que mis piernas rodearan su cuerpo y me arrojara sobre la cama. Entonces, nos sentamos uno frente a otro, él me miró a mí y yo lo miré a él y la luz que tenía detrás, y su silueta estaba bien perfilada, como los bordes de un papel doblado, e igual de blanca.

Cuando se fue a casa, me pidió volver al día siguiente y quedarse a pasar la noche. «Llevaré algunas cosas», escribió en un mensaje.

«Vale, ven», escribí con manos temblorosas, me sequé el sudor de la frente con la camiseta y lancé el móvil contra la pared.

Cuando regresó, el día se oscureció hasta convertirse en una noche negra y escarpada. La serpiente se había deslizado detrás del sofá. La piel le olía a rancio y su color cambiaba de marrón a negro bajo la luz tenue; se movía por el suelo lenta pero segura, como un montón de cantos rodados. Solo el polvo que se adhería a su piel hacía ruido, como los silenciosos susurros o el *blu-tack* que se desprendía de la pared o el tenue soplido que emitía la boca al

respirar, esa llovizna que es, al mismo tiempo, silenciosa y rápida como una bala.

Entonces, llegó la serpiente; estaba más cerca que nunca. Arrastraba la cola hacia la cabeza y empezó a sisear como porcelana quebradiza, y su áspera garganta y su lengua dejaron oír lo seca que estaba su boca.

Yo estaba tumbado sobre la cama con una mano en la frente y la cabeza girada hacia la serpiente, que estaba enrollada en el suelo. Le temblaba la cola y la lengua entraba y salía de su boca. Me incorporé para sentarme y ella se echó hacia atrás, como si yo hubiera tenido que advertirle de mis intenciones: era un juego entre nosotros.

Pero no dejaba que la tocara y me picaba. Me mordió tres veces en el brazo. Su fuerte mandíbula me hizo moratones en la piel y sus dientes penetraron en ella; a pesar de eso, sentí la calidez de su boca.

En ese momento, conseguí atraparla. La agarré con las dos manos sin darle importancia a las mordeduras. Al mismo tiempo, ella empezó a comportarse de forma violenta: golpeaba la cola contra el suelo como un martillo y se enrolló alrededor de mis piernas como si hubiera estado a punto de caerse del borde de un acantilado.

La presioné contra la pared con la rodilla y los codos. Ahí estaba ahora, atrapada. Puede que aún acertara a darme algún mordisco, quizá intentara escapar, hasta que, finalmente, se cansara y se diera cuenta de que no iba a conseguirlo.

Al cabo de un rato, se tranquilizó. Metió la lengua en la boca y estiró el cuerpo. Dejé que se desplomara sobre el suelo como un montón de ropa. Entonces, volví a cogerla, clavé las uñas en su piel, la puse sobre la cama y la coloqué a mi lado como si fuera una almohada de rombos.

—Buenas noches.

Nunca la había visto así, y nunca la había tocado así: siempre me había rendido. Ahora era yo el que decidía y no ella. No podía hacer nada en esta situación.

Antes de quedarnos dormidos, la serpiente cambió de lugar. Las sábanas crujieron debajo de su cuerpo como si alguien hubiera pasado las uñas por su piel cuando pasó por delante de mí

serpenteando ágilmente. Poco después, estaba justo delante de mi cara, inclinó la cabeza hacia delante y me miró como si fuera su amo. Su débil respiración soltaba vapor y daba lengüetazos alrededor de la boca como manos húmedas.

Cuando me desperté por la mañana, el día era gris.

La serpiente se había enrollado tres veces alrededor de mí: la primera capa me rodeaba la parte superior de los muslos, la segunda, el estómago, y la tercera, la parte más gruesa y fuerte de su cuerpo, me rodeaba el pecho y los pulmones.

Le había estado dando pistas y había alimentado su instinto depredador; le había dado a la serpiente, todavía en alguna fase de mi sueño, la posibilidad de reaccionar a mi respiración, había hinchado el pecho y me había vuelto a relajar. Solo es necesario saber una cosa sobre las serpientes constrictoras: reaccionan al movimiento apretando la tensión sobre su presa.

Intenté permanecer lo más tranquilo posible y contuve la respiración mientras observaba la tensa cabeza de la serpiente, que estaba justo al lado de mi cara.

Miré cómo me había rodeado. Intenté pasar un dedo por debajo, prohibirle que continuara, golpearla con los puños en todas partes y arañarle la piel, pero todo eso solo hizo que apretara aún más.

Corrí a la cocina con la serpiente enrollada a mi alrededor. Mis pasos eran cada vez más cortos y pesados; me apretaba con tanta fuerza que, en algún momento, dudé de si conseguiría llegar. Entonces, cogí el cuchillo de la fruta y se lo clavé a la serpiente en la cabeza.

Pronto, la serpiente tenía una larga raja en su cuerpo y se había encogido hasta casi la mitad de su tamaño. Goteaba sangre como una tubería rota. Sus entrañas, sus intestinos, sus largos pulmones blancos, su hígado marrón y sus riñones rosas se desparramaron en una enorme masa, de tal modo que parecía imposible pensar que hubieran cabido dentro de ella en algún momento.

Me senté en el centro de todo y volví a rajar a la serpiente con el cuchillo, ya que empezaba a temer que, de alguna manera, se recompusiera o mejorase, que los cortes de su cuerpo se cerraran y se recuperara en el tiempo que yo tardaba en meterla en la bolsa de basura, que se levantase como un perchero, que fuera inmortal y dijera: «No le cuentes esto a nadie. Te mataré si lo haces».

2008
La llamada

—Aló, Emine —se oyó al otro lado del teléfono.

Reconocería su voz entre un montón de gente, donde fuera. Esa voz profunda y ronca consumida por el tabaco y la vejez: la voz de mi padre no daba lugar a confusión.

Era una entre cientos de miles de personas cuya vida se había derrumbado después de la guerra. De sus tres hijos, solo uno se había quedado a su lado, había llevado a su esposa a la casa familiar y la había arreglado. Todos los demás habíamos huido, y todos habíamos prometido volver algún día, pero ninguno lo habíamos hecho. La guerra lo había cambiado todo. Se reía de todo lo que un día había sido sagrado y no le importaba nadie.

—¿Qué tal os va?, —pregunté, aunque sabía que solo me llamaba porque quería algo, como preguntarme por mis planes de viaje a Kosovo o para hablar de Bajram. Nos tratábamos como familiares lejanos que no tienen nada más en común que la sangre que corre por sus venas.

—Quiero pedirte perdón, y que tú me pidas perdón. Quiero enterrar el pasado.

Hizo una pequeña pausa, durante la cual empecé a llorar en silencio.

—Lo siento… por todo —dije, expulsando el oxígeno que se había acumulado en mi boca. No sabía si lloraba de alegría o por haber dicho, por fin, algo que quería decir desde hacía mucho tiempo.

—Yo también lo siento. Si todo esto hubiera sido… —empezó y empezó a resoplar— de otro modo —continuó.

Por un momento, solo oí el ruido áspero que emitía cuando se acicalaba la barba.

—Tu hijo Bekim —continuó, y se sonó la nariz. Volvió a hacer una breve pausa y respiró profundamente—. Ha estado aquí. ¿Lo sabías? ¿Sabías que ha estado aquí?, —insistió, ya que no fui capaz

de recomponerme para responderle de inmediato.

—No lo sabía —dije—. No sabía que había estado allí.

—Tengo que contarte lo que pasó.

—¿Por qué quería ir allí?

—Por eso te llamo también. No sé por qué vino. Pensé que tú sabrías explicármelo.

—No sé decírtelo.

Entonces mi padre me contó cómo mi hijo había ido a la tienda de Mehmet y cómo había ido a sentarse a la roca.

—Lula vio enseguida un gato naranja y blanco que estaba sentado a su lado, satisfecho. El chico lo estaba acariciando. Imagínate, acariciar un gato. Pasado un tiempo, dejó la roca y echó a caminar hacia aquí. Cuando llegó al camino, yo también lo vi por la ventana. Se puede reconocer a una persona de muchas maneras, Emine, aunque no la hayas visto en mucho mucho tiempo: por el modo en el que sostiene la cabeza, por cómo se seca el sudor de la frente, por los gestos de sus manos. —Tomó aliento—. Y, cuanto más se acercaba, más claramente se distinguía.

—¿El qué?

Se quedó callado.

—¿El qué se distinguía?

—El gato. Llevaba un gato consigo.

Volvió a quedarse en silencio.

—¿Un gato? Bueno, ya has dicho que estaba acariciando un gato en la roca.

—Sí, tenía un gato en el hombro. Un gato naranja y blanco le colgaba del cuello. ¿Alguna vez has visto algo semejante?

Arrugué la frente.

—Llegó al portón, llamó a la puerta y se quedó fuera esperando. Tu sobrina Arta abrió el portón y lo invitó a pasar. Claro que Arta no lo reconoció. Arta quería jugar con el gato e intentó cogerlo en brazos, pero tu hijo no le prestó ninguna atención. —Mi padre tomó aliento—. Atravesó el patio y se detuvo delante de la puerta exterior de la casa. Le tendí la mano, pero no me miró a la cara: se quedó mirando hacia el suelo, apretó aún más la bolsa de plástico que llevaba en la mano y empezó a darle vueltas. Entonces, entró. Lula le preguntó si quería beber café o té o comer algo, pero él no respondió, sino que se puso a mirar a su alrededor. —Volvió a

tomar aliento—. El chico se sentó en el sofá del salón y fijó la mirada en mí en el mismo instante en que yo me senté en el sofá de enfrente. Dejó la bolsa de plástico a su lado, en el sofá.

—¿No me estarás mintiendo?, —pregunté.

—Te juro que no te estoy mintiendo. —Respondió a mi pregunta con agitación, casi ofendido. Sabía que, cuando juraba, decía la verdad de cabo a rabo—. Le pregunté qué tal le iba, pero no me respondió. Decidí sonreírle amablemente y decir algo para romper el ambiente tenso. Mencioné lo mucho que había crecido.

Me dijo que el chico le había preguntado por Bajram. Él le dijo al chico que había oído que su padre había muerto recientemente.

Hubo un momento de silencio al otro lado del teléfono. Entonces, mi padre me contó que le había hablado al chico del funeral de Bajram y de su entierro.

—Cuando le pregunté si quería ir a la tumba de Bajram, el chico se levantó. El gato seguía erguido y lleno de orgullo sobre su hombro, como si estuviera pegado allí. «No», me dijo. Se me erizaron los pelos de la nuca como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Ya no sabía qué podía decirle. Toda esta situación era irreal.

Le dije que lo sentía.

—Entonces, el chico dijo: «Acabo de estar ahí fuera y he atrapado esto», y levantó la bolsa de plástico. A través de la bolsa se veía una figura arqueada, pero la bolsa era tan gruesa que no podía distinguirla con claridad.

Resoplé para animarlo a que continuara.

—Cuando el chico metió la mano en la bolsa, algo en su interior empezó a moverse y agitarse frenéticamente. Al principio, solo oí un fuerte siseo, pero, pasado un momento, se abrió un agujero en el fondo de la bolsa, del que salió una serpiente.

—¿Una serpiente? ¿Has dicho que en la bolsa había una serpiente?

—Sí, sí, era una serpiente. Una víbora negra venenosa. Hay muchas de esas aquí. Estaba paralizado por el miedo y no me atrevía a moverme, pero él rodeó a la serpiente con la bolsa. La agarró de forma segura y con fuerza, como si supiera exactamente por dónde cogerla. La serpiente sacudía todo el cuerpo mientras el chico la sujetaba por la parte inferior de la cabeza. El gato, que

estaba abajo y al principio bufaba, se subió encima de la cabeza del chico, incluso intentó golpear a la serpiente y se movía inquieto sobre sus hombros y su cabeza, hasta que la serpiente dejó de forcejear. —Se sonó la nariz y pensó por un instante sus siguientes palabras—. Entonces se puso la serpiente detrás de la espalda y la arrojó hacia mí. Me arrojó la serpiente. Casi me fallaron las piernas, las rodillas me empezaron a temblar y un sentimiento de horror inundó mi estómago.

Volvió a quedarse en silencio.

—¿Me has oído, Emine?

—Lo he oído.

—Me arrojó la serpiente. La serpiente vino hacia mí, de frente, y el gato saltó detrás de ella. El chico cogió al gato en el aire y salió corriendo de la habitación. La serpiente me golpeó en el muslo derecho. Intentó morderme, pero no lo consiguió. Pasé miedo, Emine. Nunca había tenido tanto miedo.

—Lo siento —dije.

—La serpiente empezó a desenrollarse y reptar hacia la puerta de la calle hasta que, finalmente, se deslizó hacia el patio y desapareció en el sembrado.

La llamada se interrumpió y, cuando vi que intentaba llamarme de nuevo, no lo cogí.

21

A la tarde siguiente, me entregó una bolsa de plástico y me besó como antes, como si nada hubiera cambiado en esos seis meses. Metió la mano por debajo de mi camiseta, acarició mi piel desnuda con sus gruesos y curvados dedos, me mordisqueó el labio inferior y se quedó sonriendo delante de mi cara.

Convertí su último beso en un abrazo. Cuando dejó su bolso abierto sobre el suelo del pasillo, me di cuenta de que se había traído ropa y zapatos, de que los había metido en el bolso de cualquier manera y de que los zapatos estaban sucios. Lo arrastré hasta el cuarto de estar y dejé la bolsa de plástico sobre la mesa de la cocina. Además de una película en DVD y un cartón de zumo, en la bolsa había un libro.

Me había pedido alguna lectura que hablara de mi país. Le había respondido que no se habían escrito muchas historias sobre mi país. En su lugar, le dejé *El rey blanco*, de György Dragomán, le pedí que lo leyera despacio y que pensara en la historia, pero ni siquiera lo había abierto.

Se agachó y miró debajo del sofá.

—¿Dónde está?, —inquirió.

Me entretuve con el libro en la mesa como si no hubiera reparado en su pregunta. Me fastidiaba que no se hubiera molestado en leer el libro, ya que estaba seguro de que, cuando se diera cuenta de que el padre del narrador había sido secuestrado y llevado a un campo de trabajos forzosos y nunca volvería a una historia cuyo protagonista espera su vuelta durante toda la narración, y cuando tuviera que cuestionarse si el joven Dzsäta realmente quería a su padre o solo quería la idea de la ausencia de su padre, ya no sería la misma persona. Porque entendería que los finales de las historias no son tan interesantes como los detalles del principio, en los que el destino de un hombre arruinado, a la deriva de su vida, se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que el protagonista de la historia pesca cada día, pero no come pescado, o en que lleva a su

acompañante a cenar a un restaurante caro a pesar de no tener dinero.

Pasado un instante, salí de mi ensimismamiento, me giré hacia él y dije:

—La he devuelto.

—¿En serio?

—Sí.

Dije que me había dado cuenta de que no tenía recursos para tenerla en casa, que tenía que devolverla. Que él había tenido razón todo este tiempo.

Esa noche, nos fuimos a dormir justo después de la película. Él consideraba que la película de acción que había elegido era muy interesante, y yo dije que opinaba lo mismo, aunque a mí la película me importaba un comino. Fuimos rodando hacia la cama, y se hizo de noche rápidamente mientras estábamos tumbados uno al lado del otro. Pensé que le gustaba dormir así; de lo contrario, no respiraría tan ligeramente ni olfatearía satisfecho mis sábanas recién lavadas.

—Soy feliz —dijo, y cerró los ojos—. ¿Y tú?

—Yo también —respondí, y esperé a que pusiera la mano sobre mi hombro y deslizase la punta de los dedos a lo largo de mi brazo para demostrarme lo mucho que quería decirme lo que me acababa de decir y lo mucho que quería que yo le respondiera como lo acababa de hacer.

Y eso hizo. Escuché su respiración tranquila hasta que, pasado un tiempo, pasó el brazo debajo de la almohada y se giró para colocarse de cara a la pared. Miré lo profunda que tenía la columna vertebral bajo los músculos extensores y pensé en sus palabras. ¿Era sincero cuando decía que era feliz, o solo era feliz en su imaginación, en la que me quería de un modo del que nunca sería capaz de quererme en la realidad?

Intenté conciliar el sueño, aunque, después de pensar en sus palabras, empecé a pensar en mi madre, en que debería llamarla e ir a verla con más frecuencia. Y, cuando me hube prometido a mí mismo llamarla al día siguiente, empecé a pensar en mi padre. Pensé en aquella tarde en la que le conté que me habían perseguido en la ciudad, me habían insultado y me habían golpeado en la nariz y me habían presionado los globos oculares y me habían arrancado

la ropa de tal modo que me habían desgarrado la manga, mira, me han arrancado la manga a la altura del hombro.

Me preguntaban por qué tengo esta nariz ganchuda, por qué tengo el pelo y las cejas negros, por qué llevo zapatos rotos, acaso no tengo dinero para comprar unos nuevos, la misma cazadora todos los días, es que eres pobre, eres refugiado, me empujaban de un lado a otro, me golpeaban y se reían y uno de ellos me escupió en la frente, y la saliva se deslizó por la cara y no me atrevía a limpiármela. «Si te limpias, estás muerto —me decían—, si te limpias, estás muerto, refugiado de mierda».

Me levanté de la cama en mitad de la noche, cogí la maleta de Sami, caminé hacia el cuarto de estar y saqué su ropa. Mientras la ordenaba, pensé en por qué aquella tarde, cuando volví a casa, le había dicho a mi padre que quería morir.

—De verdad que quiero morirme. Prefiero morirme antes que volver allí.

Mientras iba a buscar la plancha, recordé cómo me había arrepentido de haber recurrido a él.

—Escúchame: primero, no sabes nada de la muerte y, segundo, yo te voy a decir lo que vas a hacer —me respondió—. Nunca les digas tu nombre ni de dónde eres. —Y entonces me pasó la mano por la cara y pude sentir sus delgados dedos en la mejilla—. Nunca les digas quiénes son tus padres, ni tus hermanas, no te interpongas en el camino de nadie y tampoco hables. Si vienen a preguntarte algo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Mentir.

—Exactamente. Mientes. Y si, aun así, alguien se interpone en tu camino, golpeas más fuerte que ellos. ¿Está claro?

Cuando hube planchado y doblado toda su ropa, cogí el cepillo de los zapatos del pasillo. Cepillé el barro de sus zapatos y los llevé conmigo cuando salí. Los rocié con espray protector de la humedad y, cuando volví a entrar, les puse betún y me quedé mirándolos mientras se secaban, hasta que los coloqué en el zapatero y volví a la cama a su lado, donde me quedé dormido inmediatamente.

2009
El gato

Finalmente, conseguí trabajo en una pequeña tienda de ultramarinos. Al principio, estaba tan nerviosa que estuve a punto de no ir. Ni siquiera había pensado que trabajar pudiera ser tan difícil ni que fuera a suponer un paso tan grande para mí. Los días previos a empezar el trabajo, tenía miedo de no saber darle a la gente las vueltas correctamente y de que volvieran a mi caja y me acusaran de intentar engañarlos. Perdería mi trabajo, ellos llamarían a la policía, escribirían mi nombre en alguna lista y nadie volvería a darme un empleo nunca más.

El primer día de trabajo, sudaba como un hombre gordo en un caluroso día de verano. Tuve que decir que me encontraba un poco mal, de tantas veces que fui al baño. Dejaba correr el agua helada del grifo, me mojaba las manos en el lavabo y respiraba profundamente.

Quería caerle bien a la gente, pero no sabía de qué tendría que hablar con ellos para que eso sucediera. No sabía de qué hablaban los otros trabajadores entre sí, por lo que estuve callada durante mucho tiempo y no hablaba de mis cosas con nadie. Me limitaba a hacer lo que me ordenaba mi jefe.

Pasaron muchos meses hasta que conseguí aprender todos los productos y su lugar correspondiente. Afortunadamente, la tienda es tan pequeña que solo en contadas ocasiones no he sido capaz de responder a los clientes. Actualmente, mi trabajo transcurre ya de forma rutinaria y no necesito pensar mucho. A veces, encuentro nuevas comidas favoritas con descuento y pruebo muchas recetas finlandesas.

Me gusta el hecho de que haya empezado a llegar gente de todo el mundo a Finlandia. A veces, me gustaría preguntarles de dónde son, ya que me quedo mirándolos fijamente mientras me imagino las condiciones en las que habrán venido y en el tipo de vida que tendrán ahora. Pero algunos finlandeses sueltan un bufido, ponen

los ojos en blanco, otros incluso blasfeman, solo por el hecho de tener que esperar en la cola.

He empezado a ir a la sauna de la comunidad los miércoles por la tarde. Sentir el calor en medio del punzante frío invernal siempre es algo sobrenatural. Te penetra en la piel, y el asiento está tan caliente que casi quema.

Los sábados voy a la ciudad y camino por los parques cubiertos de nieve reluciente. Me encanta que en invierno haga tanto frío. Las temperaturas bajo cero hacen que todo se detenga. Los árboles cubiertos de nieve permanecen quietos como estatuas, la nieve se endurece sobre ellos, tan dura y densa como el asfalto, y cubre las farolas como si fuera una capucha.

Me he hecho amiga de mi compañera de trabajo. Es una mujer solitaria de unos cincuenta años con sentido del humor que nunca ha tenido hijos. Me ha dicho que su marido murió de un ataque al corazón. Vive con sus tres gatos y sus dos perros. Cuando ella me hizo a mí las mismas preguntas, le conté que mi marido también había muerto. Después de oír su historia, dejé de sentir que había algún defecto en mí: en este país, vivir solo no es nada extraordinario.

Cuando nos contamos mutuamente nuestras historias, nos cogimos de la mano, ella se secó el rabillo del ojo con el dedo y yo me soné la nariz. Después, suspiramos profundamente y miramos hacia arriba, hacia el cielo claro y las desnudas ramas de los árboles. Entonces, nos echamos a reír: éramos dos mujeres sentadas en un parque en mitad del invierno.

En primavera, me dijo que su gato había tenido gatitos.

—Son completamente normales, cachorros de gato mestizo.

Cuando me enseñó la foto que había hecho, en la que tres gatitos grises y uno negro dormían uno al lado de otro en una cesta, le pregunté como de pasada que dónde iba a llevar a los gatos.

—Ese negro, ¿me lo puedo quedar?, —me apresuré a preguntar.

Y ella sonrió y dijo que por supuesto me lo daría a mí.

El gato y yo pasamos las tardes viendo la tele o, simplemente, sentados uno al lado del otro. Le gusta que lo rasque. Tiene unos profundos ojos amarillos y, cuando se sienta durante horas en el alféizar de la ventana mirando hacia la calle, tengo la extraña

sensación de que no lo conozco en absoluto. Pero, cuando le pongo comida en el plato, sé que siempre vendrá a comer, agradecido.

Al gato y a mí nos gustan especialmente los concursos de talentos. Siempre me echo a llorar cuando sube al escenario alguien cuya vida ha estado llena de sufrimiento. Cuando hablan de la pérdida de sus seres queridos, pienso instintivamente en Bajram.

Cada vez pienso menos en mis hermanos. Todos están en sus casas nuevas, en sus países nuevos, con su vida nueva. Me llaman los días festivos e intercambiamos algunas palabras, principalmente, formalidades. Pero nunca hablamos de lo horrible que ha sido en algún momento nuestra vida, y tampoco hablamos nunca de la guerra.

He empezado a hablar más con mis hijos, a quedar con ellos. Algunas veces, vamos a dar largos paseos y a tomar un café y, otras, voy de compras con ellos. Nuestras conversaciones no son muy fluidas, pues no siempre entiendo sus cosas de trabajo ni sé cuánto debería preguntar. Tampoco estoy segura de si debería pedirles perdón por algo. Pero no quiero que tengan que explicarme cosas, ya que no deberían tener que explicarme nada. Hemos empezado a planear un viaje a Kosovo, pues nos gustaría visitar su tumba.

Mis hijas tienen maridos finlandeses y van a tener hijos con ellos. Mi hijo mayor y mi hija mayor están trabajando, y los más jóvenes están estudiando. Estoy tan orgullosa de ellos que siempre respondo con entusiasmo cuando alguien me pregunta a qué se dedican.

Todo el mundo debería quedarse sin opciones al menos una vez en la vida, esa es mi opinión, porque entonces crees que te vas a volver loco. Pero ahora sé que eso no es, en absoluto, peligroso. Cuando recibí la carta que me había enviado Bajram, me senté a la mesa, porque temía volverme loca cuando la leyera. Pero cuando la abrí y leí las pocas frases que nos había escrito a mí y a los niños, volví a meter la carta en el sobre, la hice girar un momento en mis manos y la guardé en el armario, ya que estaba dirigida a personas que ya no existían.

22

Me levanté de la cama y fui al cuarto de estar. Miró por la ventana: la nieve que caía pesadamente hacia el suelo, la luz que no terminaba. Dijo que había estado pensando toda la noche sobre cosas, giró la cabeza y me miró a los ojos.

No estaba enfadado por la muerte de mi padre. Estaba aliviado. Aliviado porque, finalmente, había encontrado la manera de recurrir a la única opción que le quedaba. Solo estaba enfadado por el tono en el que Sami me preguntaba por él, ya que mi padre no era para mí un padre, no de la misma forma en que su padre lo era para él.

—Creo que es hora de que me lo cuentes —empezó, y echó una mirada a su ropa doblada sobre el sofá.

Como no le respondí enseguida, me bombardeó con una serie de preguntas, como si empezar por los pequeños detalles fuera a hacer que me resultase más sencillo contestar.

—¿Cómo era? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuándo lo viste por última vez? Cuéntamelo, te lo pido, dime algo, confía en mí.

Cogí el montón de ropa y le conté que mi padre se había marchado de este país hacía mucho tiempo. Mientras me dirigía hacia el dormitorio, le dije que habían pasado meses hasta que me enteré de que se había marchado. Metí su ropa en el armario y, cuando volví al cuarto de estar, le dije que había pasado aún mucho más tiempo hasta que me enteré de su muerte.

Me puse la mano en la cintura, pasé el peso de una pierna a otra y deseé que Sami hubiera traído más ropa. Entonces, me puse la mano en la cara, ya que me di cuenta de que aún no le había hablado a nadie de su muerte; en lugar de eso, siempre decía que teníamos una mala relación y que nos había abandonado cuando yo era pequeño.

Sami me agarró por el hombro y volvió a girar la cabeza hacia la ventana. La nieve era más ligera, más flotante. Él permanecía callado, pero sus preguntas no habían terminado. Estaban en su

modo de mover la cabeza, en el recorrido que hacía con la taza de café al acercársela, en el modo en que trataba de agarrarme, y estaban en su boca, en la delicadeza con la que sus labios intentaban formar las palabras.

Durante mucho tiempo, no comprendí a mi padre, ya que él no veía la vida del mismo modo que el resto. Cuando los demás se preguntaban unos a otros qué deseaban de la vida, mi padre preguntaba qué deseaban de la muerte. No comprendía por qué la gente no pasaba tiempo pensando en cómo su vida terminaría algún día. Claro que es algo que nos sucederá a todos: es lo único que tenemos en común. «¿Cómo pueden no pensar en ello? ¿No hablar de ello?», preguntó, sacudió la cabeza y, finalmente, se echó a reír.

Entonces empezó a enumerar formas de morir. Cáncer, accidente de coche, asfixia, caída al asfalto, ahogamiento, quemadura, disparo.

«Hazme un favor —había dicho—. Cierra los ojos e imagínate qué pasaría si te apoyases sin querer en una sierra circular y esta te cortara la mano y nunca pudieras recuperarla. En lugar de los dedos, solo habría vacío. O cómo sería caer de la cubierta de un barco al agua helada. Los motores te tragarían en milisegundos, aunque intentaras nadar con todas tus fuerzas».

No estaba seguro de si realmente quería morir o solo quería de la muerte lo que esta significaba para sus seres queridos.

Un ataque al corazón, un accidente de avión, un derrame cerebral, aplastamiento, morir de hambre, tuberculosis, cirrosis, congelación.

«¿Qué elegirías, si pudieras?».

Entonces, empezó a golpearse la cabeza con las manos, caminó hacia el cuarto de baño, llenó la bañera de agua y se hundió en ella como si se hubiera imaginado que podía acabar con su vida simplemente deseándolo, o apretarse el cinturón alrededor del cuello, apoyar un cuchillo afilado sobre su cuello y amenazar con clavárselo, y entonces corrió hacia su habitación, sacó muchas colchas del armario, se enterró en ellas y dijo desde abajo:

«Lo siento, papá está muy asustado ahora mismo».

Y yo escuché y miré. Escuché su voz pesada y miré cómo las colchas se sacudían con sus espasmos. Miré hasta que empezó a tener dificultades para respirar; después, fui a su lado y le acaricié

la húmeda espalda, y dije que lo sentía. Cuando vomitó al lado de su cama, yo lo limpié antes de que él tuviera tiempo siquiera de levantarse. Y, mientras lo acariciaba y limpiaba el caos que había creado, no sentía hacia él otra cosa que no fuera asco, ya que su denso sudor se me escurría entre los dedos como si fueran claras de huevo.

—Eso es lo que hizo mi padre —dije.

Fui detrás de él para verlo más de cerca, para ver su reacción. Entonces, él giró la mirada hacia mí, me cogió el brazo y se envolvió con él.

—Gracias —dijo, y entrelazó sus dedos con los míos.

Su mano era cálida y fuerte y apretaba la mía, y yo pensaba en la temperatura entre nuestras manos, en el crujido que hace cuando se pone una prenda de ropa que yo le he lavado, en el tenue sonido de sus fosas nasales cuando respira contra mi frente. ¿Acaso mi padre había sentido alguna vez algo parecido?

Durante todos estos años deseé su muerte, aunque no entendía lo que significaba morirse. Y, cuando deseaba su muerte, nunca creí que mi deseo fuera a hacerse realidad. Tampoco sabía que, cuando lo hiciera, pensaría en él tan a menudo: en el tipo de ropa que se había puesto o en el tipo de muebles que había comprado, quién le hacía la comida todos los días y en qué tipo de platos comía, quién limpiaba su vivienda, si tenía a alguien que le cambiara las sábanas o, al menos, controlase que no siguiera adelgazando.

Y pensé en qué pensaba mi padre cuando se despertaba por las mañanas y se daba cuenta de que estaba solo, o qué pensaba la mañana del día en que murió. Qué pensaba mi padre cuando, una fría mañana, de madrugada, cuando los cristalitos de hielo se habían detenido en el aire, sacó el revólver de la vitrina. ¿Se había cansado de buscar respuestas o de plantear preguntas mientras cargaba el arma de balas? ¿Pensaba en lo que había dejado atrás? Pienso en esas cosas cuando lo veo ponerse el cañón en la boca y rodearlo con sus labios secos, cuando puedo saborear en mi boca el metal mientras me paso la lengua por los dientes, cuando oigo el discreto sonido del gatillo o siento la fuerza con la que tuvo que presionarlo, y el metal, frío como el hielo, me perfora los miembros y me lacera los huesos, los presiona.

La luz otoñal detrás de la ventana abre su cabeza en dos cuando

lo veo allí, sentado a la mesa, y él me mira con la cabeza ladeada sobre el hombro, y yo me pregunto si pensará en mí, si mi padre estará pensando en mí en el momento en que rechaza la vida de un modo tan violento.

Nunca he tenido respuesta, pero estoy seguro de que eso es lo que estaba pensando.

Aún de vez en cuando, cuando oigo su voz, voy a dar un largo paseo al bosque o a la playa y, cuando vuelvo, cojo a mi hombre por el brazo, es guapo y respetable, y lo abrazo y le pregunto qué quiere comer, ya que sé lo feliz que eso le hace. Voy con él a comprar y me acomodo en el asiento del copiloto, en su coche, y él coge la parte superior del volante con su mano desnuda, con la piel tensa por el frío, sus cóncavos nudillos y sus dedos rectos como balas, y la piel blanca en la que la luz del frío intenso se condensa como hielo brillante.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas que han comentado el manuscrito. A mis queridos amigos Merdiana Beqiri, Marisha Rasi-Koskinen, Virva Lehmusvaara, Krista Lehtonen y Aura Pursiainen, gracias por vuestra detallada atención y vuestras sugerencias. Sin ellas, esta novela no sería la misma.

Gracias a mi familia por su apoyo, su comprensión y su amor. Gracias por seguir creyendo en mí durante todos estos años. Gracias a mi madre y a mi padre por aclararme tantas cosas. Gracias a mi hermana y a mis hermanos por escucharme y por vuestros comentarios. *Ju dua*.

Gracias a todo el personal de Otava, especialmente a Antti Kasper y a Silka Raatikainen. A mi editora, Lotta Sonninen, quien merece un gran agradecimiento.

Pajtim Statovci nació en Kosovo, de padres albaneses, en 1990. Su familia huyó de las guerras yugoslavas y se mudó a Finlandia cuando él tenía dos años. Cursó un máster en literatura comparada y actualmente es doctorando en la Universidad de Helsinki. Su primer libro, *Mi gato Yugoslavia*, ganó el Premio de Literatura Helsingin Sanomat a la mejor novela debut; *El corazón de Tirana* fue finalista del Premio Nacional del Libro; y *Bolla* recibió el premio finlandés de literatura más importante, el Premio Finlandia. También recibió el Premio al Escritor del Año de Helsinki 2018.